

LOUISA MAY ALCOTT

ROSA EN FLOR

*(JUVENTUD DE LOS
OCHO PRIMOS)*



Lectulandia

Rosa Campbell es una joven muy adinerada, gracias a la gran fortuna que le dejaron sus padres de herencia. Fue acogida por su tío Alec, quien la crió con la ayuda de tía Plenty y todo el resto de la familia Campbell. Era la única mujer de los ocho primos. Su tío Alec la llevo de viaje, junto a su hermana adoptiva y de corazón, Phebe. Dos años fuera le sirvieron a Rosa para convertirse en una mujer con muchos ideales y muy dedicada a la filantropía. Pero no solo eso, había madurado y entraba ya en la edad de ser cortejada. El problema es que para ella su tío Alec era el modelo de hombre perfecto, y encontrar a alguien como él era difícil, más aún cuando parecía que todos querían que encontrase al amor entre sus primos.

Lectulandia

Louisa May Alcott

Rosa en flor

(Juventud de los ocho primos)

Los primos - 2

ePub r1.0

Titivillus 24.09.17

Título original: *Rose in Bloom*
Louisa May Alcott, 1876
Traducción: Desconocido

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo I

Volver a casa

Tres jóvenes estaban juntos en un muelle en un brillante día de octubre esperando la llegada de un barco con una impaciencia que encontró un choque en las animadas escaramuzas de un pequeño muchacho, que invadió las instalaciones, como un fuego fatuo que ofrecía mucha diversión a los otros grupos reunidos allí.

—Ellos son los Campbell, a la espera de su prima, que ha estado en el extranjero durante varios años con su tío, el doctor —susurró una señora a otra, mientras el más hermoso de los hombres jóvenes se tocaba el sombrero a su paso, arrastrando al niño, a quien había rescatado de una expedición un poco más abajo entre las pilas.

—¿Quién es ese? —preguntó el desconocido.

—El príncipe Charlie, le llaman un buen muchacho, el más prometedor de los siete, pero un poco rápido, dice la gente —respondió el primer orador con un movimiento de cabeza.

—¿Los otros son sus hermanos?

—No, primos. El más viejo es Archie, un joven ejemplar. Él acaba de entrar en los negocios con su tío el comerciante y será una honra para su familia. El otro, con las gafas y sin los guantes es Mac, el extraño, ¿quién acaba de salir de la universidad?

—¿Y el niño?

—Oh, él es Jamie, el hermano menor de Archibald, y la mascota de la familia entera. Piedad sobre nosotros, ¿qué sería de ellos en caso de no aferrarse a él?

La charla de las señoras acabó repentinamente allí, porque en el momento en que Jamie había sido atrapado en un tonel, el barco apareció a la vista y todo lo demás quedó en el olvido.

Al pasar lentamente para entrar en el muelle, una voz juvenil gritó:

—¡Ahí está! ¡La veo y al tío, y a Febe! ¡Hurra por la prima Rosa! —Y tres hurras pequeños fueron dados por Jamie mientras permanecía de pie en un poste moviendo los brazos como un molino de viento, entretanto su hermano se aferró a la cola de su chaqueta.

Sí, allí estaba el tío Alec girando su sombrero como un niño, con Febe sonriendo y asintiendo con la cabeza de un lado a otro y Rosa besaba sus manos con deleite para los otros, al reconocer caras y escuchar las voces familiares de bienvenida a su casa.

—Dios la bendiga, querida, está más bonita que nunca. Parece una Virgen ¿no? ¡Con la capa azul a su alrededor, y su brillante pelo volando en el viento! —dijo Charlie emocionado mientras observaban al grupo en la cubierta con los ojos ávidos.

—Las Vírgenes no usan sombreros como ese. Rosa no ha cambiado mucho, pero Febe sí, porque ella es una belleza normal —Respondió Archie, mirando con toda su fuerza a la joven de ojos oscuros y con el color brillante y trenzas negras relucientes que centelleaban al sol.

—¡Querido viejo tío! ¿No les parece bueno tenerlo de vuelta? —fue todo lo que

Mac dijo, pero él no estaba mirando al «tío viejo y querido», cuando él hizo la declaración ferviente, porque él sólo veía a la chica rubia delgada que se acercaba y extendió sus manos para encontrar las de ella, olvidando el agua verde cayendo entre ellos.

Durante la confusión que reinó por un momento cuando el barco de vapor resguardó sus amarres, Rosa miró hacia abajo a las cuatro caras vueltas hacia arriba que la contemplaban y pareció como si leyera en ellos algo que le complacía y dolía. Bastó sólo una mirada, y sus ojos estuvieron llenos, pero a través de la niebla de lágrimas de felicidad recibió la impresión de que Archie era casi el mismo, que Mac había mejorado decididamente, y que algo andaba mal con Charlie.

No había tiempo para observaciones, sin embargo, porque de un momento a otro la carrera comenzó, y antes que pudiera tomar su bolso de viaje, Jamie se aferró a ella como un oso joven en éxtasis. Ella con dificultad se liberó de su abrazo para caer en los más suaves de sus primos mayores, que tomaron ventaja de la excitación general para dar la bienvenida a las niñas en flor con cariñosa imparcialidad. A continuación, los peregrinos fueron llevados a tierra en una procesión triunfal, mientras Jamie bailaba gigas entusiastas delante de ellos, inclusive en la pasarela.

Archie se quedó para ayudar a su tío a obtener el equipaje a través de la Aduana, y los demás acompañaron a las doncellas a casa. Sin embargo, ni bien se encerraron en un carruaje, una nueva restricción y curiosidad parecía caer sobre los jóvenes, porque se dieron cuenta, a la vez, que sus compañeros de juegos antiguos eran hombres y mujeres ahora. Afortunadamente, Jamie era bastante libre de este sentimiento de moderación y, sentado cómodamente entre las damas, tomó toda clase de libertades con ellas y sus pertenencias.

—Bueno, mi hombrecito, ¿qué piensa usted de nosotras? — le preguntó Rosa, para romper un silencio incómodo.

—Han crecido muy bonitas, no puedo decidir cuál me gusta más. Febe es la mayor y la que resplandece más, y siempre he sido aficionado a Febe, pero de alguna manera eres tan amable, dulce y preciosa. Tengo que abrazarte otra vez —y el pequeño joven lo hizo tempestuosamente.

—Si me quiere bien, no voy a dudar ni un poco acerca de su forma de pensar sobre que Febe es la más guapa, porque lo es. ¿No es así, muchachos? —les preguntó Rosa, con una mirada traviesa frente a los señores, cuyos rostros expresaban una admiración respetuosa que tanto le divertía.

—Estoy tan deslumbrado por el brillo y la belleza que de repente se echó sobre mí, que no tengo palabras para expresar mis emociones —respondió Charlie, con galantería para evadir la pregunta peligrosa.

—No puedo decir nada todavía, porque no he tenido tiempo de mirar a nadie. Ahora lo haré, si no les importa. —Y, para gran regocijo de los demás, Mac se ajustó con gravedad las gafas y se dispuso a observarlas.

—¿Y bien? —dijo Febe, sonriendo y ruborizándose bajo su mirada honesta, sin

embargo, parecía no resentirse como lo haría alguien de la clase señorial ante la aprobación que le hizo responder a la mirada de ojos azules audaces de Charlie con un destello negro de los suyos.

—Creo que si fueras mi hermana, me sentiría muy orgulloso de ti, porque tu rostro muestra lo que admiro más; la belleza y el coraje, Febe —respondió Mac con una pequeña reverencia llena de respeto genuino de tal manera que la sorpresa y el placer trajo una repentino rocío para apagar el fuego de los ojos de la muchacha y para calmar el orgullo sensible de su corazón.

Rosa se llevó las manos al igual que solía hacer cuando algo le encantaba, y sonrió con aprobación hacia Mac, mientras decía: Ahora esa es una crítica que vale la pena tener, y a la que estamos muy obligados. Estaba segura de que admiraba a mi Febe cuando la conoció, pero no creí que sería lo suficientemente sabio como para verlo alguna vez, y ha subido muchos puntos en mi opinión, se lo aseguro.

—Siempre he sido aficionado a la mineralogía, si lo recuerda, y he tenido algunas muestras muy buenas últimamente, por lo que he aprendido a reconocer a los metales preciosos cuando los veo —dijo Mac con su sonrisa astuta.

—¿Ese es el último pasatiempo, entonces? Sus cartas nos han divertido enormemente, porque cada una tenía una nueva teoría o el experimento, y el último fue siempre el mejor. Pensé que el tío habría muerto de la risa sobre la manía vegetariana que era tan gracioso imaginarte viviendo en la leche, pan y las manzanas al horno y las patatas asadas en tu propio fuego —continuó Rosa, cambiando de tema otra vez.

—Este viejo amigo fue el hazmerreír de su clase. Lo llamaban Don Quijote, y la forma en que se fue contra los molinos de viento de todo tipo era un espectáculo digno de ver —dijo Charlie, evidentemente, sintiendo que Mac había sido una palmadita en la cabeza tanto como era bueno para él.

—Pero a pesar de que el Don llegó de la universidad con todos los honores. ¡Oh, me sentí orgullosa cuando la tía Jane nos escribió al respecto, alegrándose de que su hijo se mantuviera a la cabeza de su clase y ganara la medalla! exclamó Rosa, sacudiendo a Mac con ambas manos en una forma que provocó que Charlie quisiera que «el viejo amigo» se hubiese quedado con el doctor Alec.

—Oh, vamos, es una tontería todo aquello de la Madre. Empecé antes que los otros compañeros y me gustó más, así que no merezco ningún elogio. Sin embargo, el Príncipe tiene razón. Yo hice una toma regular de mí mismo, pero en general, no estoy seguro de que mi avena silvestre no fuera mejor que algunas que he visto sembradas. De todos modos, no cuesta mucho, y yo no soy el peor para ellos —dijo Mac plácidamente.

—Yo sé lo que significa «avena silvestre». Oí al tío Mac decir a Charlie que estaba sembrándolas demasiado rápido, y le pregunté a mamá, así que ella me dijo. Y yo sé que él fue suspendido o absuelto... no recuerdo de qué, pero era algo malo, y la tía Clara lloró —añadió Jamie de un tirón, porque poseía un don fatal de hacer

comentarios inapropiados, que lo llevaron a ser un terror para su familia.

—¿Quieres ir al box de nuevo? —exigió el Príncipe con una mirada de advertencia.

—No, no quiero...

—Entonces, cierra la boca

—Bueno, Mac no tiene por qué pegarme, porque yo sólo estaba... —comenzó el culpable, intentando inocentemente hacer menos daño.

—Está bien —interrumpió Charlie con severidad, y James desapareció, un niño aplastado, consolándose con el nuevo reloj de Rosa por las humillaciones que sufrió a manos de los «viejos colegas», como él llamó a sus ancianos vengativamente.

Mac y Charlie de inmediato comenzaron a hablar tan fuerte como podían mover la lengua, dándoles todo tipo de temas agradables con tanto éxito, que las carcajadas hicieron que los transeúntes sonrieran con simpatía.

Una avalancha de tías cayeron sobre Rosa tan pronto como llegó a su casa, y para el resto del día la vieja casa zumbaba como una colmena. La tarde encontró a la tribu entera, recogidos en los salones, con la excepción de la tía Paz, cuyo lugar estaba vacío.

Naturalmente, los ancianos se instalaron en un sólo grupo después de un tiempo, y los muchachos agrupados cerca de las chicas como mariposas alrededor de dos atractivas flores.

El Dr. Alec era la figura central en una habitación y Rosa en la otra; y la niña, quien había sido querida y mimada por todos, había florecido en una mujer, y dos años de ausencia habían provocado un curioso cambio en las posiciones relativas de los primos, en especial los tres mayores, que la miraron con una mezcla de afecto y admiración varonil juvenil, que era a la vez nueva y agradable.

Algo dulce y alegre acerca de su encanto despertó su curiosidad, porque ella no era como las otras niñas, y más bien los asustó de vez en cuando por algún pequeño discurso independiente o acto que hizo que se vieran el uno al otro con una sonrisa, como si recordaran que Rosa era la niña del tío.

Vamos a escuchar, como un deber, lo que los ancianos están diciendo en primer lugar, porque ellos ya estaban construyendo castillos en el aire para los niños y las niñas del hogar.

—Querido hijo, cuán agradable es verla de vuelta y segura, tan bien y feliz y me gusta su aire dulce —dijo la tía Plenty, cruzando las manos, como si diera gracias por una gran felicidad.

—No me sorprendería si usted encuentra que ha traído una antorcha a la familia, Alec. Dos, de hecho, porque Febe es una buena chica, y los muchachos lo han descubierto ya, si no me equivoco —añadió el tío Mac, con una inclinación de cabeza hacia la otra habitación.

Todos los ojos siguieron a los suyos, y un cuadro muy sugestivo se presentó a la audiencia paterna y materna en el salón de atrás.

Rosa y Febe, sentadas lado a lado en el sofá, habían asumido, evidentemente a la vez, los lugares que fueron destinados a llenar a la derecha de los jóvenes; el brillo y la belleza, por Febe quién hacía tiempo que había dejado de ser la criada para convertirse en la amiga, y Rosa lo había dejado en claro y establecido de una vez.

Jamie ocupó la alfombra, en la que Will y Geordie estaban a gusto, mostrando sus uniformes de la mejor manera, ya que se encontraban ahora en una gran escuela, donde la instrucción militar era el deleite de sus almas. Steve plantado con gracia en un sillón, con Mac descansando en la parte de atrás, mientras que Archie se apoyaba en una esquina baja de la chimenea, mirando a Febe, mientras escuchaba su charla con los labios sonrientes y las mejillas casi tan coloreadas como los claveles en su cinturón.

Pero Charlie era particularmente eficaz, a pesar de que estaba sentado en un taburete de música, intentando una posición que cualquier hombre no dotado de gracia no tendría al mover sus piernas. Afortunadamente, el príncipe había caído en una actitud relajada, con un brazo sobre el respaldo del sofá, su hermosa cabeza se inclinó un poco, ya que monopolizó a Rosa, con un aire devoto y en su rostro se podía ver una expresión que manifestaba cuánta satisfacción sentía.

La tía Clara sonrió con complacencia; la tía Jessie se quedó pensativa, los ojos penetrantes de la tía Jane se posaron desde el pulcro Steve hasta los hombros anchos de Mac, con una mirada inquieta, la Sra. Myra murmuró algo acerca de ella: «Caroline bendita», y la tía Plenty dijo cálidamente:

—¡Bendice a los míos! Cualquier persona puede estar orgullosa de un rebaño tan hermoso como este.

—Estoy lista para ser chaperona tan pronto como usted lo pida, Alec, pues supongo que la niña querida saldrá a la vez, como no lo hizo antes de que usted se fuera. Mis servicios no se requerirán mucho, me imagino, con sus muchas ventajas, cuando esté en su primera temporada, o ¿me equivoco mucho? —dijo la señora Clara, con guiños y sonrisas significativas.

—Usted debe resolver todas aquellas cuestiones con Rosa. Ya no soy capitán, sólo el primer oficial ahora, usted lo sabe —respondió el doctor Alec, y agregó con seriedad, casi para sí mismo, la mitad para su hermano— Me pregunto porque la gente tiene tanta prisa por «sacar» a sus hijas, como se dice. Para mí hay algo casi patético a los ojos de una niña de pie en el umbral del mundo, tan inocente y llena de esperanza, tan ignorante de todo lo que está delante de ella, y por lo general, tan mal preparada para enfrentar los altibajos de la vida. Nosotros cumplimos con nuestro deber más por los chicos, pero las pobres mujercitas rara vez son provistas de una armadura que valga la pena, y tarde o temprano es seguro que la necesitarán, porque

cada uno debe luchar contra su propia batalla, y sólo el valiente y fuerte puede ganar.

—No puedes reprocharte el abandono de ese tipo, Alec, porque has cumplido con tu deber fielmente con la niña de George, y yo le envidio el orgullo y la felicidad de tener una hija, porque ella es la de ustedes —respondió el viejo Mac, de forma inesperada traicionando a la clase paterna de los hombres que rara vez siente ternura por sus hijos.

—Lo he intentado, Mac, y estoy orgulloso y feliz, pero con cada año, mi ansiedad parece aumentar. He hecho todo lo posible para adaptar a Rosa por lo que puede suceder, por lo que puedo prever, pero ahora debe estar sola, y toda mi preocupación es impotente para guardar su corazón del dolor, su vida puede ser triste por errores, o frustrada por los actos de los demás. Sólo puedo estar dispuesto a compartir su alegría y el dolor y ver cómo le da forma a su vida.

—¿Por qué, Alec, lo que la niña vaya a hacer, necesitas mirarlo con tanta solemnidad? —exclamó la señora Clara, que parecía haber asumido una especie de derecho de Rosa, ahora.

—¡Vaya! Y que le digo que sí —respondió el doctor Alec, mientras, a Rosa se le oyó decir muy sinceramente:

—Ahora, todos ustedes han dicho sus planes para el futuro, ¿por qué no nos preguntan los nuestros?

—Porque sabemos que sólo hay una cosa para una chica bonita que es romper una docena de corazones antes de encontrar uno al que se adapte, y luego casarse y establecerse —respondió Charlie, como si no hubiera otra respuesta posible.

—Ese puede ser el caso de muchas, pero no con nosotras, para Febe y creo que es tanto un derecho y un deber de las mujeres hacer algo con sus vidas como los hombres, y no vamos a estar satisfechas con estas piezas frívolas que nos dan —exclamó Rosa con los ojos encendidos.

—Siento lo que digo, y no pueden reírse. ¿Estarías contento si te dijera a ti que disfrutaras un rato, y luego te casaras y no hicieras nada más hasta que mueras? —añadió, dirigiéndose a Archie.

—Por supuesto que es sólo una parte de la vida de un hombre —respondió decididamente.

—Una parte muy preciosa y encantadora, pero no para todos —añadió Rosa.

—Tampoco debe ser para una mujer, porque tenemos mentes y almas, así como los corazones, la ambición y el talento, así como la belleza y los logros. Y queremos vivir y aprender, así como amar y ser amadas. Estoy harta de que nos digan que eso lo es todo para una mujer, ser apta para ello. ¡No quiero tener nada que ver con el amor hasta demostrar que soy algo más que un ama de casa y una bebé tierna!

—¡El cielo nos proteja! ¡Aquí los derechos de la mujer con una venganza! —gritó Charlie, empezando con un fingido horror, mientras que los otros observaron a Rosa

con una sorpresa mezclada de diversión; era evidente que creyeron que todo provenía de una explosión de niña.

—Ah, usted no tiene que fingir estar sorprendido, estarás en serio en la actualidad, porque esto es sólo el comienzo de mi fuerte pensamiento —continuó Rosa, sin desalentarse por las sonrisas de buen humor o la burlas de incredulidad en los rostros de sus primos—. He tomado mi decisión de no dejarme engañar por las cosas reales que hacen que una sea buena y feliz, y sólo porque soy una niña rica, juntar las manos e ir a la deriva, como muchos lo hacen. No he vivido con Febe todos estos años en vano. Yo sé lo que el coraje y confianza en sí misma puede hacer por uno, y a veces me gustaría no tener un peso en el mundo para que yo pudiera ir a ganarme el pan con ella, y ser tan valiente e independiente como muy pronto lo será.

Era evidente que Rosa estaba hablando en serio ahora, a medida que hablaba se volvió hacia su amiga con tal respeto y amor en su rostro que su mirada le dijo mejor que cualquier palabra, cuán sinceramente la niña rica apreciaba las virtudes que la dura experiencia le habían dado a la pobre chica, y la avidez con que deseaba ganar lo que toda su fortuna no podía comprar para ella.

Algo en la mirada intercambiada entre las amigas impresionó a los jóvenes, a pesar de sus prejuicios, y en un tono completamente en serio, Archie dijo:

—Me imagino que encontrarás a manos llenas, prima, si quieres trabajar, porque he oído a la gente decir que la riqueza tiene sus problemas y pruebas, así como la pobreza.

—Lo sé, y yo voy a tratar de llenar mi casa también. Tengo algo de capital para los pocos planes que he hecho, y ya he comenzado a estudiar mi profesión —contestó Rosa con un gesto enérgico.

—¿Puedo preguntar cuál es? —inquirió Charlie, en un tono de asombro.

—¡Adivina! —y Rosa lo miró con una expresión medio seria, medio alegre.

—Bueno, debo decir que estás equipada con una hermosura, pero como no es, evidentemente, de tu agrado, me temo que vas a estudiar medicina para ser médico. Sin embargo, ¿no tendrán los pacientes una estancia paradisíaca? ¿Será fácil morir con un ángel para envenenarlos?

—Ahora, Charlie, con esas bases tuyas, cuando se sabe cómo las mujeres también han tenido éxito en esta profesión y qué comodidad fue para la querida tía Paz la Dra. Mary Kirk. Yo quería estudiar medicina, pero el tío pensó que no haría bien tener tantos doctores en una familia, ya que Mac piensa intentarlo. Además, me parece que tienen otro trabajo puesto en mis manos en el que yo estoy mejor preparada.

—Estás lista para cualquier cosa que sea generosa y buena, y yo estoy contigo, no importa lo que hayas elegido —exclamó Mac de todo corazón, porque este era un nuevo estilo de conversación de los labios de una niña, y le gustó inmensamente.

—La filantropía es una profesión generosa, buena y bella, y la he elegido para mí, porque tengo mucho que dar. Yo sólo soy la administradora de la fortuna que papá me dejó, y creo que, si la uso sabiamente para la felicidad de otros, seré más bendecida

que si la guardo toda para mí.

Muy dulce y simplemente, lo dijo, pero era curioso ver las distintas maneras en que los oyentes lo recibieron.

Charlie dirigió una rápida mirada a su madre, quien exclamó, como a pesar de sí misma: —Ahora, Alec, ¿vas a dejar que derroche la niña una gran fortuna en todo tipo de tonterías de beneficencia y los salvajes planes para la prevención de la indigencia y de la delincuencia?

—Los que dan a los pobres prestan servicio al Señor, y el cristianismo práctico es el que más ama él —fue todo lo que el doctor Alec respondió, pero silenció a las tías y provocó incluso en el prudente tío Mac que pensara con satisfacción repentina de ciertas inversiones secretas que había hecho, que no le prestó interés alguno, sino el agradecimiento de los pobres.

Archie y Mac miraron muy complacidos y le ofrecieron su asesoramiento y asistencia con el entusiasmo de generosos corazones jóvenes. Steve negó con la cabeza, pero no dijo nada, y los muchachos en la alfombra a la vez propusieron la fundación de un hospital para los perros y los caballos inválidos, los ratones blancos, y los héroes heridos.

—¿No te parece que será una mejor manera para una mujer que pasar su vida bailando, vistiéndose, y con el marido de caza, Charlie? —preguntó Rosa, observando su silencio y ansiosa por su aprobación.

—Muy bonito por un rato, y muy efectivo también, porque yo no sé de nada más atractivo que una chica dulce, en una pequeña compuerta que va a hacer recados de caridad y glorificando las casas de los pobres, con una deliciosa mezcla de belleza y benevolencia. Afortunadamente, las almas queridas pronto se cansan de él, pero es divino, mientras dure.

Charlie habló con un tono de admiración mezclado de desprecio, y sonrió con una clase superior de sonrisa, como si comprendiera todos los engaños inocentes, así como los artificios del sexo opuesto y nada más se esperara de ellos. Estaba sorprendida y entristecida Rosa, porque no sonaba como el Charlie que había dejado hace dos años. Pero ella se limitó a decir, con una mirada de reproche y un gesto poco orgulloso de la cabeza y la mano, como poniendo el tema a un lado ya que no había sido tratado con respeto:

—Siento que tengas tan baja opinión de las mujeres. ¿Habrás un momento en el que creas en ellas sinceramente?

—Todavía lo hago, ¡le doy mi palabra que sí! No tiene un admirador más fiel y esclavo en el mundo de lo que yo soy. Sólo tiene que tratar de verlo —exclamó Charlie, galantemente besando su mano como hacía en general con las de su sexo.

Pero Rosa no se aplacó, y se encogió de hombros desdeñosa y ella le contestó con una mirada en sus ojos que a su señoría no le gustó.

—Gracias. No quiero admiradores o esclavos, pero si amigos y ayudantes. He vivido largo tiempo con un hombre sabio, así que soy bastante difícil de satisfacer, tal vez, pero no tengo la intención de bajar mi nivel, y cualquiera que se preocupe por mí debe al menos tratar de vivir conforme a ello.

—¡Vaya! Esta es una paloma airada ¡Ven y suaviza su plumaje erizado, Mac! Voy a esquivarla antes de que haga más daño —y Charlie se alejó hacia la otra habitación; en privado lamentó que el tío Alec hubiera echado a perder una buena chica haciéndola fuerte de mente.

Él mismo quiso volver de nuevo luego de cinco minutos, porque Mac dijo algo que produjo un ataque de risa, y cuando echó un vistazo por encima del hombro de la «paloma airada» fue arrullado de forma pacífica y agradable que se vio tentado a regresar y compartir la diversión. Pero Charlie se había echado a perder por demasiada indulgencia, y era difícil para él mismo dejar de actuar mal, incluso cuando él lo sabía.

Siempre conseguía lo que quería, tarde o temprano, y desde hace mucho tiempo atrás había decidido que Rosa y su fortuna iban a ser de él, que secretamente estuvo descontento de los nuevos planes y las creencias de la joven, pero halagándose a sí mismo, pensó que pronto cambiaría al ver lo poco elegante y conveniente que era.

Meditando sobre el futuro maravilloso que había presentado, se acomodó en un rincón del sofá cerca de su madre hasta la aparición de un reflejo ligero causado por ambos grupos que se mezclaron en uno. Tía Plenty creía un montón en comer y beber, así que la más mínima excusa para una fiesta encantaba su alma hospitalaria, y en esta feliz circunstancia, se superó a sí misma.

Fue durante este banquete informal que Rosa, vagando por la habitación y admirando a uno y a otro, se encontró con los tres chicos más jóvenes, que estaban teniendo una pequeña y tranquila pelea, en un rincón apartado.

—Salgan de aquí y déjenme echarles un vistazo —dijo seductoramente, ya que ella predijo una explosión y la vergüenza pública si la paz no se restablecía rápidamente.

A toda prisa se alisaron, los jóvenes caballeros presentaron tres rostros enrojecidos y alegres para la inspección, sintiéndose muy honrados por el comando.

—¡Dios mío, ¡cómo han crecido ustedes dos! Tan altos, ¡cómo se atreven a pasar mi cabeza de esta manera! —dijo, poniéndose de puntillas para acariciar las llaves que antes Will y Geordie habían disparado como las malas hierbas, y que ahora sonreían alegremente hacia ella que los miraba con asombro cómico.

—Los Campbells son todos finos y altos, y tenemos la intención de ser los mejores del lote. No debería preguntarse si somos igual de altos que el abuelo —observó con orgullo, pareciendo tan joven como un gallo de Shanghái, todo piernas y una cabeza insignificante, que Rosa contuvo su rostro con dificultad.

—Vamos a serlo aún más cuando llegemos a nuestro crecimiento. Somos más altos que Steve ahora, la mitad de una cabeza, de nosotros —agregó Geordie, con la nariz en el aire.

Rosa volvió a mirar a Steve y con una sonrisa repentina, hizo una seña hacia él. Dejó caer su servilleta y voló a obedecer la llamada, ya que ella era la reina de la hora, y él había anunciado abiertamente su lealtad inmortal.

—Dile a los otros niños que vengan aquí. Tengo una fantasía por verlos a todos de pie en una fila y esperando, tal como hicieron ese terrible día cuando casi me daba miedo salir de mi ingenio —dijo ella, riendo al recordarse a sí misma, mientras hablaba.

Llegaron en un sólo cuerpo y se pararon hombro con hombro, haciendo un imponente conjunto que el joven comandante estuvo bastante intimidado por un momento. Pero ella había visto demasiado del mundo últimamente para avergonzarse por una tontería, y el deseo de ver una prueba de niña, le dio valor para enfrentarse a la línea de la sonrisa de sus primos con dignidad y espíritu.

—Ahora, voy a mirarlos como ustedes lo hicieron conmigo. Es mi venganza sobre ustedes, siete chicos malos que atraparon a una pobre niña y disfrutaron de su alarma. No estoy ni un poco asustada de ustedes ahora, ¡así que tiemblen y tengan cuidado!

Mientras hablaba, Rosa miró a la cara de Archie y asintió con la cabeza; los ojos grises fijos se encontraron con los suyos de manera justa y suavizada, presentando así un cambio, porque por naturaleza eran los más agudos de su tipo.

—¡Un verdadera Campbell, seas bendecida! —dijo, y le estrechó la mano de corazón, mientras ella pasaba.

Charlie vino después, y aquí se sintió menos satisfecha, aunque escasamente consciente de por qué, pues, como se veía, se produjo una especie desafiante de *flash*, cambiando de repente a algo más cálido que la ira, más fuerte que el orgullo, por lo que usó un poco su psicología y dijo, a toda prisa:

—No encuentro al Charlie que dejé, pero el Príncipe sigue todavía ahí, por lo que veo.

Llegó hasta Mac con una sensación de alivio, se quitó con suavidad su «destello» como Jamie decía, y miró fijamente a los ojos azules honestos que miraron hacia ella, llenos de un afecto sincero y amistoso que abrigaba el corazón, que hicieron que sus propios ojos brillaran mientras ella le devolvía las gafas, diciendo, con una mirada y un tono de satisfacción cordial:

—No has cambiado, mi querido y viejo Mac, y estoy muy contenta por ello.

—Ahora, di algo más dulce para mí, porque soy la flor de la familia —dijo Steve, haciendo girar el bigote rubio, que era evidente el orgullo de su vida.

Rosa vio a simple vista que el Dandy se merecía su nombre más que nunca, y rápidamente apagó sus vanidades, respondiendo con una sonrisa provocadora:

—Entonces, ¿el nombre de la flor de la familia es presumido?

—¡Ah, ja! ¿Quién lo tiene ahora? —se burló Will.

—Vamos rápido, por favor —susurró Geordie, consciente de que llegaría su turno al siguiente.

—¡Vosotros, benditos tallos de frijoles! Estoy orgullosa de que no crezcan lejos de la vista, o incluso se avergüencen de mirar a una mujer a la cara —respondió Rosa, con una palmadita cariñosa en la mejilla del joven gigante tímido, tan rojo como las peonías, aunque sus ojos infantiles eran tan claros y tranquilos como lagos de verano.

—¡Ahora yo! —Y Jamie asumió su aire más viril, sintiendo que no aparecería la ventaja entre sus altos parientes. Pero estuvo a la cabeza de la clase en la opinión de todos cuando Rosa echó los brazos alrededor de él, diciendo, con un beso:

—Tendrás que ser mi chico ahora que todos los demás son demasiado viejos, y yo quiero a alguien fiel que haga recados para mí.

—Yo... ¡yo me casaré contigo también, si esperas a que sea mayor! —exclamó Jamie, y sin perder la cabeza en esta súbita petición.

—Bendito bebé, ¿qué está diciendo? —rió Rosa, mirando a su pequeño caballero mientras él se aferraba a su alrededor con fervor agradecido.

—Oh, he oído a las tías decir que es mejor que te cases con uno de nosotros, y mantener así la propiedad de la familia, por eso hablo en primer lugar, porque eres muy aficionada a mí, y amo hacer flexiones.

¡Ay de Jamie! Este discurso terrible había salido apenas de sus labios inocentes, cuando Will y Geordie lo arrastraron fuera de la habitación como un torbellino, y los aullidos de ese muchacho desgraciado se oyeron desde la sala de tortura, donde encerrarlo junto al esqueleto fue uno de los más leves castigos que se le infligieron.

La consternación cayó sobre los infortunados que se quedaron, pero su confusión se terminó pronto, porque Rosa, con una mirada que jamás habían visto en su rostro antes, los despidió con la breve orden:

—Rompan filas, el examen ha terminado —y se alejó hacia Febe.

—¡Al diablo con ese muchacho! ¡Debes callarlo o aturdirlo! —Charlie furioso e irritado.

—Será atendido —respondió el pobre Archie, quien estaba tratando de abrir el manual con el poco éxito de la mayoría de los padres y tutores.

—Todo el asunto fue condenadamente desagradable —gruñó Steve, que sentía que no se había distinguido en la participación de la tarde.

—Es la verdad en general —observó secamente Mac mientras él se alejaba con su extraña sonrisa.

Como si sospechara de una discordia en alguna parte, el Dr. Alec propuso música en esta crisis, y los jóvenes consideraron que era una idea feliz.

—Quiero que escuchen a mis dos pájaros, ya que han mejorado enormemente, y estoy muy orgulloso de ellos —dijo el médico, haciendo girar el taburete y sacando los antiguos libros de música.

—Hubiera sido mejor venir primero, porque después de haber oído al ruiseñor, no le importará el canario —añadió Rosa, con el deseo de poner a Febe cómodamente, ya que ella se sentó entre ellos dando el aspecto de una imagen más bien tímida y silenciosa, recordando los días en que su lugar estaba en la cocina.

—Les voy a dar algunas de las viejas canciones queridas y que solían gustarles tanto. Esta era una de las favoritas, creo yo —y sentándose, ella cantó el aire familiar que llegó primero, y lo hizo muy bien, en una forma agradable, excepto que esto no significa que tuviera una acabada forma.

Dio la casualidad de que «El Birks, de Aberfeldie», le hizo recordar vivamente el momento en que Mac estaba enfermo y ella había cuidado de él. El recuerdo le era dulce e involuntariamente su mirada vagó en busca de él.

No estaba muy lejos, sentado como él solía hacerlo cuando calmaba sus estados de ánimo más abatidos a horcajadas en una silla con la cabeza sobre sus brazos, como si la canción sugiriese la actitud. Su corazón se suavizó cuando miró hacia él, y ella decidió perdonarlo más que a nadie, porque estaba segura de que no tenía mercenarios planes sobre el aburrido dinero.

Charlie había asumido un aire pensativo y fijó sus hermosos ojos sobre ella con una expresión de lícita admiración, que la hizo reír a pesar que todos sus esfuerzos parecían inconscientes de ello. Estaba a la vez divertida y molesta por su deseo muy evidente para recordarle de ciertos pasajes sentimentales en el último año de «su chica y chico» como para cambiar lo que ella había considerado una broma infantil, en serio romance. Rosa tenía unas ideas muy serias del amor y no tenía ninguna intención de ser inducida a coquetear con su guapo primo.

Así que Charlie con su actitud de desapercibido, estaba algo enfadado cuando Febe comenzó a cantar, y se olvidó por completo de sí mismo en admiración de ella. Les tomó a todos por sorpresa, dos años de formación en el extranjero que añadieron varias maravillas a lo trabajado en casa, y a la hermosa voz que utilizaba para gorjear alegremente sobre las ollas y teteras, que sonó melodiosa, adherida a una música suave que despertó una emoción simpática en los que la escuchaban.

Rosa se henchía de orgullo cuando ella acompañó a su amiga, para Febe que estaba en su propio mundo, ahora este era uno maravilloso donde no había recuerdos deprimentes del asilo o en la cocina, la ignorancia o la soledad, que llegaran a molestarla; un mundo feliz en el que pudiera ser ella misma y otras reglas por la magia de su dulce regalo.

Sí, Febe era ella misma ahora, y quedó claro el cambio que se apoderó de ella desde la primera nota musical. Ya no era tímida y callada, ya no tenía la imagen de una chica hermosa, sino la de una mujer en flor, viva y llena de la elocuencia que su arte le dio, ya que ella sostenía sus manos suavemente juntas, fijos sus ojos en la luz, y sólo derramó su canción sencilla y alegre, como la alondra se alza hacia el sol.

—Mi fe, Alec, ¡ése es el tipo de voz que gana el corazón de un hombre! — exclamó el tío Mac, limpiándose los ojos después de una de las baladas lastimeras que nunca envejecían.

—¡Sí que lo haría! —respondió el doctor Alec encantado.

—Lo tiene —añadió Archie para sí mismo, y él tenía razón, porque justo en ese momento se enamoró de Febe. En realidad lo hizo, y pudo fijar el tiempo casi un segundo, porque a las nueve y cuarto, sólo pensó en una persona joven con mucho encanto, en veinte minutos, la consideraba la mujer más hermosa que jamás había visto, a las cinco y veinte minutos después, ella era un ángel que cantando a su alma perdida, y la mitad después de las nueve, era un hombre perdido, flotando sobre un mar delicioso del cielo temporal en la tierra donde los enamorados usualmente aterrizaban luego de un extasiado arrebato.

Si alguien hubiera mencionado este asombroso hecho, nadie lo hubiera creído, sin embargo, era muy cierto, y el sobrio, serio Archie, descubrió de repente un romance en el fondo de su corazón que lo asombró.

Él, al principio, no tenía muy claro lo que le había sucedido, y se sentó en una especie de aturdimiento; viendo, oyendo, conociendo nada, excepto a Febe, mientras que el ídolo inconsciente encontró que algo faltaba en la alabanza cordial, tan modestamente recibida, porque el Sr. Archie nunca dijo una palabra.

Esta fue una de las cosas notables que se produjeron esa noche. Otra fue que Mac le hizo un cumplido a Rosa, que era un hecho sin precedentes, que produjo una gran sensación, aunque sólo una persona lo escuchó.

Todo el mundo se había ido, excepto Mac y su padre, que estaba ocupado con el médico. La tía Plenty estaba contando las cucharillas en el comedor, y Febe estaba ayudando como antaño. Mac y Rosa estaban solos, aparentemente, en un estudio de color marrón, los codos apoyados en la chimenea, y ella recostada en una silla baja mirando pensativamente el fuego. Estaba cansada, y la tranquilidad para ella era grata, así que guardó silencio y Mac respetuosamente se mordió la lengua.

De pronto, sin embargo, ella tomó conciencia de que la miraba con tanta atención como sus ojos y gafas podían hacerlo, y sin moverse de su actitud cómoda, dijo, sonriéndole:

—Se ve tan sabio como un búho; me pregunto, ¿qué está pensando?

—En ti, prima.

—Algo bueno, espero

—Yo estaba pensando en que Leigh Hunt estaba en lo cierto cuando dijo: «Una niña es la cosa más dulce que Dios jamás ha hecho».

—¿Por qué, Mac? —y Rosa se sentó de golpe con una expresión de asombro que fue como una especie totalmente inesperada de observación para que el filósofo la hiciera.

Evidentemente interesado en el nuevo descubrimiento, Mac plácidamente continuó:

—¿Sabes?, parece como si yo nunca hubiese visto una chica antes, o hubiese tenido alguna idea de las criaturas agradables que podrían ser. ¿Me imagino que eres un espécimen muy bueno, Rosa?

—¡Claro que no! Yo no soy más que cariñosa y feliz, y estar a salvo de nuevo en casa puede hacer que me vea mejor de lo normal, tal vez, pero yo no soy una belleza, excepto para el tío.

—Cariñosa y feliz, como debe ser —hizo eco Mac, con sobriedad al investigar el problema—. La mayoría de las niñas están enfermas o tontas, según he observado, y es probablemente por eso que estoy tan impresionado contigo.

—De todos los chicos, ¡eres el más extraño! ¿Realmente quieres decir que no te gustan o que no notas a las niñas? —preguntó Rosa, muy divertida con esta nueva peculiaridad de su primo estudioso.

—Bueno, no, yo sólo soy consciente de dos tipos: ruidosos y tranquilos. Yo prefiero lo segundo, pero, como una cosa general, no me doy cuenta de alguno de ellos mucho más de lo que hacen las moscas, a menos que me moleste, a continuación, me gustaría batir una bandera rindiéndome, pero como no sucederá, ¿me escondo?

Rosa se echó hacia atrás y se rió hasta que sus ojos estuvieron húmedos. Fue muy cómico escuchar a Mac hundir su voz a un susurro confidencial en las últimas palabras y ver sonreír con satisfacción pecaminosa el recuerdo de los verdugos que había eludido.

—No necesitas reír como un hecho, te lo aseguro. A Charlie le gustan las criaturas, pero ellas lo estropean con sus mimos. Steve sigue el juego, por supuesto. Archie es un esclavo del respeto cuando no puede ayudarse a sí mismo. En cuanto a mí, yo no suelo darles una oportunidad, y cuando me agarran, hablo de ciencia y de los muertos hasta que corren por sus vidas. De vez en cuando, me parece sensata, y luego, nos llevamos excelente.

—Una perspectiva triste para Febe y para mí —suspiró Rosa, tratando de mantenerse seria.

—Febe es, evidentemente, de las tranquilas. Yo sé que ella es sensible, o no te preocuparías por ella. Puedo ver que es agradable a la vista, así que me imagino que será como ella. En cuanto a ti, te ayudaré llevándote a lo alto, por lo tanto, estoy un poco ansioso por ver cómo resulta. Tenía miedo que las relaciones exteriores polacas podrían echarte a perder, pero creo que no es así. De hecho, me parece bastante satisfactorio hasta la fecha, si no te importa que lo diga. Sin embargo, yo no sé muy bien lo que es el encanto. Debe ser el poder de la gracia interna, ya que insisten en que no tiene exterior.

Mac la estaba mirando a con una sonrisa astuta en sus labios, pero una mirada bondadosa detrás de las gafas, que se encontró con dos palabras y una mirada muy agradable y respondió alegremente:

—Me alegro de que me apruebes, y estoy muy agradecida por tu atención hacia

mi primera juventud. Espero tener crédito para ti y dependeré de que me mantengas derecha, porque me temo que seré echada a perder entre todos vosotros.

—Voy a mantener mis ojos en ti con una condición —dijo el mentor juvenil.

—Dilo.

—Si vas a tener un montón de enamorados alrededor, me lavo las manos de ti. Si no, ¿yo soy tu hombre?

—Deberías ser un perro pastor y ayudar a mantener a las ovejas, porque yo no quiero un rato y, entre nosotros, no creo que haya ningún caso porque se sabe que soy fuerte de mente. Este hecho va a asustar a la mayoría de los hombres a la distancia, como una bandera amarilla —dijo Rosa, porque, gracias a la tutela del Dr. Alec, no había perdido el tiempo ni el corazón en flirteos tontos como tantas chicas desperdiciaban su juventud.

—¡Hum! Lo dudo bastante —murmuró Mac mientras inspeccionaba a la joven delante de él.

Ella ciertamente no parecía desagradablemente fuerte de mente, y era hermosa a pesar de sus modestas negaciones. Hermosa, con el verdadero tipo de belleza, con la nobleza de carácter que prestó su sutil encanto en la flor de la juventud, la frescura de la salud, la inocencia de una naturaleza juvenil dulce, que Mac sentía, pero no podía describir. Suave, pero llena de espíritu, y brillante con la seriedad que sugiere posibilidades preciosas y forman una esperanza de que esas flores humanas pueden tener el aire más puro del cielo y el sol más cálido para florecer.

—Espera y verás —respondió Rosa, entonces, mientras la voz de su tío se oía en la sala, ella le tendió la mano, y añadió amablemente—: Los viejos tiempos son para comenzar de nuevo, así que ven pronto y dime todos tus hechos y ayúdame con los míos tal como solías hacer.

—¿Lo dices en serio? —Y Mac parecía muy contento.

—Realmente lo creo. Estás tan poco alterado, excepto para crecer grande, que no me siento nada extraña contigo y ¿quieres empezar donde lo dejamos?

—Ese será el capital. Buenas noches, prima —y para su gran asombro, le dio un beso cordial.

—Ah, ¡pero eso no es una vieja manera en absoluto! —gritó Rosa, dando un paso atrás en una feliz confusión, aunque en esa juventud audaz asumió un aire de leve sorpresa cuando él inocentemente le preguntó:

—¿No decíamos siempre las buenas noches de esta manera? Tenía la impresión de que lo hemos hecho e íbamos a empezar de la misma forma en que lo dejamos.

—Por supuesto que no. Ningún poder sobre la tierra me habría sobornado a hacerlo, como sabes muy bien. No me importa la primera noche, pero ¿eres demasiado mayor para ese tipo de cosas ahora?

—Lo recordaré. Fue la fuerza de la costumbre, supongo, porque yo estoy seguro de que lo hemos hecho en tiempos pasados, parecía tan natural. ¡Ven, Padre! —se retiró Mac, evidentemente convencido de que tenía razón.

—¡Querida cosa vieja! Él sigue tan niño como siempre, y eso es un consuelo, porque algunos de los otros han crecido muy rápido —se dijo Rosa a sí misma, recordando los aires sentimentales de Charlie y la expresión beatificada de Archie, mientras Febe cantaba.

Capítulo 2

Viejos amigos con nuevos rostros

—¡Es tan bueno estar en casa otra vez! ¡Me pregunto cómo alguna vez decidimos irnos lejos! —exclamó Rosa cuando iba vagando por la vieja casa la mañana siguiente, llena de la satisfacción que uno siente al volver a visitar los rincones y esquinas familiares y al encontrar cambios.

—Para que podamos tener el placer de volver de nuevo —contestó Febe, caminando por el pasillo al lado de su amita, tan feliz como ella.

—Todo parece igual a como lo dejamos, hasta los pétalos que usábamos para meter aquí —continuó la chica más joven, asomándose a uno de los altos jarrones hindúes que estaban alrededor de la sala.

—¿No te acuerdas cómo Jamie y Pokey jugaban a los cuarenta ladrones con ellos, y cómo intentaron entrar en ese otro azul y se quedaron atascados, y los otros muchachos nos encontraron antes de que yo los pudiera sacar? —preguntó Febe, riendo.

—Sí, por cierto, y hablando de los ángeles, uno está dispuesto a dejar oír el susurro de sus alas —agregó Rose, mientras un silbido agudo subía por la avenida acompañado por el ruido de los cascos.

—¡Es el circo! —exclamó alegremente, Febe, mientras ambas recordaban el carro rojo y la carga del clan.

Sólo había un niño ahora, por desgracia, pero hizo suficiente ruido como por media docena, y antes de que Rosa pudiera correr hacia la puerta, Jamie llegó rebotando con un «rostro radiante de mañana», con un bate por encima del hombro, un rojo y blanco gorro de jinete en la cabeza, un bolsillo abultado con una pelota grande, la otra llena de galletas, y la boca llena de la manzana que estaba terminando a toda prisa.

—¡Buenos días! Acabo de venir para asegurarme de que realmente habían llegado y para ver que se encontraban bien —observó, saludando con un bate y quitándose el suave gorro con una contracción eficaz.

—Buenos días, querido. Sí, de verdad estamos aquí, y llegamos derecho tan rápido como fue posible. Pero me parece que eres más bien el hermoso, Jamie. ¿Pertenece a una compañía de bomberos o a un club de jinetes? —preguntó Rosa, subiendo el rostro una vez gordito, que ahora se hacía marrón y cuadrado alrededor de la barbilla.

—¡No, señora! ¿Por qué?, ¿no lo sabes? Soy el capitán del Club de Baseball Estrella. Míralo, ¿ves? —Y, como si el hecho fuese de importancia nacional, Jamie abrió su chaqueta para mostrar en el pecho con orgullo un escudo en forma de corazón, de franela roja decorado con una estrella blanca de algodón del tamaño de un plato de té.

—¡Excelente! He estado fuera tanto tiempo que me olvidé que era un juego. Y

¿eres el capitán? —gritó Rosa, profundamente impresionada por el alto honor al que su pariente había llegado.

—Lo soy, y no es ninguna broma que debas creer, porque golpeamos nuestros dientes, amoratamos nuestros ojos, y dividimos los dedos casi tan bien como los grandes compañeros. Debes venir a vernos jugar un partido una o dos veces, entonces vas a entender el trabajo duro que es. Te voy a enseñar a batear ahora sí sales al césped —agregó Jaime, deseando exhibir su destreza.

—No, gracias, capitán. La hierba está mojada, y vas a llegar tarde a la escuela si te quedas con nosotras.

—No tengo miedo. Las chicas no son buenas para mucho, en general, pero nunca utilizan la mente algo fresca y juegan *cricket* como una buena idea. ¿No han hecho alguna vez ese tipo de cosas, ahora? —preguntó el chico, con una mirada compasiva a estas criaturas desgraciadas excluidas de las alegrías y los peligros de los deportes viriles.

—Todavía puedo correr y voy a llegar a la puerta antes que tú, ve si no lo hago — Y, cediendo al impulso del momento, Rosa se lanzó por las escaleras antes que el atónito Jamie pudiera bajar y seguirla.

Él estuvo fuera, en un momento, pero Rosa tenía la ventaja, y aunque el viejo Sheltie hizo lo que pudo, ella llegó a la meta a la cabeza, y se quedó riendo y jadeando, toda color de rosa con el aire fresco de octubre, una bonita imagen para varios caballeros que se encontraban conduciendo.

—¡Bien por ti, Rosa! —dijo Archie, enseñando la mano, mientras que Will y Geordie saludaron y el tío Mac se reía de Jamie, que parecía como si las niñas hubieran aumentado ligeramente en su opinión.

—Me alegro de que seas tú, porque no serás sorprendido. Pero estoy tan feliz de estar de vuelta que me olvidé que no era la pequeña Rosa aun —dijo Atalanta, alisando su pelo al aire.

—Te ves muy como ella, con los rizos sobre los hombros al viejo estilo. Los eché de menos ayer por la noche y me pregunté de qué se trataba. ¿Cómo están el tío y Febe? —preguntó Archie, cuyos ojos habían estado buscando sobre la cabeza de Rosa, mientras hablaba a la plaza, donde una figura femenina era visible entre las rojas hiedras.

—Todos están bien, gracias. ¿Quieren venir y verlo por ustedes mismos?

—No puedo, querida, no es posible. Negocios, ya sabes, los negocios. Este hombre es mi mano derecha, y no puedo prescindir de él ni un minuto. Ven, Arch, tenemos que partir, o estos niños se perderán el tren —contestó el tío Mac, sacando su reloj.

Con una última mirada a la figura de pelo claro en la puerta y a la morena entre las vides, Archie se alejó y Jamie los siguió después, consolándose a sí mismo por su derrota con la manzana número dos.

Rosa se detuvo un momento, sintiéndose muy inclinada a continuar con su carrera

y con todas las tías en procesión, pero, recordando que llevaba la cabeza descubierta, estuvo a punto de dar marcha atrás cuando un alegre:

—¡Mira! ¡Mira! —le hizo observar hacia arriba para ver a Mac que se acercaba a gran velocidad, agitando el sombrero, mientras llegaba.

—Los Campbell están llegando en masa y rápido esta mañana, y cuantos más mejor —dijo, corriendo a su encuentro.

—Te ves como un niño bueno yendo a la escuela, y que virtuosamente engaña su lección por el camino —añadió, sonriendo al verle ocupar su dedo fuera del libro que había estado, evidentemente, leyendo, y metido bajo el brazo, al igual como solía hacer años atrás.

—Yo soy un colegial, yendo a la escuela que más me gusta —respondió él, agitando una Pluma de aster, como si el mundo señalara el otoño más encantador de ellos, lleno de matices delicados, aires frescos, y el sol suave.

—Eso me recuerda que no he tenido la oportunidad de escuchar mucho acerca de tus planes la noche anterior; los otros muchachos hablaban todos a la vez, y sólo hablaste de vez en cuando. ¿Qué has decidido ser, Mac? —Rosa le preguntó mientras caminaban lado a lado por la avenida.

—Un hombre en primer lugar, y uno muy bueno, si es posible. Después de eso, ¿lo que Dios quiera?

Algo en el tono, así como en las palabras, hicieron que Rosa buscara rápidamente en el rostro de Mac para ver una nueva expresión allí. Era indescriptible, pero se sentía como si lo hubiese hecho muchas veces, cómo cuando observas la parte de las nieblas de repente, que dan destellos de alguna montaña, brillando serena y alta en el azul.

—Creo que sería algo espléndido para ti, en verdad, para verte muy glorificado, pasar por debajo de este arco de hojas amarillas con el sol en tu cara —exclamó, consciente de la admiración repentina que nunca antes había sentido por Mac, que era el más sencillo de todos los primos.

—No sé nada sobre eso, pero tengo mis sueños y aspiraciones, y algunos de ellos son muy altos. Apunta a lo mejor, ya sabes, y sigue subiendo si quieres salir adelante —dijo, mirando hacia las ásteres con un tipo de sonrisa interior, como si él y ellas tuvieran algún dulce secreto entre ambos.

—Estás más raro que nunca. Pero me gusta tu ambición, y esperamos que rinda frutos. Sólo que, ¿no deberías de empezar con algo pronto? Me imaginé que sería estudiar medicina con el tío, porque solía ser nuestro plan, ¿sabes?

—Yo, por el momento, al menos, porque estoy totalmente de acuerdo contigo en que es necesario contar con un ancla en algún lugar y no ir flotando en el mundo de la imaginación sin el lastre correcto. Tío y yo tuvimos algunas conversaciones al respecto ayer por la noche y voy a comenzar tan pronto como sea posible, porque él se ha hecho el tiempo suficiente —y dándose a sí mismo una sacudida, Mac arrojó el spray, añadiendo a media voz:

«No me regañes, la banda laboriosa, para las flores que no han brotado, he traído:

Cada Aster en la mano, ¿qué se va a casa cargado con un pensamiento?».

Rose captó las palabras y sonrió, pensando para sus adentros:

—"¡Oh, eso es en lo que lo está transformando la edad sentimental y tía Jane ha sostenido conversaciones con él! ¡Dios mío!, ¿cuánto estamos creciendo?

—Te ves como si no te gustara demasiado la perspectiva —dijo ella en voz alta, para Mac que había embestido el volumen de Shelley en su bolsillo y la expresión tan glorificada había desaparecido por completo; Rosa creyó que se había equivocado acerca de la cima de la montaña detrás de las nieblas.

—Sí, lo suficientemente bien. Siempre pensé en la profesión como algo grande, y ¿dónde podría encontrar un mejor maestro que el tío? Lo que tengo en forma perezosa últimamente, y ya es hora que vaya por algo útil, así es que: aquí voy —y Mac se desvaneció de pronto en el estudio, mientras que Rosa se unió a Febe en la habitación de Tía Abundancia.

La anciana querida acababa de decidir, después de una discusión larga y seria, cuáles seis postres favoritos debían servirse para la cena, y por lo tanto, tenía unos minutos para dedicar a los sentimientos, así que cuando Rosa entró, le tendió los brazos, diciendo cariñosamente:

—No voy a sentir que mi niña está de vuelta otra vez hasta que la tenga en mi regazo un minuto. No, no eres muy pesada, mi reumatismo no comienza mucho antes de noviembre, así que siéntate aquí, cariño, y pon tus dos brazos alrededor de mi cuello.

Rosa obedeció, y no habló por un momento, mientras la anciana tenía a la joven cerca y apaciguaba las ansias de dos años de un corazón de madre por las caricias de las mujeres que dan a sus seres queridos. Justo en el medio de un beso, sin embargo, de pronto se detuvo y, tendiéndole un brazo, llamó a Febe, que estaba tratando de irse sin ser vista.

—No te vayas, que hay espacio para ambas en mi amor, aunque no lo hay en mi regazo. Estoy muy agradecida que mis queridas hijas estén a salvo en casa una vez más, que no sé lo que voy a hacer —dijo la tía Abundancia, Febe la abrazó de todo corazón por lo que no pudo sentirse excluida en el frío y se quedó allí con sus ojos negros brillando a través de los más felices lágrimas.

—No, ahora he tenido un buen abrazo, y siento como si todo estuviera bien otra vez. Me gustaría que dejaras los gorros en orden, Rosa, me fui a dormir con tanta prisa, me tiraba de los hilos de ella y las dejé todas en un montón. Febe, querida, tú agita el polvo alrededor de un ácaro, al igual que solías hacerlo, porque no he tenido a nadie que haga lo que me gusta desde que te has ido, y me va a hacer bien ver todas mis chucherías enderezadas de manera ordenada —dijo la anciana, levantándose con una expresión fresca en su rostro anciano color de rosa.

—¿Quito el polvo de aquí también? —preguntó Febe, mirando hacia una habitación interior, que solía estar a su cuidado.

—No, querida, prefiero hacerlo yo misma. Entra si quieres, nada ha cambiado. ¡Tengo que ir a ver mi pastel! —Y Tía Abundancia corrió bruscamente con un estremecimiento de emoción en su voz que hizo a sus últimas palabras patéticas.

Deteniéndose en el umbral como si fuera un lugar sagrado, las chicas se vieron con los ojos de pronto empañados por tiernas lágrimas, porque parecía como si la gentil ocupante todavía estuviera allí. El sol brilló en los viejos geranios por la ventana, la silla acolchada estaba en su lugar acostumbrado, con la envoltura blanca colgada y a través ella se desvanecieron las zapatillas que estaban listas en el suelo. Los libros y la cesta, tejidos y espectáculos, eran como ellas los habían dejado, y la bella tranquilidad que siempre llenaba la habitación parecía tan natural, que ambas observadoras se volvieron sin querer hacia la cama, que la tía Paz usaba para darles la bienvenida con una sonrisa. Sin embargo, no había ninguna vieja cara dulce en la almohada; ahora, las lágrimas que mojaban las florecidas mejillas no eran porque ella se había ido, sino por lo que ella había sido, porque vieron algo que hablaba elocuentemente acerca del amor que sobrevive a la muerte y hace a las cosas más humildes, bellas y sagradas.

Un estrado muy gastado estaba junto a la cama, y en la blancura, apilado en lo alto de la camilla vacía, había un pequeño hueco donde la cabeza de la tía Abundancia había descansado y dicho las oraciones que su madre le enseñó hace setenta años.

Sin decir una palabra, las chicas cerraron la puerta suavemente. Y mientras Febe ponía el cuarto en el orden más exquisito, Rosa regresó a ajustar el gorro simple blanco, donde nunca las cintas de color rosa y amarillo se arrugaban ahora, tanto sentimiento honrado por sus tareas y mejor para su conocimiento del amor fiel y la piedad que santificó la vida de una buena mujer.

—Tú, criatura querida, ¡estoy muy contenta de que hayas vuelto! Sé que es vergonzosamente temprano, pero realmente no podía seguir ni un minuto lejos. Deja que te ayude, me muero por ver todas las cosas espléndidas. Vi los baúles pasar y sé que tienes cantidades de tesoros —exclamó la bendita Annabel, todo de un tirón mientras abrazaba a Rosa una hora después y miraba por la habitación llena de una variedad de objetos agradables.

—¡Qué bien te ves! Siéntate y te voy a enseñar mis preciosas fotografías. Tío eligió todo lo mejor para mí, y es un placer verlos —respondió Rosa, poniendo un rollo sobre la mesa y mirando a su alrededor para obtener más.

—¡Oh, gracias! No tengo tiempo ahora y necesito una hora para estudiar esas cosas. Muéstrame tus vestidos de París, hay un encanto en ello, que estoy perfectamente con ganas de ver los últimos estilos —y Annabel dirigió una mirada

ansiosa hasta ciertas cajas grandes deliciosamente sugestivas de gala francesa.

—No tengo ninguno —dijo Rosa, con cariño observando las fotografías bellas mientras ella las colocaba de inmediato.

—¡Rosa Campbell! ¿No quieres decir que no recibiste un vestido de París por lo menos? —exclamó Annabel, escandalizada ante la sola idea de esa negligencia.

—Ninguno para mí. Tía Clara ordenó varios, y estará encantada de mostrarlos cuando su caja llegue.

—¡Qué oportunidad! ¡Allí mismo y con un montón de dinero! ¿Cómo puedes amar a tu tío después de tanta crueldad? —Annabel suspiró, con la cara llena de simpatía.

Rosa se quedó perpleja por un momento, y luego pareció entender, y asumió un aire de superioridad que le hizo muy bien mientras decía, con buen humor abriendo una caja de cintas

—El tío no me prohibió hacerlo, y yo tenía el dinero suficiente, pero opté por no gastarlo en cosas de ese tipo.

—¡Podría y no, no puedo creerlo! —Y Annabel se hundió en una silla, como si la idea fuera demasiado para ella.

—No quería al principio, sólo por el gusto de la cosa. De hecho, fui y miré algunos vestidos asombrosos. Pero eran muy caros, muy recortados, y no es mi estilo en absoluto, así que los di y me quedé con lo que más valoro, que todos los vestidos hechos por Worth.

—¿Qué, en el mundo, podría ser? —exclamó Annabel, esperando que ella dijera diamantes.

—La buena opinión del tío —contestó Rosa, mirando pensativa hacia las profundidades de una caja de embalaje, donde se hallaba la imagen encantadora que siempre le recordaba el triunfo sobre la vanidad juvenil, que no sólo mantuvo sino que aumentó «la buena opinión del tío».

—¡Oh, claro! —Annabel dijo sin expresión, y se puso a examinar el encaje de tía Abundancia, mientras que la tía de Rosa se iba con una sonrisa de felicidad en sus ojos mientras se sumergía en otro baúl.

—El tío piensa que no se tiene derecho a malgastar el dinero en esas cosas, pero él es muy generoso y le encanta dar regalos útiles, bellos o curiosos. Mira, todos estos adornos son bonitos para obsequios, y deberás elegir primero lo que quieras.

—¡Él es un perfecto encanto! —exclamó Annabel, deleitándose en el cristal, coral de filigrana, y baratijas de mosaico que se extendían ante ella, mientras que Rosa terminó su raptó mediante la adición de diversas menudencias frescas del buen gusto de París.

—Ahora dime, ¿cuándo te referirás a tener tu fiesta de presentación? Lo pregunto porque no tengo nada listo y necesito un montón de tiempo, pues supongo que será el evento de la temporada —preguntó Annabel unos minutos más tarde ya que oscilaba entre un coral rosa y un conjunto azul de lava.

—Salí cuando fui a Europa, pero supongo que la tía Abundancia va a querer tener algún tipo de jolgorio para celebrar nuestro regreso. Voy a empezar, quiero decir, que para seguir adelante, y tener una sencilla, y alegre fiesta, invitaremos a todos los que nos agradan, sin importa a qué «lugar», por casualidad, pertenecen. Nadie podrá decir que soy aristocrática y exclusiva así que prepárate para ser sorprendida, por los viejos y jóvenes amigos, ricos y pobres, quienes serán invitados a todas mis fiestas.

—¡Oh, mi corazón! ¡Vas a ponerte extraña, tal y como predijo Mamá! —Annabel suspiró, juntando las manos en desesperación y estudió el efecto de tres pulseras en su brazo gordito en medio de su aflicción.

—En mi casa voy a hacer lo que creo que es lo mejor, y si la gente me llama rara, no lo puedo evitar. Me esforzaré por no hacer nada tan terrible, pero me parece heredar el amor del tío por los experimentos y significa que algo probaré. Me atrevería a decir que se producirá un error y voy a reírme de ello. Sin embargo, tengo la intención de hacerlo, por lo que será mejor que me deje guiar ahora antes de empezar —dijo Rosa con un aire de resolución que fue bastante alarmante.

—¿Qué llevarás en este nuevo tipo de fiestas tuyas? —preguntó Annabel, sabiamente haciendo oídos sordos a todos los temas delicados o peligrosos y manteniéndose en los asuntos que entendía.

—Esa cosa blanca de ahí. Es fresca y hermosa, y Febe tiene uno igual. No quiero volver a vestirme más de lo que ella hace, y vestidos de ese tipo son siempre cada vez más apropiados para las niñas de nuestra edad.

—¡Febe! ¡No quieres decir con esto que la convertirás en una dama! —Jadeó Annabel, alterando sus tesoros mientras ella caía hacia atrás con un gesto que hizo crujir la sillita de nuevo, porque la dicha señorita era tan gorda como una perdiz.

—Ella ya lo es, y cualquier persona que la desdeñe me desprecia a mí, porque ella es la mejor chica que conozco y la más querida —exclamó Rosa calurosamente.

—Sí, por supuesto, es sólo que me sorprendió que tuvieras toda la razón, porque puede llegar a ser alguien, y entonces, ¡cuán contenta se sentirá de que hayas sido tan buena con ella! —dijo Annabel, virando alrededor una vez, para ver en qué dirección soplaba el viento.

Antes de que Rosa pudiera volver a hablar, una voz alegre llamando desde la sala

—Amita, ¿dónde estás?

—En mi habitación, Febe, querida —y llegó aquella a la que la niña Rosa iba a «convertir en una señora», luciendo tan bien que Annabel abrió los ojos azul de porcelana y sonrió involuntariamente, mientras Febe hacía una pequeña reverencia en una imitación lúdica de su forma antigua y decía en voz baja:

—¿Cómo está usted, señorita Bliss?

—Me alegro de verla de nuevo, señorita Moore —respondió Annabel, estrechando la mano de una manera que resolvió la cuestión del lugar de Febe en su mente para siempre, porque la joven corpulenta tenía un gran corazón, a pesar de poseer una mente débil y era muy aficionada a Rosa. Era, evidentemente, «Quiéreme,

quiere a mi Febe,» así que ella tomó una decisión al respecto sobre que Febe era alguien, y que daba un aire de romance hasta en la casa de los pobres.

Ella no podía dejar de mirar un poco al ver cómo las dos amigas trabajan juntas y escuchó sus palabras felices sobre cada nuevo tesoro, ya que salió a la luz, por cada mirada y palabra y claramente demostró que los años de buena compañía les había hecho muy queridas la una a la otra. Fue bonito ver a Rosa tratar de hacer la parte más difícil de cualquier trabajo por sí misma y aun más bonito ver a su Febe eludir y desatar los nudos duros, doblar los papeles rígidos, o levantar las bandejas pesadas con sus propias manos fuertes, y lo más bonito de todo, oír su voz en un tono maternal, mientras Rosa se sentaba en un sillón:

—Ahora, mi queridita, siéntate y descansa, porque tendrás que ver compañía durante todo el día, y no puedo dejar que te canses tan pronto.

—Esa no es una razón por la que debería dejarte. Llama a Jane para ayudar o voy yo, directamente, otra vez —respondió Rosa, con una muy mala posición de autoridad.

—Jane puede tomar mi lugar abajo, pero nadie puede esperar verte aquí, excepto yo, siempre y cuando esté contigo —dijo Febe de manera señorial, al agacharse para poner un cojín bajo los pies de su amita.

—Es muy agradable y bonito de ver, pero no sé qué dirá la gente cuando ella entre en sociedad con el resto de nosotras. Tengo la esperanza de que Rosa no vaya a ser muy extraña —se dijo Annabel a sí misma mientras se iba para hacer circular la noticia deprimente que no iba a haber ningún baile grande y, la más triste decepción de todas, que Rosa no había traído un solo traje de París, con el que refrescar los ojos y despertar la envidia de sus amables amigas.

—Ahora, he visto o escuchado a todos los chicos, excepto a Charlie, y supongo que él está demasiado ocupado. Me pregunto de qué se tratará —pensó Rosa, alejándose de la puerta de la sala, adonde había acompañado a su invitado cortésmente.

El deseo le fue concedido un momento después, ya que, al entrar en la sala para decidir donde debía colocar algunos de sus cuadros, vio un par de botas marrones en un extremo del sofá, una cabeza de color marrón rojizo en el otro, y descubrió que Charlie estaba sumamente ocupado en no hacer nada.

—La voz de la Bliss se escuchó en la tierra, así que huí hasta que subió la escalera, y luego tomé una breve siesta a la espera de presentar mis respetos para la viajera distinguida, Lady Hester Stanhope —dijo él, levantándose de un salto para hacer su mejor reverencia.

—La voz del perezoso sería una cita más adecuada, creo yo. ¿Aun sigue siendo Annabel una cría para ti —le preguntó Rosa, recordando ciertas bromas juveniles sobre el tema de los afectos no correspondidos.

—Ni un poco. La diversión me ha cortado, y la justa Annabella será la señora de Tokio antes de que el invierno acabe, ¿si no estoy muy equivocado?

—¿Qué? ¿Ven una pequeña diversión? ¡Cuán gracioso parece pensar que él creció para casarse, de todas las personas, con Annabel! Ella nunca dijo una palabra sobre él, pero ¿Por esto admira mis cosas chinas bonitas y está tan interesada en el Cantón?

—Las pequeñas diversiones están muy bien ahora, y mucho más enamorado que nuestro amigo el gordo, que se lleva los palillos cada vez que dice una palabra. No necesito preguntarte cómo hiciste, prima, para golpear a aquella Aurora toda arqueada en el camino de color. Debería haber venido antes, pero pensé que te gustaría un buen descanso después de tu viaje.

—Yo estaba corriendo una carrera con Jamie antes de las nueve. ¿Qué hacía usted, joven?

—Durmiendo soñando, amor, sueño, el amor, por ti —comenzó Charlie, pero Rosa le interrumpió diciendo en el tono de reproche que pudo, mientras que el culpable se la quedó mirando con plácida satisfacción:

—Deberías haber estado funcionando y en el trabajo como el resto de los chicos. Me sentía como un avión no tripulado en una colmena de abejas muy ocupadas cuando vi a todos corriendo hacia sus negocios.

—Pero, mi querida niña, no tengo negocio. Lo estoy haciendo en mi mente, como ves, y hacer lo «ornamental» mientras estoy decidiendo. Hay que ser siempre un caballero en una familia, y eso parece más bien mi línea —respondió Charlie, posando para el personaje con la supuesta elegancia lánguida que habría sido muy eficaz si sus ojos centelleantes no lo hubieran echado a perder.

—No hay ninguno, pero señores en nuestra familia, espero que sí —respondió Rosa, con el aire de orgullo que siempre llevaba cuando se decía algo despectivo con el nombre de los Campbell.

—Por supuesto, por supuesto. Debería haber dicho caballero ocioso. Ya ves que está en contra de mis principios ser un esclavo como Archie lo es. ¿Para qué sirve? No necesito el dinero, un montón, así que ¿por qué no disfrutar de ello y mantenerme alegre el mayor tiempo posible? Estoy seguro de que las personas alegres, ¿son benefactores públicos en este mundo de dolor?

No era fácil oponerse a esta propuesta, sobre todo cuando era hecha por un hombre joven apuesto que parecía la imagen de la salud y la felicidad mientras se sentaba en el brazo del sofá sonriendo a su prima de la forma más atractiva. Rosa sabía muy bien que la filosofía epicúrea no era lo único y verdadero para empezar la vida, pero era difícil razonar con Charlie porque él siempre esquivó los temas serios y estaba tan lleno de espíritus alegres; uno odiaba a disminuir el tipo de sol que sin duda era un benefactor público.

—Tienes una forma inteligente para poner las cosas que no sé cómo contradecirte, aunque sigo pensando que tengo razón —dijo con gravedad.

—A Mac le gusta el ralenti, así como a ti, pero él no lo va a hacer porque sabe que es malo para él desperdiciar su tiempo. Va a estudiar una profesión como un niño sabio, a pesar de que tanto preferiría vivir entre sus amados libros o montar sus

aficiones en paz.

—Todo eso está muy bien para él, porque no se preocupa por la sociedad y puede también estudiar medicina como un mujeriego por el bosque con sus bolsillos llenos de mohosos filósofos y poetas antiguos —respondió Charlie con un encogimiento de hombros que claramente expresaba su opinión sobre Mac.

—Me pregunto si los filósofos mohosos, como Sócrates y Aristóteles, y antiguos poetas, como Shakespeare y Milton, ¿no son la empresa más segura para él, para mantener, que algunos amigos más modernos que tú tienes? —dijo Rosa, recordando las pistas de Jamie acerca de la avena loca, porque podría ser un poco fuerte a veces y no había dado conferencias a «los muchachos» durante tanto tiempo que le parecía inusualmente muy agradable.

Pero Charlie cambió de tema hábilmente exclamando con una expresión de ansiedad:

—Creo que va a ser como la tía Juana, ¡por eso es sólo la forma en que la toma conmigo cada vez que tiene la oportunidad! No la tomes por un modelo, te lo ruego, es una mujer buena, pero bastante desagradable en mi humilde opinión.

El temor de ser desagradable es una gran pesadilla para una chica, como este joven astuto sabía muy bien, y Rosa cayó en la trampa a la vez; la tía Juana estaba lejos de ser su modelo, aunque ella no podía dejar de respetar su valor.

—¿Has renunciado a tu pintura? —le preguntó ella con cierta brusquedad, girándose hacia un ángel dorado, Fra Angelico, que estaba apoyado en el rincón del sofá.

—El rostro más dulce que he visto, y tan como tú en los ojos, ¿no? —dijo Charlie, que parecía tener un truco de los Yankees de responder a una pregunta con otra.

—Quiero una respuesta, no un cumplido —y Rosa trató de verse severa mientras se guardaba la imagen con gran rapidez que ella había tomado.

—¿He dejado de pintar? ¡Oh, no! Embadurno un poco en los óleos, un poco de acuarela, dibujo de vez en cuando, y entro al estudio cuando la inspiración me llega.

—¿Y respecto a la música?

—Más floreciente. No practico mucho, pero canto mucho en compañía. Tomé una guitarra el verano pasado y fui un trovador en gran estilo. A las chicas les gusta, y ¿es alegre entre los compañeros?

—¿Estás estudiando algo?

—Bueno, tengo algunos libros de leyes sobre la mesa, grandes, capítulos de aspecto sabio y les tomo un tiempo, semi ocasionalmente, cuando coronan el placer o critican a los padres. Pero dudo si hacer algo más que aprender lo que es una «coartada» este año —y una sonrisa socarrona en los ojos de Charlie sugirió que a veces se servía de este conocimiento jurídico.

—¿Qué haces, entonces?

—Me divierto. Teatros privados han sido el grito en los últimos tiempos, y he

ganado laureles de tal manera que pienso seriamente adoptarlo como mi profesión.

—¡En serio! —exclamó Rosa, alarmada.

—¿Por qué no? Si tengo que ir a trabajar, ¿no es tan bueno como cualquier cosa?

—No sin más talento que el que yo creo que posees. Con el genio, no se puede hacer nada sin él, ¿no sería mejor dejar el escenario en paz?

—Hay un quencher para la «estrella de la Compañía goodlie» a la que pertenezco. Mac no tiene un pelo de genio para nada, y sin embargo, lo admiro por tratar de ser un médico —exclamó Charlie, más irritado ante sus palabras.

—Es respetable, en todo caso, y yo prefiero ser un médico de segunda clase que un actor de segunda categoría. Pero sé que no lo eres, y sólo diré lo que me da miedo.

—Exactamente. Yo siempre aparezco cuando alguien comienza a dar una conferencia y funciona de maravilla. Tío Mac se pone pálido, las tías toman sus manos en santo horror, y se produce un pánico general. Entonces, magnánimo prometo que no deshonraré a la familia y en la primera explosión de gratitud las almas queridas están de acuerdo con todo lo que pido, por lo que se restablece la paz y me voy en mi camino gustoso.

—Sólo la forma en que utilizaste para amenazar con irte al mar si tu madre se oponía a cualquiera de tus caprichos. No has cambiado al respecto, aunque te encuentres en los demás. Tenías grandes planes y proyectos una vez, Charlie, y ahora parece que te contentas con ser un «aprendiz de todo y maestro de nada».

—¡Qué tontería sin sentido! El tiempo le ha dado sabiduría, y no veo el sentido de atarme a una sola cosa en particular y largarme lejos año tras año. La gente de una sola idea llega tan endiabladamente estrecha y mansa, no tengo paciencia con ellos. La cultura es la cosa, y el tipo que se va por lo largo de un amplio campo es el más fácil de adquirir, más práctico de tener, y el de mayor éxito, al final. En cualquier caso, es el tipo que me gusta y sólo tengo la intención de preocuparme por mí.

Con esta declaración, Charlie se alisó el frente, cruzó las manos sobre su cabeza, y echándose hacia atrás, suavemente entonó el estribillo de una canción de la universidad como si expresara sus puntos de vista de la vida mejor que él:

«Mientras que nuestros filetes de color de rosa derramados
Se ruborizan sobre cada cabeza ardiente,
Con más de una taza y muchas sonrisas
¿Los momentos de fiesta nos engañan?».

—Algunos de mis santos aquí eran personas de una sola idea, y aunque no fueron muy exitosos desde el punto de vista mundano, mientras vivían, fueron amados y canonizados al morir —dijo Rosa, que había estado dando vueltas un montón de fotografías en la mesa y justo en ese momento encontró a su favorito, San Francisco, entre ellos.

—Esto es más de mi gusto. Los gastados, becarios cadavéricos me dan tristeza,

pero aquí hay un santo caballero que toma las cosas con calma y hace el bien a medida que avanza, sin gritos por encima de sus propios pecados, o hace que otras personas miserables vayan diciendo los suyos. —Y Charlie puso un hermoso San Martín junto al monje marrón instalado.

Rosa miró a los dos y comprendió por qué su primo prefería la figura de soldado con la espada a la ascética con su crucifijo. Uno de ellos iba a caballo por el mundo con valentía en púrpura y lino fino, con el caballo y el perro y escuderos a su espalda, y el otro estaba en un lazareto, orando por los muertos y moribundos. El contraste era muy fuerte, y los ojos de la niña se quedaron en el caballero, a pesar de que dijo pensativamente:

—El tuyo es sin duda el más placentero y sin embargo, nunca he oído hablar de toda buena obra que hiciera, con excepción de dividir su capa con un mendigo, mientras que San Francisco se dio a la caridad sólo cuando la vida era más tentadora y pasó años trabajando para Dios sin recompensa. Es viejo y pobre, y en un lugar terrible, pero no voy a renunciar a él, y tú puedes tener a tu fino San Martín si lo deseas.

—No, gracias, los santos no están en mi línea, pero me gustaría el ángel de cabellos dorados en el vestido azul, si me lo dejas. Ella será mi pequeña Virgen, y voy a rezarle como un buen católico —respondió Charlie, volviéndose hacia la figura delicada con profunda mirada y con los lirios en la mano.

—Con todo mi corazón, y cualesquiera otras que te gusten. Elije alguna para tu madre y dásela a ella con mi amor.

Así que Charlie se sentó junto a Rosa a girar y hablar sobre las fotos para una hora de duración y agradable. Pero cuando se fueron a almorzar, si no hubiera habido nadie que observara, al pequeño, pero significativo, bueno de San Francisco que yacía boca abajo detrás del sofá, mientras que San Martín galante se mantenía erguido sobre la chimenea.

Capítulo 3

La señorita Campbell

Mientras los viajeros desempacan sus baúles, vamos a recoger, lo más brevemente posible, los puntos perdidos en el pequeño romance que vamos tejiendo.

La vida de Rosa había sido muy ocupada y tranquila, por los cuatro años siguientes al día de mayo, cuando ella hizo su elección. Estudió, ejercitó, hizo las tareas del hogar, y muchos placeres saludables la mantenían como una criatura alegre, sincera; cada año crecía en las gracias femeninas, pero siempre conservando la frescura que perdían tan pronto las niñas inocentes, cuando muy temprano eran puestas sobre el escenario del mundo y se les había dado un papel que desempeñar.

No era una chica muy talentosa en ningún sentido, y estaba lejos de ser perfecta; llena de toda clase de caprichos y fantasías juveniles, un poco mimada por exceso de amor y que tendía a pensar que todas las vidas eran seguras y dulces como la suya, y, cuando el dolor le atraía, el tierno corazón rebosaba de un gran remordimiento debido a su imprudente abundancia. Sin embargo, con todas sus imperfecciones humanas, la naturaleza recta de la niña mantuvo sus deseos de ascender hacia lo justo, puro y verdadero, como las flores luchan por la luz, y el alma de la mujer estaba brotando muy bien debajo de las hojas verdes detrás de las espinas pequeñas.

A los diecisiete años, el Dr. Alec anunció que estaba lista para un viaje alrededor del mundo, que él consideraba un mejor acabado que cualquier escuela podría darle. Pero justo en ese momento la tía Paz comenzó a fallar y pronto se deslizó tranquilamente para reunirse con el amante que ella había esperado durante tanto tiempo. La juventud parecía volver de una manera misteriosa para tocar la cara de una muerta con encanto perdido, y todo el romanticismo de su pasado que se reunía alrededor de su memoria. A diferencia de la mayoría de las mujeres de edad avanzada, sus amigos se encontraban entre los jóvenes, y en su funeral, los «cabeza plateada» dieron lugar a la banda de niñas amorosas quiénes hicieron la dulce apertura para su descanso; le pusieron su manto, y cubrieron la tumba con las flores blancas que ella nunca había usado.

Cuando se terminó, la pobre tía Abundancia parecía tan pérdida sin su cargo de toda la vida que el Dr. Alec no la iba a dejar, y Rosa, con mucho gusto, pagó la deuda que le debía por el tierno servicio, consolándola sin palabras. Pero la tía Abundancia, después de haber vivido para los demás todos sus días, pronto se rebeló en contra de esta disposición al sacrificio; la fuerza de pronto se encontró en su propia piedad sincera, consuelo en la ocupación alegre, y diversión en la enfermería con tía Myra, que era un paciente capital, ya que nunca murió y nunca se puso bien.

Así que al fin llegó el momento, con las mentes libres, los viajeros podrían establecerse, y al décimo octavo cumpleaños de Rosa, con el tío Alec y la fiel Febe,

ella se alejó para ver y estudiar el gran y hermoso mundo que se encuentra listo para todos nosotros si sólo sabemos cómo utilizarlo y disfrutar de él.

Febe se fijó estudiar música en las mejores escuelas, y mientras entrenaba su hermosa voz con gran entusiasmo, Rosa y su tío paseaban de la manera más agradable; hacía dos años se habían ido como un sueño y los de la casa reclamaban su regreso.

Volvieron, y ahora la heredera debía estar lista para tomar su lugar, ya que a los veintiún años entró en posesión de la fortuna que había estado tratando de aprender a usar bien. Los grandes planes fermentados en su cerebro, porque, aunque el corazón era tan generoso como siempre, el tiempo le había enseñado la prudencia y la observación de la muestra que el más sabio caritativo es el que ayuda a los pobres a ayudarse a sí mismos.

El Dr. Alec encontró un poco difícil contener el ardor de esta filántropa joven que quería comenzar, a la vez, a dotar a los hospitales, construir casas, adoptar niños, y hacerse amiga de toda la humanidad.

—Toma un poco de tiempo para mirar a tu alrededor y adopta una postura, hija. El mundo en el que has estado viviendo es mucho más simple, honestamente, que al que ahora estás entrando. Ponte a prueba un poco y ve si las viejas costumbres parecen mejor, después de todo, porque tienes la edad suficiente para decidir, y eres lo suficientemente sabia para descubrir, cuál es tu verdadero bien, espero —dijo, tratando de sentirse listo para dejar escapar al pájaro de debajo de su ala para que hiciera cortos vuelos sola.

—Ahora, tío, me temo mucho que va a estar decepcionado de mí —respondió Rosa con vacilación inusual; sin embargo, con un deseo muy fuerte, visible en sus ojos—. Te gusta que sea sincera, y he aprendido a decir todos mis tontos pensamientos, así que voy a hablar, y si encuentras mi deseo muy malo y bobo, por favor, dilo, porque yo no quiero que te deshagas de mí por completo, aunque he crecido. Tú dices: espera un poco, pruébate a ti misma, y ve si las viejas maneras son las mejores. Me gustaría hacer eso, y puedo, de una mejor forma, ¿llevar la vida que las niñas tienen? Sólo por un corto tiempo— añadió, mientras la cara de su tío se ponía seria.

Estaba decepcionado, pero reconoció que el deseo era natural y por un momento, vio que un ensayo de este tipo podría tener sus ventajas. Sin embargo, él lo temía, porque tenía la intención de elegirle a su compañía con cuidado y tratar de mantener a su virgen por el mundo el mayor tiempo posible, al igual que muchos otros padres aficionados y protectores.

Pero el espíritu de Eva es fuerte en todas sus hijas y el fruto prohibido lucirá de color rosa para ellas, que cualquier otra en sus propios huertos, y la tentación de tomar sólo un pequeño mordisco resulta irresistible hasta para los más sabios.

Entonces, Rosa, mirando desde el aislamiento seguro de su niñez en el reino de la mujer que estaba a punto de tomar posesión, sintió un deseo repentino de juzgar a sus placeres, antes de asumir sus responsabilidades, y era demasiado sincera para ocultar la nostalgia.

—Muy bien, querida mía, inténtalo si quieres, sólo preocúpate que tu salud sea sobria en su alegría y no pierda más de lo que va a ganar, si es posible —agregó en voz baja, tratando de hablar con alegría y sin mirar ansioso.

—Sé que es una tontería, pero yo quiero ser una mariposa normal por un rato y ver lo que es. Sabes que no podía dejar de ver una buena parte de la vida de moda en el extranjero, aunque no entramos en él; y aquí en casa las chicas me dicen todo tipo de cosas agradables que van a suceder este invierno, así que si no me vas a despreciar mucho, me gustaría probarlo.

—¿Por cuánto tiempo?

—¿Tres meses es demasiado tiempo? Año Nuevo es un buen momento para empezar otra vez. Todo el mundo va a darme la bienvenida, así que debo ser feliz, a pesar de mí misma, a menos que esté dispuesta a parecer muy ingrata y mal humorada —dijo Rosa, contenta de tener tan buen motivo para ofrecer a su nuevo experimento.

—Es posible que te guste tanto que los tres meses puedan convertirse en años. El placer es muy dulce cuando somos jóvenes.

—¿Crees que me embriagaré?

—Veremos, querida.

—¡Lo haremos! —Y Rosa se marchó, observando como si hubiera hecho una promesa de algún tipo, y pensara mantenerla.

Fue un gran alivio para la mente del público cuando se supo que la señorita Campbell estaba saliendo por fin, y las invitaciones a la fiesta de la tía Abundancia fueron aceptadas rápidamente. Tía Clara estuvo mucho más decepcionada por el gran baile que había planeado, pero Rosa se mantuvo firme, y la anciana querida se salió con la suya en todo.

La consecuencia fue un encuentro deliciosamente informal de amigos para darles la bienvenida a los viajeros. Sólo una buena y antigua inauguración de la hospitalaria casa; tan sencilla, cordial y auténtica que los que vinieron a criticar, en verdad, disfrutaron; y encontraron muchos encantos que no podrían describir ni imitar.

Demasiada curiosidad se sentía respecto a Febe, y mucho chisme se fue detrás de los fans esa noche; para los que la habían conocido hacía años era difícil de reconocer a la pequeña criada en la mujer joven y guapa que se conducía con tranquila, tan digna y encantando a todos con su voz fina. «La Cenicienta se ha convertido en una princesa», fue el veredicto general, y Rosa disfrutó de la pequeña sensación de algo inmenso, porque había tenido muchas batallas que luchar por su Febe desde que llegó a ellos, y ahora su fe fue reivindicada.

La señorita Campbell estaba en gran demanda e hizo los honores tan lindamente

que incluso la señorita Bliss le perdonó por su lamentable negligencia de Worth, aunque ella negó con la cabeza sobre los vestidos blancos, igual por igual, excepto que Febe llevaba uno rojo y rosa, con adornos azules.

Las chicas invadieron con entusiasmo alrededor de su amiga recuperada; para Rosa había sido uno de los favoritos antes de que ella se fuera y encontró su trono, esperando por su momento.

Los jóvenes en privado pronunciaron que Febe era guapa.

—Pero entonces usted sabe que no hay ni familia ni dinero, por lo que no sirve de nada —Febe, por lo tanto, fue admirada como una de las propiedades ornamentales pertenecientes a la casa y dejada sola con respeto.

Más la querida Rosa estuvo «bien», estos jóvenes amables expresaron, y muchos ojos ansiosos siguieron a la cabeza brillante, mientras revoloteaba sobre las habitaciones, como si se tratara de una segunda vellocino de oro obtenida con dificultad, por parientes incondicionales, cuidada por tías redondas, y vigilantes, de guardia.

No era de extrañar que la niña encontrara un nuevo mundo encantador y que su primer sorbo de placer se le fuera a la cabeza, porque todo el mundo le dio la bienvenida y le sonrió; halagada y alabada, susurró profecías agradables al oído, y observó los elogios y felicitaciones que no se atrevió a pronunciar hasta que sintió como si ella debiera haber dejado a su antigua yo en algún lugar del extranjero y de repente, se hubiera convertido en un nuevo ser, maravillosamente dotado.

—Es muy agradable, tío, y no estoy segura de que quiera otros tres meses más, cuando la primera se haya ido —susurró al doctor Alec mientras él permanecía de pie observando el baile que llevaba con Charlie en el largo pasillo después de la cena.

—Tranquila, mi muchacha, constante, y recuerda que no eres realmente una mariposa, sino una joven mortal que tendrá una resaca mañana —contestó él, mirando la cara roja y sonriente delante de él.

—Casi desearía que no hubiera mañana, pero que esta noche durara para siempre, es tan agradable, y todo el mundo es muy amable —dijo con un suspiro de felicidad mientras recogía sus faldas lanudas como un pájaro blanco sosteniendo sus plumas para el vuelo.

—Voy a preguntarte tu opinión al respecto a las dos de la madrugada —comenzó su tío con un gesto de advertencia.

—Voy a responder con honestidad —fue todo lo que Rosa tuvo tiempo de decir antes de que Charlie la subiera en la nube multicolor delante de ellos.

—No sirve de nada, Alec, condenar a una chica tan inteligente, que se desatará cuando llegue el momento e irá hacia el placer con tanto entusiasmo como el más frívolo de los tipos de su naturaleza —dijo el tío Mac, manteniendo el compás de la música como si no le importara «entrar» por un poco de placer para sí mismo.

—Mi niña probará y lo intentará, pero a menos que esté muy equivocado, lo disfrutará muy poco. Quiero ver si resistirá la prueba, porque si no, todo mi trabajo es

un fracaso y me gustaría saberlo —respondió el doctor con una sonrisa de esperanza en sus labios, pero una mirada ansiosa en sus ojos.

—Ella va a salir bien, ¡Dios la bendiga! Así que vamos a sembrar su «avena salvaje» inocente y disfrutar de ella hasta que esté lista para sentar cabeza. Me gustaría que todos nuestros jóvenes no tuvieran una tan pequeña cosecha y pasen tan seguros, como ella lo hará —añadió el tío Mac con un movimiento de cabeza mientras miraba a algunos de los hombres jóvenes que giraban delante de él.

—No hay nada malo con sus muchachos, espero.

—No, ¡gracias a Dios! Hasta ahora he tenido pocos problemas con alguno, a pesar que Mac es un poco extraño y Steve, un cachorro. No me quejo, por tanto, superarán ese tipo de cosas y son buenos compañeros de corazón, gracias a su madre. Pero el muchacho de Clara está en un mal camino, y ella lo mimaba y ¿cómo será un hombre si lo tratan como a un niño? ¿Su padre no interfiere?

—Le dije a su hermano Stephen todo sobre él cuando estaba en Calcuta el año pasado, y escribí al muchacho, pero Clara tiene un sin fin de planes en la cabeza, por lo que insistió en mantener a Charlie un año más cuando su padre le ordenó que fuera a la India —dijo el doctor mientras se alejaban.

—Es demasiado tarde para «ordenar», Charlie es un hombre ahora, y Stephen encuentra que ha sido demasiado fácil para él todos estos años. Pobre hombre, ha sido duro para él, y es probable que sea más difícil, me imagino, a menos que él llegue a casa y se enderecen las cosas.

—Él no lo hará si puede evitarlo. Ha perdido toda su energía viviendo en ese clima y aborrece preocuparse más que nunca, así que puedes imaginar el esfuerzo que sería manejar a una mujer tonta y a un niño testarudo. Tenemos que echarle una mano, Mac, y hacer lo mejor para el pobre Steve.

—Lo mejor que podemos hacer por el muchacho es casarlo y establecerlo lo más pronto posible.

—Mi querido amigo, él tan sólo tiene 23 —comenzó el doctor, como si la idea fuera absurda. A continuación, un cambio repentino se apoderó de él mientras que añadía con una sonrisa melancólica—. Olvidé lo mucho que se puede esperar y sufrir, incluso a los veintitrés años.

—Y será mucho mejor por si sobrevive con valentía —dijo el tío Mac, con su mano sobre el hombro de su hermano y la más sincera aprobación en su voz. Entonces, la amabilidad regresó a la gente más joven, él se fue inquisitivamente—: No te inclinarás a la vista de Clara de un determinado asunto, me imagino.

—Decididamente, no. Mi niña tiene que poseer lo mejor, y la formación de Clara echaría a perder a un ángel —respondió el doctor Alec rápidamente.

—Pero nos resultará difícil dejar a nuestra pequeña Rosa salir de la familia. ¿Cómo Archie hizo? Él ha sido bien educado y es un muchacho excelente.

Los hermanos se habían retirado al estudio en ese momento y estaban solos, sin embargo, el Dr. Alec bajó la voz, mientras él decía con una especie de ansiedad

agradable de ver:

—Sabes que no apruebo que los primos se casen, así que estoy en un dilema, Mac, porque la niña es como si fuera mía y siento que no puedo entregársela a cualquier hombre a quien no conozca y en quien no confíe en su totalidad. No es de ninguna utilidad para nosotros planificarlo, ya que ella debe elegir por sí misma, pero ¿sí nos hubiera gustado tenerla entre nosotros y darle a uno de nuestros muchachos una mujer que vale la pena tener?

—Debemos, olvidando tus teorías, dedicarnos a probar a nuestros muchachos mayores y haciendo de cada uno de ellos un hombre feliz. Todos ellos son el corazón entero, yo creo, y aunque aun algo jóvenes para este tipo de cosas, debemos estar ligeramente preocupados de los asuntos por ellos, ya que nadie sabe qué tan pronto vendrá el momento. ¡Mi fe es como vivir en una fábrica de pólvora entre un montón de gente joven hoy en día! Todo se ve tan tranquilo mientras sea posible hasta que una chispa repentina produce una explosión, y sólo Dios sabe dónde nos encontramos después de que ha terminado.

Y el tío Mac se sentó cómodamente para resolver el destino de Rosa, mientras que el médico se paseaba por la habitación, tirando de su barba y frunciendo el ceño, como si le resultara difícil de ver a su manera.

—Sí, Archie es un buen muchacho —dijo, respondiendo a la pregunta que había pasado por alto antes—. Recto, un muchacho estable, inteligente, que será un excelente esposo, si alguna vez descubre que él tiene un corazón. Supongo que soy un viejo tonto, pero me gusta el romance un poco más en un hombre joven de lo que parece tener más calor y entusiasmo, ya sabes. ¡Bendito! Él podría tener cuarenta en lugar de veintitrés o veinticuatro, es tan sobrio, tranquilo y excelente. Soy más joven que él, y podría ir a cortejar como un Romeo si tuviera un corazón para ofrecerle a una mujer.

El médico parecía bastante avergonzado, mientras hablaba, y su hermano se echó a reír.

—Mira, Alex, es una lástima que tanto romance y excelencia como la tuya se deba perder, así que ¿por qué no le das a estos muchachos un ejemplo y vas por un cortejo? Jessie se ha estado preguntando cómo te las has arreglado para evitar enamorarte de Febe todo este tiempo, y Clara está muy segura de que sólo ha estado a salvo bajo el ala de la Tía Abundancia para ofrecerte al buen estilo antiguo.

—¡Yo! —Y el médico estaba horrorizado ante la mera idea, y luego, dio una especie de suspiro de resignación, y añadió como un mártir—: Si esas queridas mujeres me dejaran solo, yo se los agradecería por siempre. Pon la idea de sus mentes hacia el cielo, sí, Mac, o me veré con esa pobre chica arrojada a la cabeza y destruyendo su comodidad. Es una buena criatura, y estoy orgulloso de ella, pero se merece algo mucho mejor que estar atada a un viejo como yo, ¿cuyo único mérito es su fidelidad?

—Como quieras, yo sólo estaba bromeando —y el tío Mac abandonó el tema con

alivio secreto. El excelente hombre pensó en un buen lío en la familia y había estado más bien preocupado por los consejos de las damas. Después de un momento de silencio volvió a un tema anterior, que era más bien un plan de su mascota—. No creo que le hagas justicia a Archie, Alec. No lo sabes tan bien como yo lo hago, pero encontrarás que tiene corazón suficiente en su forma excelente y silenciosa. Ha crecido mucho en mi cariño, pienso muy bien de él, y no veo cómo habría algo mejor para ti que dársela en matrimonio.

—Si ella lo desea —dijo el doctor, sonriendo a su hermano, por la forma en que él depositaba su sentido empresarial en la gente joven.

—Ella hará cualquier cosa por favor a ti —comenzó el tío Mac con perfecta buena fe; durante veinticinco años en la sociedad de una esposa muy prosaica que había alejado casi todo el romance de él.

—No es de ninguna utilidad para nosotros planificarlo, y nunca debemos interferir con excepción de aconsejar, y si tuviera que elegir a uno de los chicos, me inclino hacia mi ahijado —respondió el doctor gravemente.

—¿Qué? ¡Mi patito feo! —exclamó el tío Mac con gran sorpresa.

—El Patito Feo resultó ser un cisne, recuérdalo. Siempre he sido aficionado al niño porque él es tan genuino y original. Crudo, como una manzana verde ahora, pero sonando en el centro, y sólo necesita tiempo para madurar. Te aseguro que se convertirá en un espécimen de capital de la variedad Campbell.

—Muchas gracias, Alec, pero nunca va a suceder en absoluto. Es un buen hombre, y puede hacer algo para estar orgulloso, pero no es el compañero para nuestra Rosa. Ella necesita a alguien que pueda manejar su propiedad cuando nos hayamos ido, y Archie es el hombre para eso, dependo de ello.

—¡Confundir la propiedad! —exclamó el doctor Alec impetuosamente—. Quiero que sea feliz, y no me importa qué tan pronto ella se deshaga de su dinero si va a ser una piedra de molino al cuello. Yo les declaro, me aterraba la idea tanto en esta ocasión que la mantuve alejada tanto tiempo como pude y temblaba cada vez que un joven se unía a nosotros cuando estábamos en el extranjero. Tenía uno o dos escapes estrechos, y ahora me apunto por ello, como puedes ver por la noche en el «éxito» como Clara lo llama. Gracias a Dios no tengo muchas hijas que cuidar.

—Vamos, vamos, no te preocupes de tomar a Archie y resolver las cosas de buena forma, segura y feliz. Ese es mi consejo, y lo encontrarás seguro —respondió el conspirador mayor, al igual que uno que tiene experiencia.

—Pensaré en ello, pero fíjate, Mac, ni una palabra de esto a las hermanas. Somos una pareja de viejos tontos que hacen de casamenteros muy pronto, pero veo lo que está delante de mí y es un consuelo liberar mi mente con alguien.

—Así es. Si depende de mí, ni un aliento, aunque se trate de Jane —contestó el tío Mac, con un buen apretón y una palmada de simpatía en el hombro.

—¿Por qué?, ¿qué oscuros secretos terribles están sucediendo aquí? ¿Es una Logia de Francmasones y los signos de los místicos? —preguntó una voz alegre en la

puerta, y allí estaba Rosa, llena de gracia sonriendo al ver a sus dos tíos, estrechándose la mano, susurrando y asintiendo con la cabeza el uno al otro misteriosamente.

Se miraron como escolares atrapados tramando maldades y se veían tan culpables que se apiadó de ellos, inocentemente, imaginando que los hermanos estaban participando en un pequeño sentimiento en esta feliz circunstancia, por lo que añadió rápidamente, ya que ella les hizo señas, sin traspasar el umbral— Las mujeres no lo permiten, por supuesto, pero ustedes, queridos compañeros, son requeridos por tía Abundancia, quien pide que tengamos una contra danza antigua, y yo soy la encargada de llevarlos, al tío Mac y a ti, tío. Yo lo elegí, señor, porque lo hace con estilo, alas de paloma y todo. Por lo tanto, por favor, venga y Febe está esperando por usted, tío Alec. Ella es más bien tímida, lo sabe, pero ¿va a disfrutar con nosotros para cuidar de ella?

—¡Gracias, gracias! —gritaron los dos señores, siguiéndola con prisa.

Inconsciente, Rosa disfrutó inmensamente ese carrete de Virginia, porque las alas de las palomas eran excelentes, y su pareja la llevó a través de las circunvoluciones de la danza sin un fallo, yendo hacia el centro en su más puro estilo galante. Aterrizó a salvo en la parte inferior, se puso de un lado para dejarle recuperar el aliento, porque el valiente tío Mac estaba destinado a matar o morir en esa ocasión y podría haber bailado a través de sus bombas sin rechistar, si lo hubiera deseado.

Apoyado en la pared con su pelo en los ojos, y una expresión decididamente aburrida en el semblante, se encontraba Mac Jr., quien había estado estudiando la gimnasia de su padre con asombroso respeto.

—Ven y toma tu turno, mi muchacho. Rosa está fresca como una flor, pero nosotros, los viejos, nos cansamos pronto, por lo que tendrás mi lugar —dijo su padre, limpiándose la cara, que brillaba como una alegre peonía.

—No, gracias, señor, no puedo soportar ese tipo de cosas. Bailaría contigo la pieza con placer; prima, pero eso incluso es demasiado para mí —fue la respuesta descortés de Mac mientras retrocedía hacia la abierta ventana, como contento de tener una excusa para escapar.

—Frágil criatura, no te quedes a mi lado, te lo ruego. No puedo dejar a mis invitados para el claro de luna, aun cuando me atreví a tomarlo en una noche helada en un fino vestido —dijo Rosa, abanicándose y un poco irritada por la negativa de Mac, ya que ella sabía de sus formas y la divertían.

—Es tan malo todo este polvo, el gas, el calor y el ruido. ¿Qué crees que le hacen a los pulmones? —exigió Mac, listo para una discusión en ese momento.

—Lo sabía, pero lo he olvidado. Estando tan ocupada con otras cosas, que he descuidado los pasatiempos que solía tener cinco o seis años atrás —dijo ella, riendo.

—Ah, ¡esos eran tiempos que valían la pena tener! ¿Irás, en gran parte, a este tipo de cosas, Rosa? —preguntó con una mirada de desaprobación hacia los bailarines.

—Alrededor de tres meses a partir de este, creo.

—Entonces, adiós hasta el Año Nuevo —Y Mac desapareció detrás de las cortinas.

—Rosa, querida mía, realmente debes tener a ese tipo en la mano antes de que llegue a ser un gran oso. Desde que te fuiste, ha vivido en sus libros y se entendieron tan finamente que tuvimos que dejarlo solo, aunque su madre gime por sus modales. Entiéndele un poco, te lo suplico, porque es hora de que remiende su manera extraña y haga justicia a los finos regalos que se esconden detrás de ellos —dijo el tío Mac, escandalizado por la contundencia de su hijo.

—Sé que mi castaño rebaba muy bien hasta la mente de sus espinas. Sin embargo, otros no, así que lo llevaré de la mano y haré de él un crédito a su familia —respondió Rosa con facilidad.

—Toma a Archie por tu modelo, que es uno en mil, y la chica que lo reciba se llevará un tesoro, te lo aseguro —agregó el tío Mac, que encontraba emparejar un gusto y pensó que el comentario fue un cierre profundo.

—Oh, yo, ¡qué cansada estoy! —gritó Rosa, dejándose caer en una silla mientras el último carruaje se alejaba en algún lugar entre uno y dos.

—¿Cuál es su opinión ahora, señorita Campbell? —preguntó el doctor, dirigiéndose a ella por primera vez por el nombre que se había pronunciado con tanta frecuencia en la noche.

—Mi opinión es que la señorita Campbell probablemente tendrá un estilo de vida feliz, si sigue como ha empezado, y que le resulta muy agradable hasta ahora —respondió la joven, con los labios sin dejar de sonreír desde su primer contacto con lo que el mundo llamaba un placer.

Capítulo 4

Espinas entre las rosas

Durante un tiempo todo marchó muy bien, y Rosa fue una niña feliz. El mundo parecía un lugar hermoso y acogedor, y el cumplimiento de sus sueños más brillantes que parecían ser una posibilidad. Por supuesto, esto no podía durar, y la decepción era inevitable, porque los ojos de los jóvenes buscan un paraíso y lloran cuando encuentran un mundo cotidiano, que parece estar lleno de atención y problemas hasta que uno aprende a alegrarlo y glorificarlo con pensamientos elevados y una vida santa.

Los que la querían esperaban ansiosamente la desilusión que iba a venir, a pesar de toda su estima; hasta ahora Rosa había estado tan ocupada con sus estudios, los viajes y en el hogar, que ella sabía muy poco acerca de los triunfos, las pruebas y las tentaciones de la vida mundana. Nacimiento y fortuna, eran su lugar, en el que no podría escapar a ninguno de ellos, y el Dr. Alec, a sabiendas de que la experiencia es el mejor maestro, sabiamente dejó que aprendiera esta lección como era su deber al igual que el de otros muchos, devotamente esperanzado de que no sería una difícil.

Octubre y noviembre pasaron rápidamente, y la Navidad estaba cerca, con todos sus alegres misterios, reuniones hogareñas y buenos deseos.

Rosa se sentó en su pequeño lugar sagrado, abriendo la sala, ocupada en la preparación de los regalos para los queridos quinientos amigos que parecían haber crecido más y más en los días de la fiesta que se acercaba. Los cajones de su cómoda estaban abiertos, dando destellos de bagatelas delicadas que ella ataba con cintas brillantes.

La expresión de una joven en esos momentos es apta para estar feliz, pero la de Rosa estaba muy grave mientras trabajaba ahora y luego, ella tiró un paquete en el cajón con descuido, como si no hubiera amor en los preciosos regalos. Tan inusual era la expresión que el Dr Alec golpeó mientras venía y traía una mirada inquieta en sus ojos, con una nube en ese rostro que hacía caer su sombra sobre él.

—¿Puedes ahorrar un minuto de tu trabajo para coser un punto en mi guante viejo? —preguntó, acercándose a la mesa llena de cintas, encajes, y papeles de colores.

—Sí, tío, tantos como desees.

El rostro se iluminó con el repentino sol, las dos manos se acercaron para recibir el guante en mal estado, y su voz estaba llena de esa presteza afectuosa que hace al servicio más pequeño, dulce.

—Mi Señora Abundancia tiene un trabajo difícil, por lo que veo. ¿Puedo ayudar de alguna manera? —preguntó, mirando hacia la pantalla delante de él.

—No, gracias, a menos que me puedas hacer tener tanto interés y placer en estas cosas como yo solía tener. ¿No crees que la preparación de regalos es muy fastidiosa, a excepción de aquellos a los que amas y que te aman a ti? —añadió en un tono que

tenía un ligero temblor mientras ella pronunciaba las últimas palabras.

—Yo no le regalo a la gente a quien les importo un bledo. No se puede hacer eso, especialmente en Navidad, cuando la buena voluntad debe ir en todo lo que uno hace. Si todas estas «bellezas» son para los queridos amigos, debes tener un buen número, ¿no?

—Pensé que eran amigos, pero creo que muchos de ellos no lo son, y ese es el problema, señor.

—Dime todo sobre ello, querida, y deja el viejo guante —dijo él, sentándose a su lado con su aire más simpático.

Pero ella sostuvo rápido el guante, diciendo con entusiasmo: —No, no, ¡me encanta hacer esto! No me siento como si pudiera mirarte mientras te digo que soy una mala chica... soy sospechosa —agregó, manteniendo sus ojos en su trabajo.

—Muy bien, estoy listo para las confesiones de cualquier iniquidad y contento de conseguirlas, porque a veces, de un tiempo a esta parte, he visto una nube en los ojos de mi niña y tiene un tono de preocupación en su voz. ¿Hay una gota amarga en la copa que prometía ser tan dulce, Rosa?

—Sí, tío. He tratado de pensar que no lo había, pero está ahí, y no me gusta. Me da vergüenza decirlo, y sin embargo, lo quiero, porque tú me mostrarás cómo hacerlo dulce o me asegurarás que voy a mejorar, como solías hacer cuando tomaba la medicina.

Hizo una pausa un minuto, cosió rápido, y luego, soltó el problema en una sola ráfaga de dolor y disgusto de niña. —Tío, la mitad de las personas que son tan amables conmigo, no les importo ni un poco, sino por lo que les puedo dar, y eso me hace infeliz, porque yo estaba tan contenta y orgullosa de ser querida. No quiero tener ni un centavo en el mundo, entonces, ¿sólo así sabré quiénes son mis verdaderos amigos?

—¡Pobre pequeña muchacha! Ha descubierto que no todo lo que brilla es oro, y la desilusión ha comenzado —se dijo el médico a sí mismo, y agregó en voz alta, sonriendo; sin embargo, lamentablemente—. Y de este modo, todo el placer se ha ido de los bonitos regalos y ¿la Navidad es un fracaso?

—Oh, no, ¡no para aquellos que en nada pueden hacerme dudar! Es más dulce que nunca hacer estas cosas, porque mi corazón está en cada punto y sé que, por pobres que sean, serán queridos para usted, tía Abundancia, la tía Jessie, Febe, y para los chicos.

Abrió un cajón donde había un montón de regalos bonitos, forjados con mucho cariño por sus propias manos, tocándolos con ternura mientras ella hablaba, y dando palmaditas en el nudo de marinero de la cinta azul con una sonrisa que contó cuán inquebrantable era su fe en una persona.

—Pero estos —dijo, abriendo otro cajón y lanzando su feliz contenido con un aire medio triste, medio burlón— los compré y daré, ya que se espera que lo haga. Estas personas se preocupan sólo por un rico don, no por un cariño hacia el donante, de

quien secretamente abusan si no es tan generosa como ellos esperan. ¿Cómo puedo disfrutar de ese tipo de cosas, tío?

—No puedes, pero tal vez con algunos puedas ser injusta, mi querida. No dejes que la envidia o el egoísmo de un veneno disminuyan tu fe en todo. ¿Estás segura que ninguna de esas chicas se preocupan por ti? —le preguntó él, leyendo un nombre aquí y allá en las tarjetas dispersas.

—Me temo que lo soy. Ya ves que escuché a varias hablando juntas la otra noche donde Annabel, sólo unas pocas palabras, pero me dolió mucho; casi todo el mundo estaba especulando sobre lo que les daría con la esperanza de que fuera algo muy bueno. —«Ella es tan rica que debería ser generosa», dijo una. «He estado perfectamente dedicada a ella durante semanas y espero que no lo olvide», dijo otra. «Si no me dan algunos de los guantes, yo creo que está muy mal, porque ella tiene un montón, y he intentado un par de veces para que ella pudiera ver lo ajustados que están y así pueda tener una pista», añadió una tercera. Que se dio por aludida, ya ves —. Y Rosa abrió una caja que estaba llena de varios pares de sus mejores guantes, con suficientes botones para satisfacer el corazón de los más codiciosos.

—Un montón de papel de plata y perfume, pero no entra mucho amor en ese paquete, me imagino. —Y el Dr. Alec no pudo evitar sonreír ante el gesto desdeñoso con el que Rosa se apartó de la caja.

—No en particular, ni en la mayoría de ellos. Yo les he dado lo que querían y llevado de vuelta la confianza y el respeto que no les importaba. Es un error, lo sé, pero no puedo soportar la idea de que toda la aparente buena voluntad y amistad que he estado disfrutando no sea sincera y sólo sea movida por un propósito. Esa no es la forma en que tratamos a la gente.

—Estoy seguro de ello. Toma las cosas por lo que vale la pena, querida, y trata de encontrar el trigo entre la cizaña, porque hay un montón si se sabe mirar. ¿Ese es todo el problema?

—No, señor, esa la parte más clara de ello. No tardaré en salir de mi decepción con esas niñas y me quedaré con las que valen la pena, como me aconsejas, pero ser engañada por ellas me hace sospechar de las demás, y eso es odioso. Si no puedo confiar en la gente preferiría mantenerme por mí misma y ser feliz. Detesto las maniobras sucias, las intrigas y los planes.

Rosa habló con petulancia y movió su seda hasta que se rompió, mientras que pareció dar lugar a la ira, mientras hablaba.

—No es, evidentemente, otra espina punzante. Vamos a aclarar las cosas, y luego, voy a besar el lugar para hacerlo sentir mejor como solía hacer cuando tomaba las astillas de los dedos que punzaban tan despiadadamente —dijo el médico, para aliviar la ansiedad de su paciente tan pronto como fuera posible.

Rosa se echó a reír, pero el color se profundizó en sus mejillas mientras ella respondía con una mezcla de timidez de doncella bonita y un candor natural.

—La tía Clara me preocupa advirtiéndome en contra de la mitad de los jóvenes

que conozco e insiste en que sólo quieren mi dinero. Ahora, eso es terrible, y no voy a escuchar, pero no puedo dejar de pensar en que a veces, son muy amables conmigo y yo no soy lo suficientemente vanidosa como para pensar que es por mi belleza. Supongo que soy tonta, pero me gusta sentir que soy algo más que una heredera.

El temblor fue muy leve en la voz de Rosa, otra vez, mientras terminaba, y el Dr. Alec lanzó un suspiro rápido mientras miraba a la cara abatida tan llena de espíritu ingenuo y de perplejidad como cuando siente que la primera duda empaña su fe y atenúa las creencias inocentes que aún quedan de la infancia. Había estado esperando esto y sabía que lo que la chica acaba de comenzar a percibir y tratar de decir con modestia hacía tiempo que había estado claro para los ojos mundanos. La heredera era la atracción de la mayoría de los jóvenes a los que conocía. Compañeros lo suficientemente buenos, pero educados, como casi todos son en la actualidad, para creer que las niñas con belleza o dinero son llevadas al mercado para ser vendidas o compradas, según sea el caso.

Rosa podía comprar cualquier cosa que le gustara, ya que poseía ambas ventajas, y pronto fue rodeada por muchos admiradores, cada uno luchando por conseguir el premio. No estaba entrenada para creer que el único fin y objetivo de la vida de una mujer era conseguir un buen partido; ella estaba un poco alterada, cuando la primera excitación placentera había terminado, al descubrir que su fortuna era su principal atracción.

Era imposible que ella pudiera ver, oír, hacer conjeturas a partir de una mirada significativa, una palabra perdida, un ligero toque aquí y allá, y el instinto rápido de una mujer se sintió incluso antes de que entendiera el interés propio que, por su modo frío, muchas amistades ofrecían. En sus ojos el amor era una cosa muy sagrada, que difícilmente puede considerarse hasta tenerlo, y que con reverencia es recibido y apreciado fielmente hasta el fin. Por lo tanto, no era extraño que ella se encogiera al escuchar con cuán poca seriedad se discutía y el matrimonio era entendido como una ganga para ser consultado, con poca consideración de sus altos deberes, las responsabilidades grandes, y las alegrías de licitación. Hay muchas cosas que la dejaban perpleja, y a veces, dudaba de todo lo que hasta ese entonces había creído y confiado; le hizo sentir como si estuviera en el mar sin una brújula y el nuevo mundo fuera muy diferente a lo que ella había estado viviendo en el desconcierto que encantaba al principiante.

El Dr. Alec entendía el estado de ánimo en el que la encontró e hizo todo lo posible para advertir, sin tristeza, por demasiada sabiduría mundana.

—Tú eres algo más que una heredera para los que te conocen y te aman, por lo que no te desanimes, mi niña, y reúne a la fe que hay en ti. Hay un sentido para todas estas cosas, y lo que no suena a duda, es cierto. Hay pruebas que se van presentando a hombres y mujeres, y estoy conscientemente seguro que el instinto y la experiencia te evitará cualquier grave error grave —dijo, con un brazo protector sobre ella y una mirada de confianza que fue muy reconfortante.

Después de una breve pausa, ella contestó, mientras que una repentina sonrisa, con hoyuelos alrededor de su boca y el guante grande, se fueron a esconder en sus reveladoras mejillas:

—Tío, si hay que tener admiradores, me gustaría que fueran más interesantes ¿Cómo me puede gustar o puedo respetar a los hombres, mientras algunos de ellos hacen y luego piensan que las mujeres pueden sentirse honradas por la oferta de sus manos? Los corazones están fuera de moda, así que ellos no dicen mucho al respecto.

—¡Exacto! Ese es el problema, ¿no? Y empezamos a tener delicadas aflicciones, ¿verdad? —dijo el doctor Alec, alegrado de ver su brillo y lleno de interés en el tema nuevo, porque era un viejo romántico, como lo había confesado a su hermano.

Rosa dejó el guante y miró con una mezcla cómica de diversión y disgusto en su rostro.

—Tío, ¡es perfectamente ignominioso! Lo he querido decir, pero me daba vergüenza, porque nunca me podía jactar de tales cosas como algunas chicas hacen, y eran tan absurdas que no podía sentir que fuera la pena repetirlas ni siquiera a ti. Sin embargo, quizás debería, para que puedas pensar que es apropiado mandarme a tomar un buen partido, y por supuesto, tendría que obedecer —añadió, tratando de parecer mansa.

—Cuenta, en todos los sentidos. ¿No siempre mantengo tus secretos y te doy el mejor consejo, como un guardián modelo? Deberías tener un confidente, y ¿dónde podrías encontrar uno mejor que aquí? —preguntó, dando golpecitos en el chaleco con un gesto de invitación.

—En ninguna parte, así que voy a contar todo, excepto los nombres. Será mejor que sea prudente, porque me temo que puedas ser un poco fiero, a veces, cuando la gente me enfade —Empezó Rosa, un poco a gusto con la perspectiva de una charla confidencial con el tío, porque él había mantenido una buena oferta en un segundo plano.

—Ustedes saben que nuestras ideas están pasadas de moda, así que no estaba dispuesta a tener propuestas de los hombres en todo momento y lugar, sin previo aviso, excepto unas cuantas sonrisas y discursos blandos. Yo esperaba que las cosas de ese tipo serían muy interesantes y adecuadas, no digamos que emocionantes, por mi parte, pero no lo son, y me encuentro a mí misma riendo en lugar de llorando, sintiéndome enojada en vez de feliz, y olvidándome acerca de todo muy pronto. ¿Por qué, tío, una absurda propuesta de un chico cuando habíamos conocido sólo a la mitad una docena de veces? Pero él fue terriblemente dudoso, por lo que eso cuenta, tal vez. —Y Rosa sacudió sus dedos, como si ella los hubiera ensuciado.

—Yo lo conozco, y pensé que lo haría —observó el doctor, con un encogimiento de hombros.

—Verás y sabrás todo, así que no hay necesidad de seguir, ¿verdad?

—¡Sí, sí! ¿Quién más? ¿Ni siquiera debo adivinar?

—Bueno, por otra cayó sobre sus rodillas en el invernadero de la señora Van y

derramó su pasión con valentía, con un cactus grande pinchando sus pobres piernas todo el tiempo. Kitty lo encontró allí, y fue imposible mantenerlo sobrio, por lo que me ha odiado, desde entonces.

La risa del doctor fue grata de oír y Rosa se unió a él, porque era imposible considerar estos episodios en serio, ya que ningún verdadero sentimiento los redimía de lo absurdo.

—Otro me envió grandes cantidades de poesía y tan a lo Byron, que comencé a desear tener el pelo rojo y que mi nombre fuera Betsy Ann. Quemé todos los versos, así que no esperes verlos, y él, pobre hombre, está consolándose con Emma. Pero lo peor de todo era el que iba a declararse en público, e insistió en la propuesta en medio de un baile. Yo rara vez bailo danzas circulares, excepto con nuestros chicos, pero esa noche lo hice porque las chicas se rieron de mí por ser tan «afectada», como ellas lo llamaban. Yo no les importo ahora, porque me di cuenta de que estaba en lo cierto, y sentía que me merecía mi destino.

—¿Eso es todo? —le preguntó su tío, buscando el lado «feroz», como ella predijo, ante la idea de su amada niña obligada a escuchar una declaración, dando vueltas en el brazo de un pretendiente.

—Uno más, pero él no dijo mucho al respecto, porque yo sé que él hablaba en serio y que realmente sufrió, aunque yo fui todo lo amable que pude ser. Soy joven en estas cosas todavía, así que me dolió por él, y me habló de su amor con el más tierno trato.

La voz de Rosa se hundió casi en un susurro cuando ella terminó, y el Dr. Alec inclinó la cabeza, como si involuntariamente saludara a un compañero en desgracia. Entonces, se levantó, diciendo con una mirada penetrante en la cara y levantando un dedo por debajo de la barbilla:

—¿Quieres otros tres meses de esto?

—Te lo diré el día de Año Nuevo, tío.

—Muy bien. Trata de mantener una trayectoria recta, mi pequeño capitán, y si ves mal tiempo por delante, llama a tu compañero, en primer lugar.

—Sí, sí, señor. Lo tendré en cuenta.

Capítulo 5

Príncipe Azul

El viejo guante yacía en el olvidado suelo, mientras que Rosa se sentó a meditar, hasta que un paso rápido se escuchó en la sala y una voz se acercó, armoniosamente tarareando.

«Mientras él estaba caminando por la calle, contemplando la ciudad, Oh, divisó a una muchacha Bonita, mirando a través de la ventana.

Al ver luz saltó a la escalera, e hizo vibrar el poste. ¡Oh, para descubrir si ella le permitía entrar!».

Rosa cantó con voz pausada y tocó la puerta.

—Buenos días, Rosamunda, aquí están tus cartas, y tú más devoto está listo para ejecutar los encargos que puedas tener para él —fue el saludo de Charlie, mientras él llegaba en busca de lo hermoso, alegre y jovial, como de costumbre.

—Gracias. No tengo mandados por correo para ti, a menos que requieran respuestas, si ese es el caso, por lo que con vuestro permiso, príncipe —y Rosa empezó a abrir el puñado de billetes que lanzó en su regazo.

—¡Ah! ¿Qué visión es esta que trata de arruinar mis ojos? —exclamó Charlie, mientras señalaba con la mano, en un arranque melodramático, pues, como los actores aficionados más expertos, era apasionado a la introducción de representaciones teatrales privadas en su diálogo diario y charla.

—¿El tío lo dejó?

—Está bien. Me parece que hubiera sido un rival de estar aquí —y, recogéndolo, Charlie se entretuvo poniendo la cabeza en el pequeño psyche que adornaba la chimenea, cantando en voz baja, mientras lo hacía, otro verso de la vieja canción:

«Él dejó a Jenny en su rodilla, todo en su vestido de Highland; para comprometerse, bien, él observó el camino, por complacer a una chica bonita».

Rosa fue a leer sus cartas, pero todo el tiempo estuvo pensando en la conversación con su tío, así como alguna otra cosa sugerida por el recién llegado y su cancioncilla.

Durante los tres meses posteriores a su regreso, había visto más a este primo que a cualquiera de los otros, ya que parecía ser el único que tenía tiempo para «jugar con Rosa», como solía decir años atrás. Los otros chicos estaban todos en el trabajo, incluso el pequeño Jamie, cuyas muchas horas de juego, se dedicaron a la lucha viril con la gramática latina, el genio maligno de su vida juvenil. El Dr. Alec tenía muchos

asuntos que arreglar después de su larga ausencia, Febe estaba ocupada con su música, y tía Abundancia todavía supervisaba activamente a su mucama. Por lo tanto, como era natural, Charlie se formó el hábito de descansar a todas horas, con cartas, mensajes, trozos de noticias, y los planes agradables para Rosa. Él la ayudó con su boceto, iba con ella, cantaba con ella, y la llevó a todas partes como un encargo, por supuesto, para la tía Clara, siendo la más alegre de las hermanas, interpretando a una chaperona en todas las ocasiones.

Durante un tiempo fue muy agradable, pero, poco a poco, Rosa empezó a desear que Charlie encontrara algo que hacer como el resto y no perdiera el tiempo en hacerla el su negocio de su vida. La familia era utilizada para sus indulgentes maneras, y no era una ilusión amable en las mentes de los chicos que tenían derecho a lo mejor de todo, porque para ellos todavía era el príncipe, la flor de la manada, y con el tiempo, haría honor a su nombre. Nadie sabía exactamente cómo, pues, aunque lleno de talento, no parecía tener ningún don especial o prejuicio, y los ancianos comenzaron a sacudir la cabeza, porque, a pesar de las muchas grandes promesas y proyectos, el momento de una acción decisiva nunca vino.

Rosa vio todo esto y tuvo ganas de inspirar a su primo brillante, con algún propósito viril con el cual ganarse el respeto, así como la admiración. Sin embargo, le resultaba muy difícil, porque aunque él escuchó con su buen humor imperturbable, y él mismo hablaba de sus defectos con franqueza encantadora; siempre tenía algún argumento, razón o excusa para ofrecer y habló con ella en cinco minutos, dejándola silenciosa, pero sin haberla convencido.

En los últimos tiempos, ella había observado que él parecía sentir como si su tiempo y sus pensamientos pertenecieran exclusivamente a él y resentía el acercamiento de cualquier otro pretendiente. Esto la molestaba y surgió la idea de que su afecto e interés y los esfuerzos, fueron mal interpretados por él, tergiversados y aprovechados por la tía Clara, que para ella era cosa más urgente y debía «usar su influencia con el querido muchacho», aunque la querida madre resentía toda otra interferencia. Esto daba problemas a Rosa y le hizo sentir como si hubiese caído en la trampa, ya que, mientras era dueña de sí misma; Charlie era el más atractivo de sus primos y ella no estaba lista para ser tomada como posesión de esa manera magistral, especialmente, desde que otros mejores hombres buscaban su favor con más humildad.

Estos pensamientos estuvieron flotando vagamente en su mente mientras leía sus cartas e inconscientemente influenciada en la charla que le siguió.

—Sólo invitaciones, y no puedo dejar de responder a ellas ahora o nunca terminaremos este trabajo —dijo ella, volviendo a su labor.

—Déjame ayudarte. Lo haré, y te dirigiré. Ten un secretario, ahora, y verás qué consuelo será —propuso Charlie, que podía echarle mano a cualquier cosa y sentirse a gusto, como en casa, en el santuario.

—Prefiero terminar esto por mí misma, pero si es posible, podrías responder a las

notas, si quieres. Sólo hazlo con todas, menos dos o tres. Lee los nombres a medida que avances y te diré cuáles.

—Escuchar es obedecer. ¿Quién dice que soy un loco frívolo ahora? —Y Charlie se sentó a la mesa de escribir con la mayor prontitud, porque estas horas en la pequeña habitación eran las mejores y más felices.

—El orden es la primera ley del cielo, y la vista, hermosa, pero yo no veo ningún papel de carta —agregó, abriendo el escritorio y estudiando su contenido con interés.

—A mano derecha del cajón monograma para las notas, papel normal de carta comercial. Bien, ya veré eso —contestó Rosa, tratando de decidir si Annabel o Emma debían tener el pañuelo atado.

—¡Criatura confiada! ¿Supongamos que abro el cajón equivocado y llego a los tiernos secretos de tu alma? —continuó el nuevo secretario, hurgando el papel con membrete delicado, con desprecio masculino hacia el orden.

—No tengo ninguno —respondió Rosa con recato.

—¿Qué?, ¿ningún garabato desesperado, una miniatura, querida, una florecilla desvanecida, etc,etc? No puedo creerlo, prima —y él movió la cabeza con incredulidad.

—Si lo hubiera hecho, ciertamente no debería habértelos enseñado, ¡persona impertinente! Hay algunos recuerdos pequeños en ese escritorio, pero nada muy sentimental o interesante.

—¡Cómo me gustaría verlos! Pero nunca te atrevas a preguntar —observó Charlie, mirando por encima de la parte superior de la tapa entreabierta con su mirada más persuasiva.

—Es posible que si quisieras, pero te decepcionará, Paul Pry. ¿A mano inferior izquierda del cajón con la llave en él?

—Ángel de Dios, ¿cómo voy a pagarte? Momento interesante, ¡como cuando te llenas de emociones palpitantes de arte! —Y, citando a los «misterios de Udolfo», introdujo la llave y abrió el cajón con un gesto trágico.

—Siete mechones de pelo en una caja, todo luz, por aquí está el color de la paja, el naranja rojizo, el color de la corona francesa, y su color amarillo perfecto de Shakespeare. Lucen muy familiares, y me imagino que, ¿saben los tomaste?

—Sí, todos ustedes me dieron uno cuando me fui, ya sabes, y los llevé alrededor del mundo conmigo en esa caja.

—Me gustaría que los jefes hubieran ido también. Aquí hay un pequeño dios alegre de ámbar con un anillo de oro en la espalda y un aliento más cálido —continuó Charlie, tomando una larga aspiración del frasco de perfume.

—El tío me lo trajo hace mucho tiempo, y estoy muy encariñado con él.

—Esto ahora se ve sospechoso, el anillo de hombre con un corte de loto en la piedra y una nota adjunta. Tiemblo mientras pregunto: ¿quién, cuándo y dónde?

—Un señor, en mi cumpleaños, en Calcuta.

—Respiro de nuevo, ¿era mi padre?

—No seas absurdo. Por supuesto que lo era, y lo hizo todo para que mi visita fuera agradable. Me gustaría que fueras a verlo como un hijo obediente, en vez de relajarte aquí.

—Eso es lo que el tío Mac está diciéndome constantemente, pero yo no tengo la intención de hacerlo hasta que haya tenido mi primera aventura —murmuró Charlie con rebeldía.

—Si te lanzas en la dirección equivocada, puede que te resulte difícil volver de nuevo —comenzó Rosa gravemente.

—No temas, si te fijas en pos de mí, como parece que te has comprometido a hacer, juzgarás por las gracias que recibes en esta nota. ¡Pobre viejo gobernador! Me gustaría verlo, porque hace ya casi cuatro años desde que él vino a casa y de que se fue.

Charlie era el único de los chicos que alguna vez llamó a su padre «gobernador», tal vez porque los otros conocían y amaban a sus padres, mientras que él había visto tan poco de él que llamarlo por un respetuoso nombre llegó más fácilmente a los labios; ya que el anciano hombre, en verdad, parecía un gobernador cuando presentaba solicitudes u órdenes, que el joven olvidaba con demasiada frecuencia o resentía.

Hace mucho tiempo, Rosa había descubierto que el tío Esteban encontró muy desagradable permanecer en casa por la devoción de su esposa hacia la sociedad que prefirió el exilio de sí mismo tomando el negocio como una excusa para sus ausencias prolongadas.

La chica estaba pensando en esto mientras miraba a su primo girando el anillo, de repente, con una sobriedad que le hacía bien, y, creyendo que era el momento propicio, dijo con seriedad:

—Él está mayor. Querido Charlie, creo en el deber más que en el placer, en este caso y estoy segura de que nunca te arrepentirás.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó rápidamente.

—Creo que deberías.

—¡Y creo que sería mucho más encantador si no siempre te preocuparas del bien y del mal! ¿Tío Alec te lo enseñó junto con el resto de sus ideas extrañas?

—¡Estoy contenta de que lo haya hecho! —exclamó Rosa acaloradamente; a continuación, se contuvo y dijo con una especie de suspiro paciente—: Tú sabes que las mujeres siempre quieren a los hombres que se cuidan de ser buenos y no puedes dejar de tratar de que así sea.

—Así lo hacen, y nosotros debemos ser un conjunto de ángeles, pero no tengo la firme convicción de que, si así fuera, a las queridas almas no les gustaría ni la mitad de bien. ¿Qué ahora? —le preguntó Charlie con una sonrisa insinuante.

—Tal vez no, pero eso es esquivar la cuestión. ¿Quieres irte? —Insistió Rosa imprudentemente.

—No, no lo haré.

Eso fue lo suficientemente decidido y un incómodo silencio sobrevino, durante el cual Rosa hizo un nudo innecesariamente apretado y Charlie se fue a explorar el cajón con más energía que interés.

—¿Por qué, aquí hay una cosa vieja que te di hace años? —Exclamó de repente en un tono complacido, sosteniendo un pequeño corazón ágata en una cinta azul desteñido.

—¿Me dejas llevar el corazón de piedra y te doy un corazón de carne? —preguntó, medio en serio, medio en broma, tocado por el abalorio pequeño y los recuerdos que despertaron.

—No, no lo haré —respondió Rosa sin rodeos, muy disgustada por la pregunta irreverente y audaz.

Charlie pareció algo avergonzado por un momento, pero su ligereza natural hizo que fuera fácil para él sacar lo mejor de sus arranques breves de rebeldía y así poner a los demás de buen humor con él y con ellos mismos.

—Ahora estamos por dejar el tema y empezar de nuevo —dijo con irresistible afabilidad mientras con frialdad ponía el pequeño corazón en el bolsillo y se dispuso a cerrar el cajón. Pero algo le llamó la atención, y exclamó: —¿Qué es esto? ¿Qué es esto? —agarró una fotografía que se encontraba en medio de un montón de cartas con matasellos extranjeros.

—¡Oh, olvidé que estaba allí! —dijo Rosa a toda prisa.

—¿Quién es el hombre? —Exigió Charlie, mirando el rostro bien parecido delante de él con el ceño fruncido.

—Ese es el Honorable Gilbert Murray, quien fue por el Nilo con nosotros y disparó a los cocodrilos y otros juegos menores, siendo un gran cazador, como te dije en mis cartas —respondió Rosa alegremente, aunque poco complacida por el descubrimiento de algo en ese momento; para esta había sido uno de los estrechos escapes como su tío dijo.

—Y no lo han comido todavía, infiero por la pila de cartas —dijo Charlie celosamente.

—Espero que no. Su hermana no lo mencionó la última vez que me escribió.

—¡Ah! Entonces, ¿ella es tu interlocutora? Las hermanas son cosas peligrosas a veces. —Y Charlie miró el sospechoso paquete.

—En este caso, es una cosa muy conveniente, porque ella me contó todo sobre la boda de su hermano, ya que nadie se habría tomado la molestia de hacerlo.

—¡Oh, bueno!, si está casado, no me importa un comino él. Me pareció que había encontrado por qué eres un encanto de corazón duro. Pero si no hay un ídolo secreto, estoy en el mar de nuevo —Y Charlie tiró la fotografía en el cajón, como si ya no le interesara.

—Soy dura de corazón porque soy particular y, hasta ahora, no encuentro a nadie, en absoluto, de mi gusto.

—¿Nadie? —con una mirada tierna.

—Nadie —con un rubor rebelde, y una añadida sinceridad—. Veo muchas cosas que admirar y como en muchas personas, excepto que no muy fuertes y lo suficientemente buenos para mi gusto. Mis héroes están pasados de moda, ya sabes.

—Majaderos, como Guy Carleton, Altenberg Conde, John y Halifax. Sé el patrón que a las chicas les gusta —se burló Charlie, que prefería el Livingston Guy, Beauclerc, y el estilo de Rochester.

—Entonces, yo no soy una «niña buena» porque no me gustan pedantes. Quiero un caballero en el mejor sentido de la palabra, y puedo esperar, porque yo los he visto, y sé que hay más en el mundo.

—¡El diablo que tienes! ¿Lo conozco? —preguntó Charlie, muy alarmado.

—Crees que lo haces —contestó Rosa con un brillo travieso en los ojos.

—Si no es Pem, me rindo. Él es el hombre mejor educado que conozco.

—¡Oh, Dios mío, no! Muy superior al señor Pemberton y mayor, por muchos años —dijo Rosa, con tanto respeto que Charlie pareció perplejo y ansioso.

—Algún ministro apostólico, me imagino. A ustedes, criaturas piadosas, siempre les gusta adorar a un párroco. Pero todos sabemos que está casado.

—Él no.

—Dame un nombre, por amor de Dios, que estoy sufriendo torturas del suspenso —suplicó Charlie.

—Alexander Campbell.

—¿El tío? Bueno, por mi palabra, es un alivio, pero tan absurdo, al mismo tiempo. Por lo tanto, cuando encuentres un joven santo de ese tipo, tienes la intención de casarte con él, ¿verdad? —Exigió Charlie, mucho más divertido y bastante decepcionado.

—Cuando me encuentre con algún hombre, medio bueno y honesto, y tan noble como el tío, voy a estar orgullosa de casarme con él, si me lo pide —contestó Rosa decididamente.

—¡Las mujeres tienen gustos raros! —Y Charlie apoyó la barbilla en su mano para reflexionar pensando por un momento sobre la ceguera de una mujer que podría admirar a un excelente viejo tío más que a un apuesto joven primo.

Rosa, por su parte, ató esquelas diligentemente, esperando que no hubiera sido demasiado severa, pues era muy difícil dar lecciones a Charlie, a pesar de que parecía que le gustaba a veces y llegaba a la confesión voluntaria, a sabiendas de que las mujeres aman perdonar a los pecadores, cuando son de su clase.

—Será el momento para el correo antes de que hayas terminado —dijo luego, el silencio era menos agradable que el sonajero.

Charlie captó la indirecta y se fue, disparando varias notas, en su mejor forma. Llegando a la carta comercial, miró a ella y le preguntó, con una expresión de desconcierto:

—¿Qué es todo esto del costo de reparación, etc., de un hombre llamado Buffum?

—No importa, yo me encargaré de ello en breve tiempo.

—Pero sí me importa, porque yo estoy interesado en todos tus asuntos, y aunque crees que no tengo cabeza para los negocios, encontrarás que la tengo si me pones a prueba.

—Esto es sólo acerca de mis dos casas antiguas de la ciudad, que están siendo reparadas y modificadas, de modo que las habitaciones se puedan despejar.

—¿Vas a hacer casas de vecindad con ellas? Bueno, eso no es una mala idea, puesto que esos lugares pagan bien, he oído.

—Eso es precisamente lo que no voy a hacer. Yo no tendría una casa de vecindad en mi conciencia por un millón de dólares, no a como son ahora —dijo Rosa decididamente.

—¿Por qué? ¿Qué sabes al respecto, excepto que la gente vive en ellas y los propietarios cobran un ojo de la cara en las rentas?

—Yo sé demasiado acerca de ello, porque yo he visto muchas, tanto aquí como en el extranjero. Pero no todo fue placer para nosotros, te lo aseguro. Tío estaba interesado en los hospitales y las prisiones, y a veces, me iba con él, pero me ponía triste, por lo que sugirió otras organizaciones de caridad que podrían ser de ayuda cuando llegáramos a casa. Visité las escuelas infantiles, hogares de mujeres trabajadoras, los asilos para huérfanos, y lugares de ese tipo. No sabes cuánto bien me hizo y cómo me alegro de que tengo el medio para aliviar un poco algo de la miseria en el mundo.

—Pero, mi querida niña, no es necesario hacer patos y patas de tu fortuna para tratar de alimentar y curar y vestir a todos los pobres infelices que veas. Dar, por supuesto, todo el mundo debería hacer algo en esa línea y a nadie le gusta eso más que a mí. Pero no, por piedad, no como hacen algunas mujeres, tan desesperadamente serias, prácticas, y locas de amor, que no hay nadie que viva en paz con ustedes —protestó Charlie, alarmado ante la perspectiva.

—Puedes hacer lo que quieras. Tengo la intención de hacer todo el bien que pueda pidiendo el consejo y siguiendo el ejemplo de las más «serias», «prácticas», y personas caritativas que conozco; si no lo apruebas, puedes dejar de frecuentarme —respondió Rosa, haciendo hincapié en las palabras odiosas y suponiendo que tenía el aire resuelto que siempre llevaba cuando defendía sus aficiones.

—¿Te burlas?

—Estoy acostumbrada a eso.

—¿Y criticada y rechazada?

—No por las personas cuya opinión valoro.

—Las mujeres no deberían irse metiendo dentro de dichos lugares.

—Me han enseñado lo que deberían.

—Bueno, tendrás una enfermedad terrible y perderás tu belleza, y entonces ¿dónde estarás? —añadió Charlie, pensando que podría desalentar a la filántropa joven.

Pero no fue así, porque Rosa respondió, con una repentina astilla en los ojos al

recordar su conversación con el tío Alec:

—No me gustaría. Pero no sería una satisfacción aquello, porque cuando yo haya perdido mi belleza y entregado mi dinero, ¿sabré quiénes realmente se preocupaban por mí?

Charlie mordió su pluma en silencio por un momento y luego, preguntó, tímidamente:

—¿Puedo preguntar con respeto cual es la gran reforma que se lleva a cabo en las casas antiguas que su dueño amable está reparando?

—Sólo estoy haciendo que las viviendas sean cómodas para las mujeres pobres, pero respetables para vivir; hay una clase que no pueden permitirse el lujo de pagar mucho; sin embargo, sufren mucho estando obligadas a permanecer en lugares ruidosos, sucios y llenos de gente como en casas de vecindad y alojamientos baratos. Puedo ayudar a algunas de ellas y lo voy a intentar.

—Preguntaré humildemente si, ¿estas descompuestas damas habitarán su retiro palaciego de alquiler gratuito?

—Ese fue mi primer plan, pero el tío me mostró que era más prudente no hacer dependientes a los pobres, pero que paguen una pequeña renta y se sientan independientes. No quiero el dinero, por supuesto, y lo utilizaré para ayudar a otras mujeres en ese caso —dijo Rosa, ignorando por completo el ridículo encubierto de su primo.

—No esperes ninguna gratitud, porque tú no la conseguirás, ni mucho consuelo con un montón de oportunidades en sus manos, y tenlo por seguro que cuando ya sea demasiado tarde, te cansarás de él y desearemos que todo lo hubieras hecho como otra gente hace.

—Gracias por tus alegres profecías, pero creo que me voy a aventurar.

Se veía tan intrépida que Charlie estuvo un poco irritado y disparó su último tiro sin temor:

—Bueno, una cosa sí sé y es que nunca conseguirás un marido si sigues de esta manera absurda, y por Júpiter, necesitas uno para cuidar de ti y mantener la propiedad en conjunto.

Rosa tenía un genio, pero rara vez sacaba lo mejor de ella, ahora; sin embargo, brilló por un momento. Estas últimas palabras fueron particularmente desafortunadas, porque la tía Clara las había usado más de una vez, cuando dio su advertencia contra los pretendientes sin recursos y proyectos generosos. Estaba decepcionada de su primo, molesta porque tomara a sus pequeños planes con burla, e indignada con él por su sugerencia final.

—Nunca voy a tener uno, si debo renunciar a la libertad de hacer lo que yo sé que es correcto, y yo prefiero ir a la casa de los pobres mañana que «mantener la propiedad en conjunto» en el modo egoísta que quieres decir.

Eso era todo, pero Charlie vio que había ido demasiado lejos y se apresuró a hacer las paces con la habilidad de un pretendiente, para, girar hacia el piano del

gabinete poco detrás de él, cantando en su mejor estilo la vieja canción dulce:

«¡Oh!, ¿tú estabas en la explosión de cauld? Viviendo con gran efecto, no sólo con la garantía de que mi manto te diera refugio, incluso más que el de un rey. Joya más brillante de mi corona, ¿serías mi reina?, ¿serías mi reina?».

Era muy evidente que el príncipe azul no había ido de trovador en vano, porque Orfeo mismo no podría haber restaurado la armonía con más éxito. La disculpa melódica fue aceptada con una sonrisa indulgente y un sincero:

—Lo siento, crucé la línea, pero no te olvides de cómo te burlaste, y yo estoy, más bien, de mal humor hoy. ¿No estás de acuerdo?

—Entonces, no tendrás ganas de ir mañana donde la señora Esperanza, me temo —Y Charlie tomó la última nota con una expresión de pesar que era muy halagadora.

—Tengo que ir, porque está hecho para mí, pero puedo salir temprano y compensar el sueño perdido. Odio ser tan rebelde —Y Rosa se frotó la frente que le dolía demasiado.

—Pero el alemán no comienza hasta tarde; voy a ir y dependerá de ti. Quédate esta vez para obligarme —declaró Charlie, porque él había puesto su corazón en distinguirse.

—No, le prometí al tío ser moderada en mis placeres, y tengo intención de mantener mi palabra. Estoy tan bien ahora, sería muy tonto enfermarme y ponerlo ansioso; por no hablar de perder mi belleza, que fuiste tan amable en señalarlo, porque de eso depende la salud, ya sabes.

—Pero la diversión no comienza hasta después de la cena. Todo va a estar delicioso, te lo aseguro, y vamos a tener un tiempo delicioso como lo tuvimos la semana pasada donde Emma.

—Entonces, seguro que no, porque yo estoy avergonzada de mí misma cuando me acuerdo del revolcón que fue y cómo el sobrio tío me dejó entrar a las tres de la mañana, todo mi vestido en harapos, mi dolor de cabeza, mis pies tan cansados que apenas los podía soportar, y nada que mostrar por cinco horas de trabajo duro, excepto un puñado de bombones, flores artificiales, y tapas de papel de seda tontas. El tío dijo que era mejor poner uno e irme a la cama, porque yo lucía como si hubiera estado en un Baile francés de máscaras. No quiero volver a oírsele decir otra vez, y nunca más voy a dejar que el amanecer me atrape en una situación semejante.

—Tú estabas lo suficientemente bien, porque madre no se opuso y te dejó en casa antes del amanecer. Tío es el teórico de esas cosas, así que no me importaría, porque nosotros tuvimos un tiempo alegre y ninguno se preocupó por ello.

—¡En realidad, cada uno de nosotros lo estuvimos! Tía Clara no ha superado su frío todavía. He dormido todo el día siguiente, y parecía un fantasma, pero tú habías estado fuera todas las noches por la semana, ¿me equivoco?

—¡Oh, tonterías! Todo el mundo lo hace durante la temporada, y te acostumbras a seguir ese ritmo muy pronto —comenzó Charlie, empeñado en hacer que fuera, porque él estaba en su elemento, en un salón de baile y nunca era más feliz como

cuando tenía a su prima en su brazo.

—¡Ah! Pero yo no quiero que te acostumbres a ello, porque cuesta demasiado al final. No deseo acostumbrarme a ser trasladada de una sala caliente por los hombres que han tomado demasiado vino, para convertir el día en noche, perdiendo el tiempo que podría ser mejor gastado, y convertirme en una rápida chica de moda que no puede vivir sin entusiasmo. No niego que gran parte de ello es agradable, pero no intentes hacerme demasiado aficionada a esa alegría. Ayúdame a resistir lo que sé que hace daño, y por favor, no me hagas reír acerca de los buenos hábitos que el Tío ha intentado, tan duro, inculcarme.

Rosa fue muy sincera en su apelación, y Charlie sabía que tenía razón, pero siempre resultaba difícil renunciar a todo en lo que había puesto su corazón, sin importar lo trivial que, por la indulgencia maternal que había hecho daño al niño y había fomentado el hábito de la auto-indulgencia, estaba arruinando al hombre. Así que cuando Rosa lo miró, con un deseo muy sincero para salvarlo, así como a sí misma de ser arrastrada en el torbellino vertiginoso que mantenía a tantos jóvenes girando sin rumbo fijo, hasta que se bajaban o se echaban a la orilla, sobre restos de lo que podrían haber sido, él se encogió de hombros y respondió brevemente:

—Como quiera, te voy a traer a casa tan pronto como te guste y Effie Waring tomará tu lugar en el alemán ¿Qué flores te envío?

Ahora, eso fue un discurso artístico de Charlie, porque la señorita Waring era una rápida muchacha de moda que abiertamente admiraba al Príncipe Encantador y quién le había dado el nombre. A Rosa no le gustaba y estaba segura de que su influencia era mala, por la frivolidad imperdonable de su juventud, el ingenio ocultaba la falta de refinamiento, y la belleza siempre se cubría de una multitud de pecados en los ojos de un hombre. Al sonido del nombre de Effie, Rosa vaciló, pero por los recuerdos de las últimas palabras del «primer compañero». Ella tenía el deseo de «mantener una línea recta», de modo que, a pesar de la corriente del impulso de establecerse firmemente en dirección sur, al principio, la única brújula que valía la pena tener, señaló hacia el norte, y ella trató de obedecer como un sabio navegante joven, diciendo: constantemente, mientras que ella dirigía a Annabel una tarjeta que contenía un par de zapatillas grandes destinadas al Tío Mac:

—No te preocupes por mí, puedes ir con el tío y desaparecer sin molestar a nadie.

—No creo que tengas el corazón para hacerlo —dijo Charlie con incredulidad cuando selló la última nota.

—Espera y verás.

—Lo haré, pero voy a esperar hasta el final —Y le besó la mano, se apartó de enviar sus cartas, muy seguro de que no llevaría a la señorita Waring al alemán.

Sin duda, observó por un momento, como si la señorita Campbell lo pudiera hacer, porque corrió a la puerta con las palabras «me voy» en los labios. Pero ella no lo abrió hasta que hubo estado mirando fijamente un minuto el viejo guante en la cabeza de Psique; a continuación, como si le hubiera llegado, de repente, una idea

brillante, ella hizo un gesto decidido y salió lentamente de la habitación.

Capítulo 6

Mac pulido

—Por favor, ¿podría decir una palabra? —la pregunta fue repetida tres veces antes de que un jefe rudo se balanceara hacia fuera de la gruta de libros en los que, generalmente, se sentaba Mac cuando estudiaba.

—¿Alguien habla? —preguntó, parpadeando ante la inundación de sol que entraba junto con Rosa.

—Sólo tres veces, gracias. No te molestes, te lo ruego, porque yo sólo quiero decir una palabra —respondió Rosa mientras impedía que le ofreciera el sillón donde estaba sentado.

—Estaba profundamente abstraído y no te oí. ¿Qué puedo hacer por ti, prima? —Y Mac empujó una pila de folletos de la silla cercana a él con un gesto de hospitalidad en la mano que envió a sus papeles volando en todas direcciones.

Rosa se sentó, pero no parecía encontrar su «palabra», nada fácil de pronunciar, porque ella torció el pañuelo alrededor de sus dedos en un silencio embarazoso, hasta que Mac se puso las gafas y, después de una mirada penetrante, le preguntó con seriedad:

—¿Es una astilla, un corte o un panadizo, señora?

—No lo es. Olvida tu molesta cirugía por un minuto y se lo más amable, primo, tal como lo fuiste alguna vez —respondió Rosa, con cierta brusquedad y terminando con su sonrisa más atractiva.

—No se puede prometer en la oscuridad —dijo el joven cauteloso.

—Es un favor, un gran favor, y no quise preguntarle a cualquiera de los otros chicos —respondió la joven ingeniosa.

Mac miró complacido y se inclinó hacia adelante, diciendo, con un tono más ameno:

—Lo que sea, y puedes estar segura de que voy lo a conceder, si puedo.

—Ven conmigo a la fiesta de la señora Esperanza mañana por la noche.

—¡Qué! —Y Mac retrocedió como si le hubiera puesto una pistola en la cabeza.

—Te he dejado en paz desde hace mucho tiempo, pero es tu turno ahora, para cumplir con tu deber, como un hombre y como un primo.

—¡Pero nunca voy a fiestas! —exclamó la infeliz víctima con una gran consternación.

—Ya es hora de que comiences, señor.

—Pero yo no bailo en condiciones de ser visto.

—Te voy a enseñar.

—Mi casaca no es decente, lo sé.

—Archie te prestará una que no use.

—Me temo que no hay un discurso que deba cortar.

—No, no le pregunté al tío.

—Siempre estoy tan cansado y aburrido en la noche.

—Este tipo de cosas es justo lo que quieres para descansar y refrescar tu espíritu.

Mac dio un gemido y volvió a caer derrotado, pues era evidente que era imposible escapar.

—¿Qué puso aquella idea, perfectamente salvaje, en tu cabeza? —preguntó, con cierta brusquedad, pues hasta entonces había sido dejado en paz y este repentino ataque decididamente lo sorprendió.

—La pura necesidad, pero no lo hagas si es tan terrible para ti. Tengo que ir a varias fiestas más, porque están hechas para mí, pero después de eso, me negaré a ir, y entonces, nadie tendrá por qué preocuparse por mí.

Algo en la voz de Rosa hizo que Mac respondiera sacrificado, incluso mientras él fruncía el ceño con perplejidad.

—No quiero ser grosero, y por supuesto, iré a cualquier parte si lo requiero. Pero no entiendo cuál es la necesidad, con tres otros compañeros al comando, todos mejores bailarines y más galanes que yo.

—Yo no los quiero, y a ti sí, porque no tengo corazón para arrastrar más al tío, y tú sabes que nunca voy con algún caballero, excepto los de mi propia familia.

—Vamos a ver, Rosa, si Steve ha estado burlándose de ti, sólo menciónalo y yo me ocuparé de él —gritó Mac, claramente viendo que algo andaba mal y creyendo que el Dandy se encontraba en el asunto, ya que había hecho misiones de escolta en varias ocasiones últimamente.

—No, Steve ha sido muy bueno, pero ha estado más con Kitty Van, así que, por supuesto, me siento como una aguafiestas, a pesar de que es demasiado cortés como para sugerirlo.

—¡Qué «cerebro» es ese chico! Pero ahí está Archie que es firme como una iglesia y no tiene novia que interfiera —continuó Mac, obligado a llegar a la verdad y sospechando la mitad de lo que era.

—Él está ocupado todo el día, y la tía Jessie lo quiere por la noche. No le interesa bailar como antes, y supongo que realmente prefiere descansar y leer. —Rosa podría haber añadido: «Y oír cantar a Febe», porque Febe no salía tanto como ella lo hacía y la tía Jessie iba a menudo a sentarse con las señoras de edad cuando la gente joven no estaba y, por supuesto, consciente de sus deberes, Archie iba con ella, con tan buena voluntad por la tarde.

—¿Qué anda mal con Charlie? Pensé que él era el príncipe de los caballeros. Annabel dice que baila «como un ángel» y sé que una docena de madres no pudieron tenerlo en casa una noche. ¿Has tenido un altercado con Adonis y has venido a recurrir al pobre de mí? —preguntó Mac, mencionándolo al final, aunque fue la primera persona en quién pensó, pero a quién no se atrevió a mencionar, sintiendo vergüenza de aludir a un tema discutido, a menudo, detrás de su espalda.

—Sí, lo tuve, y no tengo intención de ir más con él durante algún tiempo. Sus caminos no me convienen, y los míos, tampoco a él, por eso quiero ser más

independiente, y me puedes ayudar si quieres —dijo Rosa, girando, con cierto nerviosismo, el cierre del guante.

Mac dio un silbido, buscando despertar en un minuto, mientras decía con un gesto, como si le rozara una telaraña la cara:

—Ahora, ven aquí, prima, yo no soy bueno en los misterios y sólo podré cometer un error si me vendas los ojos en una agradable maniobra. Sólo dime, directamente, lo que quieres y lo haré, si puedo. Tan sólo, dímelo y libera tu mente ahora.

Habló con tanta amabilidad, y sus ojos honestos estaban tan llenos de alegre buena voluntad, que Rosa pensó que ella podría confiar en él y respondió con la franqueza que él podía desear:

—Tienes razón, Mac, y no me importaría hablar contigo casi tan libremente como con el tío, porque eres un tipo serio y no creo que me llames tonta por tratar de hacer lo que yo creo que es correcto. Charlie hace que sea difícil para mí mantener mis resoluciones. Quiero despertarme temprano, vestir sencillo, y comportarme correctamente, sin importar lo que la gente de moda haga. Estarás de acuerdo en eso, estoy segura, y quédate a mi lado contra viento y marea, por principio.

—Yo, empezaré por mostrarte que entiendo el caso. No me sorprende que no estés satisfecha, por Charlie es demasiado para suponer, y necesitas a alguien para ayudarte a pensar un poco. ¿Sí, prima?

—¡Qué manera de decirlo! —Y Rosa se echó a reír, a pesar de sí misma, y agregó, con un aire de alivio—. Eso es y yo quiero a alguien que me ayude a hacerle entender que no quiero ser tomada por posesión de esa manera señorial, como si le perteneciera más que al resto de la familia. No me gusta, la gente empieza a hablar, y Charlie no podrá ver lo desagradable que es para mí.

—Dile que es así —fue el contundente consejo de Mac.

—Lo hago, pero él sólo se ríe y promete comportarse, y luego, lo vuelve a hacer cuando estoy colocada de modo que no puedo decir nada. Nunca vas a entender, y no puedo explicarlo, porque es sólo un vistazo, o una palabra, o alguna pequeña cosa, pero no lo voy a tener, así que, la mejor manera de curarlo es ponerlo lejos de su alcance para molestarme.

—Es un gran coqueto y quiere enseñarte como serlo, supongo. Voy a hablar con él si quieres y le diré que no quieres aprender. ¿Lo hago? —preguntó Mac, encontrando el caso más interesante.

—No, gracias que eso sólo causará problemas. Si tienes la amabilidad de acompañarme a bailar un par de veces, eso le mostrará a Charlie que hablo en serio, sin más palabras y pondrá fin a los chismes —dijo Rosa, poniéndose colorada como una amapola, recordando lo que había oído susurrar de un joven a otro, mientras Charlie la conducía a través de una sala de cena concurrida con su aire más devoto, «¡Perro afortunado! Él está seguro de conseguir a la heredera, y nosotros estamos muy lejos de hacerlo».

—No hay peligro de que las personas chismeen sobre nosotros, ¿verdad? —Y

Mac miró hacia arriba con la más extraña de todas sus expresiones peculiares

—Por supuesto que no, eres sólo un niño.

—Tengo veintiuno, muchas gracias, y el príncipe, es un par de años mayor —dijo Mac, pronto a resentir el desaire hacia su virilidad.

—Sí, pero él es como otros jóvenes, mientras que tú eres un viejo ratón de biblioteca querido. A nadie le importará lo que hagas, así que puedes ir a fiestas conmigo cada noche y ni una palabra se dirá o, si la hay, no me importará, ya que eres «sólo Mac» —contestó Rosa, sonriendo mientras citaba una frase que en el hogar se utilizaba a menudo para justificar sus caprichos.

—Entonces, ¿no soy nadie? —dijo, arqueando las cejas, como si el descubrimiento lo sorprendiera y más bien, lo irritara.

—Nadie en la sociedad, por el momento, pero mi mejor primo en privado, y sólo he demostrado mi respeto por hacerte mi confidente, en vez de elegir a mi príncipe —dijo Rosa, apresurándose a calmar los sentimientos que sus descuidadas palabras que, al parecer, alborotaban un poco.

—Mejor para mí —se quejó Mac.

—Jovencito ingrato, ¿no aprecias el honor que te he conferido! Conozco a una docena que se sentirían orgullosos de estar en tu lugar, pero sólo tú te preocupas por daños colaterales, así que no te detendré por más tiempo, excepto para pedirte, si se me permite, considerar siempre con una escolta para mañana por la noche —dijo Rosa, un tanto herida por su indiferencia, porque no estaba acostumbrada a los rechazos.

—Si se me permite esperar el honor. —Y, levantándose, le hizo una reverencia, que era una imitación impecable del gran estilo de Charlie que una vez ella perdonara, exclamando con divertido asombro:

—¿Por qué, Mac? ¿No sabía que podías ser tan elegante!

—Un hombre puede ser casi cualquier cosa que guste si se esfuerza lo suficiente —respondió él de pie, muy erguido y mirando tan alto y digno, que Rosa estaba muy impresionada, y con una cortesía solemne, se retiró, diciendo amablemente—: Acepto con agradecimiento. Buenos días, Dr. Alexander Mackenzie Campbell.

Cuando llegó la noche del viernes y le dijeron que su acompañante había llegado, Rosa corrió, devotamente esperanzada de que él no hubiera venido con una chaqueta de pana, botas altas, guantes negros, o de hecho, cualquier error insignificante de ese tipo. Un joven caballero estaba de pie ante el espejo largo, al parecer, intentando arreglar su pelo, y Rosa se detuvo, de repente, mientras sus ojos se iban hacia el paño brillante en las manos enguantadas de blanco, ocupado con un bloqueo rebelde que no se quedaba en su lugar.

—¿Por qué pensé en Charlie? —Comenzó con un acento de sorpresa en su voz, pero no llegó más lejos, porque el caballero se volvió y contempló a Mac en traje de noche, impecable, con su pelo partido dulcemente en la frente, un ramo superior en el ojal, y la expresión de un mártir en su rostro.

—Ah, ¿no te gustaría que lo fuera? Nadie más que tú misma para agradecer que no lo sea. ¿Estoy en lo cierto? El Dandy me levantó, y él debe saber qué hace —exigió Mac, cruzando las manos y con los pies tan rígidos como un palo.

—Eres tan, regularmente, espléndido que no te reconozco.

—Yo tampoco

—Realmente no tenía idea de que podrías lucir tan como un caballero —añadió Rosa, admirándolo con gran aprobación.

—Ni que yo pudiera sentirme como un tonto.

—¡Pobre muchacho! Parece bastante miserable. ¿Qué puedo hacer para levantarle el ánimo a cambio del sacrificio que está haciendo?

—Deja de llamarme niño. Se calmará mi agonía inmensamente y me darás valor para aparecer en una capa baja de cuello y el rizo en la frente, porque yo no estoy acostumbrado a estas elegancias y me parecen una falta de juicio.

Mac habló en un tono patético, y le dio una mirada sombría al mencionado rizo, que Rosa se echó a reír en su cara y añadió a su pena, entregándole su manto. Él permaneció gravemente durante un minuto, luego, con cuidado lo puso en el lado equivocado y le dio a la campana de plumón de cisne un buen tirón en la cabeza, para destruir totalmente toda suavidad, en su interior, a los rizos.

Rosa lanzó un grito y echó afuera la capa, haciéndole una oferta para que aprendiera a hacerlo bien, que humildemente aceptó y luego, la condujo por el pasillo sin ella tener que caminar en sus faldas más de tres veces en el camino. Pero en la puerta, descubrió que había olvidado sus zapatos de goma con pelo y le pidió a Mac conseguirlos.

—No importa, no está mojado —dijo él, tirando la gorra sobre sus ojos y sumergiéndose en su abrigo, a pesar de las «elegancias» que lo aquejaban.

—Pero no puedo caminar sobre las piedras frías con zapatillas delgadas, ¿puedo? —Rosa comenzó, mostrándole un pequeño pie blanco.

—No es necesario, porque ahora eres mi dama. —Y, sin contemplaciones al recogerla, Mac la llevó hasta el coche antes de que pudiera decir una palabra.

—¡Pero qué escolta! —exclamó en una cómica consternación, ya que ella rescató su vestido delicado de una alfombra en la que estaba a punto de meterse como una momia.

—Es «sólo Mac», por lo que no me importa —y se echó en un rincón opuesto, con el aire de un hombre inspirado en la realización de muchas tareas dolorosas y que estaba obligado a matar o morir.

—Pero los señores no atrapan a las señoras como costales de harina y las meten en carruajes de esta manera. Es evidente que necesitas mirar antes y es hora de que te muestre los modales que la sociedad acepta. Ahora bien, me importa qué haces al respecto y no nos metas en un lío si lo puedes evitar —suplicó Rosa, con la sensación de que en muchas oportunidades ella había ido más allá y le había ido peor.

—Voy a comportarme como un Turveydrop, ve si no lo hago.

La sola idea de Mac comportándose como el inmortal Turveydrop parecía ser un caso peculiar, ya que, después de haber bailado una vez con su primo, él la dejó a su suerte y pronto, se olvidó por completo de ella, en una larga conversación con el profesor Stumph, el geólogo. A Rosa no le importó, porque un baile le demostró que esa rama de la educación de Mac había sido tristemente descuidada, y se alegró de deslizarse suavemente con Steve, a pesar de que era sólo una o dos pulgadas más alto que ella. Ella tenía un montón de compañeros, sin embargo, y un montón de acompañantes, porque todos los jóvenes eran sus más devotos, y todas las matronas la cuidaban con bondad maternal.

Charlie no estaba allí, para cuando se enteró de que Rosa se mantuvo firme, y que además, había ido emparejada con Mac permanentemente; que él no iría en absoluto y se retiró con gran indignación para consolarse con los pasatiempos más peligrosos. Rosa temía que sería así, y aun en medio de la alegría, de vez en cuando, un estado de ansiedad se apoderaba de ella y por un momento, la puso pensativa. Ella sintió su poder y quería usarlo con prudencia, pero no sabía cómo ser amable con Charlie, sin ser infiel a sí misma y sin darle falsas esperanzas.

—Me gustaría que estuviéramos todos niños otra vez, sin corazones dejándonos perplejos y sin grandes tentaciones probándonos —se dijo mientras descansaba un minuto en un rincón tranquilo, mientras que su compañero iba a buscar un vaso de agua. Justo en esta ensoñación, medio triste, medio sentimental, oyó una voz familiar detrás de ella, diciendo con seriedad:

—Y el *allophite* es el nuevo silicato de alúmina y magnesia, hidratado, muy parecido a la *pseudophite*, que WebSky encontró en Silesia.

—¡De qué está hablando Mac! —pensó, y, asomándose detrás de un gran azalea en plena floración, vio a su primo en una profunda conversación con el profesor, evidentemente, tomándose un momento libre, pues su rostro había perdido su expresión de melancolía y estaba lleno de un vivo interés, mientras que el hombre de más edad estaba escuchando, como si sus palabras fueran a la vez inteligentes y agradables.

—¿Qué es esto? —preguntó Steve, llegando con el agua y viendo una sonrisa en el rostro de Rosa.

Señaló el científico *tete-a-tete* que pasaba detrás de la azalea, y Steve sonrió mientras se asomaba; a continuación, se despejó y le dijo en un tono de desesperación:

—Si hubieras visto los dolores que tuve con ese hombre, la paciencia con la cepillé su peluca, el tiempo que pasé tratando de convencerlo de que debía usar botas finas, y la lucha que tuve para que entrara en ese saco, tú entenderías mis sentimientos cuando lo veo ahora.

—¿Por qué?, ¿qué pasa con él? —preguntó Rosa.

—Anda a echar un vistazo y ve el espectáculo que ha hecho de sí mismo. Será mejor que se vaya a casa de una vez o él hará caer la desgracia en la familia luciendo

como si él hubiera estado en una fila. —Steve habló en un tono trágico, que Rosa tomó con desasosiego y simpatizó con Dandy, porque la elegancia de Mac se había ido del todo. Su corbata estaba en una oreja, su ramo colgado boca abajo, sus guantes enrollados en una bola, que apretaba y golpeaba distraído, mientras hablaba, y su cabello parecía como si un torbellino hubiera pasado por ella; porque sus diez dedos lo arremolinaban de vez en cuando, ya que tenía la costumbre de hacerlo cuando estudiaba o hablaba con seriedad. Pero se le veía tan feliz y despierto, a pesar de su desconcierto, que Rosa hizo un gesto de aprobación y dijo, detrás de su abanico:

—Sin embargo, es todo un espectáculo, Steve, en general, creo que sus propias formas extrañas se adaptan mejor a él y me imagino que estarás orgulloso, porque él sabe más que el resto de todos nosotros juntos. Escucha eso ahora —Y Rosa hizo una pausa para poder escuchar la explosión siguiente de la elocuencia de los labios de Mac:

—Usted sabe que Frenzal ha demostrado que las formas globulares de silicato de bismuto en Schneeberg y Johanngeorgenstadt no son isométricas, pero monoclinico en forma cristalina, y por lo tanto, los separa de la vieja *eulytite* y le da a la *Agricolite* nuevo nombre.

—¿No es horrible? Vamos a salir de esta antes de que haya otro alud o seremos silicatos globulares y cristales isométricos, a pesar de nosotros mismos —susurró Steve con un aire de pánico, y huyeron de la granizada de palabras duras que sacudieron sobre sus orejas, dejando a Mac para divertirse a su manera.

Pero cuando Rosa estaba lista para ir a casa y miró a su alrededor en busca de su escolta, ésta no estaba a la vista, porque el profesor se había ido, y Mac con él, tan absorto en algún tema nuevo que se olvidó por completo de su prima y se fue tranquilamente a casa, reflexionando aun sobre los encantos de la geología. Cuando este hecho agradable cayó sobre Rosa, sus sentimientos no fueron lo esperado. Ella estaba a la vez furiosa y divertida de que Mac se fuera para ir bebiendo los vientos y la dejara a su suerte. No era difícil, sin embargo, porque, aunque Steve se había ido con Kitty antes de que su difícil situación fuera descubierta, la señora Bliss estuvo más que contenta de tomar a la doncella abandonada bajo su ala y dejarla en su casa sana y salva.

Rosa estaba calentando sus pies y bebiendo el chocolate que Febe siempre tenía listo para ella, mientras que apenas si había probado la cena, cuando un golpe apresurado llegó por la ventana donde siempre penetraba la luz y la voz de Mac se escuchó con suavidad pidiendo que le permitiera entrar «sólo por un minuto».

Curiosa por saber qué le había sucedido, Rosa pidió a Febe atender a su llamado y el caballero delincuente apareció, jadeante, ansioso, y más en ruinas que nunca, pues había olvidado su abrigo, su corbata estaba en la parte posterior de su cuello ahora, y su pelo estaba erguido de manera rampante como si todos los vientos del cielo hubieran estado soplando libremente a través de él, como lo habían hecho, pues había sido rasgado de aquí para allá la última media hora, tratando de deshacer el hecho tan

terrible que había cometido tan inocentemente.

—No hagas caso de mí, porque yo no lo merezco. Sólo vine a ver que estabas a salvo, prima, y luego, colgarme a mí mismo, como me aconsejó Steve —comenzó en un tono lleno de remordimientos que habría sido muy eficaz si no se hubiera visto obligado a recuperar el aliento con un suspiro cómico, de vez en cuando.

—Nunca pensé que tú serías aquel que pasaría de mí —dijo Rosa con una mirada de reproche, pensando que era mejor no ceder demasiado pronto, a pesar de que estaba dispuesta a hacerlo cuando vio cuán sinceramente apenado él estaba.

—¡Fue ese hombre confundido! Era una regular enciclopedia andante y, encontré que podía conseguir una buena oferta de él, así que fui en busca de información general, como el tiempo era corto. Sabes que siempre se me olvida todo lo demás cuando llega el asimiento de semejante compañero.

—Eso es evidente. Me pregunto cómo no me recordaste en absoluto —respondió Rosa, al borde de una risa que resultaba tan absurdo.

—No lo hice hasta que Steve dijo algo que me lo recordó y que, a continuación, descargó sobre mí, en un choque terrible, que me había ido y te había dejado, y es posible que tú me derribes con una pluma —dijo el honesto Mac, sin esconder su falta.

—¿Qué hiciste, entonces?

—¡Sí! Me fui como un tiro y no paré hasta llegar a las esperanzas.

—¿No anduviste todo el camino? —exclamó Rosa.

—Bendita seas, corrí. Pero te fuiste con la señora Bliss, por lo que me lancé, otra vez, a ver con mis propios ojos que estabas a salvo en casa —respondió Mac con un suspiro de alivio, secándose la frente empapada.

—Pero son tres millas, por lo menos, en cada sentido, y a las doce en punto, y la oscuridad y el frío. ¡Oh, Mac! ¡Cómo pudiste! —exclamó Rosa, de pronto, sin darse cuenta de lo que él había hecho cuando ella escuchó su dificultad para respirar, viendo el estado de las botas finas, y detectando la ausencia de un abrigo.

—No pude hacer menos, ¿no? —preguntó Mac, apoyado contra la puerta e intentando no jadear.

—No había necesidad de medio matarte a ti mismo por tan poca cosa. Es posible que hayas sabido que podía cuidar de mí misma, por una vez, al menos, con tantos amigos alrededor. Siéntate un minuto. Trae otra copa, por favor, Febe, este muchacho no se va a casa hasta que haya descansado y esté renovado, después de una carrera como esa —ordenó Rosa.

—No seas buena conmigo, prefiero tener un regaño que una silla, y beber la cicuta en vez de chocolate, si sucede que tienes lista alguna —respondió Mac con un soplo patético, mientras él cedía ante el sofá y humildemente, tomaba lo que Febe le había llevado.

—Si algo le pasara a tu corazón, señor, una carrera de este tipo podría ser la muerte, por lo que nunca lo volverás a hacer —dijo Rosa, ofreciéndole el abanico

para refrescar su rostro acalorado.

—¿No tengo ningún corazón?

—Sí, lo tienes, porque he oído que latía como un martillo pilón, y es mi culpa, yo debería haberte detenido cuando llegaste y decirte que estaba bien.

—Es la mortificación, no los kilómetros lo que me molesta. A menudo, me lanzo a correr para hacer ejercicio y no pienso en ello, pero esta noche yo estaba tan loco que hice un buen tiempo extra, me imagino. Ahora, no te preocupes, pero compón tu mente y «toma tu taza de té», como dice Evelina —respondió Mac, ingeniosamente cambiando la conversación hacia él mismo.

—¿Qué sabes acerca de Evelina? —le preguntó Rosa en una gran sorpresa.

—Todo acerca de ella. ¿Crees que nunca he leído una novela?

—Pensé que no leías nada, excepto griego y latín, con una mirada ocasional a las *pseudophites* de WebSky y a los monoclinicos de Johannegeorgenstadt —Mac abrió los ojos ante esta respuesta, y luego, pareció ver la broma y se unió a la risa con sinceridad, de tal manera, que la voz de la tía Abundancia se escuchó, demandando desde arriba con la ansiedad del sueño:

—¿Está la casa en llamas?

—No, señora, todo está seguro, y yo sólo estoy diciendo buenas noches —respondió Mac, buceando por su abrigo.

—A continuación, márchate y deja que la niña duerma —agregó la anciana, retirándose hasta su cama. Rosa corrió a la sala, y tomó el abrigo de piel de su tío, se reunió con Mac mientras él salía del estudio, distraído, mirando a su alrededor por su cuenta.

—No tienes ninguno, ¡niño sumido en la ignorancia! Así que, toma esto, y ten tu ingenio encima la próxima vez que, de lo contrario, no te dejaré escapar tan fácilmente —dijo, sosteniendo la pesada prenda y asomándose por encima de ella, sin señal de disgusto en sus ojos risueños.

—¡La próxima vez! Entonces, ¿me perdonas? ¿Me probarás de nuevo, y me darás la oportunidad de demostrar que no soy un tonto? —gritó Mac, abrazando el abrigo grande con emoción.

—Por supuesto que sí, y estoy lejos de pensar que eres un tonto; me impresionaste mucho esta noche con tu aprendizaje y le dije a Steve que debemos estar orgullosos de nuestro filósofo.

—¡Aprendiendo a ahorcar! Te voy a demostrar que no soy un ratón de biblioteca, sino tan hombre como cualquiera de ellos, y entonces, podrás estar orgullosa o no, ¡como quieras! —gritó Mac con un gesto desafiante que causó que los vasos saltaran, mientras él cogía su sombrero y se iba tal como llegó.

Un día más tarde o dos, Rosa fue a ver a la tía Juana, ya que obedientemente lo hacía una o dos veces por semana. En su camino hacia arriba oyó un ruido singular en el salón e involuntariamente se detuvo a escuchar.

—¡Uno, dos, tres, desliza! ¡Uno, dos, tres, vuelta! Ahora, entonces, ¡vamos! —

dijo una voz impaciente.

—Es muy fácil decir «vamos», pero ¿qué diablos hago yo con mi pierna izquierda mientras estoy girando y deslizándome con la derecha? —Exigió, además, con un tono de voz triste y sin aliento.

A continuación, los silbidos y golpes continuaron con más fuerza que antes, y Rosa, reconociendo las voces, se asomó por la puerta entreabierta para contemplar un espectáculo que la hizo temblar de risa contenida. Steve, con un mantel rojo atado alrededor de su cintura, languidecía en el hombro de Mac, bailando en el momento perfecto por el aire que él silbaba, porque Dandy era experto en el arte elegante y se engrandecía a sí mismo de su habilidad. Mac, con un rostro enrojecido y los ojos mareados, se agarró a su hermano por la parte baja de la espalda, en vano tratando de dirigirlo por el cuarto tiempo sin enredar sus piernas en el mantel, pisotear a los de su pareja, o chocar con los muebles. Fue muy gracioso, y Rosa disfrutó del espectáculo hasta que Mac, en un intento desesperado para deslizarse alrededor, se lanzó contra la pared y botó al suelo a Steve. Luego, fue imposible contener la risa por más tiempo y ella entró, diciendo alegremente:

—¡Ha sido espléndido! Hazlo de nuevo, y tocaré para ti.

Steve se levantó y arrancó el mantel en una gran confusión, mientras que Mac, todavía frotándose la cabeza, se dejó caer en una silla, tratando de parecer muy tranquilo y alegre, mientras murmuraba:

—¿Cómo estás, prima ¿Cuándo llegaste? John debió habérmelo dicho.

—Me alegro de que no lo hiciera, porque entonces, me habría perdido este cuadro conmovedor de devoción y amor fraternal. Preparándote para nuestra próxima fiesta, veo.

—Intentándolo, pero hay tantas cosas para tener en cuenta al mismo tiempo y mantener el tiempo, dirigir recto, esquivar las enaguas, y gestionar las piernas confundidas que no es nada fácil de conseguir en un primer momento —respondió Mac con un suspiro de agotamiento, secándose la frente empapada.

—El trabajo más difícil que he asumido y como no soy un ariete, me niego a ser derribado más —gruñó Steve, le quitó el polvo a sus rodillas y con tristeza, observó sus pies que habían sido pisoteados hasta que se estremecieron, por sus botas y el querido paño, por el corazón de la pulcra juventud.

—Muy bien por ti, y estoy muy agradecido. Tengo ritmo, creo, y puedo practicar con una silla para sostener mi mano —dijo Mac con una mezcla cómica de gratitud y resignación de que Rosa se fuera de nuevo tan irresistiblemente hasta que sus primos se unieran a ella con un rugido fuerte.

—Mientras te estás haciendo un mártir de ti mismo en mi servicio, lo menos que puedo hacer es echarte una mano. Toca para nosotros, Steve y yo le daré una lección a Mac, a menos que él prefiera la silla. —Y, quitándose el sombrero y la capa, Rosa hizo la seña más tentadora que le había dado alguna vez al grave filósofo.

—Mil gracias, pero me temo que voy a hacerte daño —comenzó a Mac, mucho

más satisfecho, pero consciente de las pasadas desgracias.

—No lo creo. Steve no ha conseguido darte un buen entrenamiento y, los buenos bailarines siempre tienen su lazo. No tengo ninguno en absoluto, así que los problemas se han ido y la música hará que sea mucho más fácil mantener el paso. Haz lo que te diga e irás muy bien después de unas cuantas vueltas.

—¡Lo haré, lo haré! ¡Hacia arriba, Steve! ¡Ahora, Rosa! —Y, cepillándose el pelo de los ojos con un aire de determinación de popa, Mac tomó a Rosa y volvió a la carga, inclinándose en distinguirse a sí mismo o sino, él moriría en el intento.

La segunda lección prosperó, porque Steve marcó el tiempo por una serie de explosiones enfáticas; Mac obedeció las órdenes, tan pronto, como si su vida dependiera de ello, y después de varios estrechos escapes en los momentos emocionantes, Rosa tuvo la satisfacción de ser conducida con seguridad por la habitación y aterrizó con una pirueta de cola en la parte inferior. Steve aplaudió, y Mac, mucho más exaltado, exclamó con ingenuo candor:

—En realidad, es una especie de inspiración sobre ti, Rosa. Siempre detesté el baile, pero ahora, ¿sabes?, ya no me disgusta

—Sabía que podrías, sólo que no debes permanecer con tu brazo alrededor de tu pareja de esta forma cuando haya terminado. Debes darle seguridad y refrescarla, si ella lo desea —dijo Rosa ansiosa por perfeccionar a un alumno que parecía necesitar, tan desesperadamente, un maestro.

—Sí, por supuesto, yo sé cómo lo hacen. —Y, liberando a su prima, Mac levantó un torbellino pequeño a su alrededor con un periódico doblado, tan lleno de celo que no tuvo corazón para reprimirlo de nuevo.

—Bien hecho, amigo. Empiezo a tener la esperanza de que pidas una casaca nueva de una vez, dado que estás pasando realmente hacia las propiedades de la vida —dijo Steve en el taburete, con el gesto de aprobación del que era un juez de dichas propiedades—. Ahora, Rosa, si sólo le entrenas un poco acerca de su charla, no va a hacer una burla de sí mismo como lo hizo la otra noche —añadió Steve—. No me refiero a su algarabía geológica que ya era bastante mala, sino a que su charla con Emma Curtis fue mucho peor. Díselo, Mac, y ve si ella no cree que la pobre Emma tenía derecho a pensar que eres un idiota de primera clase.

—No veo por qué, cuando sólo trataba de mantener una pequeña conversación sensata —comenzó Mac con reticencia, pues había sido despiadadamente gastado en bromas por sus primos, porque su hermano le había traicionado.

—¿Qué has dicho? No me voy a reír, si puedo evitarlo —dijo Rosa, curiosa por escuchar, porque los ojos de Steve brillaban con diversión.

—Bueno, yo sabía que era aficionada a los cines, así que traté el tema más interesante y todo marchó muy bien hasta que empecé a decirle cómo se las arreglaron esas cosas en Grecia, ¿sabes?

—Dios. ¿Le diste uno de los coros o un poco de Agamenón, como lo hiciste cuando me lo describiste a mí? —preguntó Rosa, manteniéndose sobria con dificultad

al recordar la serio-cómica escena.

—Por supuesto que no, pero yo estaba recomendándole que leyera Prometeo, cuando se puso detrás de su abanico y comenzó a hablar acerca de Febe. La «criatura agradable» que era, «manteniéndose en su lugar» vestida de acuerdo a su posición, y esa clase de tonterías. Supongo que fue bastante grosera, pero se detuvo, lo que me confundió un poco, y dije lo primero que me vino a la cabeza, que yo pensaba que Febe era la mujer mejor vestida en la habitación porque ella no estaba tan alborotada y con plumas como la mayoría de las chicas.

¡Oh, Mac! A Emma, quien hace el trabajo de su vida para estar siempre a la altura de la moda y que fue particularmente espléndida esa noche. ¿Qué te dijo? —exclamó Rosa, llena de simpatía por ambas partes.

—Ella se enojó y me miró con dureza.

—¿Y qué hiciste?

—Me mordí la lengua y evité meter la pata otra vez. Siguiendo su ejemplo, cambié de tema, hablando sobre el concierto de caridad para los huérfanos, y cuando ella se apiadó de los «angelitos», le aconsejé la adopción de uno y le pregunté por qué las jóvenes no hacen ese tipo de cosas, en lugar de abrazar a los gatos y a los perros falderos.

—¡Desgraciado! Su *pug* es el ídolo de su vida, y odia a los bebés —dijo Rosa.

—¡Ella es más que tonta! Bueno, tengo mi opinión sobre el tema, de todos modos, y ella es muy bienvenida, porque yo iba a decir que pensé que sería no sólo una obra de caridad encantadora, sino un excelente entrenamiento para el momento en que tuviera angelitos por su cuenta. Un sinfín de niños pobres mueren por la ignorancia de las madres, ya sabes —agregó Mac, tan en serio, que Rosa no se atrevió a sonreír como lo había hecho antes.

—Imagina a Emma trotando alrededor de un pobre bebé bajo el brazo en lugar de con su querido Toto —dijo Steve girando extasiado en el taburete.

—¿Te pareció que le gustó tu consejo, señor Inoportuno? —le preguntó Rosa, deseando haber estado allí.

—No, ella dio un gritito y dijo: «¡Dios mío, Sr. Campbell, ¡qué gracioso eres! Llévame con Mamá, por favor» —lo hice con un corazón agradecido. Atrapándome colocando la pierna de su *Pug* otra vez concluyó Mac con un movimiento sombrío de la cabeza.

—No importa. Fuiste desafortunado al escuchar ese momento. No creas que todas las niñas sean tan tontas. Te puedo mostrar una docena de seres sensibles que discutirían la reforma de la vestimenta y la caridad contigo y que disfrutarían de la tragedia griega si hicieras el coro por ellas como lo hiciste por mí —dijo Rosa para consolarlo, porque Steve sólo se burlaba.

—Dame una lista de ellas, por favor, y cultivaré su amistad. Un hombre debe tener algún tipo de recompensa por hacer una perinola de sí mismo.

—Lo haré con placer, y si bailas bien, harán que sea muy agradable para ti, y

disfrutarás de las fiestas, a pesar de ti mismo.

—No puedo ser un «vaso de la moda y un molde de la forma» como Dandy aquí, pero haré mi mejor esfuerzo: sólo que, si yo tuviera que elegir, yo preferiría ir por las calles con un órgano y un mono —respondió Mac abatido.

—¡Gracias, amablemente, por el cumplido —y Rosa le hizo una corta reverencia, mientras que Steve exclamaba:

—¡Ahora, lo has hecho! —en un tono de reproche que le recordó al culpable, aunque demasiado tarde, que él había sido elegido como escolta de Rosa.

—¡Por los dioses, lo tengo! —Y arrojando el periódico con un gesto de desesperación cómica, Mac salió de la sala, cantando trágicamente las palabras de dolor de Cassandra:

«¡Ay, ay!, ¡oh, Tierra! ¡O Apolo! ¡Me atreveré a morir! ¡Voy a abordar las puertas del Hades, y hacer mi oración para que pueda recibir un golpe mortal!».

Capítulo 7

Phoebe

Mientras Rosa estaba haciendo descubrimientos y adquiriendo experiencias, Febe estaba haciendo lo mismo de una manera más tranquila, pero, por lo general, tenían un tete a tete durante la hora de dormir, donde cada una se contaba los pormenores del día; algunos temas nunca fueron mencionados, por lo que cada una mantenía un poco de su mundo para sí misma, en el que incluso el ojo de la amistad no hizo ni pío.

La vida de Rosa ahora era alegre, pero la de Febe era la más feliz. Ambas salieron unas cuantas veces; la hermosa voz era bien recibida en todas partes, y muchos estaban dispuestos a patrocinar a la cantante, en especial, aquellos que se tardaban en reconocer a la mujer. Febe lo sabía y no hizo ningún intento por hacerse valer, contenta de saber que aquellos cuya relación estimaba, sentían su valor y con la esperanza de una época en la que, con gracia, podría ocupar el lugar que estaba destinada a llenar.

Orgullosa como una princesa era Febe sobre algunas cosas, aunque en la mayoría tan humilde como una niña, por lo tanto, cuando cada año disminuía el servicio que amaba dar y aumentaban las obligaciones que ella se había negado de cualquier otra fuente, la dependencia se convirtió en una carga que incluso la gratitud más ferviente no pudo aclarar. Hasta ahora, las niñas habían ido juntas, al no encontrar obstáculos a su compañía en el mundo aislado en el que vivían. Ahora que ellas eran mujeres, inevitablemente, se separaron sus caminos, y ambas sintieron de mala gana que debían separarse antes de tiempo.

Se había resuelto, cuando se encontraban en el extranjero, que a su regreso Febe tomaría su don en sus manos y probaría fortuna. En otros términos iba a aceptar la enseñanza que le concedería la independencia que deseaba. Fielmente, ella había utilizado las facilidades que le ofrecían tan generosamente, tanto en casa como en el extranjero y ahora estaba lista para probar que no había sido en vano. En gran parte, alentada por los pequeños éxitos que había ganado en las salas de dibujo, y el elogio otorgado por amigos interesados, comenzó a sentir que podía aventurarse en un campo más grande y comenzar su carrera como cantante de concierto, ya que ella no aspiraba más alto.

Justo en este momento un gran interés se hizo sentir en un nuevo orfanato para niñas huérfanas, que no se pudo completar por falta de fondos. Los Campbell también habían dado su parte y aún seguían esforzándose por lograr la apertura, que tanto se necesitaba. Varias ferias se habían dado para este propósito, seguidas por una serie de conciertos. Rosa se había arrojado a la obra con todo su corazón y ahora se proponía que Febe hiciera su debut en el último concierto, que iba a ser peculiarmente interesante, ya que todas las huérfanas iban a estar presentes y se esperaba que se declarara su propia causa a la vista de su inocente impotencia, así como tocar los corazones por los aires simples que iban a cantar.

Parte de la familia pensó que Febe se opondría a tan humilde comienzo, pero Rosa la conocía mejor y no se decepcionó, porque cuando hizo su propuesta a Febe, ella respondió rápidamente:

—¿Dónde puedo encontrar un momento más propicio y un mejor lugar para darme a conocer ante el público que aquí, entre mis desafortunadas hermanas? Voy a cantar para ellas con todo mi corazón sólo para ser una más y no tendrán que elogiarme.

—Organízalo como gustes y como va a haber poco de música vocal, excepto la tuya y la de las niñas, voy a ver que tengas todo lo que quieras —prometió Rosa.

Fue así que ella lo hizo, para que la familia se entusiasmara mucho con la perspectiva de «El debut de nuestra Febe» y habría sido un florecer que las niñas no habían resistido. Tía Clara estaba desesperada por el vestido, porque Febe decidió usar una llanura de color clarete de merino con volantes en el cuello y las muñecas de modo que ella pudiera tener un aspecto, tanto como fuera posible, igual que las otras huérfanas en sus batas y delantales blancos. Tía Abundancia quería tener después una cena ligera en honor de la ocasión, pero Febe le rogó que lo cambiase a una cena de Navidad para los niños pobres. Los chicos habían planeado lanzar toneladas de flores, y Charlie reclamó el honor de dirigir a la cantante, pero Febe, con lágrimas en los ojos, declinó su oferta amablemente, diciendo sinceramente:

—Yo tengo un mejor inicio y voy a seguir adelante, dependiendo de mí misma por completo. De hecho, Sr. Charlie, prefiero caminar sola, porque usted estaría fuera de lugar entre nosotras y estropearía el efecto patético que queremos producir —Y su sonrisa brillaba a través de las lágrimas mientras Febe miraba la pieza de elegancia frente a ella y pensaba en los vestidos marrones y mandiles.

Así que, después de mucha discusión, se decidió que ella debía poner su toque en todas las cosas y la contenta familia aplaudió desde el frente.

—Ahora haremos una ampolla de nuestras manos todos los hombres, y te llevaremos a tu casa en un carruaje y ve si no lo haremos, tú, ¡prima, donna perversa! —Steve amenazó, nada satisfecho con la sencillez del asunto.

—Un carruaje o dos van a ser muy razonables en lo que estoy lista. Voy a ser muy constante hasta que mi parte acabe, y luego, puede que me sienta un poco molesta, así que me gustaría huir antes de que la confusión comience. De hecho, yo no quiero ser perversa, pero todos ustedes son tan amables conmigo, mi corazón está lleno cada vez que pienso en ello, y no lo haría si voy a cantar —dijo Febe, dejando caer una de las lágrimas en el volantito que estaba haciendo.

«No podría haber diamantes que la adornaran mejor», pensó Archie mientras miraba ese brillo por un momento, y se sentía como el tembloroso Steve por atreverse a acariciar la cabeza oscura con valor.

—Bien. Voy a darte una mano y te llevaré, mientras el resto divide sus guantes. No temas. Sin embargo, si sientes el más mínimo parecido, sólo mírame y yo te observaré a ti y agitaré mi puño, ya que la bondad te molesta.

—Me gustaría que lo hicieras, porque una de mis baladas es bastante conmovedora y siempre me dan ganas de llorar cuando la canto. La visión de ustedes tratando de deslumbrarme hace que me den ganas de reír y me hace muy bien, por lo que siéntese delante, por favor, listo para salir cuando llegue al final.

—¡Depende de mí! —Y el hombrecito salió, dándose un gran crédito a sí mismo por su influencia sobre la alta y apuesta Febe.

Si hubiera sabido lo que estaba pasando en la mente del silencioso joven caballero detrás del periódico, Steve se habría asombrado, porque Archie, aunque aparentemente absorbido por las empresas, era brazas de enamorado por este tiempo.

Nadie sospechaba de esto, excepto Rosa, porque él galanteaba con los ojos, y sólo Febe sabía cuán elocuentes podían llegar a ser. Él había descubierto el asunto hace mucho tiempo y hecho muchos intentos por evitarlo, pero lo había encontrado una tarea imposible, por lo que había renunciado y decidido dejarse ir a la deriva deliciosamente. El conocimiento de que la familia no lo aprobaría sólo parecía agregarle ardor a su amor y fuerza a su fin, con la misma energía y la persistencia que llevaba en los negocios que lo conducía a tomar la misma vía, y habiéndolo meditado una vez, se decidió a casarse con Febe y nada podría cambiar este plan, excepto una palabra de ella.

Observó y esperó durante tres meses, por lo que no podría ser acusado de precipitación, aunque no le llevó uno decidir que esta era la mujer para hacerlo feliz. Su carácter firme, tranquilo y ocupado, y el poder y la pasión reservada traicionada a veces por un destello de sus ojos negros, un temblor de los labios firmes, adecuados para Archie, que poseía muchos de los mismos atributos. La oscuridad de su nacimiento y el aislamiento de su suerte, lo que habría disuadido a algunos amantes, no sólo apeló a su corazón bondadoso, sino que tocó el romance oculto que corría como una veta de oro a través de su sentido común y práctico, hecho que convirtió a Archie en un poeta, cuando se enamoró.

Si el tío Mac hubiera adivinado lo que en sueños y fantasías se encendía en la cabeza inclinada sobre sus libros de contabilidad, y las emociones que se fermentaban en el seno de su manso «mano derecha», le habría tocado la frente y sugerido un manicomio.

Los muchachos creían que Archie se había calmado demasiado pronto. Su madre empezó a temer que el aire de la sala de recuento no le convenía, y el Dr. Alec estaba engañado en la creencia de que el individuo realmente había comenzado a «pensar en Rosa», porque llegaba con tanta frecuencia en la noche, que parecía muy contento de sentarse al lado de su mesa de trabajo o dibujar patrones mientras conversaban.

Nadie observó que, a pesar de que hablaba con Rosa en estas ocasiones, miraba a Febe, en su silla baja, ocupada, pero en silencio, porque siempre trataba de volverse invisible cuando Rosa estaba cerca y con frecuencia se lamentaba de que ella era demasiado grande para mantenerse fuera de la vista. No importaba lo que él hablara, Archie siempre veía las trenzas negras brillantes en el otro lado de la mesa, la mejilla

damasco curvándose hacia abajo en la firme garganta blanca, y las pestañas oscuras, levantándose de vez en cuando, mostrando unos ojos tan profundos y suaves que no se atrevía a mirar en ellos por mucho tiempo. Incluso la aguja rápida le encantaba, el broche pequeño que subía y bajaba con la respiración tranquila, el trabajo normal que ella hacía, y la manera ordenada que ella recogía sus pedazos de hilo en una bolsa pequeña. Rara vez hablaba con ella, nunca le tocaba la cesta, aunque ayudaba a Rosa si ella quería una cadena o unas tijeras, muy rara vez se atrevía a traerle algo curioso o bonito cuando los barcos llegaban de China, tan sólo se sentaba y pensaba en ella, imaginando que se trataba de su salón, que esta era su mesa de trabajo, y los dos solos sentados como felices marido y mujer

En esta etapa, por la noche, del pequeño drama él iba a ser consciente de un deseo tan fuerte de hacer algo imprudente que se refugió en una nueva forma de intoxicación y de música propuesta, a veces, de manera tan abrupta, que Rosa se detenía en medio de una frase y lo miraba, sorprendida de encontrar una curiosa mirada de excitación en los ojos grises, generalmente agradables.

A continuación, Febe, doblando su trabajo, iba al piano, como contenta de encontrar una salida para la vida interior, que parecía no tener el poder de expresar, excepto en la canción. Rosa fue tras ella para acompañarla, y Archie, pasó a una esquina que daba cierta sombra donde podía ver la cara de Febe; mientras ella cantaba, él se entregaba en un raptó de éxtasis durante media hora. Febe nunca cantó tan bien como en ese momento, porque el ambiente amable era como el sol a un pájaro, las críticas fueron pocas y suaves, los elogios, calurosos y abundantes, y derramó su alma con tanta libertad como un manantial brota cuando su fuente oculta está llena.

En momentos como estos, Febe lucía hermosa, con la belleza que hace que los ojos de un hombre se iluminen con admiración sincera y llene su corazón con un sentido de nobleza y dulzura femenina. No es de extrañar, entonces, que el espectador principal de este cuadro agradable se enamorara más esa noche, y mientras que los ancianos estaban sumergidos en el *whist*, los jóvenes jugaban ese juego aún más absorbente en el cual los corazones siempre triunfan.

Rosa, que tenía a la pareja más tonta, pronto descubrió este hecho y últimamente había comenzado a sentir mientras ella imaginaba alzada la pared en que Píramo cortejaba a Tisbe a través de sus grietas. Estaba un poco asustada al principio, luego divertida, a continuación, ansiosa, luego de eso, con todo el corazón interesado, como cada mujer que se encuentra en tales asuntos, y de buena gana continuó estando al medio, aunque a veces, vibraba mucho con la electricidad, que parecía impregnar el aire. No dijo nada, esperando a Febe para hablar, pero ella se quedó en silencio, pareciendo dudar de la verdad hasta que la duda se convirtió en imposible, para reducir el tamaño, como si de pronto estuviera consciente de la maldad y aprovechando cada posible pretexto para ausentarse de la «esquina de las niñas», como el pequeño receso fue llamado.

El plan de conciertos ofrecía excelentes oportunidades para hacer esto, y noche tras noche se escabulló a practicar las canciones al piso de arriba, mientras que Archie se quedaba mirando con desconsuelo en la cesta de trabajo descuidada y el piano mudo. Rosa le compadecía y deseaba decir una palabra de consuelo, pero él era un tipo tan reservado que le dejó conducir su tranquilo cortejo a su manera, sintiendo que la crisis no tardaría en llegar.

Estaba segura de esto mientras ella se sentaba junto a él en la noche del concierto, ya que mientras el resto de la familia asintió y sonrió, conversó y se rió de muy buen humor, Archie estaba tan mudo como un pez y se sentó con los brazos firmemente cruzados, como si fuera a poder contener cualquier emoción que rebelde pudiera intentar escapar. Él nunca vio el programa, pero Rosa sabía que cuando, a su vez, Febe vino, esto produjo que él respirara rápido y apartara la atenta mirada, tan ausente antes, que apareció en sus ojos.

Sin embargo, su propia emoción impidió que notara gran parte de esto, porque Rosa se encontraba en un aleteo de esperanza y miedo, simpatía y alegría, sobre Febe y su éxito. La casa estaba llena, el público lo suficientemente mezclado para opinar en general e imparcialmente, y el escenario lleno de pequeñas huérfanas con rostros brillantes, un recordatorio más eficaz del objetivo a la vista.

«Queriditas, ¡qué lindas se ven!», «Pobrecitos, tan jóvenes para ser padre y madre». «Va a ser una vergüenza para la ciudad si las chicas no se toman en cuenta apropiadamente». «Las suscripciones son siempre en orden, usted sabe, y la señorita Campbell le dará su más dulce sonrisa si le entrega un cheque». «He escuchado a esta Febe Moore, y ella realmente tiene una voz tan deliciosa, ¡es una lástima que no se sienta hábil para la ópera!». «Sólo canta tres veces esta noche, eso es modestia, estoy seguro, cuando ella es la principal atracción, así que debemos darle un bis después de la pieza italiana». «Los huérfanos están fuera de lugar, ya veo. Para a tus oídos si te gusta, pero no dejen de aplaudir o las damas nunca los perdonarán».

Este tipo de conversación fue el brío mientras que los aficionados agitaban los programas distraídos, hasta que un señor importante que apareció, hizo una reverencia, se sentó con la postura de un líder, y con un movimiento de su bastón de mando provocó un levantamiento general de los delantales blancos mientras los huérfanos abrían con esa melodía tan duradera «América» en estridentes voces pequeñas, pero con la atención acreditable al tiempo y al tono. La piedad y el patriotismo produjeron una ronda generosa de aplausos y las niñas se sentaron, sonriendo con satisfacción inocente.

Una pieza instrumental siguió, y después, un caballero joven, con su pelo en pintoresca confusión, y lo que sus amigos llamaban un «frente musical», subió los escalones y, agarrando un rollo de música con un par de manos enguantadas con fuerza, procedió a informar a la audiencia, en una ronca voz de tenor, que «era una violeta preciosa».

Qué otra canción contenida en el camino del sentido o el sentimiento que era

imposible descubrir en las tres páginas de música, parecía consistir en variaciones sobre esa línea, terminando con un temblor prolongado que tiraba el frente musical y dejó sin aliento a los jóvenes cuando se él hizo su arco.

—¡Ahora ella viene! ¡Oh, tío, mi corazón late como si se tratara de mí! —susurró Rosa, agarrando el brazo del Dr. Alec con un grito ahogado, mientras el piano era puesto al día, la postura de la líder hacia atrás, y todos los ojos se volvieron hacia la puerta de la antesala.

Ella olvidó echar un vistazo a Archie, y fue así, tal vez, que su corazón estaba latiendo casi audiblemente mientras esperaba por su Febe. No desde la antesala, pero destacaba entre los niños, donde se había sentado a la sombra invisible del órgano, Febe estaba majestuosa en su vestido color vino, sin adornos, excepto su pelo fino y una flor blanca en la garganta. Muy pálida, pero muy compuesta, al parecer, porque ella dio un paso lentamente a través del estrecho callejón de los rostros vueltos hacia arriba, conteniendo sus faldas para que no se cepillaran con rudeza en contra de algunas cabecitas.

Directamente fue hacia la parte delantera, se inclinó rápidamente y, con un gesto a su acompañante, se quedó esperando para comenzar, los ojos fijos en el reloj dorado, muy en el extremo opuesto de la sala.

Nunca salieron ellos de ese momento, mientras ella cantaba, pero cuando terminó bajaron por un instante el rostro ansioso, las niñas se doblaron sobre un asiento delantero, y luego, con su arco poco precipitado, se fue rápidamente de nuevo hacia los niños, quienes aplaudieron y asintieron con la cabeza a su paso, bien complacidos con la balada que ella había cantado.

Todo el mundo siguió su ejemplo con cortesía, pero no había ningún entusiasmo, y era evidente que Febe no había producido una impresión muy favorable.

—Nunca cantó tan mal en su vida —murmuró Charlie impresionado.

—Estaba asustada, la pobre. Dale tiempo, dale tiempo —dijo el tío Mac amablemente.

—Yo sé que ella lo estaba, y lucía como un esperpento, pero ella nunca me miró —dijo Steve, suavizando sus guantes y sus cejas, al mismo tiempo.

—Esa primera canción fue la más difícil, y ella lo consiguió mucho mejor de lo esperado —puso el doctor Alec, obligado a no mostrar la decepción que sentía.

—No se angustien. Febe tiene el valor suficiente para cualquier cosa, y ella te sorprenderá antes de que la noche se acabe —profetizó Mac, sin cesar, con confianza, porque él sabía algo que el resto desconocía.

Rosa no dijo nada, pero al amparo de su albornoz dio la mano a Archie con un apretón simpático, porque sus brazos estaban desplegados ahora, como si la tensión hubiera terminado, y uno estaba en su rodilla, mientras que con el otro, se secó la húmeda frente con un aire de alivio.

Amigos cerca de ellos murmuraron mentiras de cortesía y se deleitaban con afectación y sorpresa que la señorita Moore tenía un «estilo encantador,» «exquisita

sencillez,» e «indudable talento». Sin embargo, los extraños la criticaron libremente y Rosa estaba tan indignada por algunos de sus comentarios, que no podía escuchar nada en el escenario, a través de una obertura que era tocada, un hombre con una notable voz baja gruñó y rugió melodiosamente, y los huérfanos cantaron el aire animado, con un coro de «Tra, la, la,» que fue un gran alivio porque las pequeñas lenguas no se usaron en un largo rato.

—A menudo he oído que las lenguas de las mujeres se colgaban en el medio y se iban por los dos extremos, ahora estoy seguro de ello —susurró Charlie, tratando de levantarle el ánimo al señalar el efecto cómico de algunas setenta y cinco bocas abiertas, en cada una de las cuales, el miembro rebelde, estaba moviendo rápidamente.

Rosa se echó a reír y dejó que la animara, apoyado desde su asiento con el aire devoto que siempre asumía en público, pero sus sentimientos heridos no se calmaron y continuó frunciendo el ceño al fuerte hombre de la izquierda que se había atrevido a decir con un encogimiento de hombros y una mirada a la siguiente pieza de Febe:

—Esa joven no puede cantar más esa cosa italiana de lo que puede volar, y no deberían dejar que lo intente, siquiera.

Sin embargo, Febe, de repente, hizo cambiar de opinión al hombre robusto, cantando grandiosamente, porque la conciencia de su primer fracaso pinchó su orgullo y la animó a hacer todo lo posible con el tipo tranquilo de determinación que teme vencer, dispara la ambición, y derrota los cambios para el éxito. Miró hacia el lado fijamente a Rosa ahora, con el rostro ruborizado y dejó toda su alma a la tarea, que su anillo de voz fuera como un clarín de plata, llenando la gran sala e instalándose en la sangre de los oyentes, un cosquilleo con la exultante cepa.

Que estableció el destino de Febe como una cantatriz. El aplauso fue genuino y espontáneo en esta ocasión y se rompió una y otra vez con el generoso deseo de expiar la frialdad anterior. Pero ella no volvería, y la sombra del gran órgano parecía habérsela tragado, porque ningún ojo la pudo encontrar, ningún clamor agradable ganó su espalda.

—Ahora puedo morir contenta —dijo Rosa, sonriendo con satisfacción sentida, mientras que Archie, con los ojos puestos en su programa, intentó mantener su rostro en orden, y el resto de la familia adoptó un aire triunfante, como si desde el comienzo nunca hubieran dudado.

—Muy bien, de hecho —dijo el hombre corpulento, con un gesto de aprobación—. Muy prometedor para una principiante. No debe preguntarse si con el tiempo ella será una segunda Cary o Kellogg.

—Ahora lo vas a perdonar, ¿no? —murmuró Charlie al oído de su prima.

—Sí, y me gustaría darle una palmada en la cabeza. Sin embargo, que se dé por advertido y nunca juzgue por las apariencias otra vez —susurró Rosa, en paz ahora con toda la humanidad.

La última canción de Febe era otra balada, que se refería a dedicar su talento a esa

rama muy descuidada, pero siempre atractiva de su arte. Fue una gran sorpresa, por lo tanto, para todos, menos para una persona en la sala cuando, en vez de cantar «Auld Robin Grey», se colocó en el piano, y, con una mirada sonriente por encima del hombro hacia los niños, estalló en el canto de los antiguos pájaros, con el que ganó a Rosa la primera vez. Sin embargo, el canto, y el arrullo eran ahora la carga de tres versos de una canción encantadora, llena de la primavera y el despertar de la vida que lo hacía encantador. Un acompañamiento ondulado fluía a través de todo, y una explosión de risa encantada de los niños llenó la primera pausa con una respuesta adecuada a las voces que parecían llamar a los mismos bosques primaverales.

Fue muy hermoso, y la novedad dio su encanto a la sorpresa, porque el arte y la naturaleza obraron un milagro bonito y la imitación inteligente, que se escuchó por primera vez a partir de un fogón de la cocina, ahora se convertía en el favorito en una sala de conciertos llena de gente. Febe era ella misma de nuevo, el color en las mejillas, los ojos que vagaban de aquí para allá sonriendo, y los labios que cantaban con tanta alegría y mucho más dulces que cuando marcaba el ritmo de su alegre música con un cepillo de fregar.

Esta canción estaba destinada, evidentemente, para las niñas, y ellas agradecieron la amabilidad de pensamiento, porque, mientras Febe regresaba entre ellas, aplaudieron extasiadas, agitando sus delantales, y algunas la cogieron por las faldas con las solicitudes audibles para: —Hazlo de nuevo, por favor; hazlo de nuevo.

Sin embargo, Febe negó con la cabeza y desapareció, porque se estaba haciendo tarde para la gente tan pequeña, muchos de los cuales «estaban dulcemente dormidos allí» hasta que los despertó el clamor de todos ellos. Los ancianos, sin embargo, no se pudieron negar y aplaudieron constantemente, sobre todo, tía Abundancia, que se hizo con la caña de tío Mac y golpeó con ella con tanta decisión como «la señora Nubbles» en el juego.

—No importan los guantes, Steve, sigue así hasta que llegue —exclamó Charlie, disfrutando de la diversión como un niño, mientras que Jamie perdió la cabeza con el entusiasmo y, de pie, llamaba—: ¡Febe Febe! —a pesar de los intentos de su madre para silenciarlo.

Incluso el hombre fuerte aplaudió, y Rosa sólo se pudo reír con deleite cuando se volvió para mirar a Archie, que parecía haberse soltado al fin y sellado con una energía tenaz divertida de ver.

Así que Febe tenía que venir, y se quedó saludando tímidamente, con una mirada que se posó en su cara que mostraba lo feliz y agradecida que estaba, hasta que un repentino silencio fue, entonces, como inspirado por el recuerdo de la causa que la llevó allí, miró hacia abajo en el mar de caras amigas antes que ella, sin rastro de miedo en el suyo, y cantó la canción que nunca envejecerá.

Eso fue directo a los corazones de aquellos que la oyeron, porque no era algo indeciblemente conmovedor en la vista de esta mujer que cantaba con su dulce voz en una casa para las pequeñas criaturas que vivían en la calle, y Febe hizo su declaración

melódica irresistible, con un gesto casi involuntario de las manos que habían colgado débilmente unidas delante de ella hasta que, con el último eco de la palabra amada, se vinieron abajo y medio extendidos, como si quisiera cubrirlos.

Fue el toque de la naturaleza que funciona de maravilla, ya que hizo que las bolsas se llenaran de pronto y tuvieran un gran peso en los bolsillos que lentamente se abrían, trajera lágrimas a los ojos no propensos a llorar, e hizo que un grupo de niñas vestidas de rojo fueran muy patéticas en la vista de los padres y las madres que habían dejado pequeñas hijas a salvo durmiendo en su casa. Esto fue evidente desde el silencio que se mantuvo intacto durante un tiempo después de que Febe terminara, y antes de que la gente pudiera deshacerse de los pañuelos que se habrían ido si la repentina aparición de un ácaro en un delantal, subiera las escaleras desde la antesala con un gran ramo agarrado con ambas manos, no la hubiera detenido.

Hasta ahí llegó la pequeña criatura, con la intención de realizar la misión para la cual se le habían prometido los sobornos ricos de dulces, y trotó con valentía por el escenario, levantó el ramillete encantador, diciendo con su voz de bebé: —Esto para usted, señora.

Entonces, sorprendido por la repentina explosión de aplausos, se cubrió el rostro con el vestido de Febe y comenzó a llorar de miedo.

Un minuto difícil para la pobre Febe, pero se mostró entera y se fue tras ella una bonita imagen de la huérfana mayor hasta la menor y mientras, se iba rápidamente por la escalera, sonriendo sobre el gran ramo con el bebé en su brazo.

A nadie le importaba la pieza de cierre, porque la gente empezó a llevarse a los niños somnolientos, y los susurros se convirtieron en un murmullo de conversación. En la confusión general, Rosa miró para ver si Steve se había acordado de su promesa de ayudar a Febe a escapar antes de que la fiebre comenzara. No, no, se estaba poniendo en la tilma de Kitty, muy ajeno a cualquier otra obligación. En cuanto le iba a pedir a Archie salir de prisa, Rosa descubrió que ya había desaparecido, dejando los guantes detrás de él.

—¿Has perdido algo? —preguntó el doctor Alec, observando su rostro.

—No, señor, he encontrado algo —susurró ella, dándole los guantes, junto con el abanico y el vaso y agregó rápidamente, mientras el concierto terminaba—: Por favor, tío, dígales a todos que no vengán con nosotros. Febe ha tenido suficientes emociones y debe descansar.

La palabra de Rosa era ley de familia en todo lo relacionado con Febe. Así que se aprobó que se debieran dar felicitaciones hasta mañana, y el Dr. Alec tomó su fiesta tan pronto como fue posible. Pero todo el camino a casa, mientras él y tía Abundancia estaban profetizando un futuro brillante para la cantante, Rosa se sentó regocijada por el presente feliz de la mujer. Estaba segura de que Archie había hablado y se imaginó toda la escena con deleite femenino, la ternura con que él había hecho la pregunta trascendental, mientras con agradecimiento, Febe había dado la respuesta deseada, y ahora cómo ambos estaban disfrutando de esa hora deliciosa que Rosa había dado a

entender que nunca, sino una vez, vendría. Es una lástima acortarlo, pensó, y le pidió a su tío ir a casa por el camino más largo porque la noche estaba tan suave, la luz de la luna tan clara, y ella necesitaba de aire fresco después de la emoción de la noche.

—Pensé que te gustaría correr a los brazos de Phebe en el instante en que ella lo hiciera —dijo la tía Abundancia, inocentemente preguntándose por los caprichos que las chicas tenían en sus cabezas.

—Así que si debe consultar mis propios deseos, como Febe pidió que se le deje sola, quiero complacerla —respondió Rosa, con la mejor excusa que podía dar.

—Un poco picada —pensó el doctor, creyendo que entendía el caso.

Como el reumatismo de la anciana prohibía que condujeran hasta la medianoche, llegaron al hogar demasiado pronto, pensó Rosa, y se fue disparada para advertir a los amantes en el instante en que ella entró en la casa. Pero el estudio, sala y alcoba estaban vacías, y cuando Jane apareció con la torta y el vino, le informó que: «la señorita Febe se fue derecho a arriba y deseaba que se le excusara, por favor, que estaba muy cansada».

—Eso no es en absoluto como Febe. Espero que no esté enferma —comenzó tía Abundancia, sentándose para aliviar sus pies.

—Ella puede ser un poco histérica, porque es algo orgullosa y reprime sus emociones, siempre que pueda. Voy a subir y ver si ella no necesita de un calmante de algún tipo. —Y el doctor Alec se quitó la chaqueta mientras hablaba.

—No, no, no, ella sólo está cansada. Iré hasta ella, si no importa y voy a informarles si algo anda mal.

Lejos se fue Rosa, temblando del suspenso, pero la puerta de Febe estaba cerrada, ninguna luz por debajo, y ningún sonido salió de la habitación interior. Dio unos golpecitos y al no recibir respuesta, se dirigió a su dormitorio, pensando para sus adentros:

«El amor siempre hace que la gente sea extraña, he escuchado, así que supongo que se instalaron en el carruaje y la cosa querida huyó a pensar en su felicidad a solas. No voy a molestarla».

—¿Por qué, Febe? —dijo Rosa, sorprendida, pues, al entrar en su cuarto, estaba la cantatriz, ocupada en los servicios nocturnos que ella siempre prestaba a su amita.

—Estoy esperando por ti, querida. ¿Dónde has estado tanto tiempo? —preguntó Febe, atizando el fuego como si estuviera ansiosa de conseguir un poco de color en las mejillas que estaban anormalmente pálidas.

En el instante en que habló, Rosa supo que algo andaba mal, y una mirada a su rostro confirmó el temor. Fue como un jarro de agua fría y apagó las felices fantasías en un momento, pero siendo una chica de delicada mente, respetó el estado de ánimo de Febe y no hizo preguntas, no hizo comentarios, y dejó a su amiga para hablar o callar a su antojo.

—Yo estaba tan emocionada que tuve que pasear a la luz de la luna para calmar mis nervios. ¡Oh, querida Febe, estoy tan contenta, tan orgullosa, tan llena de

admiración por tu coraje y destreza y las formas dulces, que no puedo decirte cómo amarte y honrarte! —exclamó ella, besando las mejillas de color blanco con el calor tan tierno que no pudieron ayudar a resplandecerlas ni débilmente, mientras Febe abrazaba a su amita, segura de que nada podía perturbar este afecto inocente.

—Es todo tu trabajo, querida, porque sin ti, yo todavía podría estar fregando suelos y apenas me atrevería a soñar con algo como esto —dijo gracias a su vieja manera, pero en su voz había un estremecimiento de algo más profundo que la gratitud, y en las dos últimas palabras, se acercó con un gesto de orgullo suave como si hubiera sido recién coronada.

Rosa oyó y vio, y adivinó el significado, tanto del tono como el gesto, sintiendo que su Febe merecía tanto el laurel de la cantante como la corona de la novia de mirto. Pero ella sólo miró hacia arriba, diciendo muy tristemente:

—Entonces, ha sido una noche feliz para ti, así como para nosotros.

—La más feliz de mi vida, y la más difícil —respondió brevemente Febe, mientras ella apartaba la mirada de los ojos inquisitivos.

—Deberías habernos dejado estar más cerca y ayudarte a pasar. Me temo que estamos muy orgullosos, mi Jenny Lind.

—Tengo que serlo, porque, a veces, siento como si yo no tuviera nada más para sostenerme —Ella se detuvo allí, temiendo que su voz resultara traicionera si seguía. En un momento, preguntó en un tono que era casi duro:

—¿Crees que lo hice bien esta noche?

—Todos piensan así, y estaban tan encantados que querían venir en un cuerpo y decírtelo, pero los mandé a casa, porque yo sabía que ibas a estar cansada. Tal vez, no debería haberlo hecho y hubieras preferido tener una multitud que solo a mí.

—Ha sido lo más amable que has hecho, y lo que me gusta más de ti, cariño.

Febe rara vez la llamaba así, y cuando lo hizo, su corazón estaba hablando, haciéndose tan tierno que Rosa pensó en lo más dulce del mundo, junto al «mi niña» del tío Alec. Ahora era casi apasionado, y la cara de Febe se veía más trágica cuando ella miró a Rosa. Era imposible parecer inconsciente por más tiempo, por lo que Rosa, dijo, acariciando la mejilla de Febe, que ahora quemaba con un color febril:

—Entonces, no me excluyas si tienes un problema, pero permíteme compartirlo así como yo lo haría contigo.

—¡Connmigo! Amita, me tengo que ir lejos, más rápido incluso de lo planeado.

—¿Por qué, Febe?

—Debido a que Archie me ama.

—Esa es la razón por la que debes quedarte y hacerle feliz.

—No, si causo disensiones en la familia, y sé que lo haría.

Rosa abrió la boca para negar este ímpetu, pero se contuvo y respondió con honestidad:

—El tío y yo estaríamos felices de todo corazón, y estoy segura que la tía Jessie no podría oponerse si quieres a Archie como él a ti.

—Ella tiene otras esperanzas, creo yo, y amable como es, sería una decepción si él me trajera a casa. Ella tiene razón, todos ellos la tienen, y sólo yo tengo la culpa. Tendría que haberme ido hace mucho tiempo, pero era tan agradable, no podía soportar irme sola.

—Te mantendré, y yo tendré la culpa ante alguien, pero en verdad, querida Febe, no veo por qué debería importar, incluso si la tía Myra grazna y la tía Clara, exclama o tía Jane hace comentarios desagradables. Sé feliz, y nunca les hagas caso — exclamó Rosa, tan emocionada por todo esto que sentía el espíritu revuelto levantándose en su interior y que estaba dispuesto a desafiar incluso a la imponente institución «familiar» por el bien de su amiga.

Sin embargo, Febe sacudió la cabeza con una sonrisa triste y respondió, aún con el tono duro en su voz como si estuviera obligando a regresar a todas las emociones claras que ella pudiera tener a su haber:

—Podrías hacer eso, pero yo nunca. Respóndeme esto, Rosa, y responde con la verdad tanto como que me quieres. Si hubieras sido tomada en una casa, y te dieran bondad a ti, una muchacha pobre, triste, y que durante años te hubieran colmado de beneficios, de confianza, enseñándote, amándote y haciéndote, ¡oh, tan feliz! ¿Podrías pensar tener derecho a robarte algo que esta buena gente valora mucho? Para que sientan que has sido ingrata, los has engañado, y te has ensalzado a ti misma en un lugar alto que no es apto para ti cuando generosamente te han ayudado en otras formas, mucho más de lo que te mereces. ¿Podría entonces decir como lo haces ahora: «Sé feliz, y nunca les hagas caso»?

Febe tomó a Rosa por los hombros ahora y buscó su rostro tan profundamente que el otro se redujo un poco, porque los ojos negros llenos de fuego tenían algo grandioso en esta chica que parecía de repente haberse convertido en una mujer. No había necesidad de palabras para responder a la pregunta que tan rápido pidió, porque Rosa se puso a sí misma en el lugar de Febe en el dibujo de un soplo, y su propio orgullo le hizo responder con sinceridad:

—No, yo no podría.

—Yo sabía que ibas a decir eso, y me ayudarás a cumplir con mi deber. —Y toda la frialdad se fundió, dándole forma a Febe, mientras ella abrazaba con fuerza a su amita, sintiendo la comodidad de camaradería incluso a través de la sinceridad contundente de las palabras de Rosa.

—Lo haré, si sé cómo hacerlo. Ahora, ven y dímelo todo. —Y, sentándose en el sillón que ambas habían ocupado a menudo, Rosa extendió sus manos como si estuviera alegre y dispuesta a dar ayuda de cualquier tipo.

Sin embargo, Febe no fue a su lugar habitual, ya que, como si viniera a confesarse, se arrodilló sobre la alfombra y, apoyándose en el brazo de la silla, le dijo su historia de amor en las palabras más sencillas.

—Nunca pensé que se preocupara por mí hasta hace un rato. Me pareció que eras tú, y aun cuando sabía que le gustaba oírme cantar supuse que era porque le ayudaste,

y así, hice mi mejor esfuerzo y me alegró de que fueras a ser una niña feliz. Pero sus ojos dijeron la verdad. Entonces vi lo que había estado haciendo y se asustó. Él no hablaba, por lo que yo creía, lo que es muy cierto, que él sentía que no era una esposa conveniente para él y nunca me preguntaría. Fue justo que me alegrara de ello, sin embargo, me sentía orgullosa y, aunque yo no pedía o esperaba nada, quería respetarme, recordé mi deber, y pude hacer lo correcto tan bien como él. Me mantuve alejada. Pensaba irme tan pronto como fuera posible y resolví que en este concierto lo iba a hacer tan bien, que él no debiera avergonzarse de la pobre de Febe y su don.

—Entonces, ¿esto era lo que te tenía tan extraña, prefiriendo ir sola y negándote a cualquier pequeño favor en nuestras manos? —preguntó Rosa, sintiéndose muy segura ahora sobre el estado del corazón de Febe.

—Sí, yo quería hacer todo por mí misma y no deber ni una jota de mi éxito, si yo tenía alguna, incluso para el mejor amigo que tengo. Estuve mal y tonta, y fui castigada por el primer terrible fracaso. ¡Yo estaba tan asustada, Rosa! Mi respiración se había ido entera, mis ojos tan mareados que apenas podía ver, y la gran multitud de rostros parecían tan cerca, que no me atrevía a mirar. Si no hubiera sido por el reloj nunca lo hubiera conseguido, y cuando lo hice, sin saber en absoluto cómo había cantado, una mirada a tu cara angustiada me dijo que yo había fracasado.

—Pero sonreí, Febe, de hecho lo hice tan dulcemente como pude, porque estaba segura de que era sólo miedo —protestó Rosa con impaciencia.

—Lo hiciste, pero sonreíste llena de compasión, no con orgullo, como yo quería que fuera, y me precipité en un lugar oscuro detrás del órgano, sintiéndome lista para matarme. ¡Cuán enojada y miserable estaba! Apreté los dientes, mis manos, y prometí que lo haría bien la próxima vez o nunca cantarí otra nota. Yo estaba bastante desesperada cuando llegó mi turno, y me sentí como si pudiera hacer casi cualquier cosa, por lo que recordé que él estaba allí. No estoy segura cómo fue, pero parecía como si yo fuera las voces de todos, porque yo me dejé llevar, tratando de olvidar todo, excepto que dos personas no se sentirían decepcionadas, aunque muriera cuando la canción se acabara.

—¡Oh, Febe, estuvo espléndido! Casi grito, yo estaba muy orgullosa y contenta de ver que te hacías justicia al fin.

—¿Y él? —susurró Phebe, con su cara medio oculta en el brazo de la silla.

—No dijo una sola palabra, pero vi sus labios temblando y a sus ojos brillar y supe que era la criatura más dichosa allí, porque estaba segura de que pensaba en ti para ser su esposa y tenía la intención de hablar muy pronto.

Febe no respondió por un momento, pareciendo olvidar el pequeño éxito por el mayor que siguió, y para consolar su corazón adolorido, con el conocimiento de que Rosa estaba en lo cierto.

—Él envió las flores, que vinieron por mí, y, de camino a casa, me mostró lo equivocada que había estado en dudar de él durante una hora. No me pidas que diga esa parte, pero ten por seguro de que era la criatura más dichosa en el mundo,

entonces.

Y Febe se tapó la cara otra vez, toda bañada en lágrimas tiernas que cayeron suaves y repentinas como una lluvia de verano.

Rosa dejó que fluyeran sin trabas, mientras ella acariciaba en silencio la cabeza inclinada, preguntándose, con una mirada triste en sus propios ojos húmedos, lo que era esta misteriosa pasión que podía mover, ennoblecer y embellecer a los seres bendiciéndolos.

Un pequeño reloj impertinente sobre la chimenea a las once, en huelga, rompió el silencio y recordó a Febe que no podía permitirse los sueños de amor ahí. Ella se puso en marcha, se sacudió las lágrimas, y dijo resueltamente:

—Eso es suficiente para esta noche. Vamos felices a la cama y dejemos los problemas para el futuro.

—Pero, Febe, tengo que saber lo que has dicho —exclamó Rosa, al igual que un niño medio defraudado por su cuento antes de dormir.

—Yo dije: «No».

—¡Ah!, pero va a cambiar a «sí» poco a poco, estoy segura de eso, así que te dejaré ir a soñar con él. Los Campbell se muestran muy orgullosos de ser descendientes de Robert the Bruce, pero tienen sentido común y te aman cariñosamente, como verás mañana.

—Tal vez —Y con un beso de buenas noches, la pobre Febe se fue, para quedarse despierta hasta el amanecer.

Capítulo 8

Aparecen los obstáculos

Deseosa de allanar el camino para Febe, Rosa estuvo hasta buena hora y se deslizó en la habitación de la tía Abundancia antes de que la anciana hubiera llegado a su tope.

—Tía, tengo algo agradable que decirle, y mientras usted escucha, voy a cepillar su cabello, siempre que me quiera tener aquí —comenzó, muy consciente de que el proceso propuesto era uno muy relajante.

—Sí, querida, tan sólo no seas demasiado particular, porque se me hace tarde y debo apresurarme en bajar o Jane tendrá las cosas rectas, y me inquieta tener los saleros desiguales, el colador de té olvidado, y el papel de tu tío sin airear —respondió la señorita Abundancia, rápidamente desenrollando los dos rizos grises que llevaba en las sienes.

Después, Rosa, cepilló el escaso pelo, la condujo hábilmente hasta la crisis de su historia, describiendo el pánico de Febe y sus valientes esfuerzos para conquistar, todo sobre las flores que Archie le envió, y cómo Steve la olvidó, y como el querido Archie tomó atento su lugar. Hasta ahora iba bien y tía Abundancia estaba llena de interés, simpatía y aprobación, pero cuando Rosa agregó, como si se tratara de un asunto muy claro:

—Entonces, de camino a casa, él le dijo que la amaba —un gran comienzo, los cabellos grises en sus manos temblaron, mientras la anciana se daba media vuelta, con los pequeños rizos en punta y exclamó, en consternación no disimulada:

—¿Es en serio, Rosa?

—Sí, tía, muy en serio. Él nunca bromea sobre esas cosas.

—¡Ten misericordia de nosotros! ¿Qué vamos a hacer al respecto?

—Nada, señora, salvo estar tan feliz como se debe y felicitarlo, tan pronto como ella diga: «sí».

—¿Quiere usted decir que ella no aceptó de primeras?

—Ella nunca lo hará si no le dan la bienvenida tan amablemente como si ella perteneciera a una de nuestras mejores familias, y yo no la culpo.

—Me alegro de que la chica sea sensata. Por supuesto que no podemos hacer nada por el estilo, y estoy sorprendida por Archie, olvidando lo que debe a la familia con este súbito arrebató. Dame mi gorra, niña, debo hablar con Alec de una vez —Y la tía Abundancia se torció el cabello en un botón en la parte posterior de la cabeza con un giro enérgico.

—Habla con amabilidad, tía, y recuerda que no fue culpa de Febe. Ella nunca pensó en esto hasta hace muy poco y comenzó de inmediato a prepararse para irse —dijo Rosa suplicante.

—Tendría que haberse ido hace mucho tiempo. Le dije a Myra que tendríamos problemas en algún momento, tan pronto como vi la criatura guapa que era, y aquí, está tan malo como podría ser. ¡Querida, querida! ¿Por qué no puede la gente joven

tener un poco de prudencia?

—No veo que nadie necesite objetar si el tío Jem y la tía Jessie lo aprueban, y yo creo que van a ser muy, muy poco amables por regañar a la pobre de Febe por ser bien educada, bonita, y bueno, después de hacer todo lo posible para que ella lo sea.

—Hija, no entiendes estas cosas todavía, pero usted debe sentir su deber para con su familia y hacer todo lo posible para mantener el nombre tan honorable que siempre ha tenido. ¿Qué cree que nuestra bendita antepasada Señora Marget diría a nuestro hijo mayor al tomar una esposa de la casa de los pobres?

Mientras hablaba, la señorita Abundancia miró hacia arriba, casi con aprensión, hacia uno de los retratos antiguos de madera, de cara, que se colgaban de su habitación, como si estuviera pidiendo perdón a la matrona de severa nariz, que le devolvía la mirada desde debajo del tipo de plato azul cubierto que formó a su arnés.

—Como Lady Marget murió hace unos 200 años atrás, no me importa un alfiler lo que diría, especialmente, cuando ella luce muy estrecha de miras, una mujer altiva. Pero sí me importa mucho lo que la señorita Abundancia Campbell diga, porque ella es una señora de edad muy sensible, generosa, discreta y muy querida, que no le haría daño a una mosca, mucho menos a una niña buena y fiel que ha sido una hermana para mí. ¿No lo ha sido? —suplicó Rosa, sabiendo bien que la tía mayor, llevaba todo el resto más o menos.

Pero la señorita Abundancia tenía la gorra ahora y por consiguiente, se sentía el doble de la mujer que era sin él, por lo que no sólo le dio un aire un tanto beligerante mediante su actitud, sino que negó con la cabeza decididamente, se alisó el rígido delantal blanco, y se levantó como si estuviera lista para la batalla.

—Voy a cumplir con mi deber, Rosa, y esperamos lo mismo de los demás. No digas nada más ahora, tengo que referir el asunto en mi mente, porque ha venido a mí de repente y necesita una seria consideración.

Con qué dirección inusualmente solemne tomó las llaves y se alejó al trote, dejando a su sobrina con un semblante ansioso, segura de si su lucha había hecho bien o mal a la causa que tenía en el corazón.

Ella estuvo mucho más animada por el sonido de la voz de Febe en el estudio, porque Rosa estaba segura de que si el tío Alec estaba de su lado, todo iría bien. Pero las nubes bajaron otra vez cuando llegaron a desayunar, porque los ojos pesados de Phebe y las mejillas pálidas no parecían alentadores, mientras que el Dr. Alec estaba tan sobrio como un juez y enviaba una mirada inquisitiva hacia la de Rosa, de vez en cuando, como si sintiera curiosidad de descubrir cómo ella había sacado a luz la noticia.

Una cena incómoda, aunque todos trataron de parecer como de costumbre y hablaron sobre los acontecimientos de la noche anterior con todo el interés que ellos podían. Pero la antigua paz se vio perturbada por una palabra, como una piedra arrojada a un estanque tranquilo enviando círculos reveladores, ondulando su superficie a lo largo y ancho. Tía Abundancia, mientras «convertía el tema en su

mente», también parecía tener la intención de trastornar todo lo que tocaba y hacía tristes estragos en su bandeja de té, el Dr. Alec, todo antisocial, leía su documento, Rosa, después de haber salado en lugar de con azúcar su avena, ausente se lo comió, con la sensación de que la dulzura se había salido del todo, y Febe, después de asfixiarse por una taza de té y con el desmoronamiento de un rollo, se excusó y se marchó, con severidad, resolviendo no ser una manzana de la discordia para esta querida familia.

Tan pronto como se cerró la puerta, Rosa apartó el plato y, yendo hacia el doctor Alec, se asomó sobre el papel con un rostro tan ansioso, que lo bajó a la vez.

—Tío, este es un asunto serio, y debemos tomar nuestra posición de una vez, porque usted es el tutor de Febe y yo soy su hermana —comenzó Rosa, con hermosa solemnidad—. Usted ha estado a menudo decepcionado de mí —continuó— pero sé que nunca lo estaré de usted, porque es demasiado sabio y bueno, no deje que ningún orgullo mundano o prudencia estropee su simpatía con Archie y nuestra Febe. No los abandonará, ¿verdad?

—¡Nunca! —respondió el doctor Alec con energía gratificante.

—¡Gracias! ¡Gracias! —exclamó Rosa—. Ahora, si te tengo a ti y la tía de mi lado, yo no le tengo miedo a nadie.

—Despacio, despacio, hija. No tengo la intención de abandonar a los amantes, pero sin duda se les advertirá que consideren también qué quieren. Yo estoy bastante decepcionado, ya que Archie es joven para decidir su vida de esta manera y la carrera de Febe parecía resuelta de otra forma. A las personas mayores no les gusta que sus planes sean deshechos, ya sabes —agregó más a la ligera, pues el rostro de Rosa languideció a medida que continuaba.

—La gente mayor no debería hacer demasiados planes para los más jóvenes, entonces. Estamos muy agradecidos, estoy segura, pero no siempre pueden ser dispuestos de la forma más prudente y sensata, así que no pongan sus corazones en pequeños arreglos de ese tipo, se lo ruego —Y Rosa miró con gran sabiduría, pues no podía dejar de sospechar siquiera que su mejor tío hiciera «planes» en su nombre.

—Tienes razón, no deberíamos, sin embargo, es muy difícil evitarlo —confesó el doctor Alec con un aire de conciencia, y al regresar a toda prisa a los amantes, añadió amablemente—: Me complace mucho la forma directa en que Febe vino a mí esta mañana y me lo contó todo, como si realmente fuera su tutor. Ella no lo puso en palabras, pero era perfectamente evidente que ama a Archie con todo su corazón, sin embargo, conociendo las objeciones que se hicieron, con mucha sensatez y valentía propone que se irá de una vez y pondrá fin al asunto, como si eso fuera posible, pobres niños. —Y el hombre de corazón tierno dio un suspiro de simpatía que Rosa escuchó de buena manera y aplacó su indignación creciente en la sola idea de poner fin a los asuntos de amor de Phebe, en ese resumen.

—No crees que debería irse, espero.

—Creo que lo va a hacer.

—No debemos dejarla.

—No tenemos derecho a quedarnos con ella.

—¡Oh, tío, seguro que lo tenemos! Nuestra Febe, a quien todos amamos tanto.

—Se te olvida que es una mujer ahora, y no tenemos ningún derecho sobre ella. Debido a que somos amigos de hace años, es la misma razón por la que no debemos hacer de nuestros beneficios, una carga, sino dejarla libre, y si ella decide hacer esto, a pesar de Archie, hay que darle un buen viaje.

Antes de que Rosa pudiera responder, tía Abundancia habló como quien tiene autoridad, porque los anticuados caminos eran queridos por su alma y pensó que incluso los asuntos de amor deben llevarse con el debido respeto a los poderes, como era de esperar.

—La familia debe hablar sobre el asunto y decidir qué es lo mejor para los niños, que por supuesto, van a escuchar a la razón y no harán nada imprudente. Por mi parte, estoy bastante molesta por la noticia, pero no me comprometo hasta que yo haya visto a Jessie y al chico. Jane, limpia, y tráeme agua caliente.

Eso puso fin a la conferencia de la mañana. Y dejando a la anciana para calmar su mente por el pulido de las cucharas y el lavado de copas, Rosa se fue a buscar a Febe, mientras que el médico se retiró a reírse de la caída de los regímenes de casamentero de su hermano Mac.

Los Campbells no chismeaban acerca de sus preocupaciones en público, pero al ser una familia muy unida, habían adquirido, durante mucho tiempo, la costumbre de «hablar» sobre cualquier evento interesante que se produjera en cualquier miembro de la misma, y todo el mundo daba su opinión, consejo, o censura, con la franqueza posible. Por tanto, el primer compromiso, si es que así se podría llamar, creó una gran sensación, entre las tías en particular, y ella estaban, en su mayoría, aleteando, como una bandada de pájaros materna cuando sus crías comienzan a saltar fuera del nido.

Así que a todas horas las damas se vieron con excelente entusiasmo asintiendo con sus gorras, juntas, mientras discutían el asunto en todos sus aspectos, sin llegar nunca a una decisión unánime.

Los chicos lo tomaron con mucha más calma. Mac era el único que salió decididamente a favor de Archie. Charlie pensó que el jefe debía hacerlo mejor y llamar a Febe, «una sirena que había hechizado al joven sabio». Steve se escandalizó y se lanzó en discursos largos sobre el deber propio con la sociedad, manteniendo el nombre antiguo, y el peligro de mezclarse, mientras que en secreto, todo el tiempo simpatizó con Archie, estando, él mismo, mucho más enamorado de Kitty Van. Will y Geordie, que por desgracia estaban en casa para las vacaciones, consideraron que era «una broma alegre,» y el pequeño Jamie, al lado de su hermano mayor, distraído por las preguntas curiosas en cuanto a «¿cómo la gente se sentía cuando estaban enamorados?».

La consternación del Tío Mac era tan cómica que mantuvo al Dr. Alec con buen ánimo, porque sólo él sabía que tan profundo era el disgusto del hombre engañado

por el fracaso de la pequeña empresa que él imaginaba estaba prosperando finamente.

—Nunca voy a poner mi corazón en nada por el estilo, otra vez y los pillos jóvenes pueden casarse con quien les guste, estoy preparado para cualquier cosa ahora. Así que si Steve trae a casa a la hija de la lavandera, y Mac se escapa con nuestra bonita doncella, voy a decir, «Dios los bendiga, hijos míos» con triste resignación, porque, en mi alma, es todo lo que queda para que un padre moderno haga.

Con qué explosión trágica, el pobre tío Mac se lavó las manos de todo el asunto y se encerró en la contaduría, mientras la tormenta arreciaba.

Acerca de este momento, Archie podría haber hecho eco del deseo infantil de Rosa, que no había hecho caso a las tías, por las lenguas de los familiares interesados, asolaba triste con su pequeño romance y le hizo mucho deseo tener una isla desierta en la que podría atraer y ganar su amor en deliciosa paz. Que nada de eso era posible, pronto se hizo evidente, ya que cada palabra pronunciada sólo confirmó la resolución de que Febe se fuera y Rosa demostró lo equivocada que había estado en la creencia de que podía hacer que todos pensarán igual.

Los prejuicios son cosas difíciles de manejar, y las buenas tías, como la mayoría de las mujeres, tenían un suministro abundante, por lo que Rosa se encontró casi golpeándose la cabeza contra una pared para tratar de convencerlas de que Archie era sabio en el amor de la pobre Febe. Su madre, que tenía la esperanza de tener de hija a Rosa, no por su fortuna, sino por el tierno afecto que sentía por ella, repudió su decepción, sin una palabra y dio la bienvenida a Febe tan amablemente como pudo por el bien de su niño. Pero la chica sintió la verdad con la rapidez de una naturaleza hecha por el amor sensible y se aferró a su resolución tanto más tenazmente, aunque agradecida por las palabras maternas que habrían sido tan dulces si la verdadera felicidad las hubiera solicitado.

Tía Jane lo llamó sentido romántico y recomendó medidas fuertes «amable, pero firme, Jessie». Tía Clara estaba, lamentablemente, afligida por el: «qué dirán» si uno de «nuestros muchachos», se casa con una hija de nadie. Y la tía Myra no sólo apoyó sus puntos de vista pintando retratos de las relaciones desconocidas de Phebe en los colores más oscuros, dio pronunciadas profecías con respecto a los horrendos seres de dudosa reputación, que se pondría en marcha en enjambres en el momento que la muchacha hiciera un buen partido.

Estas sugerencias obraron en tía Abundancia quién hizo oídos sordos a las emociones benevolentes que nacían en su pecho y, escudándose en «nuestra antepasada bendecida, Señora Marget,» se negó a sancionar cualquier compromiso que pudiera suponer un descrédito sobre el inoxidable, que era su orgullo.

Así que todo terminó donde comenzó, porque Archie constantemente se negó a escuchar a nadie más que a Febe, y como cada vez reiteró su amargo «¡No!» fortaleciendo a sí misma un medio inconsciente, con la esperanza de que, poco a poco, cuando hubiera ganado un nombre, el destino podría ser más amable.

Mientras que el resto hablaba, ella había estado trabajando, por cada hora que le mostró que su instinto había sido un verdadero orgullo y no dejaría su estancia, si el amor se declaraba elocuentemente. Así que, después de una Navidad, pero nada alegre, Febe llenó sus baúles, rico en regalos que generosamente todos le habían dado, excepto lo único que deseaba, y, con un puñado de cartas a personas que pudieran promover sus planes, se fue a buscar fortuna, con un rostro valiente y un corazón muy grande.

—Escribe a menudo, y quiero saber todo lo que haces, mi Febe, y recuerda que nunca estaré contenta hasta que vuelvas otra vez —susurró Rosa, aferrándose a ella hasta el último.

—Ella va a volver, en un año voy a llevarla a casa, si Dios quiere —dijo Archie, pálido, con el dolor de la despedida, pero tan firme como ella.

—Voy a ganarme mi bienvenida y a continuación, tal vez, será más fácil para ellos dar y para mí, recibir —contestó Febe, mirando hacia atrás, al grupo en la sala, mientras ella bajaba las escaleras en el brazo del Dr. Alec.

—Te lo ganaste hace mucho tiempo, y siempre estaré esperándote mientras esté aquí. Recuérdalo, y que Dios te bendiga, mi niña buena —dijo, con un beso paternal que abrigó su corazón.

—¡Nunca lo olvidaré! —Y Febe nunca lo hizo.

Capítulo 9

Visitas de año nuevo

—Ahora voy a comenzar de nuevo, como lo prometí. Me pregunto qué voy a encontrar en la siguiente página —dijo Rosa, que bajaba en la mañana de Año Nuevo con un rostro serio y una gruesa carta en la mano.

—¿Cansada de la frivolidad, querida? —preguntó su tío, haciendo una pausa en su ida y vuelta desde la sala, para observarla con una mirada rápida y brillante, que a ella le encantaba traer a sus ojos.

—No, señor, y esa es la parte triste de esto, pero he tomado mi decisión de detenerlo mientras pueda, porque estoy segura de que no es bueno para mí. He tenido algunas ideas muy serias últimamente, ya que desde que mi Febe se fue no he tenido el corazón contento, por lo que es un buen momento para detenerse y empezar otra vez —respondió Rosa, cogiéndole del brazo y caminando con él.

—¡Un momento excelente! Ahora, ¿cómo vas a llenar el vacío de dolor? —preguntó, muy complacido.

—Intentando ser lo más generosa, valiente y buena como ella lo es —Y Rosa apretó la carta contra su pecho con un toque tierno, porque la fuerza de Febe la había inspirado con el deseo de ser lo más autosuficiente posible—. Voy a tomarme la vida en serio, como ella lo ha hecho, aunque creo que será más difícil para mí que para ella, porque está sola y tiene una marcada carrera, yo no soy más que una especie común de chica, con un sin fin de relaciones que han de ser consultadas cada vez que un guiño y una fortuna terrible cuelguen como una piedra de molino alrededor de mi cuello, que me pesarán si trato de volar. Es un caso difícil, tío, y me deprimó cuando pienso en ello —suspiró Rosa, oprimida con sus bendiciones.

—¡Niña afligida! ¿Cómo te puedo aliviar? —Y allí estaba la diversión, así como la simpatía en el rostro del Dr. Alec mientras palmeaba la mano sobre su brazo.

—Por favor, no te rías, porque realmente estoy tratando de ser buena. En primer lugar, ayúdame a dejar de depender de placeres tontos y muéstrame cómo ocupar mis pensamientos y tiempo, para que yo no me duerma en los laureles, en lugar de hacer grandes cosas.

—¡Bien! Vamos a comenzar de una vez. Anda a la ciudad esta mañana y ve tus casas. Todas ellas están listas, y la señora Gardner tiene media docena de pobres almas que esperan entrar tan pronto como se dé la orden —respondió el médico de inmediato, alegrándose de tener a su hija de nuevo, aunque no sorprendido de que todavía luciera con los lamentables ojos de la «feria de vanidades», siempre tan atractiva cuando somos jóvenes.

—Se las daré hoy, y por lo menos, haré que el nuevo año sea muy feliz con esas pobres almas. Siento que es imposible para mí ir contigo, pero sabes que debo ayudar a la tía Abundancia. Nosotras no hemos estado aquí por todo el tiempo en que ella ha puesto su corazón en desocuparse hoy, y particularmente, quiero complacerla, porque

no he sido tan amable como últimamente debía ser. Realmente, no podía perdonarla por estar en contra de Febe.

—Hizo lo que creía que estaba bien, así que no debemos echarle la culpa. Voy a hacer mis visitas de Año Nuevo, por lo pronto y, como mis amigos viven por ese camino, le daré la lista de nombres a la señora G. y les contaré a las pobres señoras, con elogios de la señorita Campbell, que su nuevo hogar está listo, ¿de acuerdo?

—Sí, tío, pero todo el mérito es para ti, ya que nunca habría pensado en ello si no hubieses propuesto el plan.

—¡Bendito tu corazón! Yo sólo soy tu agente, que te hace sugerencias de vez en cuando. No tengo nada que ofrecer, excepto consejos, que prodigaré en todas las ocasiones.

—No tienes nada, porque has dado toda tu sustancia tan generosamente como aconsejas. Despreocúpate, nunca vas a necesitar nada mientras yo viva. Voy a ahorrar lo suficiente para nosotros dos, mientras haga «los patos y patas de mi fortuna».

El doctor Alec se echó a reír con movimiento de cabeza con el que citó las palabras ofensivas de Charlie y a continuación, se ofreció a llevar la carta, diciendo mientras miraba el reloj:

—Voy a enviar esto por ti, a tiempo, en el correo matutino. Me gustaría correr antes del desayuno.

Sin embargo, Rosa apretó su carta rápido, formando hoyuelos con repentinas sonrisas, medio alegres y medio tímidas.

—No, gracias, señor. A Archie le gusta hacer eso, y nunca deja de llamar para todo lo que escribo. Echa un vistazo a Febe a cambio y lo animo un poco, porque, aunque él no dice nada, pasa por una época difícil, pobre hombre.

—¿Cuántas cartas en cinco días?

—Cuatro, señor, para mí. Ella no le escribe, tío.

—Hasta el momento. Bueno, enséñaselas, por lo que está bien, ya que son un conjunto de jóvenes sentimentales —Y el médico se marchó, observando como si disfrutara el sentimiento tanto como cualquiera de ellos.

La vieja señorita Campbell se encontraba cerca como un favor hacia la joven señorita Campbell, mientras que una sucesión de capas negras y guantes blancos fluía dentro y fuera de la mansión hospitalaria de manera constante durante todo el día. El clan estaba en una gran fuerza, y pasó para pagar las cuotas con su deber hacia tía Abundancia y deseando los cumplidos de la temporada a «nuestra prima». Archie apareció de los primeros, con cara de tristeza, pero firme, y se marchó con la carta de Febe contra su pecho en el bolsillo izquierdo con la sensación de que la vida seguía siendo soportable, aunque su amor fuera arrancado de él. Rosa tenía muchas cosas cómodas que decir y le leyó fragmentos deliciosos de la voluminosa correspondencia comenzada recientemente.

Apenas se había ido cuando Will y Geordie llegaron marchando, luciendo muy finos con su uniforme gris grana con ribetes, que los hacía hacer y sentir,

particularmente, muy importantes, ya que este era su primer ensayo en el Año Nuevo. Breve fue su estancia, ya que tenían previsto visitar a todos los amigos que tenían, y Rosa no pudo dejar de reírse de la mezcla cómica de dignidad viril y alegría juvenil con la que se marcharon en su propio coche, tan erguidos como baquetas, con los brazos cruzados, y las gorras pegada exactamente en el mismo ángulo en cada cabeza rubia.

—Aquí viene la otra pareja; Steve, emperifollado, con un gran ramo para Kitty y el pobre Mac, luciendo como un caballero y sintiéndose como un mártir, estoy segura —dijo Rosa, observando un carruaje doblando mientras el otro, giraba hacia la gran puerta, con su arco de acebo, hiedra y hoja perenne.

—Aquí está él. Lo tengo en el remolque para el día y queremos levantarle el ánimo con una palabra de aliento, ya que ha venido sin luchar, aunque planeó salir corriendo a alguna parte con el tío —gritó Steve, volviendo a observar a su hermano, que llegó muy bien en su estado y descendió alegre, porque su pulimento había empezado a contar.

—Le deseo un feliz Año Nuevo, tía, lo mismo para ti, prima y los mejores deseos y muchos otros más, que ustedes se merecen —dijo Mac, atendiendo a Steve como si se tratara de una mosca, mientras le daba a la anciana un beso cordial y a Rosa le ofrecía un ramillete pequeño y pintoresco de pensamientos.

—¿Con cuanto sentimiento crees que lo necesito? —preguntó ella, mirando hacia arriba, repentinamente, seria.

—Todos lo hacemos. ¿Puedo darle algo mejor en un día como este?

—No, muchas gracias. —Y el rocío pronto llegó a los ojos de Rosa, ya que, aunque a menudo contundente en el discurso, cuando Mac hacía una cosa tierna, siempre la había tocado porque parecía entender sus estados de ánimo demasiado bien.

—¿Ha estado aquí Archie? Dijo que no debía ir a otro sitio, pero espero que hablaras de esas tonterías de su mente —dijo Steve, arreglándose la corbata ante el espejo.

—Sí, querido, vino, pero lucía tan alejado de los espíritus que realmente me sentí reprochable. Rosa le animó un poco, pero no creo que él se sienta bien como para ir de visitas y espero que no lo haga, pues su rostro dice toda la historia muy claramente —respondió la tía Abundancia, susurrando sobre su bien servida mesa en su más rica seda negra con todos sus antiguos encajes.

—Oh, se le pasará en un mes o dos, y Febe pronto encontrará otro amor, así que no se preocupe por él, tía —dijo Steve, con el aire de un hombre que sabía todo acerca de ese tipo de cosas.

—Si Archie la olvida, le voy a despreciar, y sé que Febe no intentará encontrar otro amor, a pesar de que probablemente los tenga, ya que ¡ella es tan dulce y buena! exclamó Rosa indignada, porque al haber tomado al par bajo su protección, los defendía valientemente.

—Entonces, tienes la esperanza de Archie contra toda esperanza, y nunca te rendirás, ¿verdad? —preguntó Mac, poniéndose los lentes para examinar las botas finas que eran su abominación especial.

—Sí, me gustaría, porque un amor no es digno de tenerse si no es en serio.

—Exactamente. Así que, ¿te agradaría esperar y trabajar y seguir amando hasta que los hagas ceder o se haya demostrado claramente que no sirvió de nada.

—Si son buenos, así como constantes, creo que debemos dejárselo al tiempo.

—Voy a mencionárselo a Pemberton, ya que parecía ser el más afectado, y un rayo de esperanza le hará bien, que es igual a esperar los diez años de prisión o no —soltó Steve, al que le gustaba molestar a Rosa acerca de sus amores.

—Nunca te perdonaré si dices una palabra a nadie. Es solo la forma extraña de Mac de hacer preguntas, y no debes responder a ellas. Vas a hablar de esas cosas y no podré detenerlas, pero no me gustan —dijo Rosa, muy molesta.

—¡Pobre Penélope! No será objeto de burlas por sus pretendientes, pero hay que dejarla en paz hasta que su Ulises vuelva a casa —dijo Mac, y se sentó a leer los lemas que salían en algunos bombones sobre la mesa.

—Este es el alboroto acerca de Archie, que nos ha desmoralizado a todos nosotros. Incluso el búho ha despertado y sin embargo, no ha superado el entusiasmo, verás. Él no tiene ninguna experiencia, el pobre, por lo que no sabe cómo comportarse —observó Steve, jugando con su ramo de flores con un tierno interés.

—Eso es cierto, y pido información porque puede que esté enamorado algún día, y todo esto va a serme útil, ¿no lo ves?

—¡Tú enamorado! —Y Steve no pudo contener una carcajada ante la idea de la polilla esclavo de una tierna pasión.

Muy sereno, Mac apoyó la barbilla en ambas manos, regalándoles una mirada meditativa mientras respondía a su manera caprichosa:

—¿Por qué no? Tengo la intención de estudiar el amor, así como la medicina, ya que es una de las enfermedades más misteriosas y extrañas que afligen a la humanidad, y la mejor manera de entenderlo es tenerlo. Puedo cogerlo algún día, y entonces, me gustaría saber cómo tratarlo y curarlo.

—Si lo tomas tan mal como lo hiciste contra el sarampión y la tos ferina, será terrible contigo, viejo —dijo Steve, muy divertido con la fantasía.

—Lo deseo así. Una gran experiencia no viene y se va con facilidad, y esto es lo más grande que podemos conocer, creo yo, exceptuando la muerte.

Algo en el tono tranquilo de Mac y en sus ojos atentos, hicieron que Rosa lo mirara con sorpresa, ya que ella nunca lo había oído hablar de esa manera antes. Steve también se quedó por un instante, igualmente sorprendido, y luego, dijo respirando, con un aire de ansiedad:

—Él ha atrapado algo en el hospital, la fiebre tifoidea, probablemente, y está empezando a caminar. Lo llevaré tranquilamente antes que reciba algo más salvaje. Ven, viejo loco, que debes estar apagado.

—No te alarmes. Estoy bien y muy agradecido por tus consejos, porque me imagino que seré un amante desesperado cuando llegue mi hora, si es que lo hace. No crees que es imposible, ¿verdad? —Y Mac planteó la cuestión con seriedad, lo que provocó una sonrisa general.

—Por supuesto que no vas a ser un habitual Douglas, tierno y verdadero —respondió Rosa, meditando acerca de qué pregunta extraña vendría después.

—Gracias. El hecho es que he estado con Archie tanto en sus problemas últimamente, que me he interesado en esta materia y muy naturalmente, quiero investigar el tema, como todo hombre racional debería hacer tarde o temprano, eso es todo. Ahora, Steve, estoy listo. —Y Mac se levantó como si la lección hubiera terminado.

—Querida, ese chico es un tonto o un genio, y estoy segura de que debería estar contenta de saberlo —dijo tía Abundancia, poniendo sus bombones derechos con un movimiento de asombro en su mejor gorra.

—El tiempo lo dirá, pero me inclino a pensar que no es un tonto, por cualquier medio —respondió la joven, tirando de un ramo de rosas blancas de su regazo para dar cabida a los pensamientos, a pesar de que no se ajustaban al vestido azul ni la mitad de bien.

Justo en ese momento la tía Jessie entró para ayudarles a recibir, con Jamie para hacerse útil en general, quién procedió a situarse alrededor de la mesa como una mosca sobre un tarro de miel cuando no aplanaba la nariz contra los vidrios de la ventana para anunciar con entusiasmo:

—Aquí está otro hombre que se acerca conduciendo.

Charlie llegó con su humor más soleado, porque todo lo social y festivo era su delicia, y en este estado de ánimo, el príncipe era bastante irresistible. Llevó un lindo brazalete para Rosa y le permitió graciosamente ponerlo, en cuánto ella le reprendía con suavidad por su extravagancia.

—Sólo estoy siguiendo tu ejemplo, para que sepas que «nada es demasiado bueno para los que amamos, y regalar es lo mejor que se puede hacer» —replicó él, citando las palabras de ella.

—Me gustaría que siguieras mi ejemplo, en algunas otras cosas, así como lo haces en esto —dijo Rosa con seriedad, mientras la tía Abundancia lo llamaba para ver si el ponche estaba bien.

—Debe ajustarse a las costumbres de la sociedad. El corazón de mi tía se rompería si no bebiera a su salud al viejo buen estilo. Pero no te alarmes, tengo una cabeza fuerte, y eso es suerte, porque voy a necesitarla antes de llegar —se rió Charlie, enseñando una larga lista y a la vez, se daba la vuelta para satisfacer a la anciana con todo tipo de elogios alegres y cariñosos, mientras las copas se tocaban.

Rosa se sentía bastante alarmada, ya que si bebía a la salud de todos los propietarios de esos nombres, estaba segura de que Charlie necesitaría una cabeza muy fuerte. Era difícil decir algo allí mismo sin que pareciera faltarle el respeto a tía

Abundancia, sin embargo, anhelaba recordarle a su primo el ejemplo que ella trató de establecer al respecto, porque Rosa nunca probaba el vino, y los chicos lo sabían. Estaba pensativa, girando la pulsera, con su dispositivo bonito de color turquesa nome-olvides, cuando el donante volvió a ella, todavía rebosante de buen humor.

—Queridita santa, miras como si quisieras romper todos los platos de ponche en la ciudad, y salvarnos, compañeros alegres jóvenes, del dolor de cabeza de mañana.

—Debería, porque esos dolores de cabeza a veces terminan en penas, me temo. Estimado Charlie, no te enfades, pero sabes mejor que yo que este es un día peligroso para ti, así que ten cuidado por mí bien —añadió, con un toque de ternura desacostumbrada en su voz, porque mirando a la gallarda figura ante ella, era imposible reprimir el deseo de mujer para mantenerlo siempre tan valiente y tan alegre como ahora.

Charlie vio una nueva suavidad en los ojos que nunca lo veían amables, le pareció que eso significaba más de lo que era, y con un fervor repentino en su propia voz, respondió rápidamente:

—Cariño, lo haré.

El brillo que subió a su rostro se reflejaba en ella, porque en ese momento parecía que sería posible amar a su prima, que estaba tan dispuesto a ser dirigido por ella y por lo tanto, necesitaba una cierta influencia útil para hacer de él un hombre noble. La idea vino y se fue como un *flash*, pero le dio un leve palpitar, como si el viejo afecto estuviera temblando al borde de un sentimiento más cálido, y la dejó con un sentido de responsabilidad que nunca antes había sentido. Obedeciendo al impulso, dijo, con una mezcla de seriedad y aire juguetón:

—Si me pongo el brazaletes para recordarte, debes usar esto para recordar tu promesa.

—Y tú —le susurró Charlie, inclinando la cabeza para besar las manos, poniéndose una rosa blanca en el ojal.

Justo en ese momento más interesante, se dieron cuenta de una llegada en la sala principal, dónde la tía Abundancia se había retirado discretamente. Rosa se sentía agradecida por la interrupción, porque, al no estar por el momento del todo segura del estado de su corazón, tenía miedo de dejar que la ventaja de un impulso repentino fuera demasiado lejos. Pero Charlie, consciente de que un instante muy propicio había sido echado a perder, consideró al recién llegado con algo más que una expresión del rostro contenido y, susurrando: —Adiós, mi rosa, voy a mirar en esta noche para ver cómo estás después de las fatigas del día —se fue a casa con una inclinación de cabeza fría para el pobre Fun See, que el amable asiático pensó que debía haberlo ofendido mortalmente.

Rosa tuvo poco tiempo para analizar las nuevas emociones de las cuales era consciente, porque el señor de Tokio subió a la vez para hacer sus saludos con una mezcla cómica de la cortesía china y la torpeza de América, y antes de que él hubiera conseguido su sombrero, Jamie gritó con admirable energía:

—¡Aquí hay otro! ¿Oh, como un mar de fondo?

Ellos estuvieron más acongojados y apresurados durante muchas horas, y las damas se pusieron valientemente en sus puestos hasta altas horas de la noche. Entonces, la tía Jessie fue a su casa, escoltada por un hijo pequeño con mucho sueño, y tía Abundancia se retiró a la cama, agotada. El Dr. Alec había vuelto en buena temporada, porque sus amigos no eran los de moda, pero la tía Myra había enviado por él a toda prisa y con buen humor obedeció a la citación. De hecho, él estaba muy acostumbrado a ellas ahora, pues la señora Myra, después de haber probado una gran variedad de enfermedades peligrosas, había decidido finalmente por denunciar al corazón como el más propenso a mantener a sus amigos en un estado crónico de ansiedad y era una constante el envío de la palabra de que se estaba muriendo. Uno se acostumbra a las palpitaciones, así como a todo lo demás, por lo que el médico no sentía ninguna alarma, aunque siempre iba y le recetaba un remedio inofensivo con la sobriedad más amable y paciente.

Rosa estaba cansada, pero no con sueño y quería pensar en varias cosas, así que en vez de ir a la cama, se sentó ante el fuego abierto en el estudio a esperar a su tío y tal vez, a Charlie, aunque ella no lo esperaría hasta tan tarde.

Las palpitaciones de la tía Myra debían haber sido inusualmente severas, el reloj dio las doce antes que el Dr. Alec llegara, y Rosa se preparaba para poner fin a su ensueño cuando el sonido de alguien buscando a tientas en la puerta de la sala le hizo dar un salto, diciendo para sus adentros:

—«¡Pobre hombre! Sus manos están tan frías que no puede conseguir su llave», ¿eres tú, tío? —añadió, corriendo a admitirlo, porque Jane iba lento y la noche era tan amarga como brillante.

Una voz respondió: «Sí» y mientras la puerta se abría, entró y no era el doctor Alec, sino Charlie, quien de inmediato tomó una de las sillas del salón y se sentó allí con el sombrero puesto, frotándose las manos sin guantes y parpadeando como si la luz lo deslumbrara, mientras decía en una especie de tuno brusco: —Yo te dije que había ido donde los becarios a mantenerme en el día, gloriosamente, para ver el año viejo, ya sabes. Pero prometí que nunca faltaría a mi palabra y aquí estoy. Ángel en azul, ¿te matan tus miles?

—¡Silencio! Los camareros están todavía alrededor. Ven al fuego y abrígate en el estudio, debes estar congelado —dijo Rosa, antes de ir a rodar al sillón.

—No, en absoluto, nunca me abrigo, aunque se ve muy cómodo, sin embargo. ¿Dónde está el tío? —preguntó Charlie, siguiendo con su sombrero puesto, las manos en los bolsillos, y el ojo fijo en la cabeza brillante delante de él.

—La tía Myra envió por él, y yo estaba esperando para ver cómo ella está —respondió Rosa, muy ocupada arreglando el fuego.

Charlie se rió y se sentó en una esquina de la mesa de la biblioteca.

—¡Pobre vieja alma! Qué lástima que ella no muera antes de que él esté muy desgastado. Un poco de éter en estos tiempos sería su despedida con bastante

comodidad, ¿sabes?

—No hables de esa manera. Tío dice que los problemas imaginarios son a menudo tan difíciles de soportar como los verdaderos —dijo Rosa, dándose la vuelta disgustada.

Hasta ahora, ella no lo había observado bien, porque los recuerdos de la mañana la pusieron algo tímida. Su actitud y la apariencia la sorprendieron tanto como sus palabras, y el rápido cambio en su rostro le pareció recordar sus modales. Se levantó y se apresuró a quitarse el sombrero y se quedó viéndola con una fija mirada curiosa, pero ausente, mientras decía, en la misma forma rápida y abrupta, como si, una vez comenzado, le resultara difícil parar.

—Pido perdón, fue una broma de muy mal gusto, lo sé, y no lo volveré a hacer. El calor de la habitación me pone un poco mareado, y creo que tengo frío. Es el hielo, me congelé, me atrevo a decir que yo conducía como el diablo.

—No en esos malos caballo tuyos, ¿verdad? Sé que es peligroso, tan tarde y solitario —dijo Rosa, reduciéndose detrás de la silla grande, mientras Charlie se acercaba al fuego, evitando cuidadosamente un taburete en su camino.

—El peligro es emocionante, por eso me gusta. Al hombre que me llame cobarde, lo reto a que lo intente una vez. Nunca me rindo y el caballo no me conquista. Le rompería el cuello, si me rompe el espíritu de hacerlo. No, no quiero decir que no importe que todo esté bien —y Charlie se echó a reír de una manera que le preocupó, porque no había alegría en ella.

—¿Has tenido un buen día? —le preguntó Rosa, mirándolo fijamente mientras él tomaba un cigarro y lo encendía, sin duda, para herir y fumar.

—¿Día? Oh, sí, capital. Cerca de dos mil visitas, y una cena poco agradable en el Club. Randal no puede cantar más que un cuervo, pero lo dejé con una copa de champán al revés, intentado darle mi viejo favorito: «Es mejor reír que suspirar» —y Charlie estalló en esa melodía bacanal en la parte superior de su voz, agitando un titular de Allumette sobre su cabeza para representar la copa invertida de Randal.

—¡Silencio! Vas a despertar a la tía —exclamó Rosa en un tono tan dominante que se interrumpió en medio de un Rollo para contemplarla con una mirada en blanco, mientras él decía en tono de disculpa:

—Yo simplemente te estaba mostrando la forma en que se debe hacer. No te enojas, querida, mírame como lo hiciste esta mañana, y yo te juro no volver a cantar otra nota, si lo pides. Sólo estuve un poco alegre, mientras bebimos a tu salud generosamente, y todos me felicitaron. Les dije que no había salido todavía. Para, no tenía intención de hablar de ello. No importa, todas las veces estoy en un lío, pero siempre me perdonas de la manera más dulce. Hazlo ahora, y no estés enojada, queridita. —Y, dejando caer el vaso, se dirigió hacia ella con un repentino entusiasmo que le hizo encogerse detrás de la silla.

Ella no estaba enojada, sino sorprendida y asustada, pues sabía ya de qué se trataba y se puso tan pálida, que él lo vio y le pidió perdón antes de que pudiera

pronunciar una reprimenda.

—Vamos a hablar por la mañana. Es muy tarde. Vete a casa ahora, por favor, antes de que el tío llegue —dijo ella, tratando de hablar con naturalidad; sin embargo, traicionando su angustia por el temblor de su voz y la ansiedad en sus ojos tristes.

—Sí, sí, me iré, tú estás cansada, voy a estar bien mañana. —Y como si el sonido del nombre de su tío, lo sujetara por un instante, Charlie se dirigió a la puerta con un desnivel en la marcha que habría resultado en verdad vergonzoso, si sus palabras no lo hubieran hecho. Sin embargo, antes de que él llegara, el sonido de las ruedas lo arrestaron y, apoyado en la pared, escuchó con una mirada de disgusto mezclado con diversión que se arrastraba sobre su cara.

—Bruto se ha escapado, ahora estoy en un aprieto. No puedo caminar a casa con este mareo horrible en mi cabeza. Es el frío, Rosa, nada más, te lo aseguro, y un escalofrío sí, un escalofrío. ¡Ve aquí! Dejemos que uno de esos tipos me preste un brazo que no use para perseguir a esa bestia. ¿No se asustará la madre cuando llegue a casa? —Y con esa risa vacía, de nuevo, él buscó a tientas el pomo de la puerta.

—No, no, ¡no dejes que te vean! ¡No dejes que nadie lo sepa! Quédate aquí hasta que el tío venga, y él se ocupará de ti. ¡Oh, Charlie! ¿Cómo pudiste hacerlo? ¿Cómo pudiste, cuando lo prometiste? —Y olvidando el miedo en la súbita sensación de vergüenza y angustia que se apoderó de ella, Rosa corrió hacia él, le cogió la mano de la cerradura, y giró la llave, y luego, como si ella no pudiera soportar verlo allí de pie con la vacante sonrisa en los labios, se dejó caer en una silla y se cubrió la cara.

El grito, el acto, y, más que todo, la visión de la cabeza inclinada habrían serenado al pobre Charlie, si no hubiera sido demasiado tarde. Observó por la habitación con una mirada vaga, desesperado, como si fuera a encontrar rápidamente que la razón escapaba de su control, pero el calor y el frío, la emoción y temeraria, pignoración de muchas saludes habían hecho su trabajo demasiado bien como si en un instante hiciera que la sobriedad fuera posible, y siendo dueño de su derrota con un gruñido, se dio la vuelta y se tiró boca abajo en el sofá, dando uno de los espectáculos más tristes del año nuevo, apenas este llegaba.

Mientras estaba allí sentada con los ojos ocultos, Rosa sintió que algo querido para ella había muerto para siempre. El ideal, que todas las mujeres aprecian buscar, y muy a menudo piensan que han encontrado que el amor glorifica a un hombre mortal, era difícil de abandonar, especialmente cuando llegaba el primer amor, tocando el corazón de una niña. Rosa había comenzado a sentir que, tal vez, este primo, a pesar de sus defectos, sin embargo, podría convertirse en el héroe que a veces parecía, y la idea de que ella podría ser su inspiración crecía dulce para ella, aunque no lo hubiera entretenido hasta hace muy poco. ¡Ay, qué corto había sido el sueño, que grosero el despertar! ¡Cómo sería imposible nunca más rendirse a caer con todo el romanticismo de un capricho o un regalo inocente, con los altos atributos amados por una naturaleza tan noble!

Respirando con dificultad en el sueño repentino que amablemente trajo un breve

olvido de sí mismo, él se acostó con las mejillas encendidas, el pelo desordenado, y en sus pies la pequeña rosa que nunca volvería a estar fresca y justa, un contraste lastimoso ahora para el hombre valiente, joven dichoso que había estado tan alegre por la mañana para ser tan ignominiosamente derrotado por la noche.

Muchas chicas habrían hecho luz de una transgresión tan fácilmente perdonada por el mundo, pero Rosa aún no había aprendido a ofrecer a la tentación una sonrisa y cerró los ojos a la debilidad que hace que un hombre sea una bestia. Siempre le había afligido o disgustado verlo en los demás, y ahora era muy terrible tenerlo tan cerca de la peor forma, por cualquier medio, pero lo suficientemente fuerte para arrancarle el corazón con la vergüenza y el dolor y llenar su mente con oscuros presagios para el futuro. Así que ella sólo podía sentir el duelo por el Charlie que podría haber sido, mientras observaba a Charlie con un dolor en su corazón que no encontró ninguna ayuda hasta que, poniendo sus manos en ella como para aliviar el dolor, tocó los pensamientos, desvanecidos, pero aún mostrando oro entre la púrpura sombría; a continuación, dos grandes lágrimas cayeron sobre ellos, mientras ella suspiró: —¡Ah, me hacen falta los sentimientos antes de lo que pensaba!

Su tío la hizo levantarse y abriendo la puerta, le mostró un rostro tan alterado que se detuvo en seco, diciendo en la consternación:

—¡Dios mío, hija! ¿Qué te pasa? —añadiendo, mientras señalaba el sofá en patético silencio—: ¿Está herido? ¿Enfermo? ¿Muerto?

—No, tío, él está... —Ella no podía pronunciar la palabra fea, pero susurró con un sollozo en la garganta—: Sé amable con él —y huyó a su habitación, sintiendo como si una gran desgracia hubiera caído sobre la casa.

Capítulo 10

La parte triste y seria

—¿Cómo se veía? ¿Qué dijo? ¿Hay algo que nos pueda hacer olvidar para ser tan felices como antes? —fueron las primeras preguntas que Rosa se hizo tan pronto como despertó del breve sueño que siguió a una larga y triste vigilia. Parecía como si todo el mundo debiera ser cambiado gracias a un problema que se oscureció por ella. Era demasiado joven aun para saber cómo es posible perdonar los pecados mucho mayores que este, mucho más pesado olvidar las decepciones, sobrevivir a altas esperanzas, y enterrar amores, comparado con lo que ella era sino una fantasía de niña. Deseaba que no hubiera sido tan brillante un día, se preguntaba cómo podían cantar sus pájaros con tal alegría chillona, no ponerse la cinta en el pelo, y decir, mientras miraba el reflejo de su propio rostro cansado en el espejo: «¡Pobre! Pensaste que dar vuelta la hoja traería algo agradable para ti. La historia ha sido muy dulce y fácil de leer hasta ahora, pero la parte triste y seria viene a continuación».

Un golpe en la puerta le recordó que, a pesar de sus aflicciones, el desayuno debía ser comido, y el pensamiento repentino de que Charlie todavía podría estar en la casa hizo que abriera con prisa la puerta, para encontrar al Dr. Alec esperándola con su sonrisa matutina. Ella lo llamó y le susurró con ansiedad, como si alguien cercano estuviera gravemente enfermo:

—¿Qué es mejor, tío? Dime todo sobre ello, puedo oírlo ahora.

Algunos hombres habrían sonreído ante su angustia inocente y le habrían dicho que esto era sólo lo que debía esperar y soportar, pero el Dr. Alec creía en los instintos puros que hacen que la juventud sea hermosa, deseando mantenerlos verdaderos, y esperaba que su chica nunca aprendiera a mirar impasible ante el dolor y la piedad de cualquier ser humano vencido por un vicio, sin importar lo trivial que pareciera, ni cuanto debiera sostenerse. Entonces, su rostro se puso grave, aunque su voz era alegre, mientras él respondía:

—Muy bien, me atrevo a decir, por esta vez, que dormir es la mejor medicina en estos casos; lo llevé a casa ayer por la noche, y nadie lo sabe, excepto tú y yo.

—Nadie jamás debe saberlo. ¿Cómo lo hiciste, tío?

—Sólo lo deslicé por fuera de la ventana del estudio largo y astutamente, conseguí entrarlo, por el aire y en movimiento; después de un chorro de agua fría despertó, y se alegró de aterrizar con seguridad en el hogar. Sus habitaciones están abajo, ya sabes, por lo que nadie se turbó, y lo dejé dormir muy bien.

—Muchas gracias —suspiró Rosa—. ¿Y Bruto? ¿No estaban asustados cuando regresó solo?

—No, en absoluto. La sagaz bestia fue lento hacia la cuadra, y el mozo no hizo ninguna pregunta, porque Charlie a menudo envía al caballo él mismo cuando llega tarde o tormentoso. Descansa tranquila, querida, ningún ojo lo vio, pero nosotros vimos al pobre muchacho venir e irse, y lo perdonamos por amor.

—Sí, pero no lo olvides. Nunca podré, y nunca volverá a ser para mí el Charlie del que he estado tan orgullosa y encariñada todos estos años. ¡Oh, tío, una lástima! ¡Es una lástima!

—No quiebres tu tierno corazón por ello, niña, ya que no es incurable, ¡gracias a Dios! Yo no haré luz de ello, pero estoy seguro de que bajo mejores influencias Charlie podría redimirse, porque sus impulsos son buenos y este es su único vicio. Casi no puedo culparlo por lo que es, porque su madre hizo el daño. Yo os declaro, Rosa, a veces me siento como si tuviera que romper en contra de esa mujer y tronar en sus oídos que le está arruinando el alma inmortal del cual ella es responsable, ¡por los cielos!

El Dr. Alec rara vez hablaba de esta manera, y cuando lo hacía era más bien horrible, porque su indignación por lo común, era justa y como, a menudo, un trueno despierta de un sueño del alma cuando la luz solar no tiene ningún efecto. A Rosa le gustó, y sinceramente, deseaba que tía Clara hubiera estado allí para obtener el beneficio de la epidemia, por lo que necesitaba precisamente ese despertar del sueño autocomplaciente en el que ella vivía.

—¡Hazlo, y salva a Charlie antes de que sea demasiado tarde! —exclamó ella, encendiéndose mientras lo observaba, porque se parecía a un león despertando, mientras caminaba por la habitación con su puño cerrado y una chispa en sus ojos, evidentemente, en serio desesperada y dispuesta a hacer casi cualquier cosa.

—¿Quieres ayudar? —preguntó, deteniéndose súbitamente con una mirada que la hizo ponerse de pie y fuerte, mientras ella le contestaba con una voz ansiosa:

—Lo haré

—Entonces, no lo amas todavía.

Eso la asustó, pero le preguntó de manera constante, aunque su corazón empezó a latir y su color a aumentar: —¿Por qué no?

—En primer lugar, porque ninguna mujer debe dar su felicidad y mantenerla en un hombre sin principios fijos; en segundo lugar, porque la esperanza de ser digno de ti le ayudará más que cualquier oración o sermón mío. En tercer lugar, porque necesitaremos todo nuestro ingenio y paciencia para deshacer el trabajo de casi 24 años. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí, señor.

¿Puedes decir «no» cuando te pida decir «sí» y esperar un poco por su felicidad?

—Puedo.

—Y, ¿lo harás?

—Lo haré.

—Entonces, estoy satisfecho, y un gran peso se ha quitado en mi corazón. No puedo dejar de ver lo que pasa, o temblar cuando pienso en ti zarpando sin un piloto mejor que el pobre Charlie. Ahora, tu respuesta era la que esperaba que darías, y me siento orgulloso de mi chica.

Habían estado de pie, con la anchura del espacio entre ellos, el Dr. Alec

pareciéndose mucho a un comandante emitiendo órdenes, Rosa se levantó como un pozo privado, perforado, obediente a la recepción, y ambos tenían el aire de los soldados preparándose para una batalla, con los refuerzos de los nervios y la aceleración de la sangre de los que se sienten valientes, ya que se pusieron sus armaduras.

En las últimas palabras que él le dirigió, se echó hacia atrás el pelo y la besó en la frente con una especie de licitación grave y una mirada que le hizo sentir como si él le hubiera entregado la Cruz Victoria por su valor en el campo.

Nada más se dijo entonces, porque la tía Abundancia los llamó y comenzaron las labores del día. Pero esa breve charla enseñó a Rosa qué hacer y equipada para hacerlo, ya que se puso a pensar en el deber de cada uno, así como en el amor y como en todas las grandes pasiones y experiencias que hacen o estropean una vida.

Tenía un montón de tiempo para meditar ese día porque todo el mundo estaba descansando después de la fiesta de ayer, y ella se sentó en su pequeña habitación planificando un nuevo año lleno de buenas obras, éxitos grandes, y romances hermosos que si podrían realizarse, significaría que la Declaración del Milenio había comenzado. Sin embargo, para ella fue un gran consuelo y aligeró las largas horas atormentada por un secreto deseo de saber cuándo vendría Charlie y el temor secreto de la primera reunión. Estaba segura de que se inclinaría por la humillación y el arrepentimiento, y la lucha se llevó a cabo en su mente entre la lástima que no podía evitar sentir y la desaprobación que debía mostrar. Ella decidió ser amable, pero muy franca, no solo para reprender, sino también para consolar, y tratar de mejorar el momento, inspirada por animar al culpable con el deseo de todas las virtudes que hacen a un hombre perfecto.

La ingenua ilusión creció muy absorbente, y su mente estaba llena de ella mientras se sentaba mirando la puesta de sol desde su ventana occidental y admiraba con ojos soñadores el efecto fino de las colinas distantes, claras y oscuras contra un cielo narciso, cuando el ruido de una puerta la hizo sentarse de repente erguida en su silla baja y decir, tomando aliento:

—¡Ya viene! Tengo que recordar lo que le prometí al tío y ser muy firme.

Por lo general, Charlie anunciaba su llegada con música de algún tipo. Ahora, él no silbó, tarareó, ni cantó, pero llegó tan tranquilamente, que Rosa estuvo segura de que temía este encuentro tanto como ella lo hacía y, compasiva en su confusión natural, sin mirar a su alrededor, mientras los pasos se acercaban. Ella pensó que tal vez iba a estar de rodillas, como antes, después de una infracción infantil, pero esperaba que no, pues demasiada humildad la avergonzaba, así que esperó a la primera demostración con ansiedad.

Sin embargo, fue más bien un *shock* cuando se produjo, porque un gran ramo de flores se dejó caer en su regazo y una voz, audaz y alegre como de costumbre, dijo a la ligera:

—Aquí está ella, tan bonita y pensativa como prefieras. Es el mundo hueco,

nuestra muñeca rellena de serrín, y ¿no queremos entrar en un convento de monjas hoy, prima?

Rosa se quedó tan sorprendida por esta inesperada frialdad que las flores yacieron desapercibidas mientras miraba con una cara tan llena de sorpresa, reproche, y algo parecido a la vergüenza, que era imposible confundir su significado. Charlie no lo hizo, y tuvo la gracia para enrojecer profundamente, y sus ojos se posaron en él, mientras se apresuraba a decir, aunque en el mismo tono ligero:

—Humildemente me disculpo por haber venido ayer por la noche tan tarde. No seas dura conmigo, prima. Sabes que Estados Unidos espera que cada hombre cumpla con su deber el día de Año Nuevo.

—¡Estoy cansada de perdonar! Haces y deshaces promesas tan fácilmente como hace años lo hacías, y nunca te pediré otra —respondió Rosa, poniendo el ramo a distancia, porque la disculpa no la satisfacía y no sería sobornada para guardar silencio.

—Pero, mi querida niña, tú eres tan exigente, tan peculiar en tus ideas, y tan enojada por bagatelas que un pobre hombre no puede complacerte, tanto como él quisiera —comenzó Charlie, incómodo, pero muy orgulloso por mostrar la mitad de la penitencia, que sentía, no tanto por la falta en cuanto a su descubrimiento de ella.

—No estoy enfadada, sino entristecida y decepcionada, porque espero que cada hombre cumpla con su deber de otra manera y cumpla su palabra hasta el extremo, como yo trato de hacer. Si eso se está cobrando, lo siento, y no te molestaré con mis antiguas nociones más.

—¡Bendice mi alma! ¡Qué derrota por nada! Lo olvidé, y sé que actué como un tonto y te pido perdón. ¿Qué más puedo hacer?

—Actúa como un hombre, y nunca me dejes estar tan terriblemente avergonzada de ti otra vez como lo estuve anoche —Y Rosa tuvo un escalofrío al pensar en ello.

Ese acto involuntario daño a Charlie más que sus palabras, y le tocó ahora el turno de sentirse «muy avergonzado» por los hechos de la noche anterior, que era muy confusa en su mente y el miedo se acrecentó demasiado. Girando bruscamente, subió y se detuvo junto al fuego, perdiendo por mucho el modo de hacer las paces esta vez, porque Rosa estaba muy indiferente. Por lo general, una palabra de excusa era suficiente, y parecía contenta de perdonar y olvidar, y ahora, aunque muy tranquila, había algo en ella que lo había sorprendido y desanimado, porque ¿cómo iba a saber que todo el tiempo su corazón triste abogaba por él y el mismo esfuerzo para controlarse la hacía un poco dura y fría? Mientras estaba allí, tocó con los dedos, sin parar, los adornos en la chimenea, sus ojos se iluminaron de repente y, tomando la pulsera que descansaba allí, se dirigió lentamente hacia ella, diciendo en un tono que era humilde y suficientemente grave ahora:

—Voy a actuar como un hombre, y nunca jamás te sentirás avergonzada otra vez. Sólo se amable conmigo. Déjame poner esto, y de nuevo prometo en esta ocasión, te juro que lo guardaré. ¿No confías en mí, Rosa?

Fue muy difícil resistirse a la voz y a la mirada suplicante, porque esa humildad era peligrosa, y, si no fuera por el tío Alec, Rosa habría contestado «sí». El azul no-me-olvides le recordaba a su propia promesa, y ella la mantenía con dificultad ahora, para ser siempre feliz. Colocando de nuevo la baratija ofrecida con un toque suave, dijo con firmeza, aunque no se atrevía a mirar a la cara ansiosa inclinándose hacia ella:

—No, Charlie, no la puedo usar. Mis manos deben estar libres si voy a ayudarte cómo debo. Seré buena, voy a confiar en ti, pero no juraré nada, sólo intentaré resistir la tentación, y todos vamos a estar para ti.

A Charlie no le gustó eso y perdió el terreno que había ganado, diciendo impetuosamente:

—No quiero a nadie más, excepto a ti para estar por mí, y tengo que estar seguro de que no me abandonarás; no puedes, cuando estoy mortificando mi alma y mi cuerpo para complacerte, algún desconocido vendrá a robar tu corazón para alejarlo de mí. No podré soportarlo, así que te doy una justa advertencia; en tal caso, voy a romper el pacto e irme directamente al diablo.

La última frase lo estropeó todo, porque era a la vez magistral y desafiante. Rosa tenía el espíritu Campbell en ella, a pesar de que rara vez lo mostraba, sin embargo, como ella valoraba su libertad más que cualquier amor que le ofrecieran, y le molestaba la autoridad que él asumió demasiado pronto, que resintió aún mucho más el esfuerzo que estaba haciendo para restablecer a su héroe, quien insistía en ser un hombre muy defectuoso e ingrato. Rosa se puso derecha fuera de su silla, diciendo con una mirada y un tono que hicieron sobresaltarse al oyente y lo convenció de que ya no era una niña tierna, sino una mujer con una voluntad propia y un espíritu tan orgulloso y fiero como cualquier otra de su especie:

—Mi corazón es mío, para disponerlo como me plazca. No te excluyas del mismo por presumir demasiado, porque no tienes ningún derecho sobre mí, excepto el del parentesco, y nunca lo tendrás a menos que te lo ganes. Recuerda no amenazarme ni desafiarme.

Por un momento, fue dudoso que Charlie respondiera a este *flash* con otro, y produjera una explosión general, o sabiamente apagara la llama con la respuesta suave que quita la ira. Eligió la segunda opción y lo hizo muy efectivo, arrojándose ante su diosa ofendida, como lo había hecho muchas veces en broma. Esta vez no estaba actuando, sino grave, serio, y no había verdadera pasión en su voz cuando él cogió el vestido de Rosa en las manos, diciendo con entusiasmo:

—¡No, no! ¡No cierras tu corazón contra mí o yo me desesperaré! No soy lo suficientemente bueno para una santa como tú, pero puedes hacer lo que quieras conmigo. Sólo necesito un motivo para hacer de mí un hombre, y ¿dónde puedo encontrar uno más fuerte que en intentar mantener tu amor?

—No es tuyo, sin embargo —comenzó Rosa, muy conmovida, pero al mismo tiempo se sentía como si estuviera en un escenario y tuviera un papel que

desempeñar, porque Charlie había hecho su vida tan parecida a un melodrama que era difícil para él ser muy simple, incluso cuando era más sincero.

—Déjame ganarlo, entonces. Muéstrame cómo, y voy a hacer cualquier cosa, porque tú eres mi ángel bueno, Rosa, y si quieres echarme, sentiré cómo si quisieras pasar de mí —exclamó Charlie, poniéndose trágico en su seriedad y colocando los brazos alrededor de ella, como si su única seguridad radicaría en aferrarse a esta compañera y amada criatura.

Detrás de candilejas habría sido irresistible, pero de alguna manera no tocó a su único espectador, aunque ella no tenía ni el tiempo ni la habilidad para descubrir por qué. A pesar de su fervor, las palabras no sonaron del todo ciertas. A pesar de la gracia de la actitud, a ella le hubiera gustado más él valientemente erguido sobre sus pies, y aunque el gesto estuvo lleno de ternura, un instinto sutil le hizo encogerse, mientras ella decía con una calma que la sorprendió aún más que a él: —Por favor, no. No voy a prometer nada todavía, porque tengo que respetar al hombre que amo.

Eso llevó a Charlie a sus pies, pálido, con algo más profundo que la ira, por el retroceso le dijo, con mayor claridad que las palabras, lo mucho que había caído en su estima desde ayer. El recuerdo del momento feliz cuando dio la rosa con la nueva suavidad en sus ojos, el color tímido, el dulce «por mi causa» volvió con viveza repentina, lo que contrastó fuertemente con la cara ahora evasiva, la mano extendida para ponerlo atrás, la figura disminuida, y en ese instante de silencio, el pobre Charlie se dio cuenta de lo que había perdido, porque el primer pensamiento de amor de una chica es una cosa delicada como la gloria color rosa de la mañana, que un soplo de aire puede hacer añicos. Sólo un destello de maldad, sólo el envilecimiento de una hora para él, sólo la visión de un momento para ella, de los placeres más groseros que los hombres conocen y el corazón inocente, recién abriéndose para bendecir y ser bendecido, se cierra de nuevo como una planta sensible y le cerraba la boca para siempre.

La conciencia de esto lo puso pálido de miedo, porque su amor era más profundo de lo que ella sabía, y lo demostró cuando dijo en un tono tan lleno de mezclado dolor y paciencia que había tocado su corazón:

—Me respetarás, si puedo hacerlo, y cuando me lo haya ganado, ¿puedo esperar algo más?

Ella alzó la vista entonces, viendo en su rostro la vergüenza noble, la clase humilde de coraje que muestra que el arrepentimiento es auténtico y le da una promesa de éxito, y con una sonrisa de esperanza que era cordial para él, respondió de todo corazón: —Sí, puedes.

—¡Dios te bendiga por eso! No voy a hacer ninguna promesa, voy a pedirte que sólo confíes en mí, Rosa, y mientras me tratas como a un primo, recuerda que no importa cuántos pretendientes es posible que tengas, para ninguno serás tan querida como lo eres para mí.

Un salto de traición en su voz advirtió a Charlie que se detuviera allí, y sin ningún

otro adiós, muy sabiamente se fue, dejando a Rosa para poner las flores olvidadas con cuidado en el agua, arrepentida y dejó la pulsera, diciendo para sí:

—Nunca la usaré hasta que me sienta como lo hice antes. Entonces, él la abrochará y voy a decir que «sí».

Capítulo 11

Pequeñas tentaciones

—¡Oh, Rosa, tengo algo muy emocionante que contarte! —exclamó Kitty Van Tassel, saltando del carruaje la mañana siguiente, cuando su amiga la llamó para ir de compras.

Kitty siempre tenía alguna «perfectamente emocionante» confesión que hacer y Rosa había aprendido a tomárselo con calma, pero la próxima manifestación era una nueva, ya que, sin tener en cuenta a los observadores curiosos con sus desordenados sombreros, Kitty atrapó a Rosa alrededor del cuello, exclamando en voz entusiasta:

—Mi querida criatura, estoy comprometida.

—¡Estoy tan contenta! Por supuesto, es Steve.

—Querido amiga, lo hizo ayer por la noche de la mejor manera, y Mama está muy encantada. Y ahora, ¿me voy a casar? —Y Kitty se tranquilizó con la cara llena de la más profunda ansiedad.

—¿Cómo puedes hablar de eso tan pronto? Porque, Kit, chica romántica, debes estar pensando en tu novio y no en la ropa —dijo Rosa, divertida, pero no escandalizada por tal falta de sentimiento.

—Estoy pensando en mi amor, porque él dice que no tendrá un compromiso tan largo, así que debo empezar a pensar en las cosas más importantes a la vez, ¿no debo hacerlo?

—Ah, él quiere estar seguro de ti, porque tú eres una criatura tan resbaladiza que tiene miedo de que lo vas a tratar como lo hiciste con el pobre Jackson y con el resto —interrumpió Rosa, sacudiendo el dedo a su prospectiva prima, que había intentado este pasatiempo dos veces antes y estaba bastante orgullosa de sus breves compromisos previos.

—No es necesario que regañes, porque sé que tengo razón, y cuando has estado en sociedad, tú encuentras la única manera de saber realmente si vas a comprometerte con ese hombre. Ellos quieren que los creas devotos, pero cuando piensan que te tienen, luego te enteras de lo miserables que son —contestó Kitty con un aire de sabiduría mundana que contrastaba extrañamente con su rostro juvenil y maneras vertiginosas.

—Una perspectiva triste para el pobre Steve, a menos que yo le dé una pista para lucir bien a su manera.

—Oh, mi querida niña, estoy segura de él, porque mi experiencia me ha hecho muy fuerte y estoy convencida de que lo puede manejar sin pocos problemas. Nos hemos conocido desde hace siglos —Steve tenía veinte y Kitty, dieciocho— y siempre ha sido el mejor de los amigos. Además, él es mi hombre ideal. Nunca pude soportar las manos y pies grandes, y los suyos son simplemente adorables. Es el mejor bailarín que conozco y se viste con gusto exquisito. Realmente creo que me enamoré primero de sus pañuelos de bolsillo, que eran tan encantadores que no pude

resistir la tentación —se rió Kitty, tirando de uno grande de su bolsillo y enterrando su pequeña nariz en los pliegues, que arrojaron una deliciosa fragancia al aire.

—Ahora, eso parece prometedor, y me pongo a pensar que tienes algo de sentimiento, después de todo —dijo Rosa, muy complacida, los ojos alegres marrones se habían suavizado de repente y un rápido color surgió en la mejilla de Kitty y ella le respondió, todavía medio cubriéndose el rostro con el pañuelo amado:

—Por supuesto que sí, mucho de ello, sólo me da vergüenza mostrarlo a la mayoría de la gente, porque es el estilo de tomar todo de la manera más despreocupada. Mi graciosa Rosa, me hubiera creído una gansa romántica la noche anterior, mientras Steve me lo pedía en el salón de atrás, de hecho, me gritó, estaba tan terriblemente serio cuando fingí que él no me importaba, y por lo tanto, tan cariñoso y agradable cuando le dije la verdad. No sabía que había hecho en él, pero salió delicioso y nunca le importó ni un poco, a pesar de las lágrimas que derramé en la pechera de su preciosa camisa, ¿no fue tan bueno de su parte? Porque sabes que odia que revuelvan sus cosas.

—Él es un verdadero Campbell, y tiene un buen cálido corazón bajo esos aires finos suyos. Tía Jane no cree en sentimentalismos, por lo que ha sido entrenado para no mostrar nunca ninguno, pero está ahí, y debes animarle a dejarlo salir, no tontamente, sino en una manera más viril y seria.

—Lo haré, si puedo, a pesar de que no haría partícipe de esto a todo el mundo, me gusta mucho él y siento como si Steve y yo deberíamos terminar muy bien. Aquí estamos ahora, asegúrate de no decir una palabra, si nos encontramos con alguien. Yo quiero que sea un profundo secreto, por lo menos, una semana —agregó Kitty, batiendo su pañuelo fuera cuando el coche se detuvo ante la tienda de moda que estaban a punto de visitar.

Rosa prometió con una sonrisa, porque la cara de Kitty la traicionaba sin palabras, tan llena estaba de felicidad que pocos ojos no lo entenderían cada vez que la vieran.

—Sólo una mirada a las sedas. Me preguntas mi opinión sobre las blancas, y yo miraré las de colores. Mamá dice raso, pero ahora está fuera de moda, y he puesto mi corazón en lo más pesado con cable que pueda encontrar —susurró Kitty mientras ellas hacían crujir los largos contadores llenos de todo lo que podía deleitar la vista femenina y tentar a su bolsa—. ¿No es el ópalo la cosa más encantadora que jamás hayas visto? Me temo que soy demasiado oscura para usarlo, pero a ti simplemente te conviene. Necesitarás una gran variedad, ya sabes— añadió Kitty en un importante lado, mientras Rosa se ponía en medio de las sedas blancas, mientras que su afectada compañera mostraba un gran interés por los matices delicados dispuestos ante ella.

—Pero ahora tengo una gran variedad, y no es necesario un nuevo vestido de cualquier tipo.

—No importa, lo tendrás, de lo contrario, ya no estará. Has usado varias veces todos los tuyos ya y debes tener uno nuevo, tanto si lo necesitas como si no. ¡Dios mío! Si yo tuviera tanto dinero en el bolsillo como el que tú tienes, vendría a buscar

un nuevo atuendo para cada fiesta a la que fuera —contestó Kitty, echando un ojo envidioso hacia las pilas de arcoíris ante ella.

El tendero perspicaz vio que una boda estaba en marcha, ya que cuando dos chicas guapas susurraban, sonreían, y se ruborizaban en sus compras, el olor empleado en galas de novia y un destello transitorio de interés iluminaba sus rostros imperturbables y empleaban una energía breve en sus voces cansadas, y lánguidas gritaban: «¡Efectivo!». Reuniendo ambas sedas con un giro práctico de la mano, él las señaló para la inspección, detectando a simple vista quien era la novia elegida y quién la amiga, porque Kitty cayó de nuevo a estudiar el efecto de los pliegues blancos de color plateado con un interés absorbente imposible a dar error, mientras que Rosa se quedó mirando el ópalo como si apenas escuchara una voz suave diciendo, con el susurro de la seda tan cara a los oídos de la niña:

—Una cosa excelente, acaba de salir, de moda en París, sombra muy rara, favorable para pocas, como dicen las señoras, pero perfecta para una rubia.

Rosa no estaba escuchando esas palabras, pero a las demás, que tía Clara había pronunciado últimamente, riéndose entonces, pero lo pensó más de una vez desde entonces.

«Estoy cansada de escuchar a la gente preguntarse por qué la señorita Campbell no se viste más. La simplicidad está muy bien para las colegialas y para las mujeres que no pueden pagar algo mejor, pero si puedes, realmente deberías. Tus cosas son muy suficientes a su manera, y yo quisiera que tuvieras un estilo propio, pero parece extraño y la gente pensará que estás siendo mala si no das más espectáculo. Además, no le haces justicia a tu belleza, lo que sería tanto peculiar y sorprendente si educas a tu mente para conseguir trajes deslumbrantes».

Mucho más en el mismo sentido dijo su tía, discutiendo el tema muy a lo artístico e inconscientemente apelando a varias de las pasiones dominantes de Rosa. Una de ellas era un amor por las telas delicadas, los colores y adornos, que gozan de gustos refinados y cuyo alto precio les impide cada vez ser más comunes; y la otra, su fuerte deseo de agradar a los ojos de aquellos que cuidaba y satisfacer sus deseos hasta en la más pequeña materia, si podía. Y por último, pero no menos importante, el deseo natural de una mujer joven y bonita para realzar la belleza que ella, de pronto, descubre que su encanto es más potente para el otro sexo, su pasaporte a un lugar alto entre sus pares solteras.

Ella había pensado seriamente en sorprender y deleitar a todo el mundo al aparecer en un traje que hiciera justicia a su belleza, que fuera tan modesto que fuera propenso a olvidarse de sí mismo en la admiración de los demás, que las chicas llaman un «deslumbrante», vestido, como se puede imaginar y fácil de conseguir por la magia de la cartera de la Fortuna en su bolsillo. Había planeado todo, el brillo de la seda pálida a través de los encajes, como flores de hielo tejido, ornamentos de un patrón clásico, y todos los accesorios delicados tan perfectos como el tiempo, el gusto y el dinero podrían hacer.

Ella sabía que la formación saludable del tío Alec le había dado una cifra que podría aventurarse en cualquier forma y la naturaleza la bendijo con un cutis que desafió todos los matices. Por lo tanto, era de extrañar que sintiera un fuerte deseo de usar estos dones, no por el placer de deslumbrar, sino por parecer justa en los ojos que casi nunca la miraban sin un tipo de admiración, tanto más cuando se ganaba sin palabras estropeando el homenaje involuntario que las mujeres aman.

Estos pensamientos estaban ocupando la mente de Rosa cuando ella se sentó a mirar la preciosa seda y a preguntarse lo que diría Charlie si ella alguna noche llegaba sobre él en una nube color rosa pálido, como la Aurora a quien a menudo él la comparaba. Ella sabía que iba a agradecerle mucho y deseaba hacer todo lo posible para satisfacer honestamente al pobre hombre, por su tierno corazón, ya que sentía algunos dolores de remordimiento, recordando la gravedad de ella la noche anterior. No podía revocar sus palabras, porque cada una la dijo con intención, pero podía ser amable y demostrar que ella no le había cerrado completamente las puertas cuando le pidiera que fuera con él al baile de Kitty y así poder satisfacer su gusto artístico por un encantador traje. Un plan muy de niña, pero uno amable, porque el baile iba a ser la última de sus frivolidades, por lo que ella quería ser agradable y consideró que «ser amigos», con Charlie añadía mucho a su disfrute.

Esta idea hizo que sus dedos apretaran la tela brillante, tentada a comprarla, y ella estaba a punto de tomarla cuando:

—Pues si usted, por favor, señor, ¿es tan amable de decirme dónde podría encontrar el lugar de las franelas? —dijo una voz detrás de ella, y, levantando la vista, vio a una mujer irlandesa un poco humilde, bastante perdida y fuera de lugar entre los lujos a su alrededor.

—En la planta baja, gire a la izquierda —fue la respuesta apresurada del secretario, con un gesto vago de la mano que la dejó más perdida en la oscuridad que nunca.

Rosa vio la perplejidad de la mujer y le dijo amablemente:

—Yo voy a mostrarle el camino.

—Estoy avergonzada de darle problemas, señorita, pero es extraño para mí estar en ello, y no debí venir a aquí, en absoluto, me dijeron que conseguiría por poco lo que quiero en esta tienda más grande que en la más pequeña o similares a mí —explicó la pequeña mujer con humildad.

Rosa volvió a mirar mientras ella abría el camino a través de una multitud bien vestida de compradores ocupados, y algo en el rostro ansioso, cansado bajo el capó de lana vieja en las manos, guantes púrpura sosteniendo una cartera pobre y un trozo desaparecido de franela de puntos, vestido de los niños que estaba tan a menudo tocando el corazón generoso que nunca podía ceder al impulso de aliviarlo. Ella sólo había querido señalarle el camino, pero, a raíz de un nuevo impulso, continuó, escuchando la charla maternal de la pobre alma acerca de la «nena» y lo «problemático» que era «encontrar ropa para chiquillos en crecimiento, cuando mi

hombre está trabajando, un poco en la avenida y el inconveniente apoyo en estos tiempos difíciles» —ya que descendió a ese oscuro mundo inferior, donde las necesidades se refugiaban cuando los lujos se agolpaban desde el lugar más alegre arriba.

La presencia de una dama hizo que la compra de la señora Sullivan fuera muy fácil ahora, y su pobre «cantidad» de franela creció milagrosamente, en varios colores, ya que la bolsa en mal estado no estaba brillante cuando se marchó, secándose los ojos en la esquina de un paquete grande, marrón. Una cosa muy pequeña, y que nadie vio, pero un funcionario con cara de palo, que nada dijo, sin embargo, tenía en buena estima a Rosa y la envió hacia la luz de nuevo con un rostro serio, pensando para sí misma en tono de reproche: «¿Qué derecho tengo de llevar vestidos más alegres cuando algunos niños pobres no tienen ninguno, o para pasar yo el tiempo tan bien, mientras hay tanta amargura en el mundo?».

De igual, las cosas bonitas eran tan tentadoras como siempre, y ella anhelaba la seda de ópalo con un deseo renovado cuando regresó. No era seguro que no hubiera sido comprado, a pesar que un buen ángel en la imagen de una señora gorda con rizos plateados sobre la cara benévola, consagrada en un sombrero claro, no la hubiera abordado cuando ella se unió a Kitty, quien seguía cavilando acerca de los vestidos de novia.

—Esperé un momento por ti, querida mía, porque estoy de prisa, y muy contenta de ahorrarme un viaje o una nota —la recién llegada comenzó en un tono bajo, mientras Rosa le tendía la mano con el respeto más cariñoso—. Usted sabe que la fábrica de cajas grandes se quemó hace un día o dos atrás y más de cien niñas quedaron sin trabajo. Algunas resultaron heridas y se encuentran en el hospital, muchas no tienen casas a donde ir, y casi todas necesitan ayuda temporal de algún tipo. Hemos tenido tantas llamadas en este invierno que no sé qué camino tomar, por falta estoy presionando, y he tenido mi dedo en las bolsas de tantos que estoy casi avergonzada de preguntar de nuevo. Cualquier pequeña contribución... Ah, gracias, yo estaba segura de que no me fallaría, mi buena niña —y la señora Gardener con calidez estrechó la mano que se fue tan rápidamente al pequeño monedero y salió tan generosamente llena.

—Quiero saber de qué otra manera puedo ayudar, y muchas gracias por haberme permitido tener una participación en sus buenas obras —dijo Rosa, olvidándose de vestidos alegres mientras veía el capó negro que iba rápidamente lejos con una sonrisa de aprobación en su cara fina de edad, dentro de él.

—¡Eres algo extravagante! ¿Cómo puedes dar tanto? —susurró Kitty, cuyos curiosos ojos descansaban en tres figuras.

—Yo creo que si la señora Gardener me pidiera mi cabeza, yo se la daría —contestó Rosa a la ligera; luego, volviéndose a las sedas, le preguntó—: ¿Qué has decidido, el amarillo, blanco o azul, el cable o el rayado?

—¡He decidido que nada!; excepto que tú compres el rosado y lo uses en mi baile

—dijo Kitty, que había tomado la decisión, pero no podía dar sus órdenes hasta que su mamá hubiera sido consultada.

—No, yo no me lo puedo permitir por el momento. Nunca sobrepaso mi asignación, y tendré que hacerlo si tengo más galas. Venga, no debemos perder el tiempo aquí si tienes todos los patrones que deseas. —Y Rosa se alejó rápidamente, alegrándose de que estuviera fuera de su poder romper a través de dos resoluciones que hasta entonces habían sido fielmente mantenidas; una para vestir simple, por ejemplo; la otra, no ser extravagante, por caridad.

Mientras Rosamunda tenía su día de desgracias, por lo que parecía ser una de las tentaciones pequeñas para Rosa. Después de que ella hubiera llegado a casa de Kitty y fuera a ver sus nuevas casas, ella condujo para hacer diversos mandados para las tías y, mientras esperaba en el coche para ejecutar una orden, el joven Pemberton vino.

Como Steve, dijo, este señor había tenido un «duro golpe» y todavía se cernía como una polilla a la luz prohibida. Siendo el partido más codiciado de la temporada, su relación era considerada una distinción por la que estar orgullosa, y por la que Rosa había sido bien regañada por Tía Clara por negarse a tan honorable compañero. La muchacha le gustaba, y él era el novio, quien había hablado de manera respetuosa con el Dr. Alec porque no tenía necesidad de la heredera y había amado sinceramente a Rosa. Había estado fuera, y esperaba que hubiera superado su decepción tan felizmente como el resto, pero ahora cuando la vio y vino corriendo tan hambriento por una palabra, ella sintió que no había olvidado y que era demasiado amable con él enfriarlo, diciendo claramente: «No te detengas».

Un joven agradable era Pemberton, y había traído consigo desde los bosques de Canadá, un abrigo de marta cibelina alineado que era la envidia de todos los hombres y la admiración de todas las amigas que tenía, y mientras estaba parado en la ventana del carruaje de Rosa sabía que estas prendas lujosas de vestir y su portador incondicional eran objetos de interés para los transeúntes. Dio la casualidad de que la marea de compradores fluía en esa dirección y, mientras ella charlaba, caras conocidas a menudo pasaban con miradas, sonrisas y gestos de diferente curiosidad, importancia, y cuestionamiento.

Ella no pudo evitar sentir cierta satisfacción en darle un momento de placer, ya que no podía hacer más, pero no fue sólo ese deseo que le hizo ignorar los paquetes blancos ordenados que el niño boticario depositó en el asiento delantero y la mantuvo persistente un poco más para disfrutar de uno de los pequeños triunfos que a menudo hacen que las niñas corran el riesgo de un resfrío en la cabeza. La visión de los copos de nieve sobre los hombros de varios, parcialmente obstruyeron su vista, así como la animación cada vez mayor de charlar con Pemberton, que le recordaron que ya era hora de irse.

—No tengo que detenerlo más cuando está comenzando la tormenta —dijo ella, tomando su manguito, para gran satisfacción del viejo Jacob, porque una pequeña

charla no era excitante para un hombre hambriento cuya nariz se sentía como un carámbano.

—¿Es cierto? Me pareció que el sol brillaba. —Y el caballero se volvió a absorber en el mundo exterior con resistencia visible, porque se veía muy cálido y acogedor en el carruaje de color rojo-alineado.

—Los sabios dicen que debemos llevar a nuestro sol con nosotros —respondió Rosa, refugiándose en lugares comunes, porque la cara en la ventana de repente se quedó pensativa y respondió, con una mirada de añoranza:

—Me gustaría poder hacerlo —Luego, sonriendo con gratitud, añadió—: Gracias por darme un poco del suyo.

—Lo que dice es muy agradable. —Y Rosa le tendió la mano mientras sus ojos en silencio pedían perdón por haberle negado su permiso para conservarlo.

Él la apretó en silencio y, sosteniendo el paraguas, que se olvidó de abrir, se alejó con una expresión «otra vez y toma otra», lo que provocó que los blandos ojos lo siguieran con admiración.

—No debería habérselo guardado un minuto más de lo que yo podría ayudar, porque no todo era pena, era mi deseo insensato de mostrar y hacer lo que me gustaba por un minuto, un pago por estar bien con el vestido. ¡Oh, yo! ¡Qué débil y tonta soy, a pesar de todos mis intentos! —Y la señorita Campbell cayó en un ensueño lleno de remordimientos, que se prolongó hasta que llegó a su casa.

—Ahora, jovencito, ¿qué te llevó a conducir en esta tormenta? —preguntó Rosa mientras Jamie llegaba estampando en esa misma tarde.

—Mamá te ha enviado un nuevo libro pensando que te gustaría. ¡No me importan tus viejas tormentas! —respondió el niño, luchando a su manera por salir de su abrigo y presentando una cara redonda, roja y brillante como una manzana Baldwin bien pulida.

—Estoy muy agradecida, es justo el día para disfrutarlo y estaba anhelando algo agradable que leer —dijo Rosa mientras Jamie se sentó en la escalera más baja para sostener una lucha prolongada con sus botas de goma.

—Aquí estás, entonces no, sí ¡creo que lo he olvidado, después de todo! —exclamó Jamie, golpeando sus bolsillos, uno tras otro con una expresión en el rostro de consternación.

—No te preocupes, voy a buscar algo más. Deja que te ayude con esas manos tuyas tan frías —Y Rosa con buen humor le dio un tirón en las botas y Jamie agarró la barandilla, murmurando algo incoherente, mientras que sus piernas volaban hacia arriba y abajo.

—Voy a regresar si quieres. ¡Lo siento mucho! ¡Es muy bueno para ti!, estoy seguro. Conseguir estas cosas horribles ha hecho que lo olvide. Madre me hizo llevarlas, aunque le dije que me quedarían igual que como pastillas de goma —añadió, inspirado en los recuerdos de ciertas desilusiones terribles cuando el anterior mencionado caramelo se derritió en sus bolsillos y se negó a salir.

—Y ahora, ¿qué haremos? —preguntó Rosa cuando él fue finalmente desprendido.

—Dado que no tengo nada que leer, puedo también jugar.

—Te voy a enseñar a lanzar y a tirar. Atrapas muy bien para ser una niña, pero no puedes lanzar un céntimo —dijo Jamie, brincando por el pasillo con sus zapatillas y trayendo una pelota de algunos de los misteriosos recipientes en el que los niños tienen el arte de almacenar basura suficiente para llenar un celemín.

Por supuesto, Rosa estuvo de acuerdo y corrió el riesgo de recibir con alegría los ojos ennegrecidos y sus dedos magullados hasta que su joven receptor con gratitud observó que - No es divertido jugar donde tienes que mirar hacia fuera por las ventanas y las jarras y las cosas, así que me gustaría el libro alegre sobre El capitán Nemo y Nautilus, por favor.

Satisfecho, se extendió sobre el sofá, cruzó las piernas en el aire, y sin decir una palabra se lanzó a: «Veinte mil leguas de viaje submarino», donde permaneció durante dos horas mortales, con satisfacción general de sus familiares.

Carente tanto de su compañero de juegos inesperado y el libro tan deseado, Rosa entró en la sala, para descubrir una novela francesa que Kitty había tomado de una biblioteca y que dejó en el carruaje con uno de los paquetes. Sentándose en su silla favorita de descanso, leyó con tanta diligencia como Jamie, mientras el viento aullaba y la nieve caía rápidamente.

Por una hora nada perturbó el silencio acogedor de la casa, porque tía Abundancia estaba durmiendo la siesta arriba, y el Dr. Alec escribía en su propio santuario, al menos Rosa lo imaginaba, hasta que su paso le hizo a toda prisa dejar el libro y mirar hacia arriba con la expresión que solía usar cuando se veía atrapada en una travesura hace años atrás.

—¿Te asusté? Tengo una imagen tuya en la que se quema tu rostro ante este fuego caliente. —Y el Dr. Alec sacó una.

—Gracias, tío. No lo sentí. —Y el color se hizo más profundo, a pesar de la imagen, mientras los ojos inquietos caían sobre el libro en su regazo.

—¿Tienes el Quarterly allí? Quiero echar un vistazo a un artículo si puedes prescindir de él por un momento —dijo, inclinándose hacia ella con una mirada inquisitiva.

—No, señor, estoy leyendo —Y, sin mencionar el nombre, Rosa dejó el libro en su mano.

El instante en que su vista se posó en el título entendió la mirada que ella llevaba y supo lo «mal» que había estado. Él frunció el ceño, luego sonrió, porque era imposible ayudar a que Rosa se viera tan llena de remordimientos, a pesar de sus veinte años.

—¿Cómo lo encontraste? ¿Interesante?

—¡Oh, mucho! Me sentí como si estuviera en otro mundo y olvidé todo lo demás.

—No es un mundo muy bueno, me imagino, si tenías miedo o vergüenza de ser

encontrada en el mismo. ¿De dónde vino esto? —preguntó el doctor Alec, examinando el libro con gran desagrado.

Rosa le dijo, y agregó lentamente —Particularmente quería leerlo, e imaginé que si podía, porque lo hiciste cuando hablamos mucho el invierno en que estábamos en Roma.

—Lo leí para ver si era conveniente para ti.

—Y decidimos que no lo era, supongo, ya que nunca me lo diste.

—¿Sí?

—Entonces, no lo voy a terminar. Pero, tío, no veo por qué no debo —añadió Rosa con nostalgia, porque ella había llegado al corazón de la novela y le había parecido maravillosamente fascinante.

—Puedo que no lo veas, pero ¿no sientes por qué no? —preguntó el doctor Alec gravemente.

Rosa se inclinó hacia su mejilla enrojecida su mano y pensó un momento y luego, miró hacia arriba y respondió con honestidad:

—Sí, lo hago, pero no lo puedo explicar, sólo sé que algo debe estar mal, porque me sonrojé y comencé cuando llegaste.

—Exactamente —Y el médico hizo un gesto contundente, como si los síntomas le agradaran.

—Pero yo realmente no veo ningún daño en el libro hasta el momento. Se trata de un autor famoso, maravillosamente bien escrito, como sabes, y los personajes son tan reales que siento como si realmente los hubiera conocido en algún lugar.

—¡Espero que no! —exclamó el médico, cerrando el libro rápidamente, como si los seres desagradables pudieran escapar.

Rosa se echó a reír, pero persistió en su defensa, porque ella quería terminar la historia absorbente, sin embargo, no se iría sin ella.

—He leído las novelas francesas antes, y tú me las diste. No son muchas, sin duda, pero las mejores, así que creo que sé lo que es bueno y no lo querría, si fuera perjudicial.

La respuesta de su tío fue volver a abrir el volumen y girar las hojas un instante como si fuera a buscar un lugar concreto. Entonces, él lo puso en su mano, diciendo en voz baja:

—Lee una o dos páginas en voz alta, traduciendo a medida que avances. ¿Te gustaría intentarlo de nuevo?

Rosa obedeció y se fue con soltura por una página, haciendo todo lo posible para darle sentido en su inglés puro. De hecho, fue más despacio, entonces saltó una frase aquí y allá, y finalmente, se detuvo en seco, mirando como si necesitara un abanico otra vez.

—¿Qué te pasa? —le preguntó su tío, que había estado mirándola serio.

—Algunas frases son intraducibles, y sólo se echan a perder al intentarlo. No están mal en francés, pero suenan toscas y mal en nuestro romo Inglés —dijo un poco

malhumorada, pues se sentía molesta por su falla al probar el punto impugnado.

—¡Ah, mi querida, si las frases bellas que no se hacen cargo al ser puestas en honesto Inglés, los pensamientos que expresan no tendrían que ponerse en tu mente inocente! Ese capítulo es la clave de todo el libro, y si hubieras avanzado, pero con clase y artísticamente, es posible que lo hubieras leído sin ver lo malo que es. Lo peor es el innegable talento que esconde el mal de manera tan sutil y hace que el peligro sea tan delicioso. —Se detuvo un momento y luego, añadió con una mirada ansiosa en el libro, que aun estaba doblado.

—Termínalo si quieres, sólo recuerdo, mi niña, que se puede leer a los cuarenta lo que no es seguro a los veinte años, y que nunca puedes ser demasiado cuidadosa con el alimento que le damos a esa cosa preciosa, pero peligrosa llamada imaginación.

Y tomando su revista, se fue a mirar por encima un artículo educativo que le interesaba mucho menos que el funcionamiento de una cercana mente joven.

Otro largo silencio, roto tan sólo por un rebote ocasional de Jamie emocionado cuando la alegre sepia se asomó a las ventanas o el Nautilus hundió un barco o dos en su curso terrible. Una campana sonó, y el doctor asomó la cabeza para ver si se le buscaba. Era sólo un mensaje para la tía Abundancia, y él estaba a punto de estallar de nuevo cuando su atención fue atraída por un paquete cuadrado en la losa.

—¿Qué es esto? —preguntó él, llevándolo hacia arriba.

—Rose quiere que se lo deje a Kitty Van cuando me vaya. Me olvidé de traer su libro de la mamá, así que voy a ir por el tan pronto como acabe esto —dijo Jamie desde su nido.

Como el volumen en sus manos era uno corpulento, y Jamie sólo iba a un tercio del camino, el Dr. Alec pensó que la perspectiva de Rosa era bastante dudosa, y deslizó el paquete en el bolsillo, se alejó, diciendo con aire satisfecho:

—La virtud no siempre se recompensa, aunque esta vez tal vez suceda, si es que lo puedo hacer.

Más de la mitad de una hora después, Rosa se despertó de una siesta y encontró varios de sus viejos favoritos con los que había tratado de consolarse a sí misma sustituyéndolos por la simple sana historia, prometida por la tía Jessie.

—¡Buen chico! Voy a ir a darle las gracias —dijo a media voz, saltando, despierta y muy contenta.

Pero ella no fue, porque en ese momento vio a su tío, de pie sobre la alfombra calentándose las manos con una mirada fresca y ventosa, lo que sugería que él había sostenido una reciente lucha con los elementos.

—¿Cómo llegó esto? —preguntó con desconfianza.

—Un hombre lo trajo.

—¿Este hombre? ¡Oh, tío! ¿Por qué te das tantos problemas sólo para satisfacer un deseo mío? —exclamó ella, tomando ambas manos frías en las suyas con una mirada de ternura, reprochando la tormenta, sin que la cara colorada la abandonara.

—Porque, después de haber quitado tus bombones franceses con el color

venenoso en ellos, yo quería entregarte algo mejor. Aquí está, todo el azúcar puro, el tipo que endulza el corazón, así como la lengua y no deja mal sabor atrás.

—¡Qué bueno eres para mí! No me lo merezco, porque yo no resistí la tentación, aunque lo intenté. Tío, después de que me guardé el libro, pensé que solo podía ver cómo terminaba, y yo me temo que podría haber leído todo esto si no se hubiera ido —dijo Rosa, bajando su rostro hacia las manos que sostenía tan humildemente como una hija arrepentida.

Pero el tío Alec levantó la cabeza inclinada y, mirando a los ojos que se encontraron con su franqueza, con una lágrima, dijo, con la energía que siempre hacía que sus palabras se recordaran:

—Mi niña, enfrentaría a una docena de tormentas mucho peores que esta para mantener tu alma como acero inoxidable en forma de nieve, ya que son las pequeñas tentaciones que atentan contra la integridad, a menos que velemos, oremos y nunca pensemos en ellas como algo demasiado trivial para ser resistido.

Algunas personas consideraban al Dr. Alec como un hombre sobreprotector pero Rosa sintió que él tenía razón, y cuando ella dijo sus oraciones de la noche, añadió una petición humilde que hiciera que no cediera ante las tres pequeñas tentaciones que asedian a un rica, bonita, y romántica chica extravagante, la coquetería y la lectura de novelas.

Capítulo 12

En el baile de Kitty

Rosa no tenía vestido nuevo para usar en esta ocasión festiva, y dio un pequeño suspiro de pesar, mientras se ponía la seda azul pálido actualizada con las nubes de la experticia de Chambéry. Pero una sonrisa apareció, muy brillante y dulce, mientras añadía los grupos de no-me-olvides que Charlie había ordenado a través de la agencia de un antiguo florista alemán, porque una parte de su plan se había llevado a cabo, y el príncipe estaba invitado para ser su acompañante, para su deleite, aunque sabiamente no hizo declaraciones de ningún tipo y mostró su agradecimiento siendo un caballero modelo. Esto satisfizo a Rosa, por la última humillación y un deseo muy sincero para expiar su culpa por ello le daba a él un aire de dignidad pensativa que resultaba muy eficaz.

La tía Clara no podía ir, por una estética nueva, de uso privado para mejorar el cutis, que había sido su orgullo hasta altas horas y que la había llevado allí una erupción desagradable, reduciéndola a las profundidades del dolor y dejándola sin consuelo para su decepción, pero a la vista del vestido de terciopelo elegante, extendido sobre su cama en estado de melancolía.

Así que la tía Jessie era la dama de compañía, para gran satisfacción de Rosa, y parecía tan «bonita como una rosa», pensó Archie, en su aspecto de matrona vestida de color perla con un delicado rico encaje en su cabello que seguía siendo abundante. Él estaba muy orgulloso de su mamita, y tan devoto como amante, «para mantener su mano en contra del retorno de Febe», dijo entre risas cuando le trajo un ramo de rosas rojas para iluminar su tranquilo traje.

Una madre feliz, no estaba a la altura de la señora Jessie mientras se sentaba al lado de su hermana Jane con satisfacción (quien apareció en una frívola escena en un serio vestido negro con una diadema de color púrpura aster asintiendo con la cabeza por encima de su frente severa), ambas mirando a sus hijos con la convicción de que ninguna otra madre podría mostrar unos ejemplares notables como estos. Cada uno había hecho todo lo posible de acuerdo a su luz, y los años de fiel atención estaban comenzando a dar sus frutos en la promesa de los hombres hermosos, tan queridos a los corazones de las madres verdaderas.

La señora Jessie vio a sus tres altos hijos, con algo así como maravilla, porque Archie era un buen hombre, grave y majestuoso en su lugar, pero lleno de cortesía y el respeto cordial que vemos tan poco en la actualidad y que es signo seguro de la formación de un buen hogar. «Los cadetes», como Will y Geordie se llamaban a sí mismos, estaban allí tan guapos como quieras, y las angustias que sufrieron esa noche con unas botas ajustadas y los cuellos tiesos sin ninguna pluma fuera que pudiera decir que estaban mal coordinados. Sin embargo, sólo uno al otro se hacían confidencias sobre los sufrimientos y los escasos momentos de reposo, cuando podían pararse en un pie adolorido con la cabeza cómodamente hundida en el interior

de los atroces cuellos, que raspaban sus orejas y los lóbulos con un agradable color escarlata. Sin embargo, breves fueron esos momentos, y los muchachos espartanos bailaban con caras sonrientes, sin dejarse desalentar por la angustia oculta que era presa de ellos «a proa y popa» como Will expresó.

El par de la señora Jane era un contraste extraño, e incluso a pesar de su disciplina severa no pudo evitar sonreír mientras ella los observaba. Steve era excelente, y podría haber estado casado en el mismo lugar, porque lo superfino era su amplia tela, su ropa brillante, y el ajuste perfecto de los guantes.

Mientras que el orgullo y la felicidad que fermentaban en su pecho juvenil, no habría habido peligro de una combustión espontánea si el baile no hubiera sido una válvula de seguridad, porque su fuerte sentido del decoro no le permitía dar rienda suelta a sus emociones de otra manera.

Kitty no sentía esa restricción, y parecía una pequeña gitana feliz, con su belleza morena desencadenada por un traje elegante del cardenal y de color crema y cada cabello en su cabeza enroscada en un feliz cultivo Pecksniffian, para los jóvenes ese era su punto fuerte, y ella disfrutó mucho el hecho de que le habían propuesto matrimonio tres veces antes de que cumpliera diecinueve años.

Verla alrededor de la habitación de Steve era un espectáculo digno de traer una sonrisa a los labios, porque los amantes felices son siempre un espectáculo agradable, y dos de estas pequeñas criaturas alegres se ven rara vez.

Mac, mientras tanto, con gafas a horcajadas sobre su nariz, supervisó las actuaciones de su hermano «en la fantástica luz» en gran medida como un Terranova benevolente haría con las cabriolas de un perro de juguete, que recibía con agradecimiento las precipitadas sugerencias que Steve sopló en su oreja, al pasar y olvidando todo acerca de ellas al siguiente minuto. Cómo no tenía relación con esto, Mac se puso sus pulgares sobre los bolsillos del chaleco, en cuanto observaba a la multitud animada como un filósofo de aspecto alegre meditando, a menudo sonriendo para sí con alguna fantasía caprichosa de su propiedad, frunciendo el ceño, como algunos de mal genio mientras el chisme llegaba a sus oídos, o mirando con admiración no disimulada una cara bonita o una figura que llamaba su atención.

—Espero que la chica sepa el tesoro que tiene. Pero dudo si alguna vez lo aprecie plenamente —dijo la señora Jane, dirigiendo sus gafas en dirección a Kitty, mientras ella pasaba, causando un vendaval con sus faldas al vuelo.

—Creo que lo hará, porque Steve ha sido muy bien educado, pero ella no puede ver ni sentir el valor de lo que nunca ha tenido, y siendo tan joven va a sacar provecho de ello —respondió la señora Jessie en voz baja, pensando en los días en que ella y su Jem bailaban juntos, recién comprometidos.

—He cumplido con mi deber con los niños, y lo he hecho bien, o su padre los habría echado a perder, porque él no tiene idea acerca de la disciplina de un niño. —Y la tía Jane dio un inteligente giro con el abanico cerrado, haciendo hincapié en la palabra «fondo» de una manera más sugerente.

—A menudo he deseado tener tu firmeza, Jane, pero después de todo, no estoy segura de que no me guste mi manera, por lo menos con mis hijos, por mucho amor y mucha paciencia, parece que lo he logrado bastante bien. —Y la tía Jessie levantó el ramo de su regazo, sintiendo como si ese gran amor y paciencia ya estuvieran en flor en su vida tan bella como las dulces rosas que aspiraba, dadas por su renovado hijo, que iluminaron estas largas horas de paciente espera en una esquina.

—Yo no niego que lo has hecho bien, Jessie, pero tú has estado sola y no tuviste a nadie para sostener tu mano o para interferir. Si mi Mac se hubiera ido a la mar como tu Jem hizo, yo nunca tendría que haber sido tan grave como lo soy. Los hombres son tan perversos y miopes, que no se molestan sobre el futuro, siempre y cuando las cosas sean tranquilas y cómodas en el presente —continuó la señora Jane, olvidando que la pareja miope de la empresa, física, por lo menos, era ella misma.

—¡Ah, sí! Las madres amamos prever y predecir la vida de nuestros hijos, incluso antes de nacer, y somos muy propensas a estar decepcionadas si no salen como habíamos planeado. Sin embargo, sé que realmente no tengo motivo de queja y estoy aprendiendo a ver que todo lo que podemos hacer es dar a los queridos niños buenos principios y la mejor formación que podamos, a continuación, salir de ellos para terminar lo que hemos comenzado. —Y los ojos de la señora Jessie se alejaron hasta Archie, bailando con Rosa, bastante inconsciente de que un pequeño castillo en el aire había sido derrumbado cuando él se enamoró de Febe.

—Bien, en este punto estamos exactamente de acuerdo. No he hecho nada más que darles a mis hijos buenos principios y hábitos, y yo estoy dispuesta a confiar en ellos en cualquier lugar. Nueve veces hice azotar a mi Steve para curarlo de mentir, y más de una vez Mac se quedó sin su cena por no lavarse las manos. Pero yo los azoté y dejé sin comer para disciplinarlos y ahora tengo mi recompensa —concluyó la «severa madre» con un gesto orgulloso de su abanico, que parecía más como una férula, siendo tan fuerte, grande, y sin concesiones, como sólo dicho artículo podría ser.

La señora Jessie dio un leve soplido de asentimiento, pero no podía dejar de pensar, con una sonrisa que, a pesar de sus tribulaciones iniciales de los pecados por los cuales los niños sufrieron, esto se había vuelto un poco contradictorio en sus resultados, porque Steve ahora daba las órdenes, y el descuidado Mac decía la verdad.

Pero esas pequeñas contradicciones sucedían hasta en las mejores familias, y todos los perplejos padres podían mantenerse contantes en la práctica de la predicación, con la esperanza de que diera sus frutos en algún momento, de acuerdo con un viejo proverbio:

«Los niños recogen palabras como guisantes de palomas, para pronunciarlas otra vez en favor de Dios».

—Espero que no vayan a bailar con la niña hasta que caiga muerta entre ellos, porque cada uno parece obligado a tener su turno, incluso tu serio Mac —dijo la Sra.

Jessie unos minutos más tarde cuando vio la mano de Mac sobre su prima Rosa, quien se la llevó con un aire de triunfo cerca de otros pretendientes.

—Ella es muy buena con él, y su influencia es excelente, ya que la opinión de una mujer joven tiene más peso que la de un viejo. A pesar de que siempre es bueno con su madre, y siento como si yo debería tomar un gran consuelo en él. Es uno de esos que no se casará hasta tarde, si es que, siendo aficionado a los libros y a una vida tranquila —respondió la señora Jane, recordando con qué frecuencia su hijo había expresado su creencia de que los filósofos no deben casarse y citado a Platón como un ejemplo de la sabiduría serena que se alcanza sólo por un solo hombre, mientras su marido se puso del lado de Sócrates, por el que sentía una profunda simpatía, aunque no se atrevió a apropiárselo.

—Bueno, yo no sé nada de eso. Desde que mi Archie me sorprendió por la pérdida de su corazón como lo hizo, estoy preparada para cualquier cosa, y te invitamos a que hagas lo mismo. Realmente me pregunto si no debería Mac hacer algo notable en esa línea, aunque no muestra signos de ello aún, lo confieso —respondió la señora Jessie, riendo.

—No va a ser en esa dirección, puedes estar segura, porque su destino está sellado. ¡Dios mío!, ¡qué triste es ver a una chica superior a punto de arrojarse a un guapo bribón! No voy a mencionar nombres, pero me entiendes. —Y la señora Jane negó con la cabeza, como si pudiera mencionar el nombre de una niña superior que se había tirado y ahora viera la locura en ella.

—Estoy muy ansiosa, por supuesto, y también lo está Alec, pero puede ser el ahorro de una parte y la felicidad del otro, porque a algunas mujeres les gusta dar más de lo que reciben —dijo la señora Jessie, en privado preguntándose, por enésima vez, por qué el hermano Mac no se había casado con la educada señorita Humphries.

—Vas a ver que no va a prosperar, y yo siempre sostengo que una esposa no puede del todo deshacer el trabajo de una madre. Rosa tendrá las manos ocupadas si trata de corregir todos los errores de Clara —contestó la tía Juana con gravedad y a continuación, comenzó a abanicarse con violencia, mientras la anfitriona se acercaba para tener un poco de charla sobre «nuestros queridos jóvenes».

Rosa se encontraba en un estado de ánimo alegre esa noche, y encontró a Mac listo para la diversión y tuvo suerte, ya que su primera observación partió con un tema gracioso.

—¡Oh, Mac! ¡Annabel acaba de confesarme que ella está comprometida con Fun See! Piensa en ella haciendo la limpieza en cantón algún día y teniendo que pedir las ratas, perritos, y nidos de pájaro de sopa para la cena —susurró Rosa, demasiado risueña para mantener la noticia para sí misma.

—¡Por Confucio! ¿No es eso una perspectiva dulce? —Y Mac se echó a reír, con gran sorpresa de sus vecinos, que se preguntaban qué había de divertido acerca del sabio chino—. Sin embargo, es bastante alarmante que estos niños vayan a este ritmo. Parece ser que la captura, es un nuevo tipo de fiebre escarlatina, a juzgar por las

mejillas de Annabel y el vestido de Kitty —agregó, respecto a las damas antes mencionadas con los ojos todavía brillando de alegría.

—No seas descortés, pero ve y haz lo mismo, porque es toda una moda. Oí decir de la vieja señora Van a la anciana señora Joy que iba a ser un año para casarse, así que asegúrate de atraparlo —respondió Rosa, recogiendo sus faldas, pues con toda su formación, a Mac aún le resultaba difícil mantener a sus largas piernas fuera de las trampas humanas.

—No luce como una enfermedad dolorosa, pero debo tener cuidado, porque no tengo tiempo para estar enfermo ahora. ¿Cuáles son los síntomas? —preguntó Mac, tratando de combinar negocios con placer y mejorar su mente, al mismo tiempo, cumpliendo con su deber.

—Si alguna vez regresas, te lo diré —se rió Rosa mientras él bailaba lejos en la esquina equivocada, chocando contra otro caballero elegante, y regresando serio como si esa fuera la figura apropiada.

—Bueno, dime «¿cómo no hacerlo?» —dijo, remitiéndose por un momento a otro para hablar cuando Rosa había flotado hacia adelante y atrás, a su vez.

—¡Oh! Verás a una chica joven que te parezca particularmente encantadora tanto si lo es como si no, no te importará nada y empezará a pensar en ella mucho, querrás verla, y para ponerte, por lo general, sentimental y absurdo —comenzó Rosa, encontrando difícil dar un diagnóstico de la enfermedad más misteriosa bajo el sol.

—No creo que suene tentador. No puedo encontrar un antídoto en alguna parte, porque si está en el aire este año estoy seguro de contraerlo, y puede ser fatal —dijo Mac, que se sentía muy animado y a Rosa le gustaba hacer fiesta, porque él sospechaba que ella tenía un pequeño problema, por una pista que el Dr. Alec le había dado.

—Espero que lo contraigas, porque vas a ser muy divertido.

—¿Vas a cuidar de mí como lo hacías antes, o tienes las manos ocupadas?

—Yo te ayudaré, pero en realidad, con Archie, Steve y Charlie, tendré bastante que hacer. Será mejor que lo tomes a la ligera la primera vez, y por lo tanto, así no necesitarás de mucho cuidado.

—Muy bien, ¿cómo empiezo? Ilumina mi ignorancia e introdúceme bien, te lo ruego.

—Camina por ahí y ve a la gente, hazte agradable, y no te sientes en las esquinas observando a otras personas como si fueran marionetas que bailan para tu diversión. Oí una vez decir a la señora Van que la proximidad hace maravillas, y ella debe saber, después de haber casado a dos hijas, y hacer que la tercera se comprometiera con «un joven encantador».

—¡Buena suerte! La cura parece peor que la enfermedad. Proximidad ¿Eh? Porque, podría estar en peligro este preciso momento y no puedo huir para salvar mi vida —dijo Mac, cogiéndola suavemente por la cintura para un vals general.

—No te alarmes, pero vigila tus pasos, porque Charlie nos está mirando, y yo

quiero que hagas lo mejor posible. Es perfecto que me lleves girando, porque amo bailar el vals, y rara vez tengo un buen giro, excepto con ustedes, muchachos —dijo Rosa, sonriéndole con aprobación, mientras su fuerte brazo la guiaba entre las revueltas parejas y sus pies marcaban el ritmo, sin un fallo.

—Esto sin duda es una gran mejora en el negocio de la silla, a la que me he dedicado con tal energía que he roto la espalda de dos socias y dislocado el brazo de la más vieja. Di un giro ocasional con esa parte pesada, pensando que sería bueno practicar en caso de que alguna vez pudiera bailar con damas valientes. —Y Mac señaló con la cabeza a Annabel, golpeando alegremente al señor Tokio, quien tenía el rostro de color amarillo radiante, mientras sus ojos pequeños y brillantes descansaban en su novia regordeta.

Pausando en medio de su alegría en la imagen de Mac y la vieja mecedora, Rosa dijo en tono de reproche: —Aunque sea un chino pagano, Fun te avergonzaría, porque él no hace preguntas tontas, sino que es atento, como un hombrecito sensible y no tengo duda de que Annabel va a ser muy feliz.

—Escógeme una divinidad adecuada y voy a intentar adorarla. ¿Puedo hacer más que eso para recuperar mi personaje? —Respondió Mac, haciendo aterrizar con seguridad a su compañera, blandiendo el ventilador según las instrucciones.

—¿Cómo Emma hace? —preguntó Rosa, cuyo sentido de lo ridículo era fuerte y no pudo resistir la tentación de la sugerencia horrible de Mac.

—¡Nunca! Mis dientes se formarán al verla esta noche. Supongo que ese vestido es «una cosa dulce que acaba de salir», pero te doy mi palabra que me recuerda a nada más que un helado de Arlequín —y Mac le dio la espalda con un estremecimiento, porque él era sensible a los desacuerdos de todo tipo.

—Ciertamente, ella lo hace, y esa mezcla de chocolate, guisante verde y rosa es simplemente detestable, aunque mucha gente lo consideraría decididamente «chic», para usar su palabra favorita. Supongo que tú vestirás a tu esposa como una matrona espartana de los tiempos de Licurgo —añadió Rosa, mucho más risueña por la vanidad nueva en él.

—Voy a esperar hasta que la consiga antes de decidir. Pero de una cosa estoy seguro, ella no se vestirá como un bailarín griego de la época de Pericles —respondió Mac, observando con malos ojos a una joven que teniendo una escultural figura, vestía «con cortinas» que se asemejaban demasiado a su descripción.

—Entonces, no sirve de nada que sugiera a esa criatura clásica, así que como rechazas mis primeros intentos, no voy a ir a mirar a mí alrededor, salvo en silencio, y es mejor que hagas lo mismo. En serio, Mac, más alegría y menos estudio te harían bien, porque vas a envejecer antes de tiempo si te callas y estudias minuciosamente los libros demasiado.

—No creo que haya un hombre joven o un amigo más alegre que yo en la habitación, aunque yo no me comporto como un bailarín derviche. Pero puede que tengas razón acerca de los libros, porque hay muchos tipos de intemperancia, y una

biblioteca es tan irresistible para mí como un bar a un borracho. Voy a tener que firmar un compromiso y poner el corcho a la única botella que tienta a mi tintero.

—Te voy a decir cómo hacer que sea más fácil abstenerse. Deja de estudiar y escribe una novela en la que puedas poner todas tus cosas sabias, y así despejarás el cerebro en breve tiempo con un nuevo comienzo. ¡Ya la quiero leer! —gritó Rosa, encantada con el proyecto, porque estaba segura de que Mac podría hacer cualquier cosa que le gustara en esa línea.

—Primero vivir y luego, escribir. ¿Cómo me voy a enamorar antes de saber qué significa el romance? —preguntó con seriedad, sintiendo que hasta ahora había tenido muy poco en su vida.

—Siendo así, debes averiguarlo, y nada te ayudará más que amar mucho a alguien. Haz lo que yo te he asesorado y sé un Diógenes moderno que va con gafas en lugar de una linterna en la búsqueda, no de un hombre honrado, sino una mujer perfecta. Espero que sea un éxito —Y Rosa le hizo una reverencia, mientras la danza terminaba.

—No espero la perfección, pero me gustaría una tan buena como ellos siempre hacen hoy en día. Si estás buscando un hombre honrado, te deseo mucho éxito a cambio —dijo Mac, renunciando a su abanico con una significativa simpática mirada, dándole un tinte rojo que subió a la cara de la chica y ella le contestó muy bajo:

—Si la honestidad fuera lo único que quisiera, sin duda, la encontraría en ti.

Entonces, ella se fue con Charlie, que estaba esperando su turno, y Mac vagó a su alrededor, preguntándose si en ese lugar público su futura esposa estaba escondida, diciéndose a sí mismo, mientras miraba cara a cara, bastante insensible a las seducciones diversas que se mostraban: «Qué me importa lo justa que ella sea, si no lo es para mí».

Instantes antes de la cena, varias jóvenes señoras se reunieron en el vestuario para reparar los daños y, siendo amistosas, cayeron en el discurso, mientras suavizaban sus rizos y cosían sus jirones rasgados o fijaban los tocados con sus manos.

Cuando cada una le había preguntado a la otra: «¿Cómo me veo esta noche, querida?» y hubieran respondido con entusiasmo recíproco: «¡Perfectamente hermosa, querida!». Kitty dijo a Rosa, quien le estaba ayudando a restaurar el orden en el caos al que mucho ejercicio había reducido a sus rizos:

—Por cierto, el joven Randal se muere por ser presentado a ti ¿Puedo hacerlo después de la cena?

—No, gracias —respondió Rosa muy decididamente.

—Bueno, estoy segura de que no veo por qué no —comenzó Kitty, mirando disgustada, pero no sorprendida.

—Yo creo que sí, de lo contrario ¿por qué no lo presentaste cuando te lo preguntó? Rara vez te detienes a pensar en la etiqueta ¿por qué lo haces ahora?

—No quise hacerlo dado que eres tan particular, yo pensé que dirías que «no», pero no podía decírselo —balbuceó Kitty, sintiendo que ella tenía que saber más

sobre la materia, porque Rosa era muy particular, y tenía especial razón para rechazar a esta persona porque no sólo él era un réprobo joven sino que parecía poseído por Satanás para guiar a otros por igual mal camino.

—No deseo ser grosera, querida, pero no tengo más remedio que rechazar, porque no se puede conocer a estas personas, a pesar de que me encuentro con ellos aquí —dijo Rosa, recordando las revelaciones de Charlie en la noche de Año Nuevo y el endurecimiento de su corazón contra el hombre que había sido su perdición en la que, además de en otras ocasiones, ella no tenía motivos para creer.

—¡No pude evitarlo! El viejo señor Randal y papá son amigos, y aunque he hablado de eso, el hermano Alf no quería oír hablar de hacer pasar a ese chico malo más —explicó Kitty con impaciencia.

—Sin embargo, Alf te prohibió conducir o patinar con él, porque sabe mejor que nosotras lo inadecuado que es hacerlo venir entre nosotros.

—Yo lo dejaría mañana mismo si pudiera, pero tengo que ser cortés en mi propia casa. Su madre lo trajo, y él no se atreverá a actuar aquí como lo hace en sus fiestas de soltero.

—Ella no debería haberlo traído hasta que él mostrara un deseo de corregir su conducta. No es asunto mío, lo sé, pero me gustaría que la gente no fuera tan inconsistente, permitiendo que los niños vayan hacia la destrucción y a continuación, esperen que las chicas los reciban como gente decente. —Habló Rosa en un susurro enérgico, pero Annabel la escuchó y exclamó, mientras se daba la vuelta con una borla en su mano:

—¡Dios mío, Rosa! ¿Qué es eso de ir hacia la destrucción?

—Ella es fuerte de mente, y no le echaré la culpa demasiado, en este caso. Sin embargo, me dejas en un lío terrible —dijo Kitty, apoyando a sus espíritus con un resoplido de vinagre aromático.

—Apelo a ti, ya que me oíste, y no hay nadie aquí, pero ¿nosotras no tenemos en cuenta al joven Randal como una persona agradable para conocer? —Y Rosa se volvió hacia Annabel y Emma con una mirada ansiosa, porque no le resultaba fácil cumplir con sus principios cuando enojaba a sus amigas.

—No, de hecho, ¡él es perfectamente horrible! Papá dice que él y Gorham son los más salvajes de los jóvenes que él conoce, y lo suficiente para echar a perder a todo el conjunto. Estoy tan contenta de no tener hermanos —respondió Annabel, plácidamente empolvando sus brazos rosa, muy amedrentados por el recuerdo de diversas líneas blancas que quedaban en algunas mangas de la chaqueta.

—Creo que esa clase de escrúpulos es algo muy mal educado, si me permites que lo diga, Rosa. Se supone que no sabemos nada acerca de la solidez y de lo salvaje, y así sucesivamente, pero debemos tratar a todos los hombres por igual y no ser exigentes y mojigatas —dijo Emma, luciendo sus multicolores serpentinas con el aire superior de una mujer de mundo de veinte años.

—¡Ah! Pero sí lo sabemos, y si nuestro silencio y la civilidad no tienen ningún

efecto, debemos intentar otra cosa y no fomentar la maldad de ningún tipo. No tenemos que regañar y predicar, pero podemos negarnos a conocer a estas personas y hacer algo bueno, porque no les gusta ser rechazados y excluidos de la sociedad respetable. Tío Alec me dijo que no tengo que conocer a ese hombre, y no lo haré. —Habló Rosa con calor inusual, olvidando que ella no podía decir la verdadera razón de su fuerte prejuicio en contra «de ese hombre».

—Bueno, yo lo conozco. Creo que él es muy alegre, y estoy comprometida a bailar el alemán con él después de la cena. Él guía tan bien como tu primo Charlie y es tan fascinante, piensan algunas personas —replicó Emma, sacudiendo la cabeza con desdén, porque el príncipe azul no era adorado en su santuario y despertaba su vanidad.

A pesar de su dilema, Rosa no pudo evitar sonreír al recordar la comparación de Mac, porque Emma se volvió tan roja con un rencoroso disgusto, que parecía haber añadido helado de fresa a las otras variedades que componían el Arlequín.

—Cada una debe juzgar por sí misma. Voy a seguir los consejos de la tía Jessie e intentar mantener mi atmósfera tan pura como pueda, porque ella dice que cada mujer tiene su propio pequeño círculo y en él puede usar su influencia para el bien, si ella quiere. Lo haré de corazón y voy a demostrar que no estoy ni orgullosa ni molesta por la recepción, aquí o en casa, de que me presentes a un hombre respetable, no importa cuán pobre o simple o insignificante sea.

Con esa declaración Rosa terminó su protesta, y las cuatro doncellas bajaron juntas, como un arco iris errante. Pero Kitty se tomó a pecho lo que ella había dicho; Annabel se felicitó a sí misma por ponerse del lado de ella, y Emma se dijo que no mantendría su atmósfera pura cuando bailara con el objetable Randal. Por lo tanto, el «pequeño círculo» de Rosa era el mejor para la influencia que ella intentaba ejercer, aunque jamás lo supo.

A la hora de la cena, Charlie se mantuvo cerca de ella, quien estaba muy contenta con él, porque sólo bebía café, y lo vio sacudir la cabeza con el ceño fruncido cuando el joven Van le hizo señas hacia una antesala desde donde el sonido de los corchos que hacían estallar habían aumentado con frecuencia, mientras la noche avanzaba.

—Querido amigo, lo está intentando —pensó Rosa, con ganas de mostrar cómo admiraba su abnegación, pero ella sólo pudo decir al salir de la sala de la cena con las tías, quiénes se iban temprano:

—Si yo no le hubiera prometido al tío de llegar a casa tan pronto como fuera posible después de la medianoche, me quedaría y bailaría el alemán contigo, porque te mereces una recompensa esta noche.

—Mil gracias, pero me iré cuando lo hagas —respondió Charlie, comprendiendo tanto su mirada, como sus palabras y muy agradecido por ellas.

—¿En serio? —gritó Rosa, encantada.

—En serio. Voy a estar en la sala cuando llegues. —Y Charlie pensó que el ángel de Fra Angelico no era un medio tan brillante y hermoso como el que le devolvió la

mirada desde una nube de color azul pálido, mientras Rosa subía las escaleras como si tuviera alas.

Sin embargo, cuando ella volvió a bajar, Charlie no estaba en la sala y, después de esperar unos minutos, Mac se ofreció a ir a buscarlo, porque la tía Juana seguía buscando una goma perdida anteriormente.

—Por favor, dile que estoy lista, pero no tiene por qué venir si no quiere —dijo Rosa, porque no deseaba exigir demasiado de su penitente prometedor.

—Si él ha entrado en ese bar, lo voy a sacar, ¡sin importar quién esté ahí! —gruñó Mac para sí mismo, mientras caminaba hacia el pequeño apartamento hacia donde los caballeros se retiraron para tomar un refresco privado cuando el espíritu se movía, como sucedía a menudo.

La puerta estaba entreabierta, y Charlie parecía haber acabado de entrar, porque Mac escuchó una voz familiar en voz alta, qué decía en un tono jovial:

—¡Ven, príncipe!, ¡llegas justo a tiempo para ayudarnos a beber a la salud de Steve con todos los honores!

—No me puedo detener, sólo corrí a darles las buenas noches, Van. Lo pasamos bien, pero estoy de guardia y debo irme.

—Eso es un nuevo regate. Toma una copa de estribo, de todos modos, y vuelve a tiempo para un carrusel todoterreno cuando hayas dispuesto de las damas —respondió el joven huésped, sumergiéndose en el vino más fresco por otra botella.

—Charlie va rumbo a la santidad, y no parecen estar de acuerdo con él —se rió uno de los otros dos jóvenes que ocupaban varias sillas cada uno, descansando sus plantas en todo el sentido de la palabra.

—Las faldas vienen a poner de moda el mejor azul, ¿hey, príncipe? —añadió el otro, tratando de ser ingenioso, con el éxito habitual.

—Será mejor que te vayas temprano a casa, Barrow, o la lengua tuya, te meterá en problemas —replicó Charlie, consciente de que debía tomar su propio consejo; sin embargo, persistente, con nerviosismo poniéndose sus guantes, mientras los vasos estaban siendo llenados.

—Ahora, hermano político, ¡dispara! Aquí tienes, Príncipe —Y Steve depositó un vaso sobre la mesa para su primo, sintiéndose demasiado eufórico con diferentes emociones placenteras para pensar en lo que estaba haciendo, porque todos los chicos conocían la debilidad de Charlie y por lo general, intentaban defenderlo de ella.

Sin embargo, antes de que el vaso pudiera ser tomado, Mac entró a toda prisa, entregando su mensaje en una forma abreviada y perentoria:

—Rosa está esperándote ¡Date prisa!

—Está bien. ¡Buenas noches, viejos compañeros! —Y Charlie salió, como si sólo el nombre tuviera el poder de detenerlo en el acto mismo de romper la promesa hecha a sí mismo.

—Ven, Solón, toma una gota social, y danos un epitalamio en tu mejor griego. ¡Aquí estás! —Y Steve levantó el vino hasta sus labios cuando Mac golpeó el vaso de

su mano con un destello en la mirada que hizo que su hermano lo mirara con la boca abierta en una especie de imbécil manera, que parecía excitar a Mac aún más, porque, dirigiéndose a su joven huésped, dijo, en voz baja, y con una mirada que hizo que los caballeros se sentaran en las sillas de repente:

—Pido perdón, Van, por hacer un lío, pero no puedo mantenerme al margen y ver a mi propio hermano tentar a otro hombre más allá de su fuerza, haciéndose una bestia de sí mismo. Ese es el plan Inglés, pero no puedo dejar de hablar, porque sé que ninguno de ustedes, de buen grado, le haría daño a Charlie, y lo harán si no lo dejan solo.

—¿De qué quieres culparme? No he hecho nada. Un hombre debe ser educado en su propia casa, ¿no es así? —preguntó Van de buen humor cuando lo enfrentó con un sacacorchos en la mano.

—Sí, pero no es de naturaleza civil instar o decirle una broma a un invitado cuando sabe y ustedes saben que es malo para él. Eso es sólo una copa de vino para ti, pero es la perdición de Charlie, y si Steve sabía ese detalle, le habría cortado la mano derecha antes de que él se lo ofreciera.

—¿Quieres decir que estoy borracho? —Inquirió Steve, agitado como un pequeño gallo de pelea, porque a pesar de que ahora estaba viendo lo que había hecho y se avergonzaba de ello, él odiaba que Mac aireara sus nociones particulares antes que los demás.

—Con emoción, no champán, espero, porque si fueras dueño de ti mismo, yo no lo habría hecho —respondió Mac a aquellos en los que la indignación era efervescente como el vino en la botella olvidada, porque los hombres eran todos jóvenes, amigos de Steve y admiradores de Charlie—. Miren aquí, muchachos —prosiguió en voz más baja—. Yo sé que no debería explotar de este modo violento, pero por mi vida, yo no pude evitarlo cuando me enteré de lo que estaban diciendo y vi lo que Steve estaba haciendo. Desde que he comenzado, es posible que así termine y les diré directamente que el príncipe no puede soportar este tipo de cosas. Él está tratando de huir de la tentación, y quién lo guíe es un cobarde y pecador, porque la pérdida de la propia autoestima es bastante mala, sin perder las cosas más preciosas que hacen que la vida valga la pena. No le digan que he dicho esto, pero échenle una mano si pueden, y nunca tendrán que reprocharse al saber que ayudaron a arruinar a una criatura como nosotros, en cuerpo y alma.

Fue una suerte para el éxito de la primera cruzada de Mac que sus oyentes se trataran de caballeros y serios, por lo que su exabrupto no fue recibido con abucheos o risas, sino escuchado en silencio, mientras que la expresión de los rostros cambiaba a una de sorpresa, lamento y respeto, porque la sinceridad siempre es eficaz y el campeonato de este tipo rara vez deja de tocar los corazones aún vírgenes. A medida que se detenía con un estremecimiento elocuente en la voz ansiosa, Van puso el corcho en la botella de un golpe, tiró el sacacorchos, y le ofreció su mano a Mac, diciendo de todo corazón, a pesar de su jerga:

—¡Usted es un viejo ladrillo de primera clase! Voy a echar una mano y haré lo mejor para mantener a Charlie seguro, ya que él es el mejor tipo que conozco, y no se irá al diablo como el pobre Randal, si puedo evitarlo.

Los murmullos de los aplausos de los demás parecieron expresar una conciencia general de esta declaración enérgica y, dando la mano con un movimiento de gratitud, Mac se retiró hasta la puerta, ansioso por estar fuera ahora que había liberado su mente con un ímpetu tan inusual.

—Cuenta conmigo para cualquier cosa que pueda hacer a cambio de esto, Van. Siento ser tan ceremonioso, pero puede interrogarme antes de que me haya ido. Estoy en un juego justo, y Steve le responderá.

Con eso, Mac salió tan abruptamente como había llegado, con la sensación de que había «hecho un lío» de ello, pero consolándose con la idea de que tal vez había asegurado la ayuda de Charlie por su propia cuenta y pensando con una sonrisa burlona mientras regresaba con su madre:

—Mi romance empieza por el cuidado de los amores de otras niñas, en lugar de encontrar una novia para mí, pero no puedo decírselo a Rosa, así ella no se reirá de mí.

Capítulo 13

Ambas partes

El compromiso de Steve hizo un gran revuelo en la familia, algo agradable fue esta vez, porque que nadie se opuso, todo parecía feliz, y el curso del verdadero amor corrió sin problemas para la joven pareja, que prometió eliminar el único obstáculo para su unión; por el envejecimiento y la sabiduría, tan pronto como fuera posible. Si él no hubiera sido tan genuinamente feliz, el aire de los pequeños amantes habría sido insoportable, pues era patrocinado por toda la humanidad en general, su hermano y primos mayores, en particular.

—Ahora, esa es la forma de gestionar los asuntos —afirmó, de pie ante el fuego en la habitación de billar de la tía Clara, un día o dos después del baile, con las manos detrás de su espalda—. Nada de tonterías, no hay retraso, no hay filas internas o separaciones trágicas. Sólo tienes que elegir con buen gusto y juicio, hacerte agradable a capa y espada, y cuando es perfectamente evidente que la criatura querida adora el suelo que pisas, dices la palabra como un hombre, y ahí estás.

—Todo muy fácil de hacer con una chica como Kitty, que no tiene ideas acerca de ser mimada y te envía de paseo cada vez que tus pies no siguen la marca —murmuró Charlie, golpeando las bolas, como si intentara aliviarse pegándole a algo, porque él estaba de un humor gloriosamente malo esa noche, porque el tiempo pesaba en sus manos ya que había renunciado a la empresa que no podía seguir sin dañarse a sí mismo.

—Debes complacer a esas nociones poco, porque todas las mujeres lo tienen, y se necesita de tacto para mantenerse alejado de ellos. Recibí decenas de Kitty, pero yo las trato con respeto, teniendo mi propio camino cuando puedo, ceder sin gruñir cuando no puedo y nos llevamos como una pareja.

«Cucharas», se pusieron en Charlie, que sentía que él no se había mantenido al margen para naufragar en vista de la tierra.

Steve pretendió haber dicho «palomas», pero la levedad de su primo le llevó a añadir con tranquila dignidad, «seres racionales», y luego, se vengó de él haciendo un buen golpe que le hizo ganar el juego.

—Siempre has sido un perrito con suerte, Steve. Yo no envidio un ápice de tu felicidad, pero parece como si las cosas no fueran del todo justas, a veces —dijo Archie, suprimiendo un suspiro de envidia, porque, a pesar de que rara vez se quejaba, era imposible contrastarlo a él y a las perspectivas de su primo con perfecta ecuanimidad.

—«Su valor resplandece más brillante que en la esperanza. Siempre confía: el alma abyecta en desesperación» —observó Mac, citando a Eurípides en un tono conversacional, mientras yacía en un diván descansando después de un duro día de trabajo.

—Gracias —dijo Archie, animándose un poco, porque una palabra de esperanza

de cualquier fuente era muy cómoda.

—Esa es tu crítica favorita, ¿no? Él era un sabio amigo mío, pero se puede encontrar consejos tan buenos como en la casa más cercana —soltó Steve, que en ese momento igual sentía bofetadas de Platón en el hombro, tan eufórico estaba al encontrarse comprometido «primero que el resto del lote», como él lo expresó con gracia.

—No grites hasta que estés fuera de la madera, Dandy. La señora Kit ha plantado a dos hombres, y puede que un tercero, por lo que es mejor no presumir de tu sabiduría demasiado pronto, ya que, sin embargo, ella puede hacer el ridículo dijo Charlie, cínicamente, porque sus puntos de vista sobre la vida eran muy pesimistas por ese tiempo.

—No, no, Steve, si haces la parte tuya con honestidad. Ahí está la realización de una buena mujercita en Kitty, y lo ha demostrado al tomarte en lugar de los otros compañeros. No eres un Salomón, pero no te has echado a perder, sin embargo, y ella tuvo el sentido para verlo —dijo Mac alentador desde su rincón, porque él y su hermano eran mejores amigos desde la cena pasada donde la familia Van Tassel.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —gritó Steve, buscando más que nunca como un alegre gallo joven tratando de cantar mientras él se hallaba sobre la alfombra con las manos debajo de la cola de su abrigo, subiendo y bajando alternativamente los dedos de los pies y los talones de sus botas poco aseadas.

—Vamos, le has dado a cada uno una palmadita en la cabeza y, ¿no tienes una para mí? Lo necesito demasiado, porque si alguna vez hubo un pobre diablo nacido bajo una mala estrella, ese es CC Campbell —exclamó Charlie, apoyando su barbilla en su señal con una expresión de descontento en el semblante, porque tratar de ser bueno es a menudo un trabajo muy duro hasta que uno se acostumbra a ello.

—¡Oh, sí! Puedo dártela —Y como si sus palabras sugirieran la selección, Mac, todavía acostado sobre su espalda, repitió una de sus partes favoritas de Beaumont y Fletcher, pues tenía una memoria maravillosa y podía recitar la poesía por la hora que pasaban juntos— «El hombre es su propia estrella, y el alma que puede rendir a un honesto y a un hombre perfecto. Comandos de toda luz, toda influencia, todo destino. Nada le cae pronto o demasiado tarde. Nuestros actos son nuestros ángeles, para bien o para mal, nuestras sombras fatales que todavía caminan por nosotros».

—Los ángeles malos también son inconfundibles —murmuró Charlie con tristeza, recordando al que lo deshizo.

Sus primos no sabían exactamente lo que ocurrió en la noche de Año Nuevo, pero sospechaban que algo andaba mal, porque Charlie estaba triste, y Rosa, aunque tan amable como siempre, no expresó sorpresa por sus largas ausencias. Ellos habían observado todo y se preguntaban toda esta clase de cosas, pero discretamente, no hicieron ningún comentario hasta que Steve, que era tan curioso como una urraca, aprovechó esta oportunidad para decir en un tono amistoso, demostrando que no guardaba rencor por la oscura profecía en relación con la fidelidad de Kitty:

—¿Cuál es el problema, príncipe? Estás tan pocas veces de mal humor que no sabemos qué hacer con ello y toda la atmósfera se deprime cuando estás triste. ¿Tuviste un altercado con Rosa?

—No te preocupes, chico, pero voy a decir que mientras más mejores sean las mujeres, más irracionales son. No es necesario que seamos santos como ellas, que es una suerte, pero ellas sí esperan hacer de nosotros «un hombre honesto y perfecto» a veces, y siento que piden demasiado en un mundo caído como este —dijo Charlie, alegrándose de tener un poco de simpatía, aunque no tuviera intención de confesar sus pecados.

—No, no lo es —dijo Mac, decididamente.

—Sabes mucho acerca de ello —comenzó Charlie, poco contento de ser contradicho tan rotundamente.

—Bueno, sobre esto sé demasiado —agregó Mac, de pronto sentándose con su cabello en un estado altamente desordenado—. Es muy irracional en nosotros preguntarles a las mujeres cómo ser santos y luego, esperar que ellas se sientan honradas cuando les ofrecemos nuestros corazones dañados o en el mejor de los casos, no uno tan bueno como el de ellas. Si no estuvieran cegadas por el amor, verían que es una desventaja que tenemos y no harían tales negocios malos.

—Les doy mi palabra, ¡el filósofo está saliendo fuerte acerca del tema! Nos ha predicado los «Derechos de la Mujer», directamente —dijo Steve, un tanto sorprendido por esta explosión.

—He comenzado, tú ves, y sácale un buen provecho —respondió Mac, recostándose plácidamente otra vez.

—Bueno, pero mira, hombre, estás discutiendo en el lado equivocado —soltó Archie, muy de acuerdo con él, pero sintiendo que debía estar en orden a toda costa.

—No importan los lados, defiende el derecho dondequiera que lo encuentres. No tienes que mirar, Steve te dije que iba a estudiar este asunto, y lo estoy haciendo. ¿Crees que estoy envuelto en los libros, pero no veo mucho más de lo que está pasando a mi alrededor? Más de lo que te imaginas, y yo estoy en esta nueva rama, déjame decirte, tan rápido como es bueno para mí, me atrevo a decir.

—Para entrar en la perfección, ¿verdad? —preguntó Charlie, entre divertido e interesado, porque él respetaba a Mac más de lo que él se respetaba a sí mismo, y aunque nunca había aludido a la advertencia oportuna, apenas sí lo había olvidado.

—Sí, creo que para eso.

—¿Cómo vas a empezar?

—Haré lo mejor por mi parte y todo el año mantendré la buena compañía, leeré buenos libros, amaré las cosas buenas, y cultivaré el alma y el cuerpo lo más fiel y sabiamente que pueda.

—Y esperas tener éxito, ¿verdad?

—Por Dios, lo tendré.

La energía tranquila de las últimas palabras de Mac produjo un silencio

momentáneo. Charlie estudió cuidadosamente la alfombra; Archie, que había estado ausente, atizando el fuego, miró a Mac como si él le diera las gracias una vez más, y Steve, olvidándose de su propia vanidad, comenzó a preguntarse si no era posible mejorarse a sí mismo un poco por el amor de Kitty. Sólo un minuto, para que los jóvenes no dieran mucho tiempo a los pensamientos de este tipo, aun cuando el amor despertaba los más nobles impulsos dentro de ellos, porque actuar en lugar de hablar es más natural para la mayoría de ellos, como la siguiente pregunta con la que Charlie mostró, pues, que el asunto tocaba el fondo, y se atrevió a preguntar de un modo indecoroso, mientras él se reía y hacía girar el taco:

—¿Tienes intención de alcanzar el punto más alto de perfección antes de abordar uno de los santos justos, o se lo preguntarás a ella para echarle una mano en alguna parte por debajo de eso.

—Ya que necesito una larga vida para hacer lo que pienso, creo que voy a pedirle a alguna mujer buena «para echarle una mano» cuando tenga algo digno que ofrecerle. No un santo, porque nunca voy a serlo, pero una criatura gentil que me va a ayudar, y a la que voy a intentar ayudar, para que podamos seguir juntos y terminar nuestro trabajo de aquí en adelante, si no tenemos tiempo para hacerlo en este momento.

Si Mac hubiera sido un enamorado, no se habría discutido el tema de esta manera simple y sincera, a pesar de que él podría haber sentido que era mucho más profundo, pero al tener bastante libre el corazón, francamente mostró su interés y, curiosamente, fuera de su joven cabeza de sabio, inconscientemente, dio a los tres amantes delante de él un consuelo valorable, porque él practicaba lo que predicaba.

—Bueno, ¡espero que la encuentres! —dijo Charlie cordial, y volvió a su juego.

—Creo que lo haré. —Y mientras los demás jugaban, Mac estuvo mirando a la cortina de la ventana contento, como si a través de ella, viera «un sueño de las mujeres justas», entre las que elegir a su futura compañera.

Pocos días después de esta charla en la sala de billar, Kitty fue a llamar a Rosa, porque como ella estaba a punto de entrar en la familia, pensó que era su deber conocer todas sus ramas. Esta rama, sin embargo, ella la cultivó con mayor asiduidad que cualquier otra y continuamente se entrevistaba con «la prima Rosa», a quien consideraba la más sabia, más querida, más amable chica que jamás se haya creado. Y Rosa, encontrando que, a pesar de su cabeza voluble, Kitty tenía buen corazón, hizo todo lo posible para alentar a todas las nuevas esperanzas y aspiraciones que brotaban bajo el calor del primer afecto auténtico que jamás había conocido.

—Querida mía, quiero tener una conversación seria contigo sobre un tema en el que me intereso por primera vez en mi vida —comenzó la señorita Kitty, sentándose y quitándose los guantes, como si el tema necesitara de un agarre firme.

—Dilo a distancia, y que no te importe si sigo trabajando, ya que quiero terminar este trabajo hoy —contestó Rosa, con una brocha de mango largo en la mano y un gran par de tijeras a su lado.

—¡Estás siempre tan ocupada! ¿Qué pasa ahora? Déjame ayudarte, puedo hablar más rápido cuando estoy haciendo algo —parecía casi imposible, porque la lengua de Kitty era como un asistente de planta a todas horas.

—Hago libros para mis niños enfermos del hospital. Trabajo bonito, ¿no? Se corta hacia fuera, y voy a pegarlas en estos cuadrados de batista alegre, entonces sólo ataré unas cuantas páginas con una cinta y haré un bonito libro, suave, resistente para los pobrecitos, mientras ellos se encuentran en sus camitas.

—Una gran idea. ¿Vas allí a menudo? ¿Cómo siempre encuentras el tiempo para esas cosas? —preguntó Kitty, muy ocupada en el corte de una hoja grande con la imagen de un pájaro padre con la cabeza roja y una cola azul, ofreciendo lo que parecía una pequeña boa constrictor a una de sus crías, un pichón gordo joven con una cabeza verde, cuerpo amarillo, y ninguna cola en absoluto.

—Tengo un montón de tiempo ahora que no salgo mucho; por una parte utilizo hasta dos días, por lo general, uno para prepararme para ello y otro para superarlo, ya sabes.

—La gente piensa que es tan extraño que renuncies a la sociedad de repente. Ellos dicen que tú «te volviste piadosa» y es debido a tu peculiar interposición en marcha. Siempre me puse de tu parte y dije que es una lástima que las otras chicas no hayan tenido tan sensible educación, porque yo no sé de una que sea tan satisfactoria en su conjunto tal como tú lo eres.

—Estoy muy agradecida. También puedes decirle a la gente que he dejado la alegría porque valoro la salud más, pero no he hecho todo lo abjurado de la clase, Kit. Voy a conciertos y conferencias, y todo tipo de cosas matutinas, y tengo momentos agradables en casa, como sabes. Me gusta la diversión tan bien como siempre, pero estoy en ello, se ve, y debo prepararme un poco para la parte seria de la vida. Uno nunca sabe cuándo puede venir —dijo Rosa pensativa, mientras pegaba a una ardilla boca abajo en la página de algodón de color rosa ante ella.

—Eso me recuerda lo que yo quería decir. Si me crees, querida mía, ¡Steve tiene esa idea en la cabeza! ¿Lo hiciste tú o Mac la puso allí? —preguntó Kitty, diligentemente chocando sus tijeras.

—No, yo he renunciado a dar una conferencia a los chicos últimamente, son tan grandes que ahora no me gusta, y me imagino que me entrometí en una manera que resultaba bastante tediosa.

—Bueno, entonces, él quiere «convertirse en piadoso» también y lo que es muy singular, me gusta. Ahora no sonrío yo realmente y quiero prepararme para la «parte seria de la vida», como tú misma la llamas. Es decir, quiero crecer lo más rápido que pueda, porque Steve dice que no es bastante bueno para mí. ¡Tan sólo pensar en eso!

Kitty parecía tan sorprendida, complacida y orgullosa que Rosa no sintió ningún deseo de reírse de su fantasía repentina sobre la seriedad, pero dijo en su tono más comprensivo:

—Estoy muy contenta de oírlo, porque demuestra que te ama de la manera

correcta.

—¿Hay más de una forma?

—Sí, me imagino que sí, porque algunas personas mejoran mucho después de que se enamoran, y otros no lo hacen en absoluto. ¿Nunca lo has observado?

—Nunca he aprendido a observar. Por supuesto, sé que algunas parejas salen bien y otras no, pero nunca pensé mucho sobre ello.

—Bueno, yo lo tengo, porque he estado bastante interesada en el tema últimamente y tuve una charla con la tía Jessie y el tío al respecto.

—¡Misericordia! No hablas con ellos sobre estas cosas, ¿verdad?

—Sí, por supuesto. Formulo las preguntas que me gustan, y siempre obtengo una buena respuesta. Es una manera excelente de aprender, Kitty, porque no tienes que estudiar minuciosamente los libros, pero mientras las cosas llegan, habla acerca de ellas y recuérdalas, y cuando hablen, lo entenderás después y estarán interesados, aunque no digas una palabra —explicó Rosa.

—Debe ser bonito, pero yo no tengo nadie que lo haga por mí. Papá está muy ocupado, y mi mamá siempre dice cuando le pregunto algo: «No disturbances a tu mente con estas cosas, hija», así que no. ¿Qué has aprendido acerca de las parejas bien logradas? Estoy interesada en eso, porque quiero que la mía sea casi perfecta en todos los aspectos.

—Después de pensarlo bien, llegué a la conclusión de que el tío tenía razón, y no siempre es seguro casarse con una persona sólo porque tú lo amas —comenzó Rosa, tratando de iluminar a Kitty sin traicionarse.

—Por supuesto que no, si no tienen dinero o son malos. Pero por lo demás, no veo qué más se necesita —dijo Kitty con admiración.

—Una debe parar y ver si es un amor sabio que pueda ayudar a ambas partes y llevarlas así, porque sabes que debe durar toda la vida, y es muy triste si no lo hace.

—Declaro que me da miedo pensar en ello, porque no suelo ir más allá del día de mi boda en hacer planes, sin embargo, cuando estuve comprometida la primera vez no conocía a ese hombre; fue justo después de que te fuiste, y yo sólo tenía dieciséis años y alguien de muy mal humor me dijo que debía «casarme a toda prisa y arrepentirme en el ocio», y eso me hizo tratar de imaginar lo que sería estar año tras año con Gustavo que tenía un temperamento terrible, por cierto y me preocupaba pensar lo que él haría cuando rompiera el compromiso, y estaba cada vez más encantada.

—Tú eras una chica inteligente y espero que lo vuelvas a hacer si consideras, después de un tiempo, que tú y Steve realmente no confían y se respetan, así como se aman entre sí. Si no lo hacen, serás miserable cuando ya sea demasiado tarde, ya que hay tanta gente que se casa a toda prisa y tienen toda una vida para arrepentirse. Tía Jessie dice eso, y ella lo sabe.

—No seas solemne, Rosa. Me harás pensar sobre la vida de los tiempos, y el respeto, y todas esas cosas responsables. No estoy acostumbrada a ello, y no sé cómo

hacerlo.

—Pero debes pensarlo, y aprender antes de tomar la responsabilidad sobre ti misma. Ese es el porqué de lo que tu vida es, y no hay que echarla a perder haciendo una cosa muy solemne, sin ver si estás lista para ello.

—¿Qué piensas acerca de todo esto? —preguntó Kitty, encogiéndose de hombros, como si la responsabilidad de cualquier tipo no se afirmara cómodamente sobre ellos.

—Uno tiene que hacerlo a veces, ya sabes. Pero ¿eso es todo lo que querías decirme? —agregó Rosa, ansiosa de desviar la conversación sobre ella misma.

—¡Oh, querida, no! Lo más grave de todo es esto. Steve se está poniendo en orden general, y por eso quiero hacer mi parte, y debo comenzar de inmediato antes de que mis pensamientos se distraigan con la ropa y todo ese tipo de preciosuras, las cosas encantadoras, frívolas que no pueden ayudar demasiado. Ahora me gustaría que me digas por dónde empezar. ¿Debería mejorar mi mente leyendo algo sólido? —Y Kitty miró a la biblioteca bien provista, como si pudiera ver si contenía algo grande y lo suficientemente seco para ser considerado «sólido».

—Sería un plan excelente, y vamos a buscar algo. ¿Qué sientes que necesita más?

—Un poco de todo, debo decir, porque cuando miro dentro de mi mente en realidad no parece haber mucho allí, salvo las probabilidades y los extremos, y sin embargo, estoy segura de que he leído mucho más que algunas chicas. Supongo que las novelas no cuentan y no sirven de nada, porque, quién sabe, ¿las personas y las cosas que ellas describen no son un poco como las de verdad?

—Algunas novelas son muy útiles y tan buenas como sermones, he oído decir al tío, porque no sólo describen la verdad, sino que enseñan tan gratamente que la gente quiere aprender de esa manera —dijo Rosa, que conocía el tipo de libros que Kitty había leído y no era de extrañar que se sintiera por mal camino cuando intentaba guiarla por sus enseñanzas.

—Selecciona para mí algunos de la clase correcta, y voy a aplicar mi mente para ellos. Entonces, debo tener algunos con puntos de vista serios y «métodos» y «principios». Steve dijo: «principios», buenos y firmes, ya sabes —Y Kitty dio un pequeño tirón en el pedacito de lienzo que estaba cortando como ama de casa tirando algodón o percal cuando ellas querían «un artículo de buena firma».

Rosa no pudo contener la risa ahora, aunque muy contenta, porque Kitty hablaba tan bellamente en serio, y de algún modo, era tan perfectamente ignorante sobre cómo empezar en el auto-mejoramiento que necesitaba tanto, que era patético, así como cómico verla y oírla.

—Seguramente, querrás algunos de estos, y deberás comenzar de inmediato a conseguirlos, pero la tía Jessie te puede ayudar mejor que yo, o la tía Juana, porque tiene aquellos muy «firmes», te lo aseguro —dijo Rosa, tan seria como le era posible estar.

—¡Apiádate de nosotros! Nunca me atrevería a decirle una palabra a la señora Mac, porque yo le tengo un miedo terrible, es tan severa, y ¿cómo voy a lograrlo

cuando sea mi madre política?, ¡no lo sé! —exclamó Kitty, juntando las manos con gran consternación ante la idea.

—No es ni la mitad de lo dura que se ve, y si vas con ella sin miedo, no tienes ni idea de lo sensible y útil que te será. Yo solía tener miedo de mi ingenio con ella, pero ahora no tengo una pizca de ello y nos llevamos muy bien. De hecho, estoy encariñada, es tan fiable y tiene una posición vertical en todas las cosas.

—Ciertamente, es la mujer más recta que he visto, y la más precisa. Nunca me olvidaré de lo asustada que estaba cuando Steve me llevó a verla la primera vez. Me puse todas mis cosas más claras, me arreglé el pelo en un humilde moño, y traté de actuar como una mujer seria, toda una joven tranquila. Steve se ríe de mí y me dijo que me parecía bastante a una monja, así que no pude ser tan correcta como yo deseaba. La señora Mac fue muy amable, por supuesto, pero su mirada era tan fuerte que sentí como si viera a través de mí, y supiera que yo había depositado cadenas en mi sombrero, perdido un botón de mi bota, y que no me había cepillado el cabello durante diez minutos todas las noches —dijo Kitty en un tono de asombro del pánico.

—De cualquier modo, ella te quiere y también lo hace el tío, y él ha puesto su corazón en que vivas con ellos poco a poco, así que no importa cómo te mire, sino que tengas la frente bien en alto y verás qué buenos son ellos.

—A Mac le gusta, también, y eso me complace, porque a él no le gustan las chicas en general. Steve me contó que él dijo que yo tenía la «fabricación de una mujercita de valía en mí». ¿Acaso no es agradable de él? Steve estaba tan orgulloso, a pesar de que se ríe de Mac a veces.

—No los defraudaremos, querida. Anima a Steve en todas las cosas buenas que le gustan o quiere, hazte amiga de Mac, ama a la tía Juana, y se una hija para el tío, y te encontrarás siendo una chica muy feliz.

—Realmente, lo haré y muchas gracias por no burlarte de mí. Sé que soy un poco gansa, pero últimamente he sentido como si yo pudiera llegar a algo si tuviera el tipo adecuado de ayuda. Voy a ir y veré a la tía Jessie mañana. No tengo ni un poco de miedo de ella, y luego, si tú encuentras algo con discreción, de tu tío doctor, lo leeré, voy a trabajar tan duro como pueda. No le digas a nadie, por favor, van a pensar que es raro y afectado, y no puedo soportar que se rían, aunque me atrevería a decir que es una buena disciplina.

Rosa lo había prometido, y ambas trabajaron en silencio durante un momento y luego, preguntó Kitty con cierta timidez:

—¿Estás tú y Charlie intentando este plan también? Puesto que has dejado de salir tanto, él se ha mantenido lejos por igual, y no sabemos qué hacer con ello.

—Él ha tenido lo que llama un «ajuste artístico»; últimamente, estableció un estudio, y está haciendo algunos bocetos en crayón de todos nosotros. Si sólo hubiera terminado sus cosas, sería excelente, pero a él le gusta probar una gran variedad a la vez. Te llevaré en algún momento, y tal vez, él haga un retrato tuyo para Steve. Le gustan las caras de las chicas y la semejanza es maravillosamente buena.

—La gente dice que están comprometidos, pero lo contradije, porque, por supuesto, debo saber si ustedes lo están.

—No lo estamos.

—Me alegro de ello, porque en realidad, Rosa, me temo que Charlie no tiene «principios firmes», aunque él es un hombre fascinante y no se le puede regañar. No te importa que lo diga, ¿verdad, querida? —añadió Kitty, porque Rosa no respondió de una vez.

—No, en absoluto, porque tú eres uno de nosotros ahora, y puedo hablarte con franqueza y lo haré, porque creo que es una forma en que puedes ayudar mucho a Steve. Tienes razón acerca de Charlie, tanto en cuanto a los principios y a la fascinación. Steve lo admira muchísimo, y siempre desde niño le gustaba imitar sus maneras agradables. Algunos de ellas son inofensivas y a Steve le hacen bien, pero algunas no lo son. No necesito hablar de ello, sólo debes mostrarle a tu niño que dependes de él para mantenerlo fuera de peligro y ayuda a que lo haga así.

—¡Lo haré, lo haré! Y entonces, tal vez, cuando él sea un modelo perfecto, Charlie le imitará. Realmente empiezo a sentirme como si tuviera mucho que hacer —Y Kitty lució como si también le estuviera comenzando a gustar la idea.

—Todos lo tenemos y cuanto antes vayamos a trabajar, mejor para nosotros y nuestros seres queridos. No pensarías ahora que Febe estaba haciendo nada por Archie, pero ella lo hace, y escribe cartas tan espléndidas, que lo despiertan de maravilla y hace que todos nosotros la queramos y admiremos más que nunca.

—¿Cómo le está yendo? —preguntó Kitty, que, a pesar de que se hacía llamar un «gansito», tuvo el tacto suficiente para ver que a Rosa no le importaba hablar de Charlie.

—Muy bien, porque sabes que solía cantar en nuestro coro, así que eso fue una buena recomendación para otro. Ella consiguió un buen lugar en la nueva iglesia de L, y eso le brindó un salario cómodo, a pesar de que tiene algo guardado. Siempre fue una criatura de ahorro y mantuvo su salario con cuidado. Tío los invirtió, y ella comienza a sentirse ahora muy independiente. No temo, porque mi Febe recibirá mucha energía y la manejará muy bien. A veces me gustaría poder huir y trabajar con ella.

—¡Ah, querida mía! Nosotras, las chicas adineradas, tenemos nuestras pruebas, así como las pobres, a pesar de que no tenemos tantas como ellas —suspiró Kitty—. Nadie sabe lo que sufro a veces de la preocupación, que apenas sí puedo hablar, y yo no debería tener mucha simpatía si lo hiciera, porque vivo en una casa grande, visto buenos trajes, y tengo un montón de pretendientes. Annabel solía decir que me envidiaba por encima de todos los seres creados, pero no lo hace ahora, y se absorbe perfectamente en su chinito querido. ¿Ves cómo pudo ella fijarse en él?

Así que empezaron a chismear, y la conversación seria había terminado para ese tiempo, pero cuando Kitty se marchó, después de criticar a todos sus queridos amigos y sus novias respectivas, vio que tenía un pequeño libro muy útil en el manguito, una

expresión decidida en su rostro brillante, y tantos excelentes planes para la auto-mejora en su ocupado cerebro, que ella y Steve intentaron convertirse en la pareja modelo del siglo.

Capítulo 14

El Plan de Tía Clara

Estando seriamente alarmado por el temor de perder el deseo de su corazón, Charlie había partido decididamente a trabajar y, como muchos otros jóvenes reformistas, no exageró el asunto, porque para tratar de mantenerse lejos del camino de la tentación, él se negó a todo goce inocente. El «ajuste artístico» era una buena excusa para el retiro que él pensaba sería una penitencia adecuada, y se sentó con desgana tomando el lápiz o el pincel, con diarios paseos salvajes sobre el negro Bruto, que parecía hacerle bien, porque el peligro de ese tipo era su deleite.

La gente estaba acostumbrada a sus caprichos y restaron importancia a lo que consideraban otro nuevo pasatiempo, pero cuando se prolongó semana tras semana y todos los intentos de sacarlo fueron en vano, sus alegres compañeros se dieron por vencido y la familia comenzó a decir con aprobación —«Ahora realmente va a sentar cabeza y a hacer algo». Afortunadamente, su madre lo dejó solo, porque aunque el doctor Alec no había «tronado en su oído», como él amenazó, había hablado con ella de una manera que primero la hizo sentirse muy enojada, a continuación, ansiosa, y, por último, muy sumisa, porque su corazón estaba puesto en que el chico conquistara a Rosa y ella habría tenido que vestirlo de cilicio y ceniza, si él aseguraba el premio.

Ella dio luz a la causa del descontento de Rosa, teniendo en cuenta su muy estúpido y mojigato: «todos los jóvenes de cualquier espíritu tienen sus pequeños vicios, y salen bastante bien cuando la avena silvestre se siembra». Así que se entregó a Charlie en su capricho nuevo, como había hecho con todos los otros, y lo trató como un ser mal utilizado, que no era ni un curso de inspiración para ella ni útil para su parte. ¡Pobre alma! Vio su error poco a poco, y cuando fue demasiado tarde para arrepentirse amargamente.

Rosa quería ser amable, e intentó varias maneras para ayudar a su primo, sintiéndose muy segura de que ella tendría éxito como muchas otras mujeres esperanzadas habían tenido, bastante inconsciente de cuán más fuerte es una voluntad indisciplinada antes que el verdadero amor, y qué difícil tarea encontraba, hasta el más sabio, deshacer los errores de una mala educación. Pero era una cosa difícil de hacer, porque a la menor insinuación de elogio o de ánimo, se veía tan esperanzador que tenía miedo de que pareciera que prometía demasiado y, de todas las cosas, ella deseaba escapar de la acusación de haber jugado con él.

Por ello, la vida no era muy cómoda en ese momento, y mientras Charlie «mortificaba el alma y el cuerpo» a su favor, ella estaba estudiando la manera de servirle mejor. Tía Jessie le ayudó mucho, y nadie pudo adivinar cuando vieron a la bella señorita Campbell subiendo y bajando por la colina con una cara tan seria, que ella estaba decidida a cualquier cosa, excepto a tomar, con una regularidad digna de elogio, los constitucionales que le entregaron un color encantador.

Las cosas ya estaban en este estado, cuando un día llegó una nota para Rosa de la

señora Clara:

«Mi dulce niña, apiádate de mi pobre muchacho, y anímale con una visita tuya, porque él está tan triste, que me rompe el corazón verlo. Tiene un nuevo plan en su cabeza, que me parece excelente, si tú lo apruebas. Ven y deja que él te lleve a dar una vuelta esta tarde y hablen las cosas. Le harás un montón de bien y quedaré profundamente obligada, tu querida,
Tía Clara».

Rosa leyó la nota dos veces y se quedó un momento pensando, con la mirada ausente fija en la pequeña bahía ante su ventana. La vista de varias figuras negras que se movían rápidamente hacia adelante y atrás a través de la superficie helada parecían sugerir un modo de escapar en el paseo, por el que temía en más de un sentido. «Eso será más seguro y más agradable», dijo ella, y fue hasta su escritorio y escribió su respuesta:

«Querida tía: Tengo miedo de Bruto, pero si Charlie va a patinar conmigo, yo lo disfrutaré mucho y nos haría tanto bien. Puedo escuchar el nuevo plan con una mente dividida allí, así que le doy mi amor, por favor, y dígame que lo esperaré a eso de las tres.

Afectuosamente,
Rosa».

Puntualmente a las tres, Charlie apareció con sus patines en el brazo y con una expresión muy contenta, que lo iluminó maravillosamente, mientras Rosa bajaba las escaleras con un traje de piel de foca y una falda roja, así como el que llevaba años atrás, que él involuntariamente exclamó mientras tomaba sus patines:

—Te ves tan poco como Rosa que apenas te conozco, y me parece que vuelven los viejos tiempos y me siento de dieciséis años otra vez.

—Eso es sólo la forma en que uno debe sentirse en un día como éste. Ahora vamos hacia fuera y tengamos un buen giro antes de que alguien venga. Hay sólo unos pocos niños allí ahora, pero es sábado, ya sabes, y todo el mundo saldrá antes de tiempo —respondió Rosa, poniéndose con cuidado los guantes a medida que hablaba, porque su corazón no estaba tan ligero como el de que la pequeña Rosa llevaba debajo de la chaqueta marrón, y el muchacho de dieciséis años nunca la miró con el amor y el anhelo que leía en los ojos del joven que tenía delante.

Se fueron lejos, y al rato estuvieron casi tan alegres y cálidos como los niños a su alrededor, porque el hielo estaba en buenas condiciones, el sol de febrero brillante, y el viento fuerte colocaba en su sangre un escalofrío con un brillo saludable.

—Ahora, cuéntame acerca del plan del que tu madre me habló —Comenzó Rosa

a medida que se iba deslizando por la amplia extensión ante ellos, porque parecía que Charlie lo había olvidado todo, por la dicha de tenerla para él solo durante un rato.

—¿Plan? ¡Oh, sí! Es simplemente así. Voy a ir con el padre el próximo mes.

—¿En serio? —y Rosa miró a la vez sorprendida e incrédula, porque este plan no era nuevo.

—En serio. No lo crees, pero me iré, y madre quiere ir conmigo. Hemos recibido otra carta del gobernador, y él dice que si ella no puede separarse de su bebé grande, que también vaya, y todos seremos felices juntos. ¿Qué piensas de eso? —preguntó él, mirándola con atención, porque estaban cara a cara mientras ella iba hacia atrás y él ocupaba las dos manos para dirigir y sostenerla.

—Me gusta muchísimo, y lo creo ahora, sólo que me quita el aliento pensar en que mi tía se irá, cuando ella no quería oír hablar de eso antes.

—No le gusta el plan mucho ahora y presta su consentimiento para ir sólo con una condición.

—¿Cuál es? —preguntó Rosa, tratando de liberar sus manos, porque una mirada a Charlie le hizo sospechar lo que se avecinaba.

—Que vengas con nosotros —Y sosteniendo las manos rápidamente, agregó con prisa—. Déjame terminar antes de que hables. No quiero decir que todo va a cambiar hasta que estés lista, pero si te vas, yo estoy dispuesto a renunciar a todo lo demás y vivir en cualquier lugar, siempre que lo desees. ¿Por qué no vienes con nosotros por un año o dos? Nunca hemos podido compartir. Padre estaría encantado, madre muy contenta, y yo sería el hombre más feliz.

—¿Quién hizo este plan? —preguntó Rosa tan pronto como ella consiguió recobrar el aliento que sin duda había perdido por esta fresca noticia y eso no significaba que fuese agradable el hacerlo.

—Madre lo sugirió, yo ni siquiera me hubiera atrevido a soñar en esa fortuna. Me hice a la idea de ir solo, y cuando se lo dije, ella se encontraba en estado de desesperación hasta que esta idea excelente vino a su cabeza. Después de eso, por supuesto, fue bastante fácil para mí adherirme a la resolución que había hecho.

—¿Por qué decidiste ir, Charlie? —Y Rosa lo miró a los ojos, que estaban fijos en los de ella, suplicantes.

Ellos dudaron y observaron hacia un lado, y luego, reunieron toda su honestidad, sin embargo, llenos de humildad, que él hizo su propia caída y respondió muy bajo:

—Porque no me atrevo a permanecer aquí.

—¿Es tan difícil? —dijo ella lastimeramente.

—Muy difícil. No tengo el coraje moral para confesar y ponerme en ridículo, y parece tan malo ocultarme por miedo a romper mi palabra. La mantendré en este momento, Rosa, si voy a los confines de la tierra para hacerlo.

—No es cobarde huir de la tentación, y nadie cuya opinión valga la pena tener hará el ridículo por un intento valiente de gobernarse a sí mismo. No me importa, Charlie, pero mantente firme, y estoy segura de que tendrás éxito.

—No sabes lo que es, y yo no te lo puedo decir, porque intenté no renunciar a lo que supuse que ya tenía en mis manos. Pensé que era sólo un hábito, fácil caer cuando me gustara, pero es más fuerte que yo, y a veces, siento como si estuviera poseído por un demonio que se queda con lo mejor de mí, por mucho que lo intento.

Él dejó caer las manos de ella abruptamente, mientras decía eso, con la energía de la desesperación, y, como si tuviera miedo de decir demasiado, él la dejó por un minuto, patinando a toda velocidad, como si en verdad fuera a «ir a los extremos de la tierra» para escapar del enemigo dentro de sí mismo.

Rosa se quedó inmóvil, consternada por este gran conocimiento repentino de que el mal era peor de lo que se había imaginado. ¿Qué debería hacer ella? ¿Ir con su primo, y al hacerlo, tácitamente, comprometerse como su compañera en ese largo viaje para el que él estaba tan mal equipado? Tanto su corazón como su conciencia protestaron contra esto con tanta fuerza que le puso el pensamiento de distanciarse. Pero la compasión se declaró en favor de él con ternura, y el espíritu de sacrificio, lo que hace que las mujeres amen dar más de lo que reciben, la hizo sentir como si en cierta medida el destino de este hombre estuviera en sus manos, para decidir el bien y el mal a través de ella. ¿Cuán cierto debía ser para él como para ella misma?

Antes de que esta pregunta pudiera ser contestada, él regresó de nuevo, mirando como si hubiera dejado su cuidado en su espalda, por su estado de ánimo variado como el viento. Su actitud, mientras ella se quedaba inmóvil y sola con el rostro abatido, era tan diferente a la de la criatura alegre que le salió al encuentro una hora antes, que lo llenó de auto-reproche, y acercándose, le sacó una mano por el brazo, diciendo, ya que ella involuntariamente le siguió.

—No debes continuar tan quieta. Olvídate de mis hazañas y responde a mi pregunta. ¿Quieres venir con nosotros, Rosa?

—No ahora, que es pedir demasiado, Charlie, y no te prometeré nada, porque no puedo hacerlo con honestidad —respondió ella, con tanta firmeza que él supo que era inútil apelar.

—Voy a irme sólo, a continuación, dejaré todo mi cuidado detrás de mí.

—No, lleva a tu madre contigo y haz todo lo posible para reunir a tus padres. No puedes avocarte a una mejor tarea.

—Ella no va a ir sin ti.

—Creo que lo hará si te aferras a tu resolución. No vas a renunciar a eso, espero.

—No, tengo que ir a alguna parte, porque yo no puedo quedarme aquí, y puede ser también a la India, ya que le agrada a padre —respondió Charlie con obstinación.

—Será más de lo que te puedas imaginar. Dile la verdad, y ve lo feliz que estará para ayudarte, y que tan sinceramente te respetará por lo que has hecho.

—Si tú me respetas, no me importará mucho la opinión de nadie más —respondió Charlie, aferrándose con la tenacidad de un amante esperando a su amada.

—Lo haré, si te vas lejos con hombría y cumples tu deber con tu padre y contigo mismo.

—Y cuando lo haya hecho, ¿puedo volver a ser recompensado, Rosa? —preguntó, tomando posesión de la mano en el brazo como si ya fuera suya.

—Me gustaría poder decir lo que quieres, pero ¿cómo puedo prometerlo cuando no estoy segura de nada? Yo no te amo como debiera, y tal vez, nunca lo haré, ¿por qué insistes en atarme de esta manera? Se generoso, Charlie, y no lo preguntes —imploró Rosa, muy afligida por su persistencia.

—Pensé que me querías, lo parecía hace un mes, a menos que te hayas vuelto coqueta, y yo no puedo creer eso —respondió con amargura.

—Estaba empezando a amarte, pero me hiciste temer de seguir adelante —murmuró Rosa, tratando de decir la verdad amablemente.

—¡Esa maldita costumbre! ¿Qué puede hacer un hombre cuando su anfitriona le pide que beba vino con ella? —Y Charlie lució como si hubiera podido maldecirse aún con más ganas.

—Él puede decir: «no».

—No puedo.

—Ah, ¡ese es el problema! Nunca aprendiste a decírtelo ni siquiera a ti mismo y ahora es tan difícil, ¿quieres que te ayude?

—Y, ¿no lo harás?

—Sí, lo haré, al mostrarte que puedo decirme a mí misma eso, por tu bien. —Y Rosa miró con una expresión tan llena de tierna tristeza, que él no pudo dudar de las palabras que tanto lo regañaron, y consolaron.

—¡Mi pequeña santa! Yo no merezco la mitad de tu bondad hacia mí, pero lo haré, y desapareceré sin una queja para dar lo mejor de mí, por tu bien —exclamó, conmovido por su dolor y agitándose hacia la emulación por el ejemplo de coraje y de integridad que ella trató de establecer en él.

Aquí Kitty y Steve se abalanzaron sobre ellos, y, obedeciendo el impulso de poner la atención detrás de ellos, eso hizo posible que los corazones de los jóvenes dolieran un minuto y danzaran al siguiente. Rosa y Charlie desterrando a sus problemas, se unieron en el deporte que pronto convirtió la bahía de a poco en un salón de baile, y disfrutaron de los esplendores de una puesta de sol de invierno olvidando así, la separación y Calcuta.

Capítulo 15

¡Ay de Charlie!

A pesar de la gran rebelión interna, Charlie se mantuvo firme en su resolución, y la tía Clara buscó maneras de persuadirlo, pero todo resultó en vano, se rindió y en un estado de crónica indignación contra el mundo en general y con Rosa, en particular, se dispuso a acompañarlo. La pobre chica tuvo un rato duro por lo mismo y, si no hubiese sido por su tío, le habría ido aún peor. Él fue una especie de escudo sobre las lamentaciones de la señora Clara; reproches, y miradas furiosas cayeron inútilmente en lugar de herir el corazón contra el que se dirigían.

Los días pasaron muy rápido ahora, porque todo el mundo parecía ansioso de la separación y los preparativos se hicieron rápidamente. La casa grande estuvo lista para cerrarse por un año, al menos; las comodidades para el largo viaje se arreglaron, y realizaron visitas de despedida. La actividad general y la emoción hicieron imposible que Charlie llevara más una vida artística de ermitaño y cayó en un estado de inquietud que causó que Rosa tomara un tiempo para despedir al rajá, cuando sintiera que iba a estar a salvo, ya que estas festividades de despedida eran peligrosas para el que acaba de aprender a decir «no».

—Hacia la mitad del mes con seguridad se habrán ido. Si sólo pudiéramos conseguir mucho más de estas últimas semanas, un gran peso se iría de mi mente —pensó Rosa cuando ella bajó una mañana húmeda y salvaje hacia el final de febrero.

Abriendo la puerta del estudio para saludar a su tío, ella exclamó:

—¡¿Por qué, Archie?! —luego se detuvo en el umbral, paralizada por el miedo; en el rostro blanco de su primo leyó la noticia de un gran aflicción.

—¡Silencio! No te asustes. Ven y te lo diré —susurró, poniendo la botella que acababa de tomar del armario de la medicina del doctor.

Rosa comprendió y obedeció, porque tía Abundancia estaba mal con su reumatismo y dependía de su siesta por la mañana.

—¿Qué es? —dijo, mirando por la habitación con un escalofrío, como si esperara a ver de nuevo lo que vio allí la noche de Año Nuevo. Archie estaba solo, sin embargo, y, atrayéndola hacia el armario, contestó con un esfuerzo evidente por permanecer muy tranquilo y estable—. ¡Charlie está herido! Tío quiere más éter y las vendas anchas en algún cajón o de otra índole. Él me dijo dónde, pero lo olvidé. Tú mantienes este lugar en orden, búscalas por mí. ¡Rápido!

Antes de que él hubiera terminado de decirlo, Rosa se encontraba en el cajón, entregándole las vendas con las manos temblando a medida que buscaban.

—¡Todo confinado! Tengo que hacer algo. ¿Puedes esperar? —Y, cogiendo un pedazo de ropa vieja, lo rompió en tiras anchas, y añadió, en el mismo tono rápido, ya que ella comenzó a enrollarlas.

—Ahora, dime.

—Puedo esperar, ya que esos no son necesarios por el momento. No quise que

nadie supiera, menos tú —comenzó Archie, suavizando las tiras mientras las dejaba sobre la mesa y, evidentemente sorprendido por los nervios de la niña y su habilidad.

—¡Puedo soportarlo, date prisa! ¿Está muy herido?

—Me temo que lo está. El tío se ve serio, y el pobre muchacho sufre, así que no pude quedarme —respondió Archie, volviéndose todavía más blanco sobre los labios que nunca habían tenido una historia tan difícil que contar, con anterioridad.

—Tú ves, él fue a la ciudad la noche anterior para cumplir con el hombre que va a comprar a Bruto.

—Y, ¿Bruto lo hizo? ¡Yo sabía que lo haría! —exclamó Rosa, dejando caer su trabajo para retorcerse las manos, como si adivinara el final de la historia ahora.

—Sí, y si no recibió un disparo aún, yo lo haría con mucho gusto, porque ha hecho todo lo posible para matar a Charlie —murmuró el compañero del chico con una mirada triste, luego lanzó un gran suspiro y añadió, con la cara vuelta— No debemos culpar a la bestia, no fue su culpa. Él necesitaba una mano firme y... —Se detuvo allí, porque Rosa se apresuró a decir:

—Vamos, tengo que saber.

—Charlie se encontró a algunos de sus viejos amigos, casi por accidente, había una cena, y le hicieron ir, sólo por un adiós, dijeron. No podía negarse, y fue demasiado para él. Volvía a casa solo en la tormenta, a pesar de que intentaron que no se marchara, ya que no estaba en condiciones para hacerlo. Abajo, por el nuevo puente en ese alto terraplén, sabes que el viento había dejado el farol tendido, a él se le olvidó o algo asustó a Bruto, y juntos cayeron.

Archie había hablado de forma rápida y entrecortada, pero Rosa entendió y en la última palabra se tapó la cara con un pequeño gemido, como si ella lo viera todo.

—Bebe esto y olvida el resto —dijo, corriendo hacia la habitación de al lado y regresando con un vaso de agua, con ganas de hacer algo y de distanciarse, porque este tipo de dolor parecía casi tan malo como si él se hubiera ido.

Rosa bebía, pero extendió el brazo con fuerza, mientras él le daba la espalda, diciendo en un tono de mando que no podía desobedecer:

—No guardes nada, dime lo peor de una vez.

—No sabíamos nada de él —prosiguió obediente—. La tía Clara pensó que estaba conmigo, y nadie lo encontró hasta la madrugada de hoy. Un trabajador lo reconoció y lo trajo a casa, muerto, pensaron. Vine por el tío hace una hora. Charlie está consciente ahora, pero terriblemente adolorido, y me temo que por la forma en que Mac y el tío se miraron entre sí que... ¡Oh! ¡Piensa en ello, Rosa! Magullado y sin ayuda, solo bajo la lluvia toda la noche, y nunca lo supe, nunca lo supe.

Con eso, el pobre Archie se quebró por completo y, dejándose caer en una silla, apoyó su cara en la mesa, sollozando como una niña. Rosa nunca había visto llorar a un hombre antes, y era tan suave a diferencia de la pena de una mujer que la conmovió mucho. Dejando su propia angustia de lado, trató de consolar a su primo y, acercándose a él, levantó la cabeza y le hizo apoyarse en ella, porque en esos

momentos, estas mujeres son las más fuertes. Fue algo pequeño que hacer, pero sí confortó a Archie, porque el pobre hombre sentía como si el destino fuera muy duro con él en ese momento, y en este fiel pecho podía verter su llanto, breve, pero patético.

—Febe se ha ido, y ahora, si Charlie lo hace, no veo cómo lo podré sobrellevar.

—Febe va a volver, querido, y esperemos que el pobre Charlie no vaya a marcharse todavía. Este tipo de cosas siempre lucen peores en un primer momento, he escuchado a la gente decir, así que ánimo y espera lo mejor —respondió Rosa, en busca de algunas palabras de consuelo que decir y encontrando muy pocas.

Sin embargo, tuvieron efecto, porque Archie levantó su ánimo como un hombre. Secándose las lágrimas derramadas tan pocas veces que ellas no sabían a dónde ir, se levantó, se dio a sí mismo una pequeña sacudida, y dijo con un profundo suspiro, como si hubiera estado bajo el agua:

—Ahora estoy bien, gracias. No pude evitar el *shock* de ser despertado de repente para encontrar a mi querido viejo compañero en un estado tan lamentable, que me molesta. Debo seguir para irme con estas listas.

—En un minuto. Dile a tío que envíe por mí si puedo ser de alguna utilidad. ¡Oh, pobre tía Clara! ¿Cómo lo lleva?

—Casi distraída. Llevé a madre a ella, y hará todo lo que cualquiera podría hacer en estos casos. Sólo el cielo sabe lo que la tía va a hacer si...

—Y sólo el cielo puede ayudarla —añadió Rosa, mientras Archie detenía las palabras que él no podía pronunciar—. Ahora, tómalas, y déjame estar al tanto a menudo.

—Tú, valiente almita, lo haré. —Y Archie se fue por la lluvia con su carga de tristeza, preguntándose cómo podía estar Rosa con tanta calma cuando el amado príncipe podría estar muriendo.

Un largo día negro siguió, sin nada para romper su monotonía melancólica con excepción de los boletines que llegaban de hora en hora cambiando un poco de información, ya sea para bien o para mal. Rosa dio la noticia con cuidado a Tía Abundancia y se puso a la tarea de mantener a los espíritus de la anciana, ya que, por ser impotente, el alma buena se sentía como si todo fuera a ir mal sin ella. Al caer la tarde se quedó dormida, y Rosa se fue con las luces a encender el fuego en el salón, con el té listo para servir en cualquier momento, pues sentía con seguridad que algunos de los hombres vendrían con un saludo alegre y la comodidad se adaptaba a ellos mejor que las lágrimas, la oscuridad y la desolación.

Pronto, Mac llegó, diciendo en el instante en que entró en la habitación:

—¿Más cómoda, prima?

—¡Gracias a Dios! —gritó Rosa, palmoteando sus manos. Entonces, viendo cómo llegaba, mojado, y cansado; Mac parecía haber entrado dentro de la luz, ella añadió en un tono que era cordial por sí mismo—. ¡Pobre muchacho, cuán cansado estás! Ven aquí, y déjame hacerte sentir a gusto.

—Yo iba a casa para refrescarme un poco, pues debo estar de regreso en una hora. Madre tomó mi lugar, para que yo pudiera estar a salvo, y salir, mientras el tío se negó a moverse.

—No vayas a casa, porque si la tía no está allí, será muy triste. Pasa a la habitación del tío y refréscate, a continuación, vuelve y te voy a dar tu té. Déjame, déjame, no puedo ayudar de otra manera, y tengo que hacer algo, esta espera es tan terrible.

Sus últimas palabras traicionaron cuanto suspenso la tomaba, y Mac lo dio a la vez, alegrándose de consolar y ser consolado. Cuando volvió, con aspecto revivido, una pequeña mesa tentadora con té estaba delante del fuego y Rosa fue a su encuentro, diciendo con una sonrisa, mientras ella lo bañaba abundantemente con el contenido de un frasco de colonia:

—No puedo soportar el olor a éter, sugiere tales cosas horribles.

—¡Qué curiosas criaturas son las mujeres! Archie nos dijo que llevabas la noticia como un héroe, y ahora palideces ante una bocanada de aire malo. No puedo explicarlo —reflexionó Mac, mientras él humildemente soportaba el baño de perfume.

—Ni yo puedo, pero me he estado imaginando horrores todos los días y me puse nerviosa. No vamos a hablar de ello, pero vamos a tomar el té.

—Esa es otra cosa rara. El té es la panacea para todos los males de la humanidad, sin embargo no hay ningún alimento en él. Prefiero tener un vaso de leche, gracias —dijo Mac, tomando un sillón y estirando sus pies hacia el fuego.

Ella se lo llevó y le hizo comer algo, y luego, cerró los ojos, cansado, ella se fue al piano y, al no tener corazón para cantar, tocó suavemente hasta que pareció que él dormía, pero a la cuenta de seis se levantó y estuvo listo de nuevo.

—Él me dio eso. Llévalo contigo y pon un poco en su pelo. A él le gusta, y quiero ayudar, aunque sea un poco —dijo, deslizando el lindo jarro dentro de su bolsillo con una mirada nostálgica, que Mac nunca pensó sonreír con esta petición muy femenina.

—Se lo diré. ¿Hay algo más que pueda hacer por ti, prima? —preguntó, sosteniendo la mano fría que le había servido tan amablemente.

—Sólo si hay algún cambio repentino, promete que enviarás por mí, no importa la hora que sea. Debo decir «adiós».

—Yo vendré por ti. Pero, Rosa, estoy seguro de que puedes dormir en paz esta noche, y espero tener buenas noticias para ti en la mañana.

—¡Dios te bendiga por eso! Ven temprano, y déjame verlo pronto. Voy a ser muy buena, y sé que no le hará ningún daño.

—No tengas miedo de eso. Lo primero que dijo cuando pudo hablar fue: «Dile a Rosa con cuidado,» y mientras salía, él adivinó a dónde iba y trató de besarle la mano a la vieja usanza, ya sabes.

Mac pensó que le levantaría el ánimo escuchar que Charlie se había acordado de ella, pero la súbita idea de que nunca podría más ver el pequeño gesto familiar, fue la

última gota que hizo que su lleno corazón se desbordara, y Mac vio como el «héroe» de la mañana hundía sus pies en una pasión de lágrimas que le daba miedo. Él la llevó al sofá y trató de consolarla, pero tan pronto como el amargo llanto se calmó, miró hacia arriba y dijo de forma muy constante, con grandes gotas rodando por sus mejillas, al mismo tiempo:

—Déjame que llore, es lo que necesito, y mientras más luego lo haga, será para mejor. Ve con Charlie ahora y coméntale que yo dije, con todo mi corazón: ¡Buenas noches!

—¡Lo haré! —Y Mac caminó lejos, admirando a su vez, la fuerza, curiosamente mezclada con la debilidad del sexo femenino.

Ésa fue la noche más larga que Rosa alguna vez había pasado, pero la alegría llegó en la mañana con el mensaje matutino:

«Él está mejor, puedes venir ahora». Entonces, la tía Abundancia se olvidó de su lumbago y se levantó; tía Myra, que había llegado a tener un graznido social, se quitó el sombrero negro, como si no fuera necesario en la actualidad, y la chica se dispuso a ir y decir: «Bienvenido de nuevo», no el duro: «Adiós».

Parecía mucho tiempo para esperar, porque ninguna convocatoria llegó hasta la tarde, y luego, vino su tío, y en la primera vista de su rostro, Rosa empezó a temblar.

—Yo he venido para mi niña, porque hay que remontarse de una vez —dijo mientras ella se apresuraba hacia él con el sombrero en la mano.

—Estoy lista, señor —Pero le temblaban las manos mientras trataba de atar las cintas, y sus ojos no se apartaban de la cara que estaba llena de tierna compasión por ella.

Él la llevó con rapidez en el carruaje y, a medida que se alejaron, dijo con tranquila franqueza, lo cual alivió la agitación mejor que cualquier otra demostración de simpatía.

—Charlie está peor. Temí cuando el dolor se fue tan de repente esta mañana, pero las lesiones principales son internas y nunca se sabe cuáles son las posibilidades. Él insiste en que está mejor, pero pronto comenzará a fallar, me temo, quedará inconsciente, y fallecerá sin más sufrimiento. Este es el momento para que puedas verlo, porque él ha puesto su corazón en ello, y nada puede hacerle daño ahora. Mi niña, es muy difícil, pero tenemos que ayudarlo un poco.

Rosa intentó decir: «Sí, tío» con valentía, pero las palabras no salían, y sólo pudo dejar caer la mano en la suya con un aspecto mudo. Él puso su cabeza sobre su hombro y siguió hablando en voz tan baja que cualquier persona que no vería cuán desgastado y demacrado su rostro se había vuelto con dos días y una noche de ansiedad aguda, podría haber pensado que era frío.

—Jessie ha ido a casa a descansar, y Jane está con la pobre Clara, que se ha quedado dormida hace un rato. He enviado por Steve y los otros muchachos. Ya habrá tiempo para ellos más tarde, pero él rogó verte ahora. Pensé que era mejor venir, mientras que esta fuerza temporal lo mantiene arriba. Yo le he dicho cómo es,

pero no me va a creer. Si te pregunta, contesta con sinceridad y trata de encajar un poco en este final repentino de muchas esperanzas.

—¿Cuánto tiempo, tío?

—Unas horas más, probablemente. Este momento de tranquilidad es tuyo para que saques el máximo provecho de él y, no podemos hacer nada más por Charlie, vamos a consolarnos unos a otros.

Mac los encontró en la sala, pero Rosa apenas lo vio. Sólo tenía conciencia de la tarea ante ella y, cuando su tío la llevó a la puerta, ella dijo en voz baja:

—Déjame ir sola, por favor.

Archie, que había estado colgando sobre la cama, se escabulló hacia la habitación interior, mientras ella aparecía, y Rosa encontró a Charlie esperándola con una expresión feliz, no podía creer lo que había escuchado y le pareció fácil decir casi con alegría, a la vez que le tomaba la mano ansiosa entre las suyas:

—Querido Charlie, estoy tan contenta de que me mandaras a llamar. Deseaba venir, pero esperé hasta que estuvieras mejor. Tú seguramente lo estás —agregó, una segunda mirada le demostró a ella el cambio indescriptible que había caído sobre el rostro que al principio parecía tener la luz y el color en el mismo.

—El tío dice que no, pero creo que se equivoca, porque la agonía se ha ido por completo, y con excepción de este hundimiento extraño de vez en cuando, no me siento tan mal —respondió con voz débil, pero con algo de su antigua ligereza en su voz.

—Difícilmente podrás navegar en el rajá, me temo, pero no te importará esperar un poco mientras te cuidamos —dijo la pobre Rosa, tratando de hablar en voz baja, con el corazón cada vez más pesado por minuto.

—¡Iré si me llevas! Voy a cumplir esa promesa, aunque me cueste la vida. ¡Oh, Rosa! ¿Lo sabes? ¿Te lo han dicho? —Y, con un repentino recuerdo de lo que lo llevó allí, ocultó el rostro en la almohada.

—No has roto ninguna promesa, porque yo no te permití hacer ninguna, ¿te acuerdas? Olvídate de todo eso, y vamos a hablar sobre el mejor tiempo que vendrá para ti.

—¡Siempre tan generosa, tan amable! —murmuró, con la mano contra su afiebrada mejilla y luego, mirando hacia arriba, se fue en un tono tan humildemente arrepentido que hacía que sus ojos se llenaran de lágrimas lentas y calientes—. Intenté huir de la tentación, traté de decir «no», pero estaba tan lastimosamente débil, que no pude. Es preciso que me desprecies, pero no me lo des en su totalidad, ya que si yo vivo, lo haré mejor. Iré a mi padre y empezaré de nuevo.

Rosa trató de contener las gotas amargas, pero ellas iban a caer, al oírle hablar todavía con entusiasmo cuando no había ninguna esperanza. Algo en la angustia muda de su cara parecía que le dijera lo que ella no podía hablar, y un cambio rápido se apoderó de él mientras agarraba con más fuerza la mano, diciendo en un susurro agudo:

—¿De verdad ha llegado mi hora de partir, Rosa?

Su única respuesta fue arrodillarse y poner sus brazos sobre él, como si intentara mantener alejada a la muerte un poco más. Él lo creyó entonces, y estaba tan quieto, que ella miró hacia arriba en un momento, por temor a que no supiera qué.

Pero Charlie lo llevaba con hombría, porque tuvo el coraje de enfrentar a la cara a un gran peligro con valentía, aunque no la fuerza para luchar contra el pecho de un pecado y vencerlo. Sus ojos estaban fijos, como si tratara de mirar hacia el mundo invisible a dónde iba, y sus labios firmemente cerrados que ninguna palabra de queja echaría a perder la prueba que él tenía la intención de dar; a pesar de que no sabía cómo vivir, él supo cómo morir. Parecía como si Rosa por un breve instante viera el hombre que podría haber sido si la formación inicial le hubiera enseñado la forma de gobernarse a sí mismo, y las primeras palabras que pronunció con un largo suspiro, mientras sus ojos volvían hacia ella, puso de manifiesto que sintió el fracaso propio con patética sinceridad.

—Es mejor así, tal vez, es mejor que me vaya antes de que te cause más dolor y vergüenza a mí mismo. Me gustaría quedarme un poco más y tratar de redimir el pasado; parece tan perdido ahora, pero no se si puedo, no te aflijas, Rosa. No soy una pérdida para nadie, y quizás, sea demasiado tarde para enmendarlo.

—¡Oh, no digas eso! Nadie va a encontrar tu lugar entre nosotros, nunca podremos olvidar lo mucho que te queríamos, y debes creer con cuánta libertad perdonamos, así como nosotros seremos perdonados —exclamó Rosa, estabilizándose por la pálida desesperación que había caído sobre el rostro de Charlie con esas palabras amargas.

—¡Perdona nuestras ofensas! Sí, debo decir eso. Rosa, no estoy listo, es tan repentino. ¿Qué puedo hacer? —susurró, aferrándose a ella como si no tuviera ancla, a excepción de la criatura a la que tanto amaba.

—El tío te dirá qué, no soy lo suficientemente buena, solo puedo orar por ti. —Y ella se movió como si fuera a llamar por la ayuda que necesitaba urgentemente.

—No, no, aún no. Quédate junto a mí, querida, léeme algo allí, en el viejo libro de mi abuelo, alguna oración, por ejemplo. Me hará más bien de ti que de cualquier ministro con vida.

Ella puso el libro venerable obsequiado a Charlie porque él llevaba el nombre del hombre de bien y, dirigiéndose a la «Oración de los Moribundos», dijo con voz entrecortada, mientras la voz a su lado le hacía eco de vez en cuando, en alguna palabra de reproche o de consuelo.

—«El testimonio de una buena conciencia». «Por la tristeza de su rostro, su corazón puede ser mejor». «La paciencia y la fortaleza cristiana». «Deja el mundo en paz». «Amén».

Hubo silencio por un rato, luego se levantó y viendo cómo él lucía pálido, dijo suavemente:

—¿Quieres que llame al tío ahora?

—Si quieres. Pero primero no sonrías a mi locura, querida, quiero mi pequeño corazón. Ellos lo quitaron, por favor, tráelo de regreso y déjame tenerlo siempre — respondió él con el antiguo cariño más fuerte que nunca, incluso cuando podía mostrarlo, sosteniendo con prisa el abalorio infantil que ella encontró y que le había dado el corazón de ágata con la vieja cinta descolorida—. Póntelo, y nunca dejes que ellos te lo despeguen— dijo, y cuando le preguntó si había algo más que pudiera hacer por él, trató de estirar los brazos hacia ella con una mirada que pedía más.

Ella lo besó con mucha ternura en los labios y la frente, intentó decir «adiós», pero no podía hablar, y buscó a tientas su camino hacia la puerta. Girando por una última mirada, el espíritu de la esperanza de Charlie se levantó por un momento, como si quisiera enviarle a distancia más alegría, y él dijo con una sombra de la antigua sonrisa alegre, un débil intento en el gesto de despedida familiar:

—Hasta mañana, Rosa.

¡Ay de Charlie! Su mañana nunca llegó, y cuando ella lo vio al lado, él se quedó allí, mirando tan sereno y noble, que parecía como si todo estuviera en paz con él, porque todo el dolor había pasado, terminado la tentación, la duda y el miedo; la esperanza y el amor, no podían sacudir su tranquilo corazón, y en una verdad solemne, había ido a encontrarse con su Padre, y comenzado de nuevo.

Capítulo 16

Buenas Obras

El rajá se demoró un rato, y cuando navegó, la pobre señora Clara estaba a bordo, porque todo estaba listo. Todos pensaron que para ella era mejor ir a consolar a su esposo, y desde que su hijo murió, parecía importarle muy poco lo que fuera de ella. Por lo tanto, con los amigos para animar el largo viaje, ella se alejó, una mujer entristecida pero no del todo desconsolada, porque sabía que su duelo era demasiado y cada vez estaba segura de que Stephen no la encontraría alterada porque ella había ensayado tanto como se podría haber esperado.

Entonces, no quedó nada de esa alegre familia, pero en las habitaciones vacías, el silencio nunca se quebró por una voz alegre e imágenes llenas de promesas, pero todas sin terminar, como la pobre vida de Charlie.

Había demasiado luto por el príncipe hermoso, pero no tenían necesidad de decirlo, sino afectaba a Rosa, porque era con ella con quién teníamos más que hacer, los otros personajes son de importancia secundaria.

Cuando el tiempo hubo calmado el primer choque de la pérdida repentina, ella se sorprendió al encontrar el recuerdo de sus faltas y defectos, la vida corta y la muerte lamentable, se oscurecieron, como si una mano bondadosa hubiera borrado el registro y le diera de nuevo a ella, la imagen del niño valiente y brillante que había querido, no como el hombre rebelde, sino como el apasionado joven que la había amado.

Esto la consoló mucho, y abatiendo el último borrado de la hoja, donde su nombre estaba escrito, ella con mucho gusto se volvió a abrir y leer los capítulos más felices que pintaron al caballero joven antes de que él cayera en su primera batalla. Ninguna de las amarguras del doliente amor empañó este recuerdo para Rosa, porque encontró que el sentimiento más cálido, apenas en ciernes en su corazón, había muerto con Charlie, para posarse frío y tranquilo en su tumba. Sin embargo, ella se preguntó, si estaba contenta, aunque a veces una punzada de remordimiento le golpeó cuando descubrió cómo era posible que iba a seguir adelante sin él, sintiendo casi como si una carga se hubiera levantado, ya que su felicidad había sido tomada de sus manos. El tiempo todavía no había llegado cuando el conocimiento de que el corazón del hombre seguía en ella, manteniendo el orgullo y la alegría de su vida, y mientras esperaba por ese momento disfrutaba de la libertad que parecía haber recuperado.

Siendo su estado interior así, le molestaba mucho ser considerada como una niña con el corazón roto y la compasión por la pérdida de su joven amor. Ella no pudo explicárselo a todo el mundo y lo dejó pasar, y ocupó su mente con las buenas obras que siempre se encuentran listas para ser llevadas a cabo. Teniendo la filantropía elegida como su profesión, sintió que ya era hora de comenzar la tarea descuidada durante demasiado tiempo.

Sus proyectos eran excelentes, pero no prosperaron tan rápidamente como ella esperaba, pues, teniendo que tratar con personas, no con cosas, los obstáculos

inesperados surgían constantemente. El «Hogar para Damas decaídas», como los chicos insistieron en llamar a sus dos casas recién reparadas, comenzó finamente y era un espectáculo agradable de ver las cómodas habitaciones llenas de mujeres respetables ocupadas en sus diversas tareas, rodeado por la decencia y muchas de las comodidades que hacen la vida soportable. Pero, actualmente, Rosa fue perturbada al descubrir que la buena gente esperaba que cuidara de ellos de una manera que ella no había negociado. Buffum, su agente, constantemente reportaba denuncias, nuevas necesidades, y el descontento general, si no eran atendidas. Las cosas estaban muy descuidadas, las tuberías de agua se congelaron y rompieron, los drenajes se salieron de orden, a unos metros se encontraban en un desastre, y el alquiler detrás de la mano. Lo peor de todo, los espectadores ajenos, en vez de simpatizar, sólo se rieron y dijeron: «te lo dije», que era un comentario más desalentador para los trabajadores más viejos y más sabios que para Rosa.

Sin embargo, el tío Alec, se mantuvo firmemente con ella y la ayudó a salir de muchos de sus problemas con un buen asesoramiento y una visita ocasional de inspección, que hizo mucho para convencer a los habitantes de allí en el hecho de que, si no hacían su parte, sus contratos de arrendamiento serían cortos.

—Yo no esperaba que nada resultara de este modo, pero yo pensaba que estarían agradecidas —dijo Rosa en una ocasión, cuando varias denuncias habían llegado a la vez y Buffum había informado de grandes dificultades en la recolección de las bajas rentas.

—Si haces esto buscando gratitud, entonces será un fracaso, pero si lo haces por el amor de ayudar a aquellos que necesitan ayuda, será un éxito, pues a pesar de su preocupación, cada una de estas mujeres sienten cuáles son los privilegios que disfrutan y los valoran sumamente —dijo el doctor Alec, mientras ellos iban a su casa después de una de estas llamadas no satisfactorias.

—Entonces, lo menos que pueden hacer es decir: «gracias». Me temo que he pensado más en el reconocimiento de la obra, pero si no lo hay, tengo que decidirme a salir —respondió Rosa, sintiéndose defraudada de su vencimiento.

—Favorece a menudo separar en lugar de atraer a la gente más cerca el uno al otro, y he visto a muchos echar a perder una amistad por la obligación de estar todos en un lado. No puedo explicarlo, pero es así, y he llegado a la conclusión de que es tan difícil dar con el espíritu correcto, al igual que recibirlo. Ármalo, querida mía, mientras estás aprendiendo a hacer el bien por el tuyo propio.

—Conozco a un tipo de personas que están agradecidas y voy a dedicar mi mente para ellos. Me agradecen de muchas formas, y ayudarse entre ellos es todo un placer y no una molestia. Entrar en el hospital y ver a los queridos bebés, o al asilo, y llevar naranjas a los huérfanos de Phebe, que no se quejan, a pesar de la vida intranquila que tienen, ¡benditos sean! —gritó Rosa, animándose de pronto.

Después de que dejó a Buffum para gestionar el «Retiro», y dedicó sus energías a la pequeñitos, siempre tan listos para recibir los más diminutos regalos y pagar al

donante con sus artísticas gracias. Aquí, ella encontró muchas cosas que hacer, y lo hizo con su dulce buena voluntad, que ganó a su manera, el sol, haciendo que muchos corazoncillos bailaran con sus espléndidas muñecas, libros con alegres ilustraciones, y macetas de flores, así como la comida, el fuego, y la ropa para los pequeños cuerpos apretados, con necesidad y dolor.

Mientras la primavera vino, nuevos planes surgieron con tanta naturalidad como dientes de león. Los pobres niños añoraron por el país, y, como los campos verdes no podían llegar a ellos, Rosa los llevó a los campos verdes. Abajo en el punto había una vieja casa de campo, a menudo usada por la tribu Campbell para vacaciones de verano. Esa primavera se tomaron los derechos inusualmente temprano, varias mujeres instaladas como ama de llaves, cocineras, y enfermeras, y cuando los días de mayo crecieron luminosos y cálidos, los escuadrones de niños pálidos vinieron a dar los primeros pasos en la hierba, corriendo sobre las piedras, y jugando con las suaves arenas de la playa. Un bonito espectáculo, y bien pagado para aquellos que los llevaron a pasear.

Todo el mundo se interesó en el «Jardín de Rosa», como Mac lo bautizó y las mujeres de la familia estaban continuamente conduciendo en un punto para tener algo para los «pobrecitos». Tía Abundancia hizo pan de jengibre; tía Jessie hizo guardapolvos por docenas, mientras que la tía Jane «mantenía la vista» en las enfermeras, y la tía Myra suministraba medicamentos tan generosamente que la mortalidad podría haber sido terrible si el Dr. Alec no los hubiera tomado a su cargo. Para él, esto era el lugar más delicioso del mundo y bien podría ser, porque sugirió la idea y le dio todo el crédito a Rosa del mismo. A menudo estaba allí, y su aparición fue recibida siempre con gritos de éxtasis, ya que los niños se reunieron desde todos los frentes: arrastrándose, corriendo, saltando con muletas, o llevados en brazos por los que con mucho gusto los dejaban sentarse en las rodillas del «tío médico», porque ese era el título con el que iba entre ellos.

Parecía tan joven como cualquiera de sus compañeros, aunque la cabeza rizada estaba gris, y las travesuras que pasaron cuando él llegó tenían mejor efecto que cualquier medicamento para los niños que nunca habían aprendido a jugar. Era una broma entre los amigos que el hermano soltero tuviera la familia más grande y fuese el hombre más casero de los cuatro restantes, aunque el tío Mac hizo su parte con valentía y mantuvo a la tía Jane en un manojito de nervios constante por sus proposiciones de adoptar al niño más divertido y a la niña más bonita para divertirlo y emplearla.

En una ocasión, tía Jane tuvo un escape muy estrecho, y el culpable fue su hijo, no su marido, ella se sintió libre para pagarse a sí misma por muchos sustos de este tipo por parte de una buena reprimenda, que, a diferencia de muchas, produjo excelentes resultados.

Un brillante día de junio, mientras Rosa llegaba galopando a casa desde el punto de su bonita bahía a caballo, vio a un hombre sentado en un árbol caído junto a la

carretera y algo en su actitud abatida tomó su atención. A medida que se acercaba, volvió la cabeza, y ella se detuvo, exclamando con gran sorpresa:

—¿Por qué, Mac ¿Qué estás haciendo aquí?

—Intentando resolver un problema —contestó él, mirando hacia arriba con una expresión caprichosa de perplejidad y diversión en su rostro que hizo que Rosa sonriera hasta que con sus siguientes palabras regresó a la seriedad en un abrir y cerrar de ojos—: Me fugué con una joven, y no sé qué hacer con ella. La llevé a su casa, por supuesto, pero la madre la echó de allí, y estoy en un dilema.

—¿Es su equipaje? —Le preguntó Rosa, señalando con su látigo hacia el gran bulto, que él llevó mientras la loca idea cruzaba por la cabeza de ella, porque tal vez él realmente había hecho algún acto de este tipo.

—No, esta es la joven dama —Y, abriendo una esquina de la manta marrón, mostró a una niña de tres, tan pálida, tan delgada y pequeña que parecía un pajarito asustado recién caído del nido, mientras ella se apartaba de la luz con grandes ojos asustados y una pequeña mano como una garra agarró con fuerza el botón de la capa de Mac.

—¡Pobre bebé! ¿De dónde viene? —exclamó Rosa, inclinándose para mirar.

—Te voy a contar la historia, y luego, tú me aconsejarás qué hacer. En nuestro hospital hemos tenido una pobre mujer que se lesionó y murió hace dos días. Yo no tenía nada que ver con ella, sólo le llevé un poco de fruta una o dos veces, porque tenía una clase de enormes ojos nostálgicos que me atormentaban. El día que murió me detuve un minuto, y la enfermera dijo que había estado esperando para hablar conmigo, pero no se atrevió. Así que pregunté si podía hacer algo por ella y, aunque casi no podía respirar por el dolor de casi haberse ido, me imploró para que cuidara a su bebé. Me enteré de donde estaba la niña, y prometí que iría a ver porque la pobre alma parecía no querer morir hasta que yo le hubiera dado ese consuelo. Nunca podré olvidar la mirada de sus ojos mientras sostenía su mano y decía: «El bebé deberá ser atendido». Traté de darle las gracias, y murió poco después con bastante tranquilidad. Bueno, fui hoy y perseguí a la pobre pequeñita miserable. La encontré en un lugar deplorable, al cuidado de una vieja bruja que le había encerrado a solas para mantenerla fuera del camino, y este ácaro estaba, acurrucada en un rincón, llorando: «¡Marmar, marmar!» en condiciones de tocar hasta a un corazón de piedra. Puse a la mujer en su lugar y me llevó al bebé inmediatamente, pues había sido objeto de abusos. Ya era hora. Ves allí, ¿verdad?

Mac giró el brazo flaco y mostró una marca azul que hizo que Rosa dejara caer las riendas y tendiera las dos manos, llorando con una especie de abierta indignación:

—¿Cómo se atrevieron a hacerlo? Dámela a mí, ¡pobre pequeñita huérfana de madre!

Mac puso el bulto en sus brazos, y Rosa empezó a acariciarla de forma cariñosa, en aquél modo tonto que las mujeres tenían, como una forma más cómoda y eficaz, y la bebé, evidentemente, sintió que las cosas estaban cambiando para mejor cuando los

labios cálidos tocaron sus mejillas, y una suave mano le alisó el pelo caído, y una cara de mujer se inclinó sobre ella con los arrullos inarticulados y cariñosos que las madres hacen. Los ojos asustados se acercaron a este rostro amable y descansado allí como si se hubiera tranquilizado; la garra pequeña se deslizó hasta el cuello de la chica, y la pobre bebé llegó hasta ella con un suspiro largo y un murmullo lastimero de: «Marmar, marmar» que sin duda habría tocado a un corazón de piedra.

—Ahora, vamos. No, Rosa, no usted —dijo la nueva enfermera mientras el inteligente animal miró a su alrededor para ver si las cosas estaban bien antes de que ella prosiguiera.

—Tomé a la niña hasta casa de madre, sin saber qué hacer, pero ella no lo habría hecho a ningún precio, incluso por una noche. No le gustan los niños, ya sabes, y Padre ha bromeado mucho sobre «los punteros», por lo que ella está bastante escandalizada con la mera idea de un niño en la casa. Me dijo que lo llevará al Jardín de Rosa. Dije que estaba yendo para allá, y no había espacio incluso para un ácaro como este. 2Ve en el Hospital2, dijo. «El bebé no está enfermo, señora2, dije yo. 2Al Asilo de Huérfanos», dijo ella. «No es una huérfana, tiene un padre que no puede hacerse cargo de ella», dije entonces. «Llévala al lugar Expósito, o donde la señora Gardener, o a alguien cuyo negocio es esto. No voy a tener a la criatura aquí, enferma y sucia y ruidosa. Tómala de nuevo, y pregúntale a Rosa para decidir qué hacer con ella». Así que mi cruel madre me ha echado fuera, pero cedió mientras yo tomaba al bebé del hombro y me dio un chal para ponérselo, un embrollo para darle de comer con él, y el dinero para pagar su pensión en un buen lugar. La corteza de Madre es siempre peor que su mordida, ya sabes.

—Y, ¿tú seguiste intentando pensar en «el buen lugar», mientras estabas sentado aquí? —preguntó Rosa, mirándolo con gran beneplácito, mientras él se puso de pie acariciando el cuello brillante de su prima.

—Exactamente. Yo no quería molestarte, porque tienes tu casa llena ya, y yo realmente no podría poner mi mano sobre cualquier alma buena, que se moleste con esta pequeña abandonada. Ella no tiene nada para recomendarla, ya ves tú que no es bonita, débil, tímida como un ratón, un sin fin de atención, sin embargo, me atrevo a decir que necesita cada pedacito que pueda llegar a mantener el alma y el cuerpo juntos, si puedo juzgar.

Rosa abrió los labios de manera impulsiva, pero los cerró sin hablar y se sentó un minuto mirando directamente entre las orejas de la Rosa, como si se obligara a pensar dos veces antes de hablar. Mac la miró por el rabillo de sus ojos mientras le decía, en un tono pensativo, metiendo el chal alrededor de un par de miserables pequeños pies al mismo tiempo:

—Esto parece ser una de las organizaciones benéficas de las que nadie quiere encargarse, sin embargo, no puedo dejar de sentir que mi promesa a la madre me ata a algo más que una mera entrega del bebé a alguna matrona o enfermera descuidada ocupada en cualquiera de nuestras instituciones de hacinamiento. Ella es una criatura

frágil, no molesta a nadie mucho tiempo, quizá, y me gustaría darle sólo una muestra de comodidad, si no es amor, antes de que ella encuentre a su «Marmar» de nuevo.

—Deja a la Rosa, voy a tomar esta niña y la llevaré a casa, y si el tío está dispuesto, voy a adoptarla, y ¡vendrá a ser feliz! —exclamó Rosa, con el brillo repentino de la sensación que siempre la hacía encantadora. Y acercando al pobre bebé, siguió su camino como un Britomart moderno, dispuesta a reparar los daños de cualquier necesidad que ella tuviera.

A media que él avanzaba con el caballo lentamente a lo largo del camino tranquilo, Mac no podía dejar de pensar que se parecía un poco a la huida a Egipto, pero él no lo dijo, siendo un joven respetuoso sólo miró hacia atrás de vez en cuando a la figura por encima de él, porque Rosa se había quitado el sombrero para mantener la luz de los ojos del bebé y se sentó con el sol girando sobre su pelo cubierto de oro, mientras miraba a la pequeña criatura que descansa sobre la silla frente a ella con la reflexión dulce que se apreciaba en algunos Correggio de las vírgenes jóvenes.

Nadie más vio la foto, pero Mac lo recordó por largo tiempo, y siempre después de eso hubo un poco de respeto añadido al cálido afecto que siempre había nacido por su prima Rosa.

—¿Cuál es el nombre de la niña? —fue la pregunta repentina que perturbó un breve silencio, sólo roto por el sonido de los cascos, el crujido de las ramas verdes de arriba, y los villancicos alegres de los pájaros.

—Estoy seguro de que no lo sé —respondió Mac, de repente consciente de que había caído de un aprieto a otro.

—¿No preguntaste?

—No, la madre la llamó su «bebé», y la anciana, «palo de golf». Y todo lo que sé del nombre de pila es el último, Kennedy. Puedes bautizarla como quieras.

—Siendo así, voy a nombrarla Dulcinea, como tú eres su caballero, y la llamaré Dulce, para abreviar. Eso es un lindo diminuto, estoy segura —se rió Rosa, muy divertida ante la idea.

Don Quijote se mostró complacido y se comprometió a defender a su pequeña dama con firmeza, a partir de sus servicios sobre el terreno, rellenando las pequeñas manos, con botones de oro, ganándose para sí mismo la primera sonrisa del bebé que había conocido, por semanas.

Cuando llegaron a casa de tía Abundancia, ella recibió a su nuevo huésped con su hospitalidad acostumbrada y, al enterarse de la historia, estuvo tan cálidamente interesada, tanto como la entusiasta Rosa podría desear y bulliciosa, a punto de hacer que la niña se sintiera cómoda con una energía agradable de ver, porque los instintos de abuela estaban fuertes en la vieja y en los últimos tiempos había sido muy bien desarrollado.

En menos de media hora de que el bebé pasara el tiempo arriba, volvió a bajar en el brazo de Rosa, recién lavada y cepillada, con un vestido rosa demasiado grande y un delantal blanco decididamente muy pequeño, un par de calcetines inmaculados,

pero sin zapatos; un vendaje limpio en el brazo magullado, y una cadena de carretes para un juguete que colgaba sobre el otro. Una expresión de resignación se asentó sobre su carita, pero los ojos asustados sólo eran cautelosos ahora, y el corazón triste, evidentemente, estaba confortado mucho más.

—¡Allí! ¿Te gusta tu Dulce ahora? —dijo Rosa, que mostraba con orgullo el trabajo de sus manos mientras ella entraba con su hábito recogido y llevaba una escudilla de plata de pan y leche.

Mac se arrodilló, tomó la mano pequeña, a regañadientes, y la besó con tanta devoción como el buen Alonso Quijada hacía con la duquesa, mientras decía alegremente, citando a la historia inmortal: «La alta y soberana Dama, tuyo hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura».

Pero el bebé no tenía corazón para jugar y, retirando la mano, señaló a la escudilla con la observación sugerente:

—Din-Din, ahora.

Así que Rosa se sentó y alimentó a la duquesa, mientras que el Don se limitó a observar la fiesta con mucha satisfacción.

—¡Qué linda se ve! ¿Consideras a los zapatos no saludables? —preguntó, observando los calcetines con interés respetuoso.

—No, los zapatos se están secando. Debiste haberla dejado ir en el barro.

—Sólo la dejé en el suelo durante un minuto cuando ella gritó, e hizo un charco, como un pato. Voy a comprarle algo de ropa nueva. ¿A dónde voy?, ¿qué pido?, y, ¿cuánto voy a conseguir? —dijo él, buceando por su bolsillo, amablemente ansioso, pero lastimosamente ignorante.

—Yo me encargaré de eso. Siempre tenemos cosas en la mano para «los punteros», ya que vienen y pronto podrás calzar a Dulce. Puedes hacer algunas preguntas sobre el padre, si quieres, porque yo no quiero tomarle cariño para que luego se la lleven. ¿Sabes algo acerca de él?

—Sólo que él estará en la Prisión Estatal por veintiún años, y no es probable que la moleste.

—¡Qué horror! Realmente creo que para Febe fue mejor no tener ninguno en absoluto. Voy a ir a trabajar de una vez, entonces, y trataré de educar a la pequeña hija del condenado para que sea una buena mujer y se haga un nombre honesto, ya que él tiene nada más que desgracias para darle.

—El tío te puede mostrar cómo hacerlo, si necesitas cualquier ayuda. Ha tenido tanto éxito en su primer intento, que me imagino que no se requiere de mucho más —dijo Mac, recogiendo los carretes por sexta vez.

—Sí, lo haré, porque es una gran responsabilidad, y yo no me lo tomaré a la ligera —contestó Rosa con seriedad, aunque el cumplimiento de dos cañones la complació mucho.

—Estoy seguro de que Febe ha salido espléndidamente, y tú comenzaste muy temprano con ella.

—¡Así lo hice! Eso es alentador. Estimada criatura, cuán desconcertada miró cuando me propuse adoptarla. Me acuerdo de todo sobre ello, porque el tío acababa de llegar y yo estaba muy loca sobre una caja de regalos y me abalancé sobre Febe mientras ella estaba limpiando latones. ¡Qué poco pensé que mi oferta infantil terminaría tan bien! —Y Rosa cayó, reflexionando con una sonrisa de felicidad en su rostro mientras el bebé recogía los últimos trozos fuera de la escudilla con sus propios dedos ocupados.

Sin duda, había terminado bien, porque Febe al final de seis meses no sólo tenía un buen lugar como cantante del coro, sino varios alumnos jóvenes y excelentes perspectivas para el próximo invierno.

«—Acepta la bendición de un joven pobre, cuyos afortunados pasos le han llevado a tu puerta, y déjame ayudar tanto como me sea posible.

Adiós, mi Dulcinea».

Y, con un golpe suave de despedida en la cabeza, Mac se fue a reportar su éxito a su madre, que a pesar de su aparente dureza, ya estaba planeando una mejor manera de hacerse amiga de este inconveniente bebé.

Capítulo 17

Entre las pilas de heno

El tío Alec no objetó y, al ver que nadie tenía derecho sobre la niña, permitió a Rosa mantenerla, al menos, por un tiempo. Así que la pequeña Dulce, recién equipada, incluso con un nombre, tomó su lugar entre ellos y poco a poco comenzó a prosperar. Pero ella no había crecido lo suficiente y nunca era fue una niña alegre, atractiva, para los que parecía haber nacido en el dolor y criada en la miseria. Una criatura pálida, una criaturita pensativa, siempre oculta en las esquinas y buscando tímidamente, como pidiendo permiso para vivir, y, cuando le ofrecían juguetes, los tomaba con una sorpresa mansa que era muy emotiva.

Rosa pronto se ganó su corazón, y después, casi deseó que no lo hubiera hecho, porque el bebé se aferró a ella con cariño inconveniente, cambiando su antiguo lamento: «Marmar» en un lamento por «Tía Wose» si se separaban mucho tiempo. Sin embargo, hubo una gran satisfacción en acariciar a la niñita abandonada, porque aprendía más de lo que podía enseñar y sentía un sentido de responsabilidad, que era excelente para el lastre de su naturaleza entusiasta.

Kitty Van, convirtió a Rosa en su modelo en todas las cosas, se inspiró de inmediato para ir a hacer lo mismo, con gran regocijo, ganándose la molestia de su familia. Seleccionando de las más bonitas en el asilo, con carácter más alegre, ella lo llevó a su casa a prueba durante una semana. «Un perfecto querubín», pronunció el primer día, pero un «Niño terrible», antes de que la semana hubiera terminado, porque el joven héroe se amotinó durante el día, aullaba por la noche, saqueó la casa de arriba a abajo, y mantuvo a sus guardianes en una serie de pánico por sus locos arranques. Así que la mañana del sábado, una pobre agotada Kitty, regresó al «querubín» con muchas gracias, y decidió esperar hasta que sus puntos de vista de la educación fueran un poco más avanzados.

A medida que el clima cálido llegaba, Rosa anunció que Dulce necesitaba aire de montaña, ya que ella obedientemente repetía muchas de las recetas del Dr. Alec como fuera posible y, recordando cuán bueno resultó Cozy Corner hace mucho tiempo, decidió probarlo en su bebé. Tía Jessie y Jamie se marcharon con ella, y la Madre Atkinson los recibió tan cordialmente como siempre. Las bellas hijas estaban casadas y se habían ido, pero una muchacha valiente tomó su lugar, y nada parecía haber cambiado, excepto que los antiguos jefes estaban más grises y los jóvenes bastante más altos que hace seis años.

Jamie de inmediato confraternizó con los niños vecinos y se dedicó a la pesca con un ardor que merecía un gran éxito. Tía Jessie se deleitó con la lectura, porque ella no tenía tiempo en casa, y durmiendo en su hamaca, una mujer feliz, sin calcetines para zurcir, coser botones, o mantener una casa, se preocupó de vejar a su alma. Rosa se ocupó de Dulce como una gallina muy devota, con un pollo más bien débil, pues estaba ansiosa de que este tratamiento funcionara y tendiendo a su pequeña paciente

todos los días con una satisfacción cada vez mayor. El doctor Alec se acercó a pasar unos días y pronunció que la niña se encontraba en una situación más prometedora. Pero el gran evento de la temporada fue la inesperada llegada de Febe.

Dos de sus alumnos la habían invitado a unirse a ellos en un viaje a las montañas, y ella se escapó desde el gran hotel para sorprender a su amita con una visita, tan bien y feliz de que Rosa no tuviera la ansiedad dejada sobre su cuenta.

Tres días agradables ellas pasaron, vagando juntas, hablando tan sólo de lo que las chicas pueden hablar después de una larga separación, y disfrutando la una de la otra como un par de enamorados. Como si todo quisiera coronarse como perfecto, por una de esas notables coincidencias que a veces ocurren, Archie fue a quedarse hasta el domingo, así que Febe tuvo su sorpresa, y la tía Jessie y el telégrafo mantuvo su secreto muy bien, nadie sabía lo que la maquinación materna llevó a que la feliz casualidad aconteciera.

Entonces, Rosa vio una muy bonita, un poco pastoral, manera de amarse, y mucho después de que todo terminara, y Febe se hubiera ido en una dirección, Archie en otro, el eco de las dulces palabras parecían permanecer en el aire, para perseguir el pinar, e incluso la cafetera grande tenía un halo de romanticismo al respecto, porque sus lados pulidos reflejaron las cálidas miradas que los enamorados intercambiaron mientras el otro llenaba la taza en ese último desayuno.

Rosa encontró estos recuerdos más interesantes que cualquier novela que había leído, y muchas veces engañaba a su placer largamente, planificando un futuro espléndido para su Febe mientras trotaba alrededor de su bebé en el precioso clima de julio.

En uno de los días más perfectos, ella se sentó debajo de un viejo manzano en la ladera detrás de la casa donde solía jugar. Antes de que ella abriera la gama intercalada, salpicó con los segadores en su trabajo pintoresco. A la izquierda, el río fluía rápidamente bordeado de agraciados olmos, los más valientes de su vegetación, a la derecha se alzaban las grandes montañas serenas de color púrpura y sobre la cabeza brillaba el cielo del verano, que glorificaba todo.

La pequeña Dulce, cansada de jugar, estaba durmiendo en el nido que había hecho cerca en uno de los montones de heno, y Rosa se apoyó en el árbol viejo y nudoso, soñando en fantasía con su trabajo a sus pies. Feliz y absorbiendo sueños que parecían realizarse, porque su rostro era bonito y tranquilo, y ella no hizo caso del tren que de repente se fue a toda velocidad por el valle, dejando una nube blanca detrás. Su estruendo ocultó el sonido de los pasos que se acercaban, y sus ojos nunca se apartaron de las distantes colinas, hasta que la repentina aparición de un joven muy quemado por el sol, pero sonriendo la hizo sobresaltarse, exclamando con alegría:

—¿Por qué, Mac? ¿De dónde sales?

—Desde la cima del monte Washington. ¿Cómo estás?

—Nunca he estado mejor. ¿No vas a entrar? Debes de estar cansado después de semejante caída.

—No, gracias. He visto a la anciana. Ella me dijo que la tía Jessie y el muchacho se habían ido a la ciudad y que tú estabas «rondando» en el viejo lugar. Vine de inmediato y tomaré un descanso aquí, si no te importa —respondió Mac, dejando su mochila y tomando un montón de heno, como si se tratara de una silla.

Rosa se hundió en su antiguo asiento, observando a su primo con mucha satisfacción, mientras decía:

—Ésta es la tercera sorpresa que he tenido desde que llegué. El tío apareció sobre nosotros en primer lugar, a continuación, Febe, y ahora ¿Has tenido un agradable vagabundeo? Tío dijo que estabas fuera.

—¡Encantador! Me siento como si hubiera estado en el cielo, o cerca de él, durante unas tres semanas, y pensé en romper el choque de bajar a la tierra, llamando aquí en mi camino a casa.

—Luces como si el cielo te hubiese impregnado. Café como una baya, pero tan fresco y feliz que nunca hubiera imaginado que habías estado escalando por una montaña —dijo Rosa, tratando de descubrir por qué se veía tan bien a pesar del traje de franela azul y los zapatos polvorientos, ya que había una cierta frescura selvática acerca de él mientras estaba sentado lleno de fuerza reposada que las colinas parecían haberle dado; los sanos días alegres de aire y el sol colocándose en un hombre, y la mirada clara y brillante de quien había entrevisto un mundo nuevo desde la cima de la montaña.

—El vagabundeo está de acuerdo conmigo. Tomé un baño en el río apenas llegué y me bañé en un lugar donde Sabrina Milton podría haber vivido —dijo, sacudiéndose el pelo húmedo y resolviendo el nudo escarlata atrapado en su ojal.

—Pareces como si hubieras encontrado a la ninfa en casa —dijo Rosa, sabiendo lo mucho que le gustaba el Comus.

—La encontré aquí —e hizo una pequeña reverencia.

—Eso es muy bonito, y te voy a dar uno a cambio. Cada día te pareces más al tío Alec y creo que voy a llamarte, Alec, Jr.

—Alejandro Magno no te daría las gracias por eso —y Mac no se veía tan agradecido como ella había esperado.

—Me gusta mucho, de hecho, a excepción de la frente. La suya es amplia y benévola, la tuya alta y estrecha. ¿Sabes si no tenías barba, y llevabas el pelo largo?, realmente creo que te ves como Milton —añadió Rosa, segura de complacerlo.

Sin duda le divirtió, porque él se recostó en la paja y se echó a reír con tantas ganas que su alegría asustó a la ardilla en la pared y despertó a Dulce.

—¡Tú, jovencito ingrato! ¿Nada te conviene? Cuando digo que te ves como el mejor hombre que conozco, te encoges de hombros, y cuando te comparó con un gran poeta, gritas. Me temo que eres muy presumido, Mac. —Y Rosa se echó a reír también, alegrándose de verle tan contento.

—Si lo soy, es tu culpa. Nada de lo que alguna vez haga hará de mí un Milton, a menos que me quede ciego algún día —dijo, reflexionando seriamente.

—Dijiste una vez que un hombre podía ser lo que quisiera, si se esforzaba lo suficiente, así que ¿por qué no ser un poeta? —preguntó Rosa, con el gusto de hacerlo tropezar con sus propias palabras, como a menudo hacía.

—Pensé que iba a ser un médico.

—Puedes ser ambos. Ha habido médicos poetas, ya sabes.

—¿Quieres que yo sea tal persona? —preguntó Mac, mirándola con tanta seriedad como si él realmente pensara probarlo.

—No. Preferiría que tengas el uno o el otro. No me importa que, solo que seas famoso en lo que elijas. Soy muy ambiciosa para ti, porque, insisto en ello, eres un genio de algún tipo. Creo que estás empezando a cocinar a fuego lento ya, y tengo una gran curiosidad por saber lo que va a llegar a ser.

Los ojos de Mac brillaban mientras ella decía eso, pero antes de que pudiera hablar, una vocecita dijo: «¡Tía Wose!» y él se volvió a encontrar a Dulce sentada en su nido mirando el fondo azul amplio ante ella con los ojos redondos.

—¿Conoces a tu Don? —preguntó, tendiéndole la mano con suavidad respetuosa, ya que ella parecía un poco dudosa de si él era un amigo o un desconocido.

—Se trata de «Mat» —dijo Rosa, y la familiar palabra pareció tranquilizar a la niña a la vez, ya que, inclinada hacia adelante, lo besó, como si estuviera acostumbrada a hacerlo.

—Tomé algunos juguetes para ella, por cierto, y a la vez, tiene que pagar por ello. No esperaba ser tan amablemente recibidos por este ratón tímido —dijo Mac, mucho más satisfecho, porque Dulce era muy buena cuidada de sus favores.

—Ella te conocía, porque yo siempre llevo mi álbum familiar y cuando ella llega a tu imagen siempre la besa, porque no quiero que se olvide de su primer amigo —explicó Rosa, satisfecha con su pupila.

—En primer lugar, pero no el mejor —respondió Mac, rebuscando en su mochila por los juguetes prometidos, los que dejó en el heno ante una encantada Dulce.

Ni los libros ilustrados, ni dulce, excepto bayas ensartadas en largos tallos de hierba, bellotas, y los lindos conos, pedazos de roca brillante de mica, las plumas de varios azulejos, y un nido de musgo con guijarros blancos de los huevos.

La querida naturaleza, fuerte y amable sabe lo que a los niños les encanta, y tiene un montón de esos juguetes listos para todos, si uno sólo sabe cómo encontrarlos. Estos fueron recibidos con entusiasmo. Y dejando a la pequeña criatura disfrutando de ellos en su manera tranquila, Mac comenzó a colocar las cosas en su mochila otra vez. Dos o tres libros se encontraban cerca de Rosa, y ella tomó uno que se abrió en un lugar marcado por un papel garabateado.

—¿Keats? No sabía que te dignaras a leer algo tan moderno —dijo, moviendo el papel para ver la página de abajo.

Mac miró hacia arriba, le arrebató el libro de la mano, y sacudió varios trozos más abajo, y luego regresó con una curiosa expresión avergonzada, diciendo, mientras podía guardar los papeles en el bolsillo:

—Pido perdón, pero estaba lleno de basura. ¡Oh, sí! Yo soy aficionado de Keats. ¿No lo conoces?

—Solía leerlo mucho, pero el tío me encontró llorando sobre la «Maceta de albahaca» y me aconsejó que por un tiempo leyera menos poesía o me pondría demasiado sentimental —respondió Rosa, pasando las páginas sin verlas, porque una nueva idea había surgido sólo en su cabeza.

—«La víspera de Santa Inés» es la historia de amor más perfecta del mundo, creo —dijo Mac, con entusiasmo.

—Lee para mí. Me siento igual que si escuchara poesía, y tú harás justicia si eres aficionado de la misma —dijo Rosa, entregándole el libro con un aire inocente.

—Nada me gustaría más, pero es bastante largo.

—Voy a decirte que te detengas si me canso. El bebé no interrumpirá; se contenta durante una hora con las cosas bonitas.

Como si estuviera complacido con su tarea, Mac se tendió cómodamente sobre la hierba y, recostando su cabeza en la mano, leyó la hermosa historia, como sólo uno podría adentrarse plenamente en el espíritu de la misma. Rosa lo miró de cerca y vio cómo su rostro se iluminó en una fantasía pintoresca, descripción delicada, o la palabra deliciosa, escuchó la suavidad de las medidas melodiosas saliendo de sus labios, y leyó algo más que admiración en sus ojos mientras miraba de vez en cuando para ver si ella lo disfrutaba tanto como él.

Ella no podía dejar de disfrutarlo, porque la pluma del poeta mientras escribía, y el pequeño romance vivido ante ella, excepto que no estaba pensando en John Keats mientras escuchaba, ella se preguntaba si este primo era un alma gemela, nacida para hacer música muy dulce y dejar un eco detrás de él. Parecía como si pudiera serlo, y, después de pasar por la oruga y los reprimidos cambios de la crisálida, la mariposa más bella parecía sorprender y deleitarlos a todos. Tan llena de esta fantasía estaba ella que nunca le dio las gracias cuando se terminó la historia, pero, inclinándose hacia adelante, le preguntó en un tono que le hizo sobresaltarse y que dio la impresión como si hubiera caído de las nubes:

—Mac, ¿alguna vez escribiste poesía?

—Nunca.

—¿Cómo se llama la canción que Febe cantó con su coro de pájaros?

—Eso no fue nada hasta que ella puso la música, pero prometió que no lo contaría.

—No lo hizo. Yo lo sospechaba, y ahora lo sé —se rió Rosa, encantada de haberlo atrapado.

Bastante desconcertado, Mac dio al pobre Keats una aventura y, apoyándose en ambos codos, trató de ocultar su rostro porque había enrojecido como una muchacha modesta cuando se burlaban de su amor.

—No necesitas mirar tan culpable, no es pecado escribir poesía —dijo Rosa, divertida ante su confesión.

—Es un pecado llamar a esa basura poesía basura —murmuró Mac con gran desprecio.

—Es un pecado más grande contar una mentira y decir que nunca lo escribiste.

—La lectura establece un pensamiento sobre estas cosas, y cada compañero garabatea un pequeño jingle cuando él es perezoso o en el amor, ya sabes —explicó Mac, luciendo muy culpable.

Rosa no pudo entender el cambio que vio en él hasta que sus últimas palabras sugirieron una causa que ella sabía por experiencia, tendía a inspirar a los hombres jóvenes. Inclinandose hacia delante otra vez, le preguntó solemnemente, aunque sus ojos bailaban con la diversión

—Mac, ¿estás enamorado?

—¿Luzco así? —Y se sentó con un rostro tan herido e indignado, que ella se disculpó de inmediato, ya que él ciertamente no parecía amoroso con el paleta en el pelo, varios grillos vivos que saltaban por encima de su espalda, y un par de piernas largas extendidas desde el árbol hasta el heno.

—No, no lo pareces, y humildemente pido perdón por hacer tal insinuación injustificable. Simplemente se me ocurrió que el cambio general que observamos podría ser debido a eso, ya que no era la poesía.

—En todo caso, se trata de la buena compañía que he estado manteniendo. Un hombre no puede pasar «Una semana» con Thoreau y no sacar el provecho por ello. Me alegro de mostrarlo, porque en la ardua vida la mayoría de nosotros, incluso con una hora de una alma sana, simple y sagaz, es una ayuda para uno —dijo Mac, tomando un libro muy gastado de su bolsillo con el aire de presentar a un amigo muy querido y honrado.

—He leído algo, y me han gustado, son tan originales, frescos y graciosos a veces —dijo Rosa, sonriendo al ver las marcas naturales y apropiadas de aprobación de los elementos que aparecían puestas en las páginas que Mac iba pasando con entusiasmo, porque evidentemente, había llovido, una baya machacada manchando a otra, daba la impresión de que algún ratón de campo o una ardilla habían comido una esquina, y la cubierta se desvaneció con la luz del sol, que parecía haberse filtrado a través de los pensamientos en su interior.

—Aquí hay un pequeño extracto para ti: «Prefiero sentarme en una calabaza, y tener todo para mí, que ser llenado en un cojín de terciopelo. Prefiero andar en la tierra en un carro de bueyes, circulando libremente, que ir al cielo en el coche de lujo de un tren de excursión, y respirar malaria todo el camino».

—He intentado ambos y estoy muy de acuerdo con él —se rió Mac, y rozando otra página, le dio un párrafo aquí y allá.

«Leer los mejores libros en primer lugar, o puede que no tengas la oportunidad de leerlos a todos».

«No sabemos mucho de los libros ilustrados, pero a partir de los libros

sinceros de humanos: Frank, biografías honestas».

«Por lo menos vamos a tener los libros saludables. Deja que el poeta sea tan vigoroso como el arce de azúcar, con la savia suficiente para mantener su verdor propio, además de lo que corre en el canal; y no como una vid que, por estar separada en la primavera, no da fruto, pero sangra hasta la muerte en el esfuerzo por sanar sus heridas».

—Eso va a hacer por ti —dijo Rosa, aun pensando en la nueva sospecha que le gustó por su improbabilidad.

Mac lanzó una rápida mirada a ella y cerró el libro, diciendo en voz baja, aunque sus ojos brillaban, y una sonrisa consciente se escondía en su boca:

—Vamos a ver, y nadie debe inmiscuirse, porque, como dice mi Thoreau: «Todo lo que dejamos a Dios, Dios lo hace y nos bendice: El trabajo que elijamos debe ser la nuestro único Dios».

Rosa se sentó en silencio, como si fuera consciente de que merecía su reprobación poética.

—Ven, tú me has catequizado bastante bien; Ahora voy a tomar mi turno y te preguntaré por qué te ves «levantada», como lo llamas ¿Qué has estado haciendo para ser más que nunca cómo tu mismo nombre? —preguntó Mac, llevando la guerra al campo enemigo con la súbita pregunta.

—Nada, excepto vivir, y disfrutar haciéndolo. De hecho, me siento aquí, día tras día, tan feliz y contenta con las cosas pequeñas como Dulce lo es y siento como si yo no fuera mucho mayor que ella —respondió la muchacha, sintiendo como si algún cambio estuviera pasando en ese tipo agradable de pausa, pero incapaz de describirlo.

—¿Cómo si una rosa debiera cerrarse y ser un brote otra vez? —Murmuró Mac, citando a su amado Keats.

—Ah, ¡pero yo no puedo hacer eso! Tengo que ir floreciendo, me guste o no, y el único problema que tengo es saber que hoja debe desarrollarse luego —dijo Rosa, suavizando el vestido blanco, en el que se veía muy parecida a una margarita, entre el verde.

—¿Hasta qué punto llegarás? —preguntó Mac, continuando con su catecismo, como si la fantasía le conviniera.

—Déjame ver. Desde que llegué a casa el año pasado, he estado alegre, luego triste, entonces ocupada, y ahora estoy simplemente feliz. No sé por qué, pero parece como si estuviera esperando para lo que vendrá después, y preparándome para ello, tal vez inconscientemente —dijo, mirando soñadora a las colinas de nuevo, como si la nueva experiencia estuviera llegando a ella desde lejos.

Mac la miró pensativo por un momento, preguntándose cuántas más hojas se desplegarían ante el corazón de oro de esta flor humana que se encontraba abierta al sol. Él sintió un curioso deseo de ayudar de alguna manera, y no podía pensar en algo más para ofrecerle que aquello que había encontrado más útil para sí mismo.

Recogiendo otro libro, lo abrió en un lugar donde estaba una hoja de roble, y se lo entregó, diciendo, como si presentara algo muy excelente y precioso:

—Si quieres estar dispuesta a tomar lo que venga en un sentido noble y valiente, lee eso, y aquella en la que se dio vuelta la página hacia abajo.

Rosa lo cogió, vio las palabras: «confianza en sí mismo», y girando las hojas, leyó aquí y allá, un pasaje marcado: «Mi vida es por sí misma, y no para un espectáculo».

«Insiste en ti mismo: no imites lo que cada uno puede hacer mejor, nadie más que tu Creador te puede enseñar».

«Haz lo que esté hecho para ti, y no puedes esperar o atreverte demasiado».

Entonces, llegó hasta la página doblada, cuyo título era «heroísmo», según vio y se iluminó mientras leía:

«Deja a la doncella, con el alma erguida, caminar serenamente en su camino, acepta la sugerencia de cada nueva experiencia; busca a su vez, todos los objetos que solicitan su ojo, que ella puede aprender el poder y el encanto de su recién nacido ser».

«La muchacha imparcial que repele la interferencia por una decisión y elige el orgullo de influencias, que inspira a cada espectador con algo de su propia nobleza; y el corazón en silencio la anima. O a su amigo, ¡nunca velado por un temor! Entra en el puerto en gran medida, o a navegar con el Dios de los mares».

—Entiendes eso, ¿no? —preguntó Mac mientras observaba con la mirada de alguien que había encontrado algo en ella adecuado a su gusto y necesidad.

—Sí, pero nunca me atreví a leer estos ensayos, porque yo pensaba que eran demasiado profundos para mí.

—Las cosas más profundas son a veces las más simples, creo yo. Todo el mundo da la bienvenida a la luz y el aire, y no se puede prescindir de ellos, sin embargo, muy pocos pudieron explicarlos de verdad. Yo no te pido que leas o entiendas todo eso, pero te recomiendo los dos ensayos que he marcado, así como «Amor» y «Amistad». Inténtalo con ellos, y quiero saber cómo los adaptarás. Te voy a dejar el libro.

—Gracias. Quería algo bueno para leer aquí y, a juzgar por lo que veo, me imagino que esto me conviene. Sólo la tía Jessie puede pensar que me estoy dando aires si pruebo con Emerson.

—¿Por qué ella? Él ha hecho más que los hombres y mujeres jóvenes que piensan que cualquier hombre en este siglo, por lo menos. No tengas miedo si es lo que

quieres, tómalo, y sigue adelante como él te dice: «Sin frenos, sin descanso, levántate y sé el mejor».

—Lo intentaré —dijo Rosa con mansedumbre, sintiendo que Mac había estado pasando por delante a sí mismo mucho más rápido de lo que ella tenía por sospecha.

Aquí una voz exclamó: «¡Hola!» y, mirando a su alrededor, Jamie fue descubierto vigilándolos críticamente mientras estaba en una actitud independiente, como un pequeño coloso de Rodas, en pequeña ropa de color marrón, con un paquete de dulce de melaza en una mano, varios nuevos anzuelos apreciados con cuidado en el otro, y su sombrero bien puesto en la parte posterior de su cabeza, mostrando que muchas pecas en la nariz un tanto limitada, razonablemente podrían acomodarse.

—¿Cómo estás, joven? —dijo Mac, asintiendo con la cabeza.

—Tip-Top. Me alegro de que seas tú. Pensé que Archie podría haber aparecido de nuevo, y no tenía diversión. ¿De dónde vienes? ¿A qué has venido? ¿Cuánto tiempo te vas a quedar? ¿Quieres un poco? ¿La felicidad es buena?

Con estos variados comentarios Jamie se acercó, estrechó las manos de una forma varonil, y, se sentó al lado de su primo lejano, dando su hospitalidad, ofreciendo dulces por todas partes.

¿Recibiste alguna carta? —preguntó Rosa, disminuyendo el trato pegajosa.

—Muchas, pero mamá se olvidó de dárme las, y yo estaba más bien en un apuro, pues la señora Atkinson dijo que alguien había llegado y yo no podía esperar —explicó, reposando con lujo la cabeza en las piernas de su Mac y con la boca llena.

—Voy a buscarlas. Tía estará cansada, y debemos disfrutar de la lectura de las noticias, juntos.

—Ella es la chica más conveniente que haya existido jamás —observó Jamie, mientras Rosa se marchó, pensando que a Mac podría gustarle algún refresco más sustancial que dulces.

—Ya lo creo, si le permites realizar tus diligencias, pequeño bribón perezoso —respondió Mac, observándola cuando iba por la ladera verde, porque había algo muy atractivo para él respecto a la esbelta figura en un blanco vestido con un cinturón negro alrededor de la cintura y todo el pelo ondulado recogido en la parte superior de la cabeza con un lazo negro.

—Una especie de pre-Rafaelita, y muy refrescante después de las criaturas desabridas en los hoteles —se dijo a sí mismo, mientras ella desapareció bajo el arco de los corredores de color escarlata en la puerta del jardín.

—¡Ah, bueno! A ella le gusta. A Rosa le gusta, y me siento muy bien con ella cuando tengo tiempo —continuó Jaime, explicando con calma—. Le dejé que cortar un anzuelo, cuando estaba atrapado en mi pierna, con una navaja afilada, y debes creer que me dolía, pero nunca me retorció ni un poco, y ella me dijo que era un muchacho valiente. Y entonces, un día dejé sobre mi isla desierta en el estanque, ya sabes el barco flotando, y allí estaba yo por más de una hora, antes de que pudiera hacer que alguien me oyera. Sin embargo, Rosa pensó que yo podría estar allí, y vino

abajo, y me dijo que nadar hasta la orilla. No estaba lejos, pero el agua de un frío horrible, y no me gusta. Sin embargo, empecé, tal como ella dijo, y subí bien, hasta que a mitad de camino tuve un calambre, entonces algo me hizo callar y gritar, y ella vino detrás de mí descuidada, y me llevó a tierra. Sí, señor, tan húmeda como una tortuga, y se veía muy divertida, me reí, y curé los calambres. ¿No era yo bueno para pensar cuando ella dijo: «Vamos»?

—Ella fue a bucear después de una escapada. Supongo que la llevaste al límite, y que será mejor llevarte a casa conmigo en la mañana —sugirió Mac, rodando sobre el niño y dando puñetazos en el montón de heno, mientras que Dulce aplaudió de su nido.

Cuando Rosa regresó con helado de leche, pan de jengibre, y las cartas, se encontró con el lector de Emerson en el árbol, arrojando y siendo arrojado con manzanas verdes, mientras Jamie intentaba en vano llegar a él. El sitio terminó cuando la tía Jessie apareció, y el resto de la tarde se pasó conversando sobre los asuntos del hogar.

A la mañana siguiente, Mac estaba fuera, y Rosa se fue muy lejos a la antigua iglesia con él.

—¿Caminarás todo el camino? —le preguntó mientras él iba a su lado en la frescura de rocío del día.

—Sólo cerca de unos treinta kilómetros, a continuación, tomaré el coche y regresaré de nuevo a mi trabajo —respondió él, rompiendo un helecho delicado para ella.

—¿Es que nunca te sientes solo?

—Nunca. Tomo a mis mejores amigos, ya sabes —y le dio un palmazo a la bolsa de la que asomaba el volumen de Thoreau.

—Tengo miedo que dejes al mejor detrás de ti —dijo Rosa, en alusión al libro que le había prestado ayer.

—Estoy contento de compartirlo contigo. Tengo mucho de ello aquí, y un poco va en una manera grande, como pronto descubrirás —contestó él, dándose golpecitos en su cabeza.

—Espero que la lectura vaya a hacer mucho por mí, ya que parece que lo ha hecho por ti. Estoy contenta, pero tú eres sabio y bueno yo quiero serlo también.

—Lee, y digiérelo bien, a continuación, escribe y dime lo que piensas de él. ¿Quieres? —preguntó mientras se detuvieron en los cuatro caminos que se juntaban.

—Si vas a contestar. ¿Tendrás tiempo con todo el otro trabajo? Poesía, pido perdón porque la medicina es muy absorbente, ya sabes —contestó Rosa con picardía, porque en ese momento, mientras se puso de pie con la cabeza descubierta en las sombras de las hojas por encima de su hermosa frente, se acordó de la conversación entre los montones de heno, y no se parecía en nada a un médico

—Voy a hacer el tiempo.

—Adiós, Milton.

—Adiós, Sabrina.

Capítulo 18

¿Cuál era?

Rosa leyó, procesó, y encontró sus días mucho más ricos por la buena compañía que ella mantenía, para introducirse a todo lo que era sabio, bello y verdadero, que no podía dejar de hacer que ese mes fuese inolvidable. No era extraño que mientras el joven admiraba más el «heroísmo» y la «autosuficiencia», la chica prefiriera el «Amor» y la «Amistad», leyendo una y otra vez poemas en prosa, como ellos lo eran, con el acompañamiento adecuado de sol, la soledad y la simpatía, las cartas iban y venían con una regularidad digna de elogio.

Rose disfrutaba mucho esta correspondencia, y se encontró lamentando que hubiese llegado a su fin cuando ella se fue a casa en septiembre, Mac escribía mejor de lo que él hablaba, aunque podía hacerlo muy bien cuando quería. Pero ella no tenía ninguna posibilidad de expresar placer o arrepentimiento, la primera vez que lo vio después de su regreso, el gran cambio en su apariencia le hizo olvidar todo lo demás. Algunos caprichos se habían apoderado de él, estaba afeitado y rapado, y cuando se presentó para recibir a Rosa, ella apenas lo reconoció. El cabello lanudo había sido recortado y bien cepillado, la barba marrón querida había desaparecido por completo, mostrando una boca bien cortada y una linda barba que le daba una nueva expresión al rostro.

—¿Estás tratando de parecerte a Keats? —preguntó, después de una mirada crítica, que la dejó sin decidir si el cambio era favorable o no.

—Estoy tratando de no lucir como el tío —respondió Mac fríamente.

—Y, ¿por qué, si eres tan amable? —exigió Rosa sorprendiéndose mucho.

—Porque yo prefiero lucir como yo, y no parecerme a ningún otro hombre, sin importar qué tan bueno o grande sea.

—Pues, no has tenido éxito, porque ahora luces, muy parecido al joven Augusto joven —respondió Rosa, bastante satisfecha en general al ver su nuevo aspecto.

—¡Confiar en una mujer para encontrar una comparación para todo bajo el sol! —Mac se echó a reír, en absoluto halagado por la que acaba de hacer—. ¿Qué piensas de mí, en su conjunto? —le preguntó un minuto después, cuando se encontró con Rosa aún escrutando con un aire meditativo.

—No he tomado mi decisión. Es un cambio tan completo, no te conozco, y siento como si debiera ser presentada. Ciertamente pareces mucho más ordenado, y me imagino que me gustara cuando me acostumbre a ver a un hombre de aspecto un poco distinguido por la casa en lugar de mi viejo amigo Orson —respondió Rosa, con su cabeza hacia un lado para obtener una vista de perfil.

—No se lo digas a tío por qué ya lo hice, por favor, él piensa que fue para volverme *cool* y le gusta, así que no hagas caso. Ellos están acostumbrados a mí, y no me importa —dijo Mac, discurriendo la habitación como si después de todo, estuviese avergonzado de su capricho.

—No, no lo haré, pero no debes darle importancia si no soy tan sociable como siempre por un tiempo. Nunca puedo estar con extraños, y realmente pareces uno. Será un castigo por tu afición al gusto y tu amor por la originalidad —respondió Rosa, decidida a castigarlo por la leve puesta sobre su querido tío.

—Como quieras. No te molestaré mucho, de todos modos, porque voy a estar muy ocupado. Puede que vaya a L este invierno, si el tío piensa que es lo mejor, y entonces mi «originalidad» no te podrá molestar.

—Espero que no vayas. Por qué, Mac, cuando estoy llegando a conocerte y a disfrutar de ti, y cuando pensamos que sería mejor tener un buen tiempo de este invierno leyendo algo juntos. ¿Te tienes que ir? —Y Rosa pareció olvidar su extrañeza, mientras ella lo sostenía aún por un botón mientras hablaba.

—Eso estaría bien, pero siento como si tuviera que ir por mis planes que ya están hechos, y he puesto mi corazón en ello —respondió Mac, que parecía tan ansioso que Rosa lo liberó, diciendo con tristeza:

—Supongo que es natural que todos ustedes se pongan inquietos y presionen, pero es difícil para mí dejar ir a uno detrás del otro y quedarme aquí sola. Charlie se ha ido, Archie y Steve están envueltos en sus amores, los chicos lejos, y sólo Jamie queda para jugar con Rosa.

—Pero voy a regresar, y te alegrarás de que vuelva a ti —Mac de repente comenzó con entusiasmo, luego se detuvo abruptamente a morder los labios, como si hubiera estado cerca de decir demasiado.

—¿Tu qué? —Rosa le preguntó con curiosidad, porque no se veía ni se comportaba como él mismo.

—Se me olvidó cuánto tiempo se tarda en obtener un diploma —dijo él, alejándose de nuevo.

—Habrá algo confortable si vas a ver a Febe y me puedes decir todo sobre ella, porque es tan modesta, no hay modo que ella lo haga. Me falta saber cómo se las arregla de ahora en adelante, si ella está comprometida a cantar baladas en los conciertos que ellos comentan para el próximo invierno. Tendrás que escribir, ¿verdad?

—¡Oh, sí! No lo dudes —Y Mac se rió por lo bajo de sí mismo mientras él se inclinaba un poco para mirar a la Psique que estaba sobre la repisa de la chimenea—. ¡Qué cosa más bonita es! —añadió con seriedad mientras la tomaba.

—Ten cuidado. El Tío me lo dio el Año Nuevo pasado, y estoy muy encariñada con ella. Está levantando su lámpara para ver cómo es Cupido, porque ella no lo ha visto aun —dijo Rosa, ocupada poniendo su mesa de trabajo en orden.

—Debes tener un Cupido para que ella lo mire. Ha estado esperando pacientemente un año entero, sin nada más que un lagarto de bronce a la vista —dijo Mac con una mirada medio tímida, medio atrevida que era tan nueva y sorprendente.

—Cupido huyó tan pronto como ella lo despertó, ya sabes, y le dio un mal rato. Ella debe esperar tiempo hasta que pueda encontrarlo y conservarlo.

—¿Sabes que se parece a ti? Cabello atado en un nudo, y una especie de rostro espiritual. ¿No lo ves? —preguntó Mac, volteando un poco la grácil figura hacia ella.

—Nada de eso. ¡Me pregunto a quien me pareceré luego! He sido comparada con un ángel de Fra Angelico, Santa Inés, y ahora; «Syke» como Annabel una vez la llamara.

—Verás lo que quiero decir; si alguna vez has visto tu propia cara cuando estabas escuchando música, hablando con seriedad, o moviéndote mucho, entonces tu alma se mete en tus ojos y te pareces a Psique.

—Dime la próxima vez que me veas en un estado «alma», y voy a mirar en el espejo, porque me gustaría ver si está sucediendo —dijo Rosa alegremente mientras se ordenan sus agradables estambres.

—«Tus pies sobre los pastos crecidos, moviéndote suave como un viento; me alcanzaste en abril, con una rostro hecho de una rosa». —Murmuró Mac en voz baja, pensando en la figura blanca que subía una cuesta verde un día de verano, y luego, como si reprendiéndose a sí mismo por su sentimentalismo, puso a Psique hacia abajo con mucho cuidado y empezó a hablar de un curso de lectura sólida para el invierno.

Después de eso, Rosa vio muy poco de él durante varias semanas, ya que parecía estar recuperando el tiempo perdido y estaba más extraño y ausente que nunca cuando él apareció.

Mientras ella se acostumbraba al cambio en su apariencia externa, descubrió que él se estaba alterando rápidamente por otros medios y observó al «caballero de aspecto distinguido» con mucho interés, diciendo para sus adentros, cuando vio un nuevo tipo de dignidad sobre él alternando con una inquietud inusual de los modales, y de vez en cuando un toque de sentimiento: «El genio está latente, tal como lo predije».

Mientras la familia estaba de luto, no hubo festejos en el cumpleaños 21 de Rosa, a pesar que los muchachos habían planeado todo tipo de festejos. Todos se sintieron particularmente tiernos hacia su chica en ese día, recordando cómo el «pobre Charlie» la había amado, y lo intentaron mostrando en los regalos y en los buenos deseos que le enviaban. Encontró a su santuario brillando con hojas de otoño, y sobre la mesa tantas cosas raras y bonitas, que se olvidó que ella era una heredera, y sólo sintió lo rica que estaba en amigos queridos.

Un gran regalo le gustó, aunque no pudo evitar sonreír ante la fuente de donde vino, porque Mac le envió un Cupido; no el niño regordete con cara de alegría juguetona, si no un joven esbelto con alas apoyado en su arco sin encordar, con una flecha rota a sus pies. Un poema: «A Psique», vino con él, y Rosa estuvo muy sorprendida por la belleza de las líneas, ya que, en lugar de ser ingeniosas, complementarias o alegres, había algo más noble que un mero sentimiento en ellas, y la dulce vieja fábula volvió a vivir en un lenguaje que bien coordinado, pintaba el alma de una soltera en busca de un amor digno de poseerlo.

Rosa las leyó una y otra vez mientras se sentaba entre el dorado y las hojas rojas

que glorificaban a su pequeña habitación, y cada vez iba encontrando una nueva profundidad y belleza en ellas, en busca de las palabras que hacían música en sus oídos a las formas hermosas que hablan con su silencio grácil ante sus ojos. Todo le quedaba exactamente, era tan delicado y perfecto en su camino, porque estaba cansada de regalos costosos, y valoró mucho esta prueba de gusto de su primo y su talento, sin ver nada en ello si no un deseo afectuoso hacia ella.

El resto cayó en intervalos durante el día para decir una palabra de amor, y por último, llegó Mac. Rosa había pasado un rato estando a solas con Dulce, disfrutando de una espléndida puesta de sol desde la ventana del oeste, que octubre le daba a su niña unas buenas noches hermosas.

Rosa se dio la vuelta cuando entró y dejando a la niña, se acercó a él con el nocturno color rojo brillante en su cara feliz mientras ella decía con gratitud:

—Querido Mac, fue tan hermoso que no sé cómo darte las gracias, de cualquier manera, salvo esta —Y, sacando la cabeza por lo alto y le dio el beso de cumpleaños que ella le había dado a todos los demás.

Pero esta vez se produjo un efecto singular, porque Mac se volvió escarlata, luego palideció, y cuando Rosa agregó en broma, pensando aliviar la timidez de un poeta tan joven:

—Nunca más digas que no escribes poesía, o llames a tus versos basura. Sabía que eras un genio, y ahora estoy segura de ello.

Él gritó en contra de su voluntad:

—No, no es de un genio, esto es amor —Luego, a medida que ella se encogía un poco, sorprendida en su energía, agregó, con un esfuerzo de autocontrol que hizo que su voz sonara extraña—. Yo no tenía intención de hablar, pero no puedo sufrir engañándote así. Tengo que decir la verdad, y no dejar que me beses como un primo cuando te amo con todo mi corazón y alma.

—¡Oh, Mac, no bromees! —gritó Rosa desconcertada por esta repentina mirada en un corazón que pensó que conocía tan bien.

—Estoy siendo sincero y solemne —respondió de manera constante, en un tono tan tranquilo que, si no fuera por la emoción de su rostro pálido, podría haber dudado de sus palabras—. Enójate, si quiere, lo esperaba, porque yo sé que es demasiado pronto para hablar. Debo esperar durante años, tal vez, pero parecías tan feliz que me atreví a esperar que lo hubieras olvidado.

—¿Olvidado? —le preguntó Rosa bruscamente.

—A Charlie.

—¡Ah! Todos ustedes insisten en creer que lo amaba más de lo que en verdad lo hacía! —gritó, con el dolor y la impaciencia en su voz, por la ilusión de su familia, intentándolo mucho a veces.

—¿Cómo podemos evitarlo, cuando era todo lo que las mujeres más admiran? —dijo Mac, no con amargura, si no como si se preguntara a veces por su falta de discernimiento.

—Yo no admiro la debilidad de ningún tipo, que yo nunca podría amar sin existir una pizca de confianza o de respeto. Hazme la justicia de creerlo, porque estoy cansada de ser compadecida.

Ella habló casi con pasión, estando más emocionada por el sentimiento reprimido de Mac de lo que había estado alguna vez con la demostración más conmovedora de Charlie, aunque no sabía por qué.

—¡Pero él te amaba tanto! —comenzó Mac, sintiendo como si una barrera hubiese desaparecido de repente hacia abajo, pero no se atrevía a aventurarse tan pronto.

—¡Esa fue la parte más difícil de esto! Por eso intenté amarlo, por qué yo esperaba que estuviera firme por mí, sino por sí mismo, y por eso me pareció tan triste a veces no ser capaz de ayudar despreciándolo por su falta de coraje. No sé cómo se sienten los otros, pero, para mí, el amor no lo es todo. Tengo que mirar hacia arriba, no hacia abajo, actuando confiada y con honor de todo corazón, y encontrar la fuerza y la integridad para inclinarme. La he tenido hasta ahora, y sé que no podría vivir sin ella.

—Tu ideal es uno alto. ¿Esperas encontrarlo, Rosa? —preguntó Mac, sintiendo, con la humildad de un verdadero amor, que él no podía darle todo lo que ella deseaba.

—Sí —respondió ella, con la cara llena de hermosa confianza en la virtud, el deseo instintivo de lo mejor que muchos de nosotros perdemos demasiado pronto, para encontrarlo de nuevo después de las grandes lecciones de la vida aprendidas bien —. Espero encontrarlo, porque yo trato de no ser irracional y esperar la perfección. Sonríe si quieres, pero no voy a renunciar a mi héroe todavía —y trató de hablar a la ligera, con la esperanza de alejarse de un tema más peligroso.

—Vas a tener que buscar un buen rato, me temo —y todo el brillo había desaparecido del rostro de Mac, ya que entendía su deseo y sabía que su respuesta había sido dada.

—Tengo al tío para que me ayude, y creo que mi ideal surgió de mi conocimiento de él. ¿Cómo puedo dejar de creer en la bondad, cuando él me muestra lo que puede ser y hacer?

—No tiene sentido para mí decir nada más, porque tengo muy poco que ofrecer. No quise decir nada hasta que me ganara el derecho de esperar algo a cambio. No puedo retractarme, pero te puedo desear éxito, y lo hago, porque te mereces lo mejor. —Y Mac se movía como si él se hubiera quedado sin más palabras, aceptando lo inevitable como valientemente como pudo.

—Gracias, eso me hace sentir muy ingrata y cruel. Me gustaría poder contestar como quieres que lo haga porque, en realidad, querido Mac, soy muy aficionada a ti a mi modo —y Rosa lo miró con tan tierna compasión y afecto sincero en su rostro, que no era de extrañar que el pobre hombre quedara atrapado en un rayo de esperanza y, animándose de pronto, dijo a su propia manera extraña:

—¿No podrías llevarme a juicio, mientras estás esperando un verdadero héroe?

Puede que pasen años antes de que lo encuentres, mientras tanto, podrías estar practicando en mí formas que podrían ser útiles cuando lo consigas.

—¡Oh, Mac! ¿Qué voy a hacer contigo? —exclamó Rosa, tan curiosamente afectada por este característico cortejo que ella no sabía si reír o llorar, porque él la miraba con el corazón en los ojos, aunque su propuesta era más extraña de la que jamás se había hecho.

—Sólo seguir siendo aficionada a mí a tu modo, y déjame amarte tanto al mío. Voy a tratar de estar satisfecho con eso. —Y tomó ambas manos tan suplicante que se sentía más ingrata que nunca.

—No, no sería justo, porque te gusto más y, si el héroe hiciera aparición, ¿qué sería de ti?

—Debería parecerse al tío Alec en una cosa al menos; fidelidad, porque mi primer amor sería el último.

Eso fue directo al corazón de Rose, y por un momento se quedó en silencio, mirando a las dos manos fuertes que la suya en poder tan firme y tan suavemente, y la idea pasó por su mente:

—¿Debe él, también, ser solitario durante toda su vida? No tengo ningún amante querido cómo mi madre tenía, ¿por qué no puedo hacerlo feliz y olvidarme de mí misma?

No parecía muy difícil, y era dueña de eso, aun cuando se dijo que la compasión no era equivalente al amor. Quería darle todo lo que podía, y mantener la mayor cantidad de afecto de Mac mientras ella honestamente pudiera, porque parecía crecer más dulce y precioso cuando pensaba conservarlo.

—Serás como el tío en formas más felices que esa, sé que tú también debes tener un alto ideal y encontrarla y ser feliz —dijo ella, resuelto a ser fiel a la voz de la conciencia, no a dejarse llevar por el impulso del momento.

—La he encontrado, pero no veo ninguna perspectiva de felicidad, ¿verdad? —le preguntó con nostalgia.

—Querido Mac, no puedo darte el amor que quieres, pero yo confío en ti y te respeto desde el fondo de mi corazón, si eso sirve de consuelo —comenzó Rosa, mirando con los ojos llenos de arrepentimiento por el dolor que su respuesta debía estar causando.

Sin embargo, ella no pudo continuar, porque aquellas últimas palabras efectuaron un cambio maravilloso en Mac. Dejó caer las manos, se puso de pie, como inspirado con súbita energía y esperanza, mientras en su rostro se asomaba una mirada valiente, brillante, que por el momento lo convirtió en un hombre noble y atractivo que ni siquiera el apuesto príncipe había sido.

—¡Es un alivio! —dijo, en un tono de gratitud que le tocó mucho—. Dijiste que tu amor debe basarse en el respeto, y eso es lo que tú me has dado, ¿por qué no puedo ganar me el resto? No soy nada ahora, pero todo es posible cuando uno ama con todo su corazón, alma y fuerza. Rosa, seré tu héroe si un hombre mortal puede, a pesar de

que deba trabajar y esperar durante años. Voy a hacer que me ames, y estará encantado de hacerlo. No tengas miedo. No he perdido el juicio, tan sólo lo he encontrado. No preguntaré, nunca hablaré de mi esperanza, pero no servirá de nada para detenerme. Tengo que intentarlo, y tendré éxito.

Estas últimas palabras, pronunciadas con un tono vibrante, mientras su rostro resplandecía, sus ojos brillaban, y parecía como si se hubiese realizado por la pasión que él poseía, Mac salió precipitadamente de la habitación, como deseoso de cambiar palabras a los hechos y comenzar su tarea de una vez.

Rosa estaba tan asombrada por todo esto que se sentó temblando un poco, no por el miedo o la ira, sino un placer medio grato, medio dolorido, y el sentido de un poder nuevo sutil, fuerte y dulce que había entrado en su vida. Parecía como si otro Mac hubiese tomado el lugar del que ella había conocido siempre; un hombre apasionado, ambicioso, listo para cualquier trabajo ahora que el momento mágico llegaba cuando parecía posible amar. Si la esperanza podría surtir un cambio maravilloso por un momento, ¿no podía hacerlo la felicidad para toda la vida? Sería un experimento interesante para probar, pensó, recordando la iluminación repentina que hizo que ese rostro familiar resultara a la vez hermoso y extraño.

No podía dejar de preguntarse cuánto tiempo este sentimiento insospechado había estado creciendo en su corazón y se sentía perpleja ante su manifestación peculiar, ya que ella nunca había tenido un pretendiente como este antes; sin embargo se sentía halagada y no podía dejar de sentirse honrada por un amor tan genuino y generoso, porque parecía a la vez tener a un hombre en Mac, y uno varonil, también, que no estaba intimidado por la decepción, pero podría «esperar contra toda esperanza» y resolver que ella lo amaría aunque le tomara años hacerlo.

Allí estaba el encanto de la novedad de este tipo de cortejo, y trató de adivinar cómo él iba a ponerse en ello, sintió curiosidad por ver cómo se comportaría la próxima vez que se encontraran, y estaba medio enojada consigo misma por no ser capaz de decidir cómo debía actuar. Mientras más lo pensaba, más desconcertada estaba, por haber tomado la decisión de que Mac era un genio, perturbando así todos sus planes para encontrar un enamorado, y ese era uno ardiente. Como era imposible predecir lo que vendría después, se dio por vencida tratando de prepararse para ello y, cansada de vanas especulaciones, llevó a Dulce a la cama, deseando poder esconder sus problemas de amor tan silenciosa y cómodamente como lo hizo en su corto sueño.

Simple y sincero en todas las cosas, Mac le dio a Rosa una nueva sorpresa al mantener su promesa en la carta no pedía nada de ella, no mencionó nada de su esperanza, y continuó como si no hubiera pasado nada, absolutamente en la forma cordial de antaño. No, no del todo, de vez en cuando, cuando menos lo esperaba, veía de nuevo la expresión indescriptible en su rostro, una mirada que parecía arrojar un rayo de sol repentino sobre ella, haciendo que sus ojos cayeran involuntariamente, su color ascendiera, y su corazón latiera más rápido por un momento. Ni una palabra dijo él, pero sintió que una nueva atmósfera la rodeaba cuando estaba cerca, y aunque

él no utilizó ninguno de los pequeños halagos que la mayoría de los pretendientes emplean para mantener la llama encendida, era imposible olvidar que debajo de su quietud había un mundo oculto de fuego y fuerza lista para aparecer en una caricia, en una palabra de ella.

Esto era un conocimiento bastante peligroso para Rosa, y pronto comenzó a sentir que había más tentaciones sutiles de lo que había esperado, pues era imposible estar inconsciente de su poder, o siempre resistir las pruebas que diariamente llegaban sin buscarlas. Nunca había sentido ese deseo antes, porque Charlie era el único que había tocado su corazón, y él estaba preguntando constantemente al tiempo que dejaba algo a cambio, y cansado de ella, exigiendo demasiado u oprimiendo al ofrecer más de lo que ella podía aceptar.

Mac no hizo nada de eso, sino que sólo la quería, en silencio, con paciencia, con suerte, y esta clase de fidelidad generosa era muy elocuente, de una naturaleza propia de ella. No podía rechazar o reprender, ya que nada se le pidió o instó, no había necesidad de frialdad, porque nunca presumía, sin convocatoria de lástima, ya que nunca se quejó. Todo lo que podía hacer era tratar de ser lo más justa y verdadero como él, y esperar con confianza por el final, cualquiera que fuera este.

Por un momento a ella le gustó el nuevo interés que se posaba en su vida, pero no hizo nada para alentarlo y pensó que si le daba ese amor y no comida pronto moriría de hambre. Pero parecía prosperar el aire, y en la actualidad se empezó a sentir como si una voluntad muy fuerte fuese lenta pero constantemente la influenciara en muchos aspectos. Si Mac nunca le hubiese dicho que tenía la intención de «hacer que lo amara», podría haberlo dado inconscientemente, pero ahora confundía el impulso de obedecer a esta corriente subterránea de la compasión y resistió valientemente, sin comprender aún el motivo de los disturbios que tomaron posesión de ella a estas alturas.

Ella tenía muchos estados de ánimo como en un día de abril, y se habría sorprendido el Dr. Alec por sus caprichos si hubiera sabido todos ellos. Sin embargo, él vio lo suficiente, adivinando lo que pasaba, pero no le hizo caso, pues sabía que esta fiebre debía seguir su curso, y tanta medicina sólo hace daño. Los demás estaban ocupados en sus propios asuntos, y tía Abundancia estaba demasiado absorta en su reumatismo como para pensar en el amor, por el frío fijado en la primera, y la pobre señora mantuvo la habitación por días con Rosa como enfermera.

Mac había hablado de irse en noviembre, y Rosa empezó a esperar que lo hiciera, porque decidió que este tipo de adoración silenciosa era malo para ella, ya que le impedía constantemente buscar los empleos que había marcado para ese año. ¿Cuán beneficioso era tratar de leer libros útiles cuando sus pensamientos vagaban continuamente a los ensayos con encanto en: «El amor» y «la amistad»? ¿Para copiar modelos antiguos, cuando todas las cabezas masculinas parecían Cupido y las femeninas, como la de Psique en la repisa de la chimenea? ¿Para practicar la mejor música si terminaba cantando una y otra vez la canción de primavera sin el coro de

aves de Febe? Dulce era una compañía más agradable ahora, pero rara vez hablaba, meditando tanto como era posible. Incluso la franela roja de tía Abundancia, el alcanfor, y extracto de Pond eran preferibles a la sociedad en general, y largos paseos solitarios caían sobre Rosa que parecía que lo único que ponía a tono después de uno de sus intentos de averiguar lo que debía o no hacer.

Ella se decidió por fin, y armándose con una pluma sin hacer, como Fanny Squeers, ella valientemente entró en el estudio para hablar con el Dr. Alec a la hora que Mac estaba por lo general ausente.

—Quiero un bolígrafo para marcar, ¿me puedes hacer uno, tío? —preguntó ella, haciendo mover su cabeza para asegurarse de que estaba solo.

—Sí, querida —respondió una voz tan parecida a la del médico que entró sin demora.

Pero antes de que ella hubiera dado tres pasos se detuvo, observando un poco molesta, porque la cabeza que se levantó de detrás del mostrador alto no era áspera y gris, sino de color marrón y liso, y Mac, no el tío Alec, estaba sentado escribiendo. La última experiencia le había enseñado que no tenía nada que temer de un *tete-a-tete* y, teniendo que tomar una resolución con dificultad, no le gustaba al fracaso de llevarlo a cabo.

—No te levantes, yo no te molestaré si estás ocupado, no hay prisa —dijo, sin saber muy bien si era prudente permanecer ahí o salir corriendo.

Mac resolvió el punto tomando la pluma de su mano y empezó a cortarla, tan silenciosamente como Nicholas hizo en esa «emocionante» ocasión. Quizás estaba pensando en eso, porque él sonrió mientras preguntaba

—¿Duro o blando?

Rosa evidentemente había olvidado que la familia de Squeers no existido jamás, porque ella respondió:

—Duro, por favor —con una voz a la altura—. Me alegro de verte haciendo eso —añadió, tomando el valor de la compostura de él y tan derecha en su punto como podría esperarse de una mujer.

—Y estoy muy contento de hacerlo.

—No me refiero a hacer las plumas, pero advierto el romance —y ella tocó la página cercana escrito ante él, observando como si ella quisiera leerla.

—Ese es mi resumen de una conferencia sobre la circulación de la sangre —respondió él, amablemente girándola para que ella pudiera ver—. Yo no escribo novelas, estoy viviendo una— y miró hacia arriba con la expresión feliz, optimista, que siempre la hacía sentir como si estuviera colmada de carbones de fuego en la cabeza.

—Me gustaría que no me miraras de esa manera, a mí me mueve en exceso —dijo ella con cierta petulancia, porque había salido a caballo, y sabía que no presentaba una «espiritual» apariencia después que el aire helado había enrojecido su nariz así como sus mejillas.

—Voy a intentar recordarlo. Sí no sale por sí mismo es mejor saberlo. Tal vez esto puede arreglar las cosas. —Y sacando los anteojos azules que a veces llevaba al viento, con gravedad se los puso.

Rosa no pudo contener la risa, pero su obediencia sólo la agravó, porque sabía que él podía observar todo mejor detrás de la fea pantalla.

—No, no se si llegarán, y yo no quiero parecer azul cuando no me siento así —dijo ella, viendo que era imposible adivinar lo que iba a hacer a continuación o para ayudar a disfrutar de sus peculiaridades.

—Pero no lo me lo hagas a mí, porque a pesar de las gafas, todo es color de rosa ahora —Y se guardó las gafas sin un murmullo en la encantadora inconsistencia de su ídolo.

—Realmente, Mac, estoy harta de estas tonterías, me preocupa desperdiciar tu tiempo.

—Nunca he trabajado más duro, pero ¿realmente te molesta saber que te quiero? —preguntó con ansiedad.

—¿No ves cómo me haces una cruz? —Y se alejó, sintiendo que las cosas no iban como tenía la intención de que fueran.

—No me importa que las espinas si obtengo a la rosa del pasado, y todavía la esperaré si me permites, por lo tanto, unos diez años —dijo el pretendiente persistente, bastante impávido ante la posibilidad de una espera larga.

—Creo que es bastante difícil ser amada, me guste o no —objetó Rosa, en una pérdida total de cómo hacer ningún progreso contra tal esperanza indomable.

—Pero no puedo evitarlo, ni puedo, así que debo seguir haciéndolo con todo mi corazón hasta que te cases, y entonces... bueno, entonces me temo que puedo odiar a alguien en su lugar —y Mac estropeó la pluma por un corte involuntario de su cuchillo.

—Por favor, no, Mac.

—¿Hacer qué?, ¿amar u odiar?

—Anda y cuida a otra persona, hay un montón de chicas guapas que estarán encantadas de hacerte feliz —dijo Rosa, decidida a poner fin a su inquietud de alguna manera.

—Eso es demasiado fácil. Me gusta trabajar por mis bendiciones, y cuanto más tengo que trabajar, más suelo valorarlas cuando llegan.

—Entonces, si de repente me pongo muy amable, ¿dejarás de preocuparse por mí? —preguntó Rosa, cuestionándose si ese tratamiento podría librarla de una pasión que ambos tocaban, y que la atormentaba.

—Prueba y verás —Más aún había una luz traicionera en los ojos de Mac, que mostró claramente lo fallido que sería.

—No, voy a conseguir algo que hacer, tan absorbente que voy a olvidar todo de ti.

—No pienses en mí, si te preocupa —dijo él con ternura.

—No puedo evitarlo —Rosa intentó coger de nuevo las palabras, pero ya era

demasiado tarde, y ella se apresuró a añadir—. Eso es, no puedo evitar desear que me olvides. Es una gran decepción encontrar que estaba equivocada cuando me esperaba cosas tan bellas de ti.

—Sí, estabas muy segura de que había el amor cuando había la poesía, y ahora quieres poesía cuando no tengo nada en la mano, sino el amor. ¿Marcarás los dos juntos, por favor?

—Prueba y verás.

—Haré lo mejor que pueda. ¿Algo más? —preguntó él, olvidando la tarea pequeña que ella le había dado en su afán de intentar la mayor.

—Dime una cosa. Muchas veces he querido saber, y ahora hablando de ella me atrevo a preguntar. ¿Te preocupabas por mí al leerme a Keats el verano pasado?

—No.

—¿Cuándo comenzó? —preguntó Rosa, sonriendo a pesar de sí misma en su honestidad poco halagüeña.

—¿Cómo puedo saber? Sin embargo, tal vez comenzó allí, porque esa charla nos puso por escrito, y las letras me mostraron cuán alma hermosa posees. Me encantaba ese principio era tan rápido para reconocer las cosas buenas, para usarlas cuando llegaran, y darlas de nuevo tan inconscientemente como una flor toma aliento. Anhelaba que regresaras a casa, y quería que me encontraras alterado para mejor, de alguna manera, como te había hallado. Y cuando llegaste era muy fácil ver por qué necesitaba que te gustara del todo, y decírtelo así. ¿Eso es todo, Rosa?

Una historia corta, pero fue suficiente la voz que dijo la simple verdad, que hizo estas pocas palabras tan elocuentes, que Rosa se sintió fuertemente tentado a añadir la secuela que Mac deseaba. Pero sus ojos habían caído a medida que hablaba, porque sabía que estaban fijos en ella, oscuros y dilatados, con la misma emoción reprimida que ponía con tanto fervor en su tono tranquilo, y justo cuando estaba a punto de mirar hacia arriba, cayeron sobre un escabel un poco deteriorado. Bagatelas que afectan a las mujeres con curiosidad, y muchas veces, más irresistible cuando ellas se balanceaban con un poco de agitación. La vista del cojín viejo recordó vívidamente Charlie, porque él la había golpeado en la noche que no le gustaba recordar. Al igual que una chispa que disparó una larga serie de recuerdos, y la idea pasó por su mente:

—Me imaginaba que lo amaba y dejé que él lo viera, pero me engañé a mi misma y él me lo reprochó con una simple mirada que dijo demasiado. Este sentimiento es muy diferente, pero muy nuevo y repentino para fiarse. No voy a mirar ni a hablar hasta que esté muy segura, porque el amor por Mac es mucho más profundo que el del pobre Charlie, y yo debo ser muy segura.

No con esas palabras quiso resolverlo, pero en un impulso rápido, ella obedeció la certeza de que estaba en lo cierto, ya que era difícil de ceder ante ello. Sólo un instante de silencio seguido por respuesta de Mac mientras permanecía de pie mirando hacia abajo con los dedos entrelazados y el color variando en sus mejillas. Una actitud tonta, pero Mac pensó que una imagen de una dulce doncella vacilaba y

comenzó a cortejar la esperanza de que un mes estuviera a punto de terminar en victoria para toda la vida. Sin embargo, se engañó y el agua fría cayó sobre su llama, sometiéndola, pero de ninguna manera extinguiéndola, cuando Rosa lo miró con un aire de determinación que no podía escapar a sus ojos que estaban creciendo maravillosamente previsoros últimamente.

—He venido aquí a pedir al tío que te aconseje desaparecer pronto. Eres muy paciente y tolerante, y siento que es más de lo que puedo decir. Pero no es bueno para ti que dependas de nadie tanto por tu felicidad, creo, y sé que es malo para mí sentir que tengo tanto poder sobre un semejante. Vete, Mac, y ve si esto no es un error. No dejes que un lujo por mí cambie o retrase tu trabajo, ya que puede terminar tan súbitamente como había empezado, y luego los dos deberíamos reprocharnos a nosotros mismos y a los demás. ¡Hazlo, por favor! Te respeto y me preocupo por ti demasiado, no puedo estar feliz de tener todo y no dar nada. Lo intento, pero no estoy segura de que quiero pensar que es demasiado pronto para saberlo todavía.

Rosa comenzó con valentía, pero terminó en una especie de revoloteo, de manera que ella se dirigió hacia la puerta, por la cara de Mac cayó en un primer momento, pero más adelante se iluminó mientras ella continuaba, y en la última palabra, pronunciadas casi involuntariamente, se echó a reír de sí mismo, como si esta orden del exilio le agradara mucho.

—No digas que te di nada, cuando tú acabas de mostrarme que estoy recibiendo. Me iré, voy a irme de una vez y veré si la ausencia no te ayudará a «pensar, saber, y estar segura como lo estoy». Me gustaría poder hacer algo más por ti. Ya que no puedo, ¿adiós?

—¿Te vas ahora? —Y Rosa hizo una pausa en su retirada al mirar hacia atrás con cara de asustada mientras él le ofrecía una pluma mal hecha y abría la puerta para ella al igual que el Dr. Alec siempre lo hacía, porque, a pesar suyo, Mac se parecía al mejor de sus tíos.

—Aún no, pero ¿eso quieres?

Rosa se puso rojo como una amapola, cogió la pluma, y voló escaleras arriba, llamándose por nombres duros mientras laboriosamente echaba a perder todos los nuevos pañuelos de bolsillo de la tía Abundancia, marcándolos «AMC».

Tres días más tarde Mac dijo «adiós» en serio, y nadie se sorprendió de que él los dejara abruptamente, haciéndolo a su modo, y un ciclo de conferencias para un viaje a L por un médico famoso de razón ostensible. El tío Alec abandonado vergonzosamente en el último momento, enviando la palabra de que iba a estar en la estación para ver al viajero, tía Abundancia estaba en su habitación, así que cuando Mac bajó de despedirse de ella, Rosa se reunió con él en el pasillo, como si estuviera ansiosa de no demorarlo.

Ella tenía un poco de miedo de otro *tete-a-tete*, cómo el pasado que había salido tan mal, y había asumido un aire tranquilo y amistoso, el que representaba un halago para sí misma que claramente mostraría en qué términos deseaba participar.

Mac aparentemente entendido, no sólo captó la indirecta, sino que la superó en su compostura alegre, pues, limitándose a decir:

—Adiós, prima, escribe cuando te apetezca —él sacudió las manos y salió de la casa tan tranquilo como si se fuera sólo un día en lugar de tres meses que tendrían que pasar antes de que volvieran a encontrarse. Rosa sintió como si se hubiese dado una ducha fría y estaba a punto de retirarse, diciendo para sus adentros con la decisión desdeñosa:

—No hay amor en ello después de todo, sólo una de las excentricidades del genio —cuando una ráfaga de aire frío le hizo recurrir a encontrarse a sí misma en lo que parecía ser el abrazo de un abrigo impetuoso, que envolvió cerca por un instante y luego desapareció tan repentinamente como había llegado, yendo a esconderse en el santuario y confiar a Psique con un tipo de licitación de triunfo en su voz jadeante:

—No, no, no es el genio, ¡debe ser amor!

Capítulo 19

Detrás de la fuente

Dos días después de Navidad, un joven de aspecto serio podría haber sido visto entrando en una de las iglesias grandes en L. Yendo a tomar un asiento se incorporó en el servicio con una encomiable dedicación; especialmente, por la música, a la que él escuchó con evidente placer y de tal manera, que un señor que estaba sentado cerca suyo se sintió movido a abordar a este complacido extranjero después de la iglesia.

—Hoy tuvimos un buen sermón. ¿Ha oído hablar antes de nuestro ministro, señor? —comenzó, caminando a su lado por el pasillo, mientras el joven admiraba el antiguo edificio

—Muy bueno. No, señor, yo nunca he tenido ese placer. Muchas veces he querido ver este viejo lugar, y no estoy en absoluto decepcionado. Su coro también es extraordinariamente bueno —contestó el desconocido, mirando hacia varios sombreros flotando alrededor de detrás de las cortinas medio abierta.

—El mejor en la ciudad, señor. Estamos orgullosos de nuestra música, y siempre hemos tenido la mejor. La gente suele venir sólo por eso. —Y el anciano parecía tan satisfecho al igual que si un coro de querubines y serafines «continuamente lo hicieran llorar» con su órgano.

—¿Quién es la contralto? Ese solo fue cantado maravillosamente —observó el joven, haciendo una pausa para leer una tableta en la pared.

—Esa es la señorita Moore. Ha estado aquí casi un año, y es admirada universalmente. Una excelente jovencita, no podría prescindir de ella. Canta magníficamente en oratorios. ¿Alguna vez la oyó?

—Nunca. Ella vino de X, ¿verdad?

—Sí, muy recomendable. Fue criada por una de las primeras familias allí; Campbell es el nombre. Si usted viene de X, sin duda los conoce

—Yo les he conocido, buenos días —Y con una inclinación los caballeros se separaron, porque en ese instante el joven vio a una mujer alta bajar los escalones de la iglesia con una expresión devota en sus hermosos ojos y un libro de oraciones en la mano.

Rápido después de ella, el hombre joven serio la abordó justo cuando ella doblaba hacia una calle tranquila.

—¿Febe?

Sólo una palabra obró un cambio maravilloso, porque la expresión devota desapareció en el dibujo de una respiración, y el rostro tranquilo de pronto floreció con color, calor, y «la luz que nunca estuvo en el mar o en la tierra», mientras satisfacía a su amado con una palabra tan elocuente como respuesta a la suya.

—¿Archie?

—El año acaba el día de hoy, te dije que vendría. ¿Te has olvidado?

—No, sabía que vendrías.

—Y, ¿te alegras?

—¿Cómo podría evitarlo?

—No puedes siquiera evitarlo. Entra en este pequeño parque y vamos a hablar — Y sacando su mano por el brazo, Archie la condujo hacia a lo que en los ojos de otros era una plaza muy triste, con una fuente tapiada en el medio, empapadas parcelas de césped y hojas secas bailando en el viento invernal.

Excepto que para ellos era un paraíso veraniego, y caminaron bajo el pálido sol, bastante inconscientes de que eran objeto de interés de varias damas y caballeros que esperaban ansiosamente su cena o el bostezo en los libros aburridos destinados a la lectura del domingo.

—¿Estás lista para volver a casa ahora, Febe? —Preguntó Archie con ternura al mirar hacia el rostro abatido junto a él y se preguntó por qué todas las mujeres no usaban pequeños sombreros encantadores de terciopelo negro con una flor de color rojo oscuro contra su cabello.

—Todavía no; no he hecho lo suficiente —comenzó Febe, a quien le resultaba muy difícil mantener la resolución de hace un año atrás.

—Has demostrado que puedes mantenerte, hacer amigos y ganar un nombre, si lo deseas. Nadie puede negar eso, y el que todos estamos orgullosos de ti. ¿Qué más se puede pedir, querida mía?

—No lo sé muy bien, pero soy muy ambiciosa. Quiero ser famosa, hacer algo por todos vosotros, hacer algún sacrificio por Rosa, y, si es posible, tener que renunciar a algo por amor hacia vosotros. Déjame esperar y trabajar más tiempo sé que no me he ganado la bienvenida aun —Declaró Phebe tan seriamente que su amado sabía que sería en vano tratar de convencerla, por lo que sabiamente se contentó con la mitad ya que él no podía tener el conjunto.

—¡Una mujer tan orgullosa! Pero te amo tanto mejor con eso, y entiendo tus sentimientos. Rosa me hizo ver cómo se parece a ti, y no me extraña que no puedas olvidar las cosas desagradables que se observaron, por no decir algunas de mis amables tías. Voy a intentar ser paciente con una condición, Febe.

—¿La cuál sería?

—Tú me dejarás venir algunas veces mientras espero, y usarás esto para que no me olvides —dijo, sacando un anillo de su bolsillo y con cuidado dibujando una mano cálida y desnuda del manguito de donde estaba oculto.

—Sí, Archie, pero ¡no aquí en este momento! —exclamó Febe, mirando a su alrededor como si de pronto fuese consciente de que no estaban solos.

—Nadie puede vernos aquí, he pensado en eso. Dame un minuto feliz, después de este largo, largo año de espera —respondió Archie, deteniéndose sólo cuando la fuente los ocultó de las miradas, porque no había casas en un solo lado.

Phebe se quedó sin habla y nunca planeó que un anillo de oro se deslizara tan fácilmente en su lugar que el que se puso tan de prisa ese frío día de diciembre. Entonces, una mano volvió a entrar en el manguito rojo con las garras que él le dio, y

la otra hacia su antiguo lugar en el brazo con un gesto confiado como si tuviera un derecho ahí mismo.

—Ahora me siento seguro de ti —dijo Archie mientras iban de nuevo, y sin que nadie se enterara de esa transacción tierna detrás de la pirámide fea de tablas—. Mac me escribió que eras muy admirada por la gente de tu iglesia, y que ciertos solteros ricos evidentemente tenían planes de retirarte aquel: «señorita Moore». Estaba horriblemente celoso, pero ahora desafiare a cada uno de ellos.

Phebe sonrió con aire de orgullosa humildad que la hizo devenir y brevemente respondió: —No existen peligrosos reyes que podrían cambiar, hubieses venido o no, más Mac no debería haberte dicho eso.

—Te vengarás de él, entonces, porque como él revela secretos tuyos, te voy a contar uno sobre él. Phebe, ¡él ama a Rosa! —Y Archie miró como si esperara causar una gran conmoción con sus noticias.

—Lo sé. —Y Febe se rió de su repentino cambio de expresión inquisitiva mientras él añadía:

—Entonces, ¿ella te lo dijo?

—Ni una palabra, lo adiviné por sus cartas, porque últimamente no dice nada sobre Mac, y antes había una buena acogida, por lo que sospeché que el silencio significaba algo y no hice preguntas.

—¡Sabia niña! Entonces, ¿crees que ella se interesa por el querido y viejo amigo?

—Por supuesto que lo hace. ¿Él no te dijo eso?

—No, él sólo dijo cuando se fue: «Cuida de mi Rosa, y yo me encargo de tu Phebe», y ni una sola palabra más pude sacar de él, porque hice preguntas. Estuvo a mi lado como un héroe, y la tía Jane casi me volvió loco con su «consejo». No me olvido de eso, y dije que le echaría una mano cuando lo necesitara, pero él me pidió que lo dejara manejar su cortejo a su manera y por lo que veo, diría que sabía cómo hacerlo —añadió Archie, encontrando muy agradable chismear sobre amoríos con su novia.

—¡Querida amita! ¿Cómo se comporta ella? —preguntó Febe, anhelando noticias, pero también agradecida recordando cuán generosamente Rosa había tratado de ayudarla, incluso con el silencio, el sacrificio más grande que una mujer puede hacer en tales períodos interesantes.

—Muy dulce, tímida y encantadora. Trato de no mirar, pero te doy mi palabra que no puedo evitarlo a veces, ella es tan «astucia», como ustedes las niñas dicen. Cuando le llevé una carta de Mac ella intentó con mucha fuerza no mostrar lo contenta que estaba, que me dieron ganas de reír y decirle que yo sabía todo al respecto, pero me quedé tan serio como un juez y tan estúpido como un búho de día, y ella disfrutó de sus cartas en paz y creyó que estaba tan absorto en mi propia pasión que estaba ciego a la de ella.

—Pero ¿por qué Mac se fue de inmediato? Me dijo que unas conferencias lo trajeron, y él se fue, pero estoy segura de que algo más está en su mente, se ve tan

feliz a veces. No lo veo muy a menudo, pero cuando lo hago soy consciente de que no es el mismo Mac que fue hace un año —dijo Phebe, llevando a Archie lejos, porque el inexorable decoro prohibía una estancia más larga, incluso si la prudencia y el deber no le habían dado un codazo de recuerdo, ya que estaba muy frío y la reunión de la tarde en la iglesia empezaría en una hora.

—Bueno, verás Mac siempre fue peculiar, y ni siquiera pudo llegar a ser como otros compañeros. No lo entiendo todavía, y estoy seguro de que tiene un plan en su cabeza que nadie sospecha, excepto el tío Alec. El amor nos hace cortar las alcaparras, y no tengo una idea que el Don se distinga a sí mismo de alguna manera fuera de lo común. Así que prepárate para aplaudir lo que sea, nosotros le debemos eso, ¿sabes?

—De hecho, ¡lo haremos! Si Rosa nunca te habla de él a ti, dile que se ve que no sufrirá percance alguno, y ella debe hacer lo mismo por mi Archie.

Esa manifestación inusual de la ternura de la reservada Phebe, con mucha naturalidad desvió la conversación hacia un canal más personal, y Archie se dedicó a construir castillos en el aire con tanto éxito que pasaron por la mansión material sin ser conscientes de ello.

—¿Quieres entrar? —preguntó Febe cuando el error fue corregido y se puso de pie sobre sus propios pasos mirando a su acompañante, quien discretamente la soltó antes de que un tirón de la campanilla causara que cinco cabezas aparecieran en cinco diferentes ventanas.

—No, gracias, voy a estar en la iglesia esta tarde, y en el oratorio esta noche. Tengo que irme temprano en la mañana, así que permíteme aprovechar al máximo el precioso tiempo y regresar a casa contigo esta noche tal cual como lo hacía antes —respondió Archie, haciendo su mejor discurso, y muy seguro de su consentimiento.

—Puedes. —Y Phebe desapareció cerrando la puerta suavemente, como si le resultaba difícil dejar fuera tanto amor y felicidad como la que en el corazón el joven caballero sosegado llevaba enérgicamente por la calle tarareando una estrofa de la vieja «Clyde» como un melodioso violón:

«Oh, permite que nuestras voces se mezclen elevadas en raptó gracias a los cielos, donde el amor ha tenido su nacimiento.

Permite que las canciones de alegría este día te declaren que los espíritus vienen a compartir su felicidad con todos los hijos de la tierra».

Esa tarde la señorita Moore cantó muy bien, y esa noche bastante electrificada incluso sus mejores amigos la elogiaron por la habilidad y el poder con que interpretó «Inflamatus» en el oratorio.

—Si eso no es un genio, me gustaría saber qué si lo es —dijo un joven a otro mientras se retiraban justo antes del aplastamiento general hacia el final.

—Algo de genio y una gran cantidad de amor; ambos son un gran complemento,

y, cuando están bien conducidos asombran al mundo en el momento en que hacen una gran carrera —respondió el segundo joven con la mirada inclinada mientras su mano dirigía ese lapso inmortal.

—Diría que tienes razón. No puedo detenerme ahora, ella me está esperando. ¿No te sentarás, Mac?

—Los dioses te acompañen, Archie.

Y los primos se separaron, uno a escribir hasta la medianoche, y el otro a darle a Phebe un adiós, sin soñar siquiera cómo inesperadamente y con éxito, ella iba a ganarse la bienvenida a casa.

Capítulo 20

Lo que Mac hizo

Mientras tanto Rosa estuvo intentando averiguar cuál era el sentimiento con el que consideraba a su primo Mac. Ella no era capaz de conciliar el carácter que había conocido por tanto tiempo con el nuevo que él últimamente mostraba, y la idea de amar al gracioso, libresco, distraído del Mac de otros tiempos le parecía imposible y absurdo, más al Mac nuevo, completamente despierto, lleno de talento, ardiente y tirano, era una sorpresa para ella, quién se sentía como si su corazón estuviese siendo ganado por un desconocido, y se convenció de estudiarlo bien antes de ceder a un encanto que no podía negar.

El afecto llegó de forma natural, y siempre había sido fuerte por el muchacho, por lo que la joven estudiosa fácilmente profundizó el respeto de la integridad del chico, y ahora algo más cálido crecía dentro de ella, salvo que al principio no pudo decidir si era admiración por su rápido despliegue de talento o por algún tipo de respuesta de amor hacia el amor.

Mientras resolvía ese punto, Mac le envió el día de Año Nuevo un pequeño libro encuadernado y modestamente titulado: «Canciones y sonetos». Después de leer esto con creciente sorpresa y deleite, Rosa no tuvo jamás otra duda acerca de que el escritor se convertiría en un poeta, porque aunque ella no era una crítica, sí había leído a los mejores autores y sabía lo que era bueno. Modesto como era, esto tenía el anillo verdadero, y la misma sencillez que mostró consciente de su poder, a diferencia de los primeros intentos de muchos, el libro no estaba lleno de «mi señora», ni tampoco caía en las convulsiones de Swinburnian sobre: «Los lirios languidecen de paz, las rosas de los raptos del amor»; o que contuviese cualquiera de las imágenes de palabras medievales muy floridas y tan en boga. «Mi libro debe oler a pinos, y resonar con el zumbido de los insectos,» podría haber sido su lema, tan dulce y saludable que era una especie de primavera fresca que claramente revelaba que el autor había aprendido algunos de los más profundos secretos de la naturaleza y poseía la habilidad para decirlo en palabras melodiosas. Las canciones quedaron resonando en nuestra memoria mucho después de que fueron leídas, y los sonetos estaban llenos de una belleza sutil, comprensiva y sabia, medio inconsciente, lo que parecía demostrar que, ¿el genio es divino cuando se encuentra joven?

Tenía muchos fallos, pero estaba tan lleno de promesa que se hizo evidente que Mac no había en vano «mantenido una buena compañía, leído buenos libros, amado las cosas buenas, y el alma y el cuerpo cultivado tan fielmente como él podía». Todo dicho ahora, porque la verdad y la virtud se habían convertido en personaje y tenía un lenguaje propio más elocuente que la poesía a la que era: lo que a la fragancia es la flor.

Sabios más críticos que Rosa, sentían y admiraban esto, los menos parciales no podían negar su alabanza a un primer esfuerzo, que parecía tan espontáneo y en

aspirantes como la canción de una alondra, y cuando uno o dos de estos Júpiter había dado un gesto de aprobación, Mac se encontró sí mismo, no precisamente famoso, pero sí dando mucho que hablar.

Un juego abusado, el otro conjunto alabado, y el librito, por desgracia fue mutilado entre ellos, ya que era demasiado original para ser ignorado, y demasiado fuerte para ser asesinado por su duro uso, por lo que salió de la peor refriega con nada excepto brillantez, en todo caso, por la fricción que demostró el genuino oro.

Sin embargo esto tomó su tiempo y Rosa no podía quedarse en casa leyendo todas las notas que podía obtener, así como el chisme literario de Phebe que le envió, porque Mac rara vez escribía, y ni una palabra acerca de sí mismo, por lo que Febe hábilmente extrajo de él en sus encuentros ocasionales todas las noticias que su ingenio personal femenino podría recoger y fielmente lo reportaba.

Resultaba un poco singular que sin una palabra de consulta en ambos lados las letras de las niñas se llenaran principalmente con noticias de sus respectivos enamorados. Phebe escribía acerca de Mac; Rosa respondía con pequeños detalles acerca de Archie, y ambos elementos se añadían a apresuradas palabras sobre sus propios asuntos, como si éstos fueran de poca importancia.

Phebe obtuvo la mayor satisfacción por la correspondencia, pues poco después de la aparición del libro Rosa comenzó a querer en casa a Mac otra vez y se puso bastante celosa de los nuevos deberes y placeres que a él le aguardaban. Estaba muy orgullosa de su poeta, y tenía un pequeño júbilo por el bello cumplimiento de su profecía, porque incluso la tía Abundancia se apoderaba ahora con contrición acerca de que «el chico no era un tonto». Cada palabra de elogio fue leída en voz alta sobre la azotea, expresa por una feliz Rosa; toda crítica adversa se disputó acaloradamente, y toda la familia se encontraba en un gran estado de placentera excitación en este primer vuelo con éxito de forma inesperada del Patito Feo, ahora generalmente considerado por sus familiares como el joven cisne más prometedor del rebaño.

Tía Jane estaba particularmente divertida en su nueva posición de madre de un inexperto poeta y se condujo como una orgullosa gallina, más desconcertada cuando uno de sus polluelos está en el agua. Ella estudió minuciosamente los poemas, tratando de apreciarlos, pero casi fallando al hacerlo, porque la vida era la prosa para ella, y trató en vano de descubrir de dónde Mac había conseguido su talento. Era cosa bonita ver el nuevo respeto con que trataba a sus posesiones ahora, los libros antiguos se espolvoreaban con una especie de reverencia, los trozos de papel se colocaron con cuidado porque no fuese que algún verso inmortal se perdiera, y una chaqueta raída de terciopelo era suavemente acariciada con cariño cuando no había nadie por sonreír ante el orgullo maternal que llenaba su corazón y hacía que su rostro severo de una vez brillara con insólita benignidad.

El tío Mac hablaba de «mi hijo», con mal disimulada satisfacción, y evidentemente empezó a actuar y a sentir como si su hijo fuese a conferir distinción a toda la raza de los Campbell, quiénes ya contaban con un poeta. Steve exultante de

incontenible alegría se dedicó a citar canciones y sonetos hasta que terminó por aburrir terriblemente a sus amigos por sus arrebatos fraternos.

Sin embargo, Archie lo tomó más calmadamente, e incluso sugirió que era demasiado pronto para cantar, porque la primera ráfaga de su querido viejo amigo podría ser la última, ya que era imposible predecir lo que iba a hacer a continuación. Después de haber demostrado que podía escribir poesía, podría caer en un nuevo mundo al que conquistar, citando a su favorito Thoreau, quien, después de haber hecho un lápiz perfecto, abandonó el negocio y se dedicó a escribir libros con un tipo de tinta indeleble que se hace más clara con el tiempo.

Por supuesto, las tías tenían sus propios «puntos de vista», y disfrutaron de mucho chisme profético, ya que agitaban las gorras en varios encuentros sociales de tazas de té. Los chicos más jóvenes creían que era «muy genial», y esperaban que el don «siguiera adelante y llegara a la gloria tan pronto como fuese posible», que era lo único que podía esperarse de la «Juventud Americana», aquella en que la poesía no era generalmente una pasión.

Pero el Dr. Alec era un espectáculo para ser visto, tan lleno de concentrada alegría cómo estaba. Quizás nadie, excepto Rosa sabía lo orgulloso y satisfecho que el buen hombre se sentía en este primer éxito de su pequeño ahijado, ya que él siempre había tenido grandes esperanzas del niño, porque a pesar de sus rarezas sabía que tenía un carácter tan recto, que prometiendo poco haría mucho, con la tranquila persistencia que predice un carácter viril. Todo el romance del corazón del médico se agitó por este brote poético de la promesa y el amor que hizo florecer tan pronto, porque Mac le había confiado sus esperanzas al tío, encontrando consuelo y apoyo en su simpatía y asesoría. Como un hombre sabio, el Dr. Alec dejó a los jóvenes aprender la gran lección a su manera, aconsejó a Mac trabajar y a Rosa esperar hasta que los dos estuvieran bastante seguros de que su amor estaba construido sobre una base más firme que la admiración o el romance juvenil.

Mientras tanto, él andaba con un pequeño libro muy gastado en el bolsillo, tarareando trozos de un nuevo conjunto de canciones y sonetos repitiendo con gran fervor algunos que le parecían absolutamente iguales, si no superiores, a los que Shakespeare nunca escribió. Como Rose estaba haciendo lo mismo, a menudo se reunieron en un privado a «leer y trinar,» como era que ellos lo llamaban, y mientras discutían a salvo el tema de la poesía de Mac, ambos llegaron a una idea bastante clara de la recompensa que Mac obtendría cuando él regresara a casa.

Sin embargo, él no parecía tener prisa por hacer esto, y continuó sorprendiendo a su familia al entrar en la sociedad y salir brillantemente en esa línea. Se necesita muy poco para hacer un león, como todo el mundo sabe y ha visto cómo las pobres criaturas son acariciadas cada año, a pesar de sus malos modales, además de sus locos y tontos caprichos. Mac no quería ser agasajado y lo tomó todo, pero no con desprecio, algo que sólo se sumaba al encanto que, de repente, la gente descubrió acerca del XIX primo de Thomas Campbell, el poeta. Él deseaba ser distinguido en el

mejor sentido de la palabra, así fue cómo se lo tomó, y pensó un poco en que dar a la sociedad polaca algo no estaría mal, recordando los esfuerzos de Rosa en esa línea. Por ella salió de su caparazón y partió a ver y a probar a todo tipo de personas con sus observadores ojos, que veían mucho a pesar de su miopía. ¿De qué servía su intención de realizar estas nuevas experiencias que nadie conocía?, porque él escribía cartas cortas y, al ser interrogado, respondía con paciencia imperturbable: «Espera hasta que lo consiga, entonces voy a volver a casa y a hablar sobre ello».

Así que todo el mundo aguardaba por el poeta, hasta que sucedió algo que produjo una mayor sensación en la familia que si todos los chicos hubiesen tomado al mismo tiempo la rima.

El Dr. Alec se puso muy impaciente y de repente anunció que partía hacia L para ver después a esos jóvenes, porque Febe rápidamente cantando por sí misma ganó el favor del público con las dulces antiguas baladas que ella interpretaba tan bien haciendo que los oyentes se conmovieran al mismo tiempo que encantaba sus oídos, y sus perspectivas mejoraban todos los meses.

—¿Quieres venir conmigo, Rosa, y sorprender a este dúo ambicioso que se están haciendo famosos tan rápido que ya se olvidarán de sus amigos en casa si no se lo recordamos nosotros de vez en cuando? —dijo cuando propuso el viaje una mañana salvaje de marzo.

—No, gracias, señor, yo me quedaré con mi tía, esto es todo para lo que soy apta y sólo debo estar en el camino de las buenas personas —respondió Rosa, cortando las plantas que florecían en la ventana del estudio.

Hubo un ligero tono amargo en su voz y una nube cayó sobre su rostro, algo que no pasó desapercibido para su tío, quién medio adivinó su significado y no pudo descansar hasta descubrir la verdad.

—¿Crees que a Febe y a Mac no les importaría verte? preguntó, dejando una carta en la que Mac hacía un relato brillante de un concierto en el que Phebe se había superado a sí misma.

—No, pero deben estar muy ocupados —comenzó Rosa, deseando haberse mordido la lengua.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —persistió el Dr. Alec.

Por un instante Rosa no habló, y decapitó a dos finos geranios con un corte imprudente de sus tijeras, como si la acumulada aflicción de algún tipo debiese encontrar una salida. Lo hizo en palabras también, pues, como si fuese en contra de su voluntad, exclamó impetuosamente:

—La verdad es que estoy celosa de los dos.

—¡Por mi alma! ¿Y ahora qué? —exclamó el doctor sorprendido.

Rosa dejó su cántaro y sus tijeras, vino y se puso delante de él, con las manos nerviosamente entrelazadas, y dijo, como solía hacer cuando era una niña pequeña confesando alguna fechoría:

—Tío, tengo que decirte que yo he estado almacenando mucha envidia,

descontento y maldad últimamente. Sin embargo, no, no es bueno para mí porque no sabes cuán poco que me lo merezco. Regáñame bien, y hazme ver lo mala que soy.

—Lo haré en cuanto sepa los pormenores. Desahógate niña, y permíteme ver toda tu iniquidad, porque si empiezas por tener celos de Mac y de Febe, estoy preparado para cualquier cosa —dijo el Dr. Alec, echándose hacia atrás como si nada pudiese sorprenderlo ahora.

—Pero yo no estoy celosa de esa manera, señor. Quiero decir que quiero ser o hacer algo espléndido, al igual que ellos. No puedo escribir poesía o cantar como un pájaro, pero yo creo que tengo mi parte de gloria en alguna manera. Pensé que tal vez podía pintar, y lo he intentado, pero no puedo copiar ni tengo el poder para inventar cosas preciosas, y estoy tan desanimada, porque ése es mi único logro. ¿Crees que tengo algún don que pueda ser cultivado y que me dé el crédito que ellos tienen? —preguntó con nostalgia, por lo que su tío por un momento sintió como si él nunca pudiese perdonar a las hadas que dotan a los bebés en sus cunas, por ser tan mezquinas con su chica. Pero una mirada hacia el rostro dulce y sincero delante de él le recordó que los buenos elfos habían sido muy generosos y respondió alegremente:

—Sí, lo creo, porque tú tienes uno de los mejores regalos y más nobles que una mujer puede poseer. La música y la poesía son cosas buenas, y no me extraña que ellos las quieran, o que tú envidies la fama agradable que traen. Me he sentido así, y he estado a punto de preguntar por qué no fue del agrado de los cielos ser más generoso con algunas personas, así que no tienes por qué tener vergüenza de decirme todo sobre ello.

—Yo sé que debo estar contenta, excepto que no lo estoy. Mi vida es muy cómoda, pero muy tranquilo y sin incidentes, me canso de ella y quiero aventurarme como los otros y hacer algo, o al menos intentarlo. Me alegra que pienses que no es muy malo de mí parte, y me gustaría saber cuál es mi don —dijo Rosa, mirando ya menos desanimada.

—El arte de vivir para los demás con tanta paciencia y dulzura que lo disfrutamos como a la luz del sol, y no somos lo suficientemente agradecidos por esa gran bendición.

—Es muy amable de tu parte decir eso, pero creo que me gustaría un poco de diversión y fama, sin embargo. —Y Rosa no parecía tan agradecida como debía.

—Es muy natural, querida, pero la diversión y la fama no duran, mientras que el recuerdo de un ayudante real se mantiene fresco mucho tiempo después de que la poesía y la música se olvidan en silencio. ¿No puedes creer eso, y ser feliz?

—Pero hago tan poco, nadie lo nota ni le importa, y no me siento como si fuera realmente de alguna utilidad —suspiró Rosa, pensando en el largo invierno, aburrido, lleno de esfuerzos que parecían infructuosos.

—Siéntate aquí, y vamos a ver si realmente haces muy poco y si a nadie le importa —Y, atrayéndola hacia su rodilla, el Dr. Alec siguió, diciendo a cada punto de uno de los dedos de la mano suave que sostenía—. «En primer lugar, una vieja tía

enferma que se mantiene muy feliz por el paciente con el cuidado alegre de esta sobrina buena-para-nada. Segundo, un tío excéntrico, para quien lee, corre, escribe y cose con tan buena voluntad que no podría conseguirlo sin ella. En tercer lugar, las diversas relaciones que ayudas de diversas maneras; en cuarto lugar, nunca has olvidado a un querido amigo, y a un cierto primo aclamado por la alabanza que es tan ruidosa la fama que él tiene que podría echar a volar en cualquier momento; en quinto lugar, varias jóvenes encontrarla un ejemplo en tus muchas buenas obras y modales. En sexto lugar, un bebé sin madre es cuidado tan tiernamente como si fuera una hermana pequeña; en séptimo lugar, hiciste que una media docena de señoras pobres estén cómodas y, por último, algunos niños y niñas con dificultades y anhelos artísticos han sido puestos en una agradable sala amueblada con yesos, estudios, caballetes, y toda clase de cosas útiles, por no hablar de clases gratuitas dadas por esta misma joven ociosa, que ahora se sienta sobre mi rodilla, ¿ella ahora cree que su don es digno de ser tenido después de todo?». ».

—De hecho, sí. Tío yo no tenía ni idea de que había hecho tantas cosas que te complacieran, o que alguien adivinará cuánto intenté llenar mi lugar siendo útil. He aprendido a prescindir de gratitud, ahora voy a aprender a no preocuparme de la alabanza, sino a contentarme dando lo mejor de mí, y poseyendo sólo lo que Dios conoce.

—Él lo sabe, y Él recompensa en su debido tiempo. Creo que una vida tranquila como ésta a menudo se hace sentir de mejor manera que la que el mundo ve y aplaude, y algunos de los más nobles nunca saben hasta qué extremo, dejando un vacío en los corazones de muchos. Lo tuyo puede ser uno de estos si tú eliges que así sea, y nadie va a estar más orgulloso de este éxito que yo, exceptuando a Mac.

Las nubes se habían ido bastante ahora, y Rosa estaba mirando directamente al rostro de su tío con una expresión mucho más feliz cuando esa última palabra hizo que salieran colores brillantes y apartara la mirada por un segundo. Luego se volvió llena de una especie de firme resolución, mientras decía:

—Esa será la recompensa por la que trabajo —y se levantó, como si fuese a estar lista y tuviese una valentía renovada.

Pero su tío la sostuvo el suficiente tiempo para preguntar bastante serio, aunque en sus ojos se echó a reír:

—¿Quieres que le diga eso?

—No, señor, por favor, ¡no lo hagas! Cuando él esté cansado de la alabanza de los demás, va a volver a casa, y entonces veré lo que puedo hacer por él —respondió Rosa, escapando de su trabajo con una tímida mirada feliz que a veces venía a dar a su rostro el encanto que necesitaba.

—Él es un tipo tan profundo, nunca tiene prisa para ir de una cosa a otra. Un hábito excelente, pero menor al tratar con gente impaciente como yo —dijo el médico y, tomando a Dulce, que estaba sentada en la alfombra con su muñeca, él compuso sus sentimientos lanzándola hasta que ella cantó con alegría.

Rosa se hizo eco de todo corazón del último comentario, pero no dijo nada en voz alta, sólo ayudó a su tío a que fuera obediente con presteza y, cuando él se fue, empezó a contar los días hasta su regreso, deseando que ella también hubiera decidido ir.

Él escribió a menudo, dando excelentes relatos de los «grandes monstruos», como Steve llamaba a Febe y a Mac, y pareció encontrar muchas cosas que hacer en diversas formas que, en su segunda semana de ausencia, casi había terminado, antes de fijar un día para su regreso, prometiendo sorprenderlos con el relato de sus aventuras.

Rosa sintió como si algo espléndido fuera a pasar y puso sus asuntos en orden para que la crisis que se avecinaba pudiera estar bien preparada. Ella lo había «descubierto» ahora, estaba bastante segura, y había hecho a un lado todas las dudas y los temores para estar lista para dar la bienvenida al primo a quien ella estaba segura su tío traería como su recompensa.

Estaba pensando en ello un día mientras ella sacaba su papel para escribir una larga carta a la pobre tía Clara, que se consumía por noticias muy lejos allá en Calcuta.

Algo en la tarea le recordó a otro enamorado cuyo cortejo terminó tan trágicamente, y abriendo un pequeño cajón de los recuerdos; sacó el brazalete azul, sintiendo que debía pedirle permiso a Charlie, un tierno pensamiento en medio de su nueva felicidad, porque en los últimos tiempos ella se había olvidado de él.

Ella había usado la baratija oculta bajo la manga negra durante mucho tiempo después de su muerte con constancia, arrepentida a veces de haber mostrado alguna amabilidad un poco demasiado tarde. Pero su brazo se había vuelto demasiado redondo para ocultar el ornamento, el No-me-olvides había caído uno por uno, el cierre se había roto, y ese otoño se lo había quitado, reconociendo que había dejado atrás el recuerdo y el sentimiento de aquel que se lo dio.

Lo observó en silencio durante un momento, luego lo puso suavemente hacia atrás y, cerrando el cajón, cogió el librito gris que era su orgullo, pensando que ella había contrastado a los dos hombres y la influencia de ellos en su vida, una era triste e inquietante una y la otra dulce e inspiradora:

«¿Charlie fue una pasión y Mac es amor?».

—¡Rosa! ¡Rosa! —gritó una voz chillona, rompiendo groseramente el ensueño pensativo y con un sobresalto, cerró la mesa y exclamó mientras corría hacia la puerta:

—¡Han regresado! ¡Ellos han regresado!

Capítulo 21

Cómo Phebe se ganó su bienvenida

El Dr. Alec no regresó, pero sí malas noticias, como Rosa adivinó al instante en que sus ojos se posaron sobre tía Abundancia, quién cojeando bajaba las escaleras con la gorra torcida, su rostro pálido, y una carta aleteando de forma salvaje en su mano, mientras distraídamente lloraba:

—¡Oh, hijo mío! ¡Hijo mío! Enfermo, y ¡sin nadie que lo cuide! Fiebre maligna, y tan lejos. ¿Qué pueden hacer los niños? ¿Por qué dejé ir a Alec?

Rosa se introdujo en la sala, y mientras la pobre anciana se lamentaba, leyó la carta que Phebe había enviado para ella porque podría, ¿dar con cuidado la noticia a Rosa?

«Querida señorita Abundancia: Por favor, lea esto para sí misma primero, y dígaselo luego a mi amita como mejor le parezca. El querido doctor está muy enfermo, pero yo estoy con él, y no lo dejaré ni de día ni de noche hasta que esté a salvo. Así que confíe en mí, y no se preocupe, porque todo será hecho con toda la atención, habilidad y dedicación que se pueda hacer. Él no nos dejó comunicárselo antes, por temor a poner en riesgo su salud. De hecho, sería inútil, porque sólo se necesita una enfermera, y yo llegué primero, así que no deje que Rosa ni nadie me robe mi derecho ante el peligro y el deber. Mac ha escrito a su padre porque el Dr. Alec se encuentra ahora demasiado enfermo como para saber lo que hacemos, y sentimos que usted debía ser informada sin demora. Tiene una mala fiebre maligna, no sabemos cómo la pescó, a menos que entre algunos pobres emigrantes que él conoció cuando se encontraban vagando muy tristes en una ciudad extraña. Él entendía portugués y los envió a un lugar apropiado cuando le contaron su historia, más me temo que ha sufrido por su bondad, porque esta fiebre llegó rápido, y antes de saber qué era, ya estaba allí, y era demasiado tarde para quitarla.

Ahora puedo mostrar lo agradecida que estoy, y si es necesario dar mi vida por este amigo que ha sido como un padre para mí, con mucho gusto lo haré. Dígale a Rosa sus palabras y el pensamiento consciente que él dio para ella. «No dejes que venga, mantén a mi niña a salvo». ¡Oh, deben obedecerlo! Manténganla segura en casa y, si Dios me ayuda, voy a traer el tío Alec como sea. Mac hace todo lo que él le deja. Contamos con los mejores médicos, y todo está yendo tan bien como se puede esperar hasta que la fiebre vuelva.

Querida señorita Abundancia, oren por él y por mí, para que yo pueda hacer una cosa feliz para aquellos que han hecho tanto por su siempre obediente y amorosa

Phebe».

Mientras Rosa levantaba la vista de la carta, medio aturdida por la repentina noticia y el gran peligro, se encontró con que la anciana ya había dejado sus lamentos inútiles y estaba orando de todo corazón, como quien sabía muy bien donde se encontraba la ayuda. Rosa se acercó y se hincó en sus rodillas, poniendo su cara con las manos entrelazadas en el regazo, y durante unos minutos no lloró ni habló.

A continuación, un sollozo ahogado brotó de la muchacha, y la tía Abundancia acercó la cabeza joven hacia sus brazos, diciendo con lágrimas, lentas por su edad, que corrían por sus propias marchitas mejillas:

—Sostenlo, mi cordero, sostenlo. El buen Dios no puede quitárnoslo y estoy segura de que a esa niña valiente se le permitirá pagar su deuda con él. Siento que ella lo hará.

—Pero yo quiero ayudar. Tengo que ir, tía, no me importa el peligro que representa —exclamó Rosa, lleno de celos de Phebe por ser la primera en la línea de peligro por el bien del que había sido un padre para ambas.

—No puedes ir, querida, es inútil ahora, y ella tiene razón cuando dice: «Mantenla alejada». Conozco esas fiebres, y los que la toman a menudo son las enfermeras, y sería peor para la tensión que están pasando. Buena chica para sostenerse en pie con tanta valentía, para ser tan sensible, y no dejar pasar mucho tiempo cerca a Mac. Ella es una gran enfermera, Alec no podría tener una mejor y nunca lo dejará hasta que esté a salvo —dijo muy entusiasmada la señorita Abundancia.

—Ah, usted comienza a conocerla ahora, y a valorarla cómo se debe. Creo que pocos hubieran hecho lo que ella está haciendo, y si se pone enferma y muere, será en parte nuestra culpa, porque atravesaría el fuego y el agua para obligarnos a hacer justicia para que la recibamos —exclamó Rosa, orgullosa de un ejemplo que ella deseaba seguir.

—Si ella trae a casa a mi hijo, nunca voy a decir una palabra más. Ella puede casarse con cada sobrino que tengo, si le gusta, y voy a darle mi bendición —exclamó la tía Abundancia, sintiendo que ningún precio sería demasiado a pagar por tal hecho.

Rosa iba a aplaudir, pero se detuvo de pronto, recordando, con una punzada repentina, que la batalla no había terminado aún, y que era demasiado pronto para otorgar los honores.

Antes de que pudiera hablar, el tío Mac y Jane entraron apresurados, porque la carta de Mac había llegado con la otra, y la consternación cayó sobre la familia con el pensamiento de peligro para el bien amado tío Alec. Su hermano decidió ir a la vez, y la tía Jane insistió en acompañarlo, aunque todos coincidieron en que no podían hacer nada más que esperar y dejar a Febe en su puesto mientras ella resistía, ya que era demasiado tarde para salvarla ahora del peligro y Mac reportó que estaba bastante a la altura.

Grande fue la prisa y la confusión hasta que la comitiva estuvo presta a partir. Tía Abundancia estaba con el corazón puesto que no podía ir con ellos, pero sentía que

estaba demasiado débil para ser útil y, como un alma vieja sensible, trató de conformarse con la preparación de todo tipo de comodidades para el enfermo.

Rosa era menos paciente, y al principio tuvo ideas locas de salir sola y forzar su camino hacia el lugar donde todos sus pensamientos estaban centrados, pero antes de poder llevar a cabo cualquier proyecto de huida, las palpitaciones de la tía Myra les dijeron en modo alarmante que haría un buen servicio por una vez y mantendría a Rosa ocupada tomando sus últimas instrucciones y tratando de calmarla en su lecho de muerte, porque cada ataque fue declarado fatal hasta que la paciente demandó tostadas y el té, cuando la esperanza volvió a ser permisible y la carrera comenzó.

La noticia voló rápido, tal como aquellas noticias siempre lo hacen, y tía Abundancia trabajó constantemente para responder a las consultas, porque su aldaba mantuvo una marca estable durante varios días. Todo tipo de gente vino: señores y pobres, niños con caritas ansiosas, ancianos llenos de simpatía, niñas bonitas que sollozaban cuando se iban, y hombres jóvenes que aliviaban sus sentimientos insultando a todos los emigrantes, en general y portugueses en particular. Fue emocionante y reconfortante ver a cuántos encantó el buen hombre que sólo era conocido por sus obras de beneficencia y ahora estaba sufriendo lejos, bastante inconsciente de cuántas obras de caridad insospechadas salieron a la luz por esta solicitud agradecida, como flores ocultas surgen cuando caen las lluvias cálidas.

Si Rosa había sentido alguna vez que el don de vivir para los demás era pobre, vio ahora lo hermosa y bendita que era la intensidad con que regresaba, cuán ancha la influencia, mucho más preciosa que el lazo tierno que tejía juntos tantos corazones que cualquier soplo de fama o talento brillante deslumbraba, pero no te hacía ganador ni cálido. En años posteriores encontró qué ciertas y verdaderas habían sido las palabras de su tío y, escuchando los elogios de los grandes hombres, se sentía menos conmovida e inspirada por las alabanzas de sus espléndidos regalos que por la vista del trabajo paciente de algún hombre bueno hacia los más pobres de su especie. Sus héroes dejaron de ser los favoritos en el mundo y se convirtieron, como Garrison luchando por su pueblo elegido; Howe restaurando los sentidos perdidos a los sordos, los mudos y los ciegos; Sumner insobornable, cuando otros hombres eran comprados y vendidos y más de una mujer de gran corazón trabajando tan silenciosamente como Abby Gibbons, que durante treinta años había hecho una feliz Navidad para 200 pequeños indigentes en una casa de beneficencia de la ciudad, además de salvar Magdalenas y enseñarle a los convictos.

La lección vino a Rosa cuando estaba lista para ella, y le mostró lo que era una profesión noble como la filantropía, hizo que se sintiera feliz de su elección, y aprendió a adaptarse a ella para una larga vida llena de la mano de obra de amor y caridad sin ostentación, con la dulce satisfacción que trae a los que no esperan ninguna recompensa y se contentan con él: «sólo Dios lo sabe».

Varias semanas pasaron inquietas con las fluctuaciones de desgaste de esperanza y miedo, porque la vida y la muerte se disputaban el premio cada que cada una

quería, y más de una vez la muerte parecía haber ganado, excepto que Febe estaba a su cargo, desafiando tanto peligro y a la muerte con el coraje y la devoción que las mujeres a menudo muestran. Toda su alma y la fuerza estaban en su trabajo, y cuando parecía más desesperada, gritaba con energía apasionada que parecía enviar estos recursos directamente hacia el cielo:

—Concédeme este único favor, querido Señor, y nunca te pediré otro para mí.

Tales oraciones sacaban buen provecho, y toda esa devoción a menudo parecía hacer milagros cuando otras ayudas eran en vano. El grito de Phebe fue respondido, su abnegado trabajo realizado, y su larga vigilia recompensada con un feliz amanecer. El Dr. Alec siempre decía que ella lo mantuvo vivo por la fuerza de su voluntad, y que durante las horas en que parecía estar inconsciente, sintió una mano fuerte y cálida sosteniendo la suya, como si lo alejara de la rápida corriente tratando de barrerla. La hora más feliz de toda su vida fue cuando aquel que la conocía, miró hacia arriba con la sombra de una sonrisa en sus huecos ojos, y trató de decir a su antigua manera alegre:

—Dile a Rosa que he doblado la esquina, gracias a ti, hija mía.

Ella respondió en voz muy baja, alisó la almohada, y lo vio caer dormido de nuevo antes de que fuera a la otra habitación, queriendo escribir las buenas noticias, pero sólo pudo tirarse hacia abajo y encontrar alivio para un corazón completo en las primeras lágrimas que derramaba en semanas. Mac la encontró allí, y cuidó de ella que estaba lista para ir a su casa ahora efectivamente con un puesto de honor mientras él corría a enviar a casa un telegrama que hizo que muchos corazones cantaran de alegría y causó que Jamie, en su primer explosión de alegría, propusiera hacer sonar todas las campanas de la ciudad y con el orden a partir del cañón, gritaran:

«Salvados, gracias a Dios y a Febe».

Eso fue todo, pero cada uno estaba satisfecho, y todos rompieron a llorar, como si la esperanza necesitara mucha agua salada para fortalecerla. Sin embargo, eso se terminó rápidamente, y entonces la gente andaba sonriente y diciendo entre sí, con apretones de manos o dando abrazos: «¡Está mejor sin duda ahora!».

Un deseo general de correr lejos y asegurarse de la verdad impregnó a la familia por unos días, y no obtuvieron nada más que amenazas terribles de Mac, los mandatos de popa del médico, y las súplicas de Phebe para no deshacer su obra manteniendo a tía Abundancia, a Rosa, y a la tía Jessie en su hogar.

Como la única forma en que podrían aliviar su mente y aceptar el atraso, se dedicaron a la limpieza de primavera con una energía que dio miedo a las arañas y las condujo distraídas. Si la vieja casa había sido infectada con la viruela, no podría haber estado más vigorosa fregada, ventilada y fresca. Temprano como era, cada alfombra se encaminó hacia arriba, las cortinas se quitaron, golpeados los cojines y los agujeros tapados hasta que resultó que ni una mota de polvo, ni la pelusa del año pasado, o la paja perdida se pudo encontrar. Entonces todos se sentaron y descansaron en una mansión tan inmaculada que apenas se atrevían a moverse por miedo a

destruir el orden que brillaba por todas las partes visibles.

Fue a finales de abril, antes que esto se cumpliera, y la necesaria cuarentena de los ausentes, terminó. Los primeros días templados parecían llegar temprano, por lo que el Dr. Alec podría continuar con seguridad por el viaje que había estado tan cerca de realizar antes.

Era perfectamente imposible mantener a cualquier miembro de la familia lejos en esa gran ocasión.

Venían de todas partes a pesar de las instrucciones expresas en sentido contrario, porque el enfermo estaba todavía muy débil y ninguna emoción debía ser permitida. Como si el viento llevara las buenas nuevas, el tío Jem entró en el puerto la noche anterior, Will y Geordie tenían una licencia bajo su propia responsabilidad; Steve hubiera desafiado a todo el profesorado si hubiera sido necesario, y el tío Mac y Archie dijeron al mismo tiempo: «Los negocios se postergaron hoy».

Por supuesto, las tías llegaron con todo de sí, advertían a todo el mundo guardar silencio y todos parlotaban con entusiasmo a la menor provocación. Jamie sufrió más durante ese día, así que estuvo dividido entre el deseo de portarse bien y al ansia de gritar a todo pulmón, dar volteretas y correr por toda la casa; hizo ocasionales viajes al granero, donde él pudo corretear rugiendo y bailar gigas, para gran consternación de los viejos caballos gordos y dos vacas sedar, que le ayudaron a superar ese difícil período.

Pero el corazón que palpitaba a mayor ritmo y revoloteaba en el seno de Rosa mientras iba a poner flores de primavera en todas partes, muy silenciosa, pero tan radiante de felicidad que las tías la observaron y dijeron en voz baja entre sí:

—¿Puede un ángel lucir más dulce?

Si los ángeles siempre llevaban vestidos de pálidos verdes y campanillas en el pelo, tenían rostros llenos de alegría serena, y grandes ojos brillaban con una luz interior que les hacía muy bonitos, a continuación, Rosa lo hizo ver como tal, más ella se sentía como una mujer y así era, porque no había vida más rica que en ese día, cuando el tío, su amiga y enamorado volvían juntos,

¿Podría pedir algo más, excepto el poder de ser para todos ellos la criatura que ellos creían que era, y poder devolver el amor que le dieron con una fidelidad pura y profunda? Entre los retratos colgados en la sala había uno del doctor Alec, hecho poco después de su regreso con Charlie en uno de sus ataques breves de inspiración. Sólo de lápiz de color, pero realista y con un acabado maravillosamente cuidado, más que alguno de los otros.

Este había sido magníficamente enmarcado y ahora ocupaba el lugar de honor, adornado con guirnaldas verdes, mientras que el frasco indio grande de debajo brillaba con una pirámide de flores de invernadero enviadas por Kitty. Rosa estaba dando a estos un último toque, cerca de Dulce, arrullada a través de un puñado de dulces narcisos, cuando el sonido de las ruedas la envió volando hacia la puerta.

Ella quería dar la primera bienvenida y dar el primer abrazo, pero cuando vio el

rostro alterado en el carruaje, la débil figura fue llevada por las escaleras por todos los chicos, se quedó inmóvil hasta que Phebe la cogió en sus brazos, susurrando con una sonrisa y un grito luchando en su voz:

—Lo hice por ti, cariño, todo por ti.

—Oh, Febe, ¡nunca digas otra vez que me debes nada! Nunca podré pagarte por esto —fue todo lo que Rosa tuvo tiempo de contestar, ya que se pusieron mejilla con mejilla un instante, corazón a corazón, que a la vez estaba demasiado lleno de felicidad para expresar muchas palabras.

La tía Abundancia que también había escuchado las ruedas y, como todo el mundo se levantó en masa, había dicho tan impresionante como la agitación extrema le permitiría, mientras que se ponía sus gafas al revés y se apoderaba de un cordón en lugar de poner en orden su pañuelo:

—¡Alto! Todos permanezcan aquí, y déjenme recibir a Alec; recuerden su estado débil, y estén tranquilos, conserven la calma como yo.

—Sí, tía, sin duda —fue el murmullo general de asentimiento, pero era imposible de cumplir, ya que habría sido mantener las plumas todavía en un vendaval, y un impulso irresistible llevó a que la habitación se llenara en la sala para contemplar a la tía Abundancia bellamente ilustrando su propia teoría de la compostura y luego agitándose salvajemente, corriendo a los brazos de Dr. Alec, y riendo y llorando con un abandono que incluso la histérica tía Myra no podría haber superado.

Sin embargo, el llanto jubiloso pronto terminó, ya nadie parecía peor para ella, porque en el instante en que sus brazos estuvieron en libertad, el Dr. Alec lo olvidó y comenzó a hacer felices a los demás diciendo en serio, aunque su rostro delgado sonreía paternalmente, mientras dejaba a Phebe adelante:

—Tía Abundancia, pero por esta buena hija nunca debería haber vuelto a ser tan bien recibido. Ámala por mi bien.

A continuación, la anciana salió espléndidamente y mostró su temple, ya que, girándose hacia Febe, bajó la cabeza gris como saludando a un igual, y al ofrecerle la mano, respondió con arrepentimiento, admiración y ternura temblando en su voz:

—Estoy orgullosa de hacerlo por su propio bien. Te pido perdón por mis prejuicios tontos, y voy a demostrarte que soy sincera, más, ¿dónde está ese chico? —Había seis niños presentes, pero el de la derecha estaba exactamente en el lugar correcto en el momento adecuado, y, cogiendo la mano de Archie, tía Abundancia puso la de Febe en la de él, tratando de decir algo apropiadamente solemne, pero no pudo, así que abrazó a ambos y sollozó—: Si yo tuviera una docena de sobrinos, te los daría todos a ti, querida, y bailaré en la boda, aunque tenga reuma en cada extremidad.

Eso era mejor que cualquier discurso, ya que hizo que todos rieran, y el Dr. Alec empezó a flotar en el sofá en una suave ola de alegría. Una vez allí, todo el mundo, excepto tía Abundancia y Rosa que se quedaron fuera por Mac, quien estaba al mando ahora y parecía haber hundido al poeta en el médico.

—La casa debe estar perfectamente tranquila, y él tiene que ir a dormir tan pronto como sea posible después del viaje, por lo que todos dirán «adiós» ahora y vendrán de nuevo mañana —dijo, mirando a su tío con ansiedad mientras se apoyaba en la esquina del sofá, con cuatro mujeres quitándose los abrigos, tres niños luchando por sus chanclos, dos hermanos estrechándose las manos a intervalos cortos, y la tía Myra con una botella de sales fuertes delante de sus narices usándola cada vez que había una abertura en cualquier lugar.

Con dificultad la casa fue parcialmente despejada, y luego mientras la tía Abundancia montaba guardia sobre su hijo, Rosa se alejó para ver si Mac se había ido con el resto, pues hasta entonces apenas habían hablado en el aluvión alegre, aunque sus ojos y sus manos se habían encontrado.

Capítulo 22

Dulce y corto

En la sala se encontró con Steve y Kitty, ya que él había ocultado a su noviecita detrás del sofá grande, sintiendo que ella tenía uno allí mismo, después de haberle apoyado y dado ánimo durante la ansiosa tarde con gran constancia y valentía. Parecían tan acogedores, cálidos y pacíficos a la sombra del alegre jarrón, que Rosa se habría deslizado silenciosamente si no la hubiesen visto y la llamado.

—Él no se ha ido. Supongo que lo encontrarás en la sala —dijo Steve, adivinando con el instinto de un enamorado el significado de la mirada rápida que ella había echado en el perchero mientras cerraba la puerta del estudio detrás de sí.

—¡Por piedad, no! Archie y Phebe están ahí, por lo que él ha tenido la sensibilidad de entrar al santuario y esperar, a menos que quieras que vaya y lo traiga hacia afuera —añadió Kitty, acariciando el pelo rizado de Rosa y quitando las flores en el pecho, lugar donde la cabeza del tío Alec se había acostado hasta que se quedó dormido.

—No, gracias, voy a ir con él cuando haya visto a mi Phebe, a ella no le importará —respondió Rose, entrando a la sala.

—Espera —la llamó Steve—. Te aconsejo que te apresures y todos nos casaremos a la vez. Estábamos listos cuando el tío se puso enfermo, y ahora no puedo esperar un día más que el primero de mayo.

—Un aviso algo corto —se rió Rosa, observando hacia atrás con el picaporte en la mano.

—Vamos a darles todo nuestro esplendor, y hacerlo de la manera más sencilla que te guste, si sólo vas a incluirte también. ¡Piensa qué bonito! ¡Tres bodas a la vez! Darás vueltas y arreglarás las cosas porque hay un ser querido —imploró Kitty, cuya imaginación se disparó con esta idea romántica.

—¿Cómo podría, cuando no tengo novio aún? —comenzó Rosa con el color consciente en su rostro delator.

—¡Criatura astuta! Sabes que sólo tengo que decir una palabra y tendremos a un famoso. Una y su león, no será nada para esto —exclamó Steve, empeñado en acelerar el romance de su hermano, que era demasiado lento y peculiar para su gusto.

—Él ha estado en ninguna prisa por volver a casa, y no tengo ningún apuro por dejarlo. ¡No esperes por mí!, el señor y la señora de Harry Walmers, Jr., voy a tomarme a lo menos un año menos para componer mi mente, por lo que puedes salir tan espléndidamente como te guste y voy a sacar provecho de tu experiencia —Y Rosa desapareció en la sala, dejando a Steve clamando a causa de la perversidad de las mujeres superiores y con Kitty consolándolo con la promesa de casarse con él a solas en el día de mayo.

Una pareja muy diferente ocupaba la sala de dibujo, pero mucho más feliz, porque habían conocido el dolor de la separación y ahora estaban gozando de las

delicias de una reunión que se prolongaría sin interrupción por el resto de sus vidas. Febe se sentó en un sillón, descansando de sus labores, pálida, delgada y desgastada, pero más bella que antes a los ojos de Archie. Resultaba muy evidente que estaba adorando a su divinidad, porque después de colocar un escabel a sus pies, se había olvidado de ponerse de pie y se arrodilló allí con su codo en el brazo de su silla, mirando como un hombre sediento por beber sorbos largos del agua más pura.

—¿Los interrumpo si entro? —preguntó Rosa, poco dispuesta a estropear el lindo cuadro.

—No, si te detienes un minuto en el camino y me felicitas, prima, porque ella ¡ha dicho «sí» al fin! —gritó Archie, saltando para ir y traerla hacia los brazos abiertos de Phebe mientras ella aparecía.

—Sabía que ella iba a recompensar tu paciencia y que iba a hacer a un lado a su orgullo cuando ambos hubiesen sido debidamente probados —dijo Rosa, poniendo la cansada cabeza en su seno con tan tierna admiración en sus ojos que Febe tuvo que sacudir algunas gotas brillantes de la suyas antes de que pudiera responder en un tono de humildad que mostró cuán agradecido y conmovido estaba su corazón.

—¿Cómo puedo evitarlo, cuando todos ellos son tan amable conmigo? Cualquiera orgullo desaparecería bajo tal alabanza, agradecimiento y deseos de amar como los que he tenido hoy, porque cada miembro de la familia se ha tomado la molestia de darme la bienvenida, para expresar su inmensa gratitud y me han permitido ser uno de ustedes. Necesitaba un muy poco empuje, pero cuando el padre de Archie y la madre se acercaron y me llamaron «hija», yo les he prometido nada, excepto mostrar mi amor por ellos.

—Y por él —agregó Rosa, pero Archie parecía bastante satisfecho y le besó la mano que sostenía como si hubiera sido la de una princesa amada mientras decía con todo el orgullo que Phebe parecía haber perdido:

—Piensa lo que da ella por mí la fama, fortuna y admiración de muchos hombres mejores. No sabes lo que es para Phebe tener una espléndida perspectiva de convertirse en una de las cantantes de baladas que son tan amadas y honradas por todas partes, y todo lo deja a un lado por mí, contenta de cantar solo para mí, sin ninguna recompensa, excepto el amor.

—Estoy muy contenta de hacer un pequeño sacrificio por una gran felicidad que nunca me arrepentiré de haber dejado la música si eso hace dichoso el hogar de mi amado. Las aves más dulces cantar en sus propios nidos, ya sabes —Y Phebe se inclinó hacia él con una mirada y un gesto que claramente mostraron cómo ella se ofreció voluntariamente a todas las esperanzas ambiciosas en el altar del amor feliz de una mujer.

Ambos parecían olvidarse de que no estaban solos, y en un momento de raptó de ellos, un impulso repentino llevó a Rosa hacia la puerta de su santuario, como si el viento del sur, que parecía haber puesto en flote a esta pequeña nave también hacia las Islas de la Bendición, donde los otros estaban anclados con seguridad ahora.

La habitación tenía un resplandor de luz del sol y una enramada de frescura y fragancia de primavera, porque aquí Rosa se había permitido tener libre juego de fantasía, y cada guirnalda, helechos, y flores tenían su significado. Mac parecía haber estado leyendo esta dulce lengua de símbolos, haber adivinado por qué la pequeña imagen de Charlie estaba enmarcada en rosas blancas, y por qué pensamientos colgaban del suyo, ¿por qué Psique se ocultaba en la mitad de los aerosoles de hoja del culantrillo, y una flor de la pasión púrpura puesto en los pies de Cupido? El último capricho evidentemente le gustó, porque estaba sonriendo, y tarareando para sí mismo como para engañar a su espera paciente, la carga del aire que Rosa tantas veces había cantado para él:

«Bella Lassie, ¿irías hacia los pájaros de Aberfeldie?».

—Sí, Mac y donde sea.

Él no la había oído entrar, y pasear alrededor, la miró con una expresión radiante mientras él decía: exhalando un largo suspiro:

—¡Al fin! Estabas tan ocupada con el querido amigo que no crucé palabra alguna, más puedo esperar, estoy acostumbrado a ello.

Rosa se quedó inmóvil, contemplándole con un nuevo tipo de reverencia en sus ojos, y le contestó con una solemnidad dulce que le hizo reír y enrojecer con la alegría sensible de aquel a quien los elogios de sus labios era muy preciado:

—Te olvidas de que no eres el Mac que se fue. Debí haber corrido al encuentro de mi primo, pero no me atrevía a estar tan cerca del poeta al que todos comienzan a honrar.

—¿Te gusta la mezcla, entonces? Sabes que dije que iba a intentar darte mi amor y poesía juntos.

—¡Muchísimo! Estoy muy contenta, muy orgullosa, no tengo palabras fuertes y lo suficientemente bonitas para expresar la mitad de mi asombro y de mi admiración. ¿Cómo pudiste hacerlo, Mac? —Y un rostro lleno de sonrisas se desató cuando Rosa estiró las manos, observándolo como si pudiera bailar de alegría pura.

—Se dio por sí mismo, allá arriba en las colinas, y aquí contigo, a solas sobre el mar. Podría escribir un poema celestial en este mismo instante, y escribir en primavera como te pareces a ella en ese vestido verde con copos de nieve en tu cabello hermoso. Rosa, ¿estoy recibiendo un poco? ¿Un indicio de la fama que me ayude más para obtener el premio para el que estoy trabajando? ¿Está tu corazón más dispuesto a ganar?

Él no se movió un paso, pero la miró con un anhelo tan intenso que su mirada parecía atraerla más cerca como un atractivo irresistible, porque ella fue y se puso delante de él, tendiéndole ambas manos, como si ofreciera todo de su tiendita, mientras decía con sencilla sinceridad:

—No vale la pena esforzarse tanto, pero si tú todavía deseas una cosa tan nimia, es tuya.

Él tomó las manos de ella entre las suyas y parecía a punto de tomar el resto de

Rosa, pero dudó por un instante al no creer que tanta felicidad era cierta.

—¿Estás segura, Rosa, muy segura? Sin embargo, no permitas que una momentánea admiración te ciegue, no soy un poeta aun y no de los mejores, excepto para los mortales, ¿sabes?

—No es admiración, Mac.

—¿Ni gratitud por la pequeña parte que he tomado salvando al tío? Tuve que pagar mi deuda, así como Febe, y estaba tan contento al arriesgar mi vida.

—No, no es gratitud.

—¿Ni piedad por mi paciencia? Sólo he hecho algo poco todavía, y estoy más lejos que nunca de ser como tu héroe. Puedo trabajar y esperar aún más tiempo si no estás segura, porque tengo que tener todo o nada.

—¡Oh, Mac! ¿Por qué eres tan dubitativo? Dijiste que harías que te amara, y lo he hecho. ¿Me crees ahora? —Y con una especie de desesperación, se arrojó a sus brazos, aferrándose en un silencio elocuente mientras él la abrazaba con fuerza, sintiendo con un estremecimiento de triunfo que esta ya no era la pequeña Rosa, si no una mujer cariñosa, dispuesta a vivir y morir por él.

—Ahora, ¡estoy satisfecho! —dijo de inmediato, cuando ella levantó la cara, llena de vergüenza virginal hacia la repentina pasión que la había llevado fuera de sí por un momento—. No, no escaparás tan pronto. Déjame que te mantenga durante un bendito minuto y sienta que realmente he encontrado a mi psique.

—Y yo a mi Cupido —respondió Rosa riendo, a pesar de su emoción ante la idea de Mac en ese carácter sentimental.

Él también se rió, cómo sólo un enamorado feliz podría, entonces dijo, con repentina seriedad:

—¡Bendita alma! Levanta la lámpara y mira demasiado antes de que sea demasiado tarde, porque yo no soy un dios, sino un hombre muy defectuoso.

—¡Querido amor! Lo haré, más no tengo miedo, sólo que vas a volar demasiado alto como para que yo te siga, porque no tengo alas.

—Vivirás en la poesía, y lo voy a escribir, así que mi pequeño regalo celebrará tu ser con magnanimidad.

—No, tendrás toda la fama, y voy a estar contenta de ser conocida sólo como la esposa del poeta.

—Y voy a estar orgulloso de poseer a mi mejor inspiración que viene de la vida benéfica de una mujer dulce y noble?

—¡Oh, Mac! Vamos a trabajar juntos e intentaremos hacer un mundo mejor por la música y el amor que dejamos detrás de nosotros cuando nos vayamos.

—¡Por favor, Dios, lo haremos! —respondió él con fervor y, mirándola mientras ella permanecía allí en el sol de primavera, radiante de felicidad, esperanzas y propósitos serios que hacen la vida hermosa y sagrada, sentía que ahora la última hoja había doblado hacia atrás, el corazón de oro se exponía ante la luz, y que su Rosa había florecido.



LOUISA MAY ALCOTT (Germantown, Pensilvania, 29 de noviembre de 1832 — Boston, 6 de marzo de 1888) fue una escritora estadounidense, reconocida por su famosa novela *Mujercitas* (1868).

Hija del trascendentalista Amos Bronson Alcott y Abigail May, creció y vivió en Nueva Inglaterra. A temprana edad comenzó a trabajar esporádicamente como maestra, costurera, institutriz y escritora; su primer libro fue *Flower Fables* (1855), cuentos originalmente escritos para Ellen Emerson, hija de Ralph Waldo Emerson.

Su educación en los primeros años incluyó lecciones del naturalista Henry David Thoreau, pero principalmente estuvo en manos de su padre. Durante su adolescencia y principios de la edad adulta, Alcott compartió la pobreza y los ideales trascendentalistas de su familia. Posteriormente esta fase de su vida fue descrita en el relato *Transcendental Wild Oats*, reimpresso en el volumen *Silver Pitchers* (1876), que narra las experiencias de su familia durante un experimento utópico de «pleno vivir y elevado pensar» en Fruitlands, en la ciudad de Harvard, Massachusetts en 1843.

En 1860 comenzó a escribir para la revista *Atlantic Monthly*, y fue enfermera en el Hospital de la Unión de Georgetown, Washington D. C., durante seis semanas entre 1862 y 1863. Sus cartas a casa, revisadas y publicadas en el *Commonwealth*, y recopiladas como *Hospital Sketches (Escenas de la vida de un hospital)*, demostraron un agudo poder de observación y crónica, además de una sana dosis de humor retrospectivo, ganándose su primer reconocimiento crítico. Su novela *Moods (Estados de ánimo)*, 1864) también fue considerada prometedora.

Una parte menos conocida de su obra son las apasionadas y fogosas novelas y cuentos que escribió, usualmente bajo el seudónimo A. M. Barnard. Trabajos tales como *A Long Fatal Love Chase* y *Pauline's Passion and Punishment* son el tipo de novelas al que se refiere en *Mujercitas* como «peligrosas para pequeñas mentes» y fueron conocidas en la era Victoriana como «relatos melodramáticos» o *potboilers*. Sus protagonistas son obstinados e implacables en la búsqueda de sus objetivos, que a menudo involucran venganza en aquellos que los han humillado o frustrado. Estos trabajos de excelente escritura con un punto de vista poco común alcanzaron inmediatamente el éxito comercial y aún son de frecuente lectura.

También produjo saludables y morales historias para niños, y con las excepciones del cuento semiautobiográfico *Work (Trabajo)*, en 1873, y la novela corta anónima *A Modern Mephistopheles (Un Mefistófeles moderno)*, en 1877, el cual produjo la sospecha de haber sido escrito por Julian Hawthorne. No retornó nunca a crear trabajos para adultos.

Su abrumador éxito data de la aparición de la primera parte de *Little Women: Meg, Jo, Beth and Amy (Mujercitas)* en 1868. Relato semiautobiográfico de su niñez junto a sus hermanas en Concord, Massachusetts, lleno de un humor perenne, fresca, realismo, pero sobre todo de un bello romanticismo ligado a la naturaleza y a los valores tradicionales y del hogar. La segunda parte, *Good Wives (Aquellas Mujercitas)*, publicado en 1869, llevaría a sus protagonistas a la vida adulta y sus respectivos matrimonios. Más adelante, aparece *Little Men (Hombrecitos)* que trata de manera similar el carácter y la forma de ser de sus sobrinos que vivían en Orchard House en Concord, Massachusetts. *Jo's Boys (Los muchachos de Jo)* completó la saga de la familia March. La mayoría de sus volúmenes posteriores siguieron la línea de *Mujercitas*, de la cual el numeroso y leal público de la autora nunca se cansó, si bien sus obras posteriores tienen un carácter más moralizante.

Su labor natural de amor, su amplia generosidad, su veloz percepción y su cariño para compartir con sus lectores el alegre humor que radiaba de su personalidad y sus libros la llevó a continuar con sus historias a pesar de que su salud empeoraba. Al final sucumbió a las secuelas del envenenamiento por mercurio contraído durante su servicio en la Guerra Civil. Murió en Boston el 6 de marzo de 1888, el mismo día que su padre era enterrado.